



EMMA K. JOHNSON

ROMANCE ARDIENTE DE AMIGOS A AMANTES EN LA OFICINA

SE SUPONE QUE ERES

MI JEFE

HEREDEROS MILLONARIOS

Se supone que eres mi jefe

por Emma K. Johnson

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2026, Emma K. Johnson.

CONTENIDO

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Capítulo 31.](#)

[Capítulo 32.](#)

[Epílogo.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)

Capítulo 1.

Luisa

—Te ves preciosa, Hannah —dijo Jessica, apoyando los codos sobre sus rodillas y haciendo crujir la áspera tela de sus vaqueros en medio del silencio del salón.

Levanté la mirada del móvil y la encontré sonriendo de oreja a oreja. Al girarme a mirar a Hannah también hice lo mismo.

La luz cálida de los pesados candelabros de cristal rebotaba contra una docena de espejos de cuerpo entero, multiplicando sus reflejos desde todos los ángulos posibles. Observé el contraste de mi impecable traje sastre oscuro, mi camisa blanca de cuello almidonado y mi cabello pelirrojo recogido en un moño estricto contra el interminable mar de encajes, blancos puros y tonos pastel que inundaba el lujoso lugar.

Hannah estaba de pie sobre una inmensa tarima circular de madera blanca en el centro geométrico de la habitación privada de la tienda de vestidos de bodas. El que llevaba puesto era espectacular. Tenía una intrincada cascada de encaje francés y tul brillante que caía desde su cintura estrecha hasta formar una cola larga en la parte posterior. La tela pesada y opulenta devoraba el suelo a su alrededor, convirtiéndola en una escultura viviente diseñada para la admiración pública.

—¿No es demasiado? —dijo Hannah, pasando la mano encima de la falda de su vestido mientras miraba hacia abajo.

—Date la vuelta y mírate al espejo —le apunté a su espalda—. Velo por ti misma.

Y eso hizo. La modista, una mujer mayor de cabello gris con una cinta métrica amarilla alrededor del cuello, se acercó, pero ya no

puse atención a lo que decían pues la vibración del móvil llamó mi atención.

—¿Estás trabajando? —la pregunta de Jessica fue más como un reclamo.

Respiré profundo. El olor a seda nueva y perfume floral volvió a agredir mi olfato. Un pinchazo de arena me rascó la córnea derecha. El lente de contacto llevaba horas torturándome. “*Seguro que es el aire acondicionado,*” pensé al frotar el párpado con la yema del dedo índice, buscando mitigar la quemazón constante que me empañaba la visión periférica.

—Todavía tengo algunos casos pendientes —comprobé que el mensaje no era de alguno de mis subordinados, sino de Tomás, mi asesor político—. No porque solo me queden unos días como fiscal general voy a dejar de hacer bien mi trabajo.

“*En un rato le contesto,*” pensé al apretar mi agarre del móvil. “*No estoy de humor.*”

Jessica cruzó las piernas. Llevaba unos vaqueros desgastados y una blusa rosa de algodón de corte sencillo. Ese atuendo cómodo y accesible, propio de su trabajo diario como maestra de instituto, desentonaba con el lujo excesivo y planificado del entorno.

Hannah se giró hacia el espejo principal, examinando con ojo crítico el ajuste del escote.

—No le alteres ni un milímetro —dije con una sonrisa—. El escote es la mejor parte del vestido. Si lo haces demasiado alto, vas a verte... Rara. Y si es muy bajo...

—Vas a darnos a todos un adelanto de lo que le espera a Max en la noche de bodas —dijo Jessica entre risas.

Cuando Hannah miró a la modista y la encontró asintiendo, respiró profundo y aceptó dejarlo como estaba.

Jessica giró la cabeza hacia mí y me ofreció una sonrisa ladeada, llena de empatía y comprensión silenciosa. —Ya saldrá algo mucho

mejor.

Le lancé una mirada. —No vamos a buscar otro vestido.

—Hablo de tu trabajo, tonta —se encogió de hombros—. Ya encontrarás algo.

Un nudo de hielo me bloqueó la garganta al instante. Tragué saliva con fuerza para despejar las vías respiratorias y obligué a mis labios a curvarse hacia arriba en un gesto mecanizado y vacío. —Lo sé —apreté el asa de mi bolso de cuero contra mi costado hasta marcar mis nudillos.

Hannah se giró de golpe sobre el pedestal, haciendo ondear las múltiples capas de su vestido. La modista levantó las manos de inmediato para no pincharla con los alfileres que sostenía entre los dedos índices.

Ella frunció el ceño al mirarnos. —¿Están hablando del trabajo de Luisa otra vez?

—Estamos comentando que pareces una princesa de caricatura con esa pirueta —dijo Jessica.

Hannah bajó del pedestal y se acercó a nosotras. —Es verdad —dije, asintiendo—. Luces increíble.

—Las dos son unas mentirosas.

—¿Entonces no crees que te ves increíble? —preguntó Jessica.

—No, eso es cierto —Hannah sonrió y me miró—. Si te sirve de consuelo no voté por esa cabeza hueca.

Suspiré y ensanché los hombros para proyectar mi coraza de control absoluto. —Ella es una abogada bastante capaz que hará...

—Luisa, no hay cámaras ni reporteros en este lugar —dijo Hannah—. Puedes decirlo: tu sucesora es una cabeza hueca.

Miré a mi amiga de arriba abajo en su vestido de novia. —Una cabeza hueca con el marido e hijos perfectos.

“No debí decir eso.”

Jessica se enderezó en el sillón de terciopelo. —Deberías lanzarte como candidata independiente en las próximas elecciones —dijo, y yo rodé los ojos—. O buscar cobijo en el partido de la oposición. ¡Eres la maldita Fiscal de Hierro! Tienes el capital político, los contactos y el respeto de la gente en las calles para lograrlo.

“Debo reconocer que extrañaré ese apodo,” aguanté sonreír.

Negué con la cabeza, manteniendo la postura rígida e infranqueable. —Esa no es la forma en que funciona la política —negué con la cabeza y cogí a Hannah de los hombros—. Además, no estamos aquí para hablar de mi carrera política o futuro desempleo. Estamos aquí para asegurarnos que este vestido sea perfecto.

Hannah bufó, alterada. —Pero a mí me gusta tirarle mierda a los políticos —dijo como si fuera una niña pequeña recién regañada—. En especial a misóginos de pensamiento retrógrada.

Solté el aire despacio por la nariz tratando de no reír. Ver a una de mis mejores amigas envuelta en ese precioso vestido de novia debería llenarme de felicidad por ella.

Pero, en lugar de eso, me revolvía el estómago de una forma extraña y nada agradable. No era culpa de Hannah, por supuesto. Ella merecía toda la felicidad del mundo en su futuro matrimonio con Max. Pero el brutal contraste entre su panorama brillante, asegurado y celebrado en un entorno de lujo, frente a mi inminente desempleo y ostracismo político, me dejaba un espeso sabor a bilis en la boca.

—Podemos tirarles toda la mierda que quieras más tarde en mi casa —dije con una sonrisa—. Tú tienes que estar lista para la corte en la tarde.

Hannah miró de nuevo su reflejo en los enormes espejos laterales y alisó la tela brillante sobre su estómago con ambas manos, calmando su propia frustración. —De verdad lamento que los socios

principales de mi bufete no quisieran contratarte —se giró y sonrió de oreja a oreja—. Me habría encantado que trabajáramos juntas.

—No tienes que disculparte por las decisiones de tus socios —el móvil en el bolsillo de mi chaqueta vibró, y di un paso atrás—. Mi cargo previo en el gobierno, persiguiendo y sancionando a las grandes empresas, generaría un conflicto de interés enorme en todos sus jugosos casos corporativos privados. Yo misma rechazaría a alguien con mis antecedentes si estuviera sentada en la junta directiva.

Jessica ladeó la cabeza, estudiándome con sus grandes ojos oscuros. —¿Qué vas a hacer el lunes por la mañana cuando entregues tu oficina y tus credenciales?

Alcé la barbilla, proyectando una barrera de seguridad absoluta que estaba muy lejos de experimentar en mi interior. —Tengo un par de entrevistas de alto nivel agendadas en la zona financiera de la ciudad —saqué el móvil y vi que era un correo electrónico—. Son con bufetes de gran prestigio y alcance internacional —mentí. Ellas no necesitaban saber que pocos lugares tenían interés en contratar a una exfiscal especialista en finanzas—. Buscan litigantes agresivos con experiencia directa en mi área.

“¿Recordatorio de pago?” pensé al leer la notificación en el móvil. “Ah, ya. Es del Hogar San José.”

Una descarga helada me recorrió la columna vertebral de arriba a abajo e hice una nota mental de sacar algo de dinero de mi cuenta de ahorros.

—¿Estás bien? —preguntó Jessica.

—Sí —guardé el móvil y sonreí—. Es una confirmación de una entrevista.

Perder el puesto no solo significaba un golpe devastador a mi ego profesional y a mi propósito de vida. Significaba poner en riesgo

inminente la atención médica de la persona más importante y vulnerable de mi mundo: mi abuela.

Respiré hondo, forzando a mis pulmones a expandirse despacio para que ninguna de mis dos amigas notara la tensión que me paralizaba el cuerpo. *“Si las cuentas me salen, puedo pagar sus cuidados por otros cuatro meses,”* pensé.

Mi abuela me enseñó desde pequeña a ser mi propia red de seguridad material y emocional. A no depender jamás de los favores de nadie para sobrevivir. Y ahora, esa red de protección forjada con tanto esfuerzo tenía un oscuro agujero financiero justo en el centro. No podía fallarle. No a ella.

La modista tocó el brazo desnudo de Hannah con extrema suavidad. —Señorita, necesito que se quede quieta por completo durante los próximos dos minutos para marcar el dobladillo final de la cola.

Hannah asintió y obedeció la instrucción al instante, siguiendo a la modista al pedestal y congelando su postura como una estatua de mármol. Jessica se levantó del sillón rosa y las acompañó.

Aproveché la distracción natural generada por los ajustes del vestido. Di un par de pasos hacia atrás en total silencio y saqué el móvil justo cuando vibraba de nuevo.

El nombre del remitente parpadeó en la barra de notificaciones superior de la pantalla.

“Otro mensaje de Tomás,” pensé.

Desbloqueé la pantalla del aparato con el pulgar. El fuerte brillo digital me lastimó el ojo derecho irritado. Las palabras aparecieron desplegadas en el chat con letras negras y afiladas sobre el fondo blanco.

—Ya tenemos el nuevo plan en marcha —decía el mensaje—. Te vamos a preparar como suplente al congreso estatal en las siguientes elecciones. Aún no deciden a quién respaldarán.

Leí la línea dos veces para asegurarme de haber procesado la información. El aire se me atascó en la garganta. Sentí cómo se me aceleraba el pulso de golpe, golpeando como un martillo de demolición contra el interior de mis costillas.

"¿Suplente?" quise arrojar el móvil. "¿Entonces ni siquiera me consideran?"

Mi carrera entera como abogada litigante estaba en ruinas, acababa de perder la seguridad médica de mi abuela, y su gran solución corporativa era arrastrarme al circo mediático del congreso estatal.

Deslicé la pantalla hacia abajo para leer el mensaje más reciente.

—Nos dieron un año entero para suavizar tu imagen.

Ahora sí guardé el móvil antes de arrojarlo. *"Suavizar mi imagen,"* pensé, imaginando cada palabra en mi cabeza como si fuera escrita con ácido. Esa maldita frase repicó en mi cráneo con la fuerza de una campana de iglesia. *"¿Suavizar mi imagen? Yo llegué a limpiar el cagadero del fiscal anterior, y no lo hice siendo una muñequita digerible, inofensiva y agradable."*

Me giré, mirando a Hannah sonriendo ante algún comentario de la modista o de Jessica. *"¿Suavizar mi imagen? Fue con mi integridad e intelecto con lo que me gané a los mejores fiscales de la ciudad. Joder, los estudiantes de derecho se peleaban por una pasantía en la fiscalía. A ver cómo les va ahora con la Barbie fiscal"*

Hannah me miró en el reflejo del espejo ante ella y sonrió. Por supuesto que yo también sonreí.

Hice volar mis pulgares sobre el pequeño teclado virtual de la pantalla luminosa. Apreté las diminutas teclas en la pantalla con una fuerza brutal y destructiva. Golpeé el frágil cristal templado con la yema de los dedos, descargando toda la impotencia acumulada durante la humillante jornada de la mañana.

Escribí mi respuesta en un arrebató de furia ciega:

—¿Y qué se supone que voy a hacer en un año? Se supone que iban a cuidar de mí. ¿Dónde mierda...?

Observé la pantalla iluminada durante unos largos segundos. El impulso de seguir escribiendo me quemaba la sangre, pero la disciplina se impuso. Apreté los dientes y borré el mensaje, letra por letra.

“¿Suavizar mi imagen?” pensé. *“Que les den.”*

Capítulo 2.

Luisa

—Dime por favor que tienes un plan de extracción para sacarnos de aquí antes de medianoche —escuché una voz inconfundible cuando bajé del coche.

Al girar encontré a Michael cerrando la puerta de su Aston Martin plateado con un golpe seco. Llevaba una chaqueta sport de diseñador, azul marino, de corte impecable, sobre una camisa blanca con el primer botón desabrochado y la corbata floja. Pero esos detalles desaliñados solo añadían a su encanto. Curvó la comisura de sus labios en esa sonrisa deslumbrante que caracterizaba a los Spencer.

—Si tuviera un plan, lo habría usado hace horas en la boutique —acorté la distancia entre nosotros y nos abrazamos, como siempre lo hacíamos al saludarnos. Me permití demorarme un segundo extra contra su pecho, inhalando ese aroma a sándalo que pareció calmar el caos en mi cabeza—. Te juro, Michael, estoy feliz por Max y por Hannah, pero si escucho la palabra “tafetán” una vez más, voy a matar a alguien.

“Tiene un gusto delicioso para las colonias,” pensé.

Michael me rodeó con una firmeza que me hizo dudar, por un instante, si realmente quería soltarlo o si él estaba apretando con la misma reticencia a dejarme ir.

—Pensé que a ustedes les gustaban ir de compras.

Me aguanté las ganas de acomodarle un manotazo en el hombro al separarme. —¡Qué comentario tan...!

—¿Cierto?

—Machista —puse las manos en mis caderas mientras le sostenía la mirada. El maldito no dejaba de sonreír, y cuando arqueó una ceja fue como si estuviera esperando a que me diera cuenta o reconocer algo. Como casi siempre, tenía razón—. Vale, es cierto, pero también es machista.

La grava triturada de la calzada principal crujió bajo las suelas de mis tacones. Frente a nosotros, la Mansión Spencer se alzaba contra el cielo del atardecer. Era una fortaleza de piedra caliza, ventanales inmensos y columnas flanqueadas por setos esculpidos a la perfección. El aire vespertino cargaba el aroma limpio del césped recién cortado y las lavandas plantadas bajo las ventanas.

Un ardor persistente me arañaba las córneas. “*Joder, olvidé cambiármelos cuando me fui a cambiar;*” pensé al frotarme los párpados un poco, irguiendo la columna y tensando los músculos de la espalda.

Michael soltó una carcajada profunda, parándose frente a mí. — Hace unos días Matt y yo encontramos a Max hiperventilando por la paleta de colores de los centros de mesa —me reí junto con él al imaginar a un hombre de la altura y musculatura como Max teniendo semejante reacción—. ¡Los centros de mesa, Luisa! Mi hermano, el fiscal implacable, mister músculos, doblegado por peonías blancas.

—¿Por qué la gente se casa? Es someterse voluntariamente a tortura psicológica.

—Y en algunos casos física —Michael negó con la cabeza—. Si te contara la cantidad de accidentes relacionados con bodas que he atendido en una sala de urgencias.

Su mirada se detuvo en mi rostro. El humor abandonó un poco sus facciones y un escrutinio agudo lo reemplazó. Michael recorrió mis facciones con sus ojos azules.

Mi estómago se retorció cuando hacía eso. No era la mirada de un hombre que me desvestía con su imaginación pero sí era como si me desnudara. No de mi ropa, sino del disfraz que ponía frente al

mundo. Michael tenía ese extraño don de poder ver a la gente... Verme a mí... Como nadie más podía hacerlo.

—¿Qué tienes? —su tono bajó una octava, directo y sincero.

Sostuve la respiración un segundo. Se me detuvo el pulso un instante, con ese vértigo frío que solo él lograba provocar al atravesar mi fachada con tanta facilidad. Nadie más tenía ese poder sobre mí. Sólo él parecía saber dónde encontrar las grietas en la armadura de la Fiscal de Hierro.

—Nada —levanté mis escudos de inmediato, cuadrando los hombros—. Todo está perfecto.

Michael cruzó los brazos sobre el pecho. No apartó la vista.

—Canela.

“¿Qué pasa con los hombres y sus apodos ridículos?” pensé. “¿Es tan difícil llamarnos por nuestros nombres?”

—Es Hannah —me crucé de brazos, buscando una excusa plausible para desviar su atención de lo que de verdad me acechaba—. Estoy molesta con ella... Bueno, no molesta... Vale, sí, algo molesta. Hoy eligió el color para los vestidos de las damas de honor y es una aberración visual.

Michael arqueó una ceja.

—¿Los colores de los vestidos?

—Un verde pantano —resoplé con una risita—. Un verde musgo enfermo. Es horrendo, Michael, y me va a obligar a usarlo frente a trescientas personas.

—Creo que serán más cerca de quinientas.

—¡Peor aún!

La tensión en el rostro de Michael se evaporó, dando paso a una sonrisa abierta y divertida. Su risa resonó en la calzada, cálida y envolvente. —Por favor, canela —dio un paso más cerca, invadiendo

mi espacio personal lo suficiente para hacerme notar su altura—. Tú lucirías espectacular incluso vestida del color verde vómito con acentos de bilis y moco, y lo sabes.

Rodé los ojos. El calor me subió por el cuello ante el halago.

—No minimices mi sufrimiento estético.

—No lo minimizo —su sonrisa se suavizó—. Pero tampoco me lo trago. No estás así por un estúpido vestido. ¿Qué te ocurre realmente?

“De todos los hombres con quien he entablado amistad tuve que coger al maldito detective para que fuera mi mejor amigo.”

Tensé aún más los músculos del cuello. —No lo entenderías.

—Pruébame.

—En serio, Michael —le miré a los ojos—. Son... Problemas de dinero. No es algo con lo que me puedas... No, no es algo con lo que me *debas* ayudar.

Apretó los labios, asintió, y descruzó los brazos. Su postura se volvió atenta, protectora.

“No, por favor no me ofrezcas tu dinero,” pensé, aguantando la respiración y apretando mis puños a los costados de mi falda. *“Lo último que necesito es que me veas como si...”*

—Vale —él asintió.

Respiré. —¿Vale?

—Lo solucionarás —sus labios formaron una sonrisa que me permitió liberarme de la tensión—. Siempre lo haces.

Suspiré. —Gracias, Michael.

—Cuentas conmigo para lo que necesites, canela —su voz fue un murmullo firme—. Sin preguntas.

Me ofreció el codo para que entráramos juntos. Miré su brazo y luego sus ojos. Deslicé mi mano bajo su brazo, aceptando el gesto. La tela de su saco era suave, pero el músculo debajo era tenso y sólido. Asentí, incapaz de articular un agradecimiento sin que la voz me temblara.

Enganchados del brazo, caminamos hacia la inmensa puerta doble de roble tallado. Al cruzar el umbral, dejamos atrás el aire fresco del atardecer. El interior de la mansión nos recibió con un golpe de iluminación cálida y dorada. El bullicio acogedor de la familia Spencer venía desde el salón principal, y nos dirigimos hacia allá.

—Última oportunidad para escapar —murmuró Michael.

Le apreté el brazo mientras negaba con la cabeza cuando entramos al salón. Matt fue el primero en abordarnos. Vestía un traje oscuro que imponía respeto, a pesar de no traer una corbata puesta. Él y Michael tenían el cabello y los ojos del mismo color, aunque Matt era un poco más alto y usaba el cabello peinado hacia atrás.

—Luisa, Michael —nos saludó.

—¿Cómo está la fortuna familiar en Spencer Holdings? —preguntó Michael.

—Creciendo a pesar de... —se sacudió la cabeza —No ensuciamos esta noche hablando de política.

—Me parece excelente —dije con una sonrisa.

Aunque Matt era el mayor no lo parecía. Ese honor le pertenecía a Max, el hermano mediano y futuro novio. De los tres era el más alto y más musculoso. Vestía un suéter de cachemira gris y lucía el cabello un poco revuelto. Tenía ojeras visibles, fruto evidente del estrés que acabábamos de discutir.

Con la cara de pocos amigos que tenía Max podía ser intimidante para quien no lo conociera, pero era en realidad un amor de hombre.

—Me enteré que recomendaste a la nueva fiscal que me retuviera en mi puesto —dijo Max.

—Eres el segundo mejor litigante de la fiscalía —le dije con una mueca—. Por supuesto que te recomendaría. Ella sería una tonta si no te mantuviera como coordinador de delitos graves luego de los resultados que has obtenido.

Hannah llegó y le cogió la mano a Max. —Trato de convencerlo de que él sería un grandioso fiscal general.

—No, de ninguna manera —Max negó rápido la cabeza—. Yo pertenezco dentro de una corte, no en la política.

Más atrás, ocupando un sillón de cuero junto a la chimenea apagada, se encontraba Marlon Spencer. El patriarca retirado vestía pantalones de lana y una camisa a cuadros de excelente corte. Su simple presencia en la sala imponía una autoridad innegable. Cuando miró a sus tres hijos juntos se acercó a nosotros.

—Papá —Michael le saludó con un abrazo.

Marlon respiró profundo. —Si su madre viviera estaría orgullosa de ver a sus muchachos más unidos que nunca —la voz de Marlon era rasposa pero cálida.

El sonido de pasos ágiles bajando la escalera principal atrajo nuestra atención. Marina, la hija de Matt, apareció vistiendo unos vaqueros rotos y una blusa asimétrica de diseñador. Se había pintado el cabello de color negro y cortado en un bob despeinado. Un estilo universitario moderno que contrastaba de frente con la opulencia de las paredes cubiertas de arte clásico. Venía de visita por las vacaciones de la facultad y siempre traía consigo una energía caótica y divertida.

—Su cabello —murmuré, y Michael giró boquiabierto hacia ella.

Marina se detuvo en el último escalón y rodó los ojos. —Sí, me pinte el cabello y me lo cortó —sus ojos azules y astutos nos

escanearon de pies a cabeza—. Y sí, lo hice para que a mi madre le diera algo.

—Se te ve bien —dijo Matt antes de mirarnos a todos—. ¿Verdad?

Ella observó detenidamente mi mano, que aún descansaba aferrada al codo de Michael, y la cercanía física entre nosotros. Una sonrisa felina y sarcástica cruzó su rostro.

—Mírenlos nada más —Marina paseó la mirada por la sala. Se aseguró de que todos la escucharan—. Ya solo falta que ustedes dos se casen y completamos la colección familiar.

El comentario cayó en el salón como una piedra en un estanque. Me tensé y solté el brazo de Michael como si la tela de su saco estuviera al rojo vivo. El calor me subió por las mejillas. A mi lado, Michael se apartó un milímetro y su lenguaje corporal se volvió rígido.

Nos miramos de reojo. —Solo somos amigos —dijimos al mismo tiempo que nos apartamos casi a la defensiva, como si lo hubiéramos ensayado.

Capítulo 3.

Michael

—¡Quiero unidades adicionales de O negativo! —escuché a Adriana ordenarle al personal de la sala de urgencias —¡Traigan al cirujano vascular de guardia! ¡Y alguien contacte a...!

Apenas atravesé las puertas a la sala de urgencias del Centro Médico Horizontes y el caos ya me sonreía a la cara. El olor crudo e implacable del alcohol y el yodo invadió mis fosas nasales. Un pitido agudo de monitores cardíacos marcaba el ritmo de la histeria colectiva. El chirrido de las suelas de goma contra el linóleo resonaba en todo el piso.

Un accidente industrial masivo acababa de inundar el nivel con pacientes ensangrentados, gritos y desorden.

Rechiné los dientes y respiré profundo. Lo más difícil de haber aceptado ser el CEO de Hospitales Nova Vitalis era no ceder a ese impulso de arrojarme y ayudar a tanta gente como me fuera posible. Adriana era la encargada de la sala de urgencias, y debía confiar en ella.

Avancé por el pasillo central esquivando camillas apresuradas. Cualquiera que viera la sala de urgencias en ese momento pensaría que era una locura, pero todo estaba calculado con precisión casi quirúrgica. Los casos críticos eran atendidos en cuanto cruzaban las puertas, y los heridos eran valorados en minutos.

Adriana sostenía una tableta electrónica contra su pecho. Su bata blanca estaba inmaculada, y ya se había agarrado su cabello castaño en una cola.

Me miró y se acercó rápido. —Todo está bajo control.

—Se nota —dije, regalándole una sonrisa rápida—. Tienes esta área funcionando como un reloj suizo.

Adriana suavizó su expresión y relajó los hombros.

—¿Entonces a qué bajó nuestro CEO? —escudriñó mi rostro con curiosidad y una mueca coqueta —No creo tener tiempo libre hasta que termine mi turno.

—Tengo una paciente geriátrica que acaba de ingresar —desvié la mirada hacia la pizarra de admisiones—. Me alertaron que la trasladaron desde el Hogar San José. Ya debería estar aquí.

—Creí que el accidente te había traído aquí abajo.

—Puedo aportar un par de manos extras después de mi revisión, si las necesitas.

—Sabes que no puedo negarme a esas manos.

Reí y dejé a Adriana atrás. Me abrí paso entre el personal hasta llegar al fondo de la sala de observación y encontré la camilla casi de inmediato.

Nora estaba recostada sobre la colchoneta delgada. La anciana llevaba una bata de hospital azul pálido que resaltaba la fragilidad de su piel manchada por la edad. Tres enfermeras trabajaban alrededor de ella, ajustando una vía intravenosa y revisando sus pupilas con una linterna.

Me acerqué a los pies de la camilla y cogí un par de guantes desechables.

—Hola, Nora —saludé con un tono suave y cálido.

Nora giró la cabeza sobre la almohada. Una expresión pícara iluminó su rostro arrugado en cuanto me vio.

—Doctor Michael —respondió ella con una voz rasposa pero cargada de energía—. Qué vergüenza con usted.

Sonreí, sacando mi pequeña linterna del bolsillo de mi chaqueta. —¿Qué estabas haciendo, Nora? —me acerqué a su rostro y evalué sus pupilas —Ya no estás en edad para saltar la cuerda, y menos con esa cadera nueva.

Sus respuestas neurológicas eran normales. Deslicé mis manos enguantadas por sus hombros y clavículas en busca de cualquier signo de fractura en la parte superior de su cuerpo.

—Me tropecé al bajar de la cama —cuando la miré a los ojos ella desvió la atención hacia otro lado—. Le digo, cada día estoy más torpe.

—¿Dónde te golpeaste? —pregunté, palpando con firmeza, pero sin brusquedad.

—La cadera derecha —se quejó Nora, haciendo una mueca cuando toqué cerca del área afectada.

“Menos mal no fue la otra,” pensé al ver la cicatriz de su operación de reemplazo de cadera del lado izquierdo. “Qué raro, deberá haber un hematoma si se golpeó ahí. Quizá no se golpeó tan fuerte y esto fue una reacción exagerada del Hogar.”

Cogí el historial médico que colgaba a los pies de la camilla. Escaneé los garabatos de los paramédicos y las notas de admisión. La presión arterial estaba un poco elevada, probablemente por el dolor. Indicaba una caída directa desde la cama en su habitación del asilo y apreté la mandíbula al leer los detalles.

“Quizá deba recomendar rieles de seguridad en...” pensé, pero las manos y rodillas de Nora llamaron mi atención.

Alcé la vista y busqué a uno de los enfermeros de la zona. —¿Nora fue la única paciente ingresada desde el Hogar San José? —pregunté en voz alta.

El enfermero dejó de anotar en su tabla y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. —No, doctor —Nora bajó la cabeza cuando el enfermero me contestó—. Otro paciente masculino de la

tercera edad ingresó con ella en la misma ambulancia —señaló hacia el cubículo contiguo—. Trae una contusión en la cabeza.

Seguí la dirección de su dedo. Un anciano de cabello ralo y blanco estaba sentado en la otra camilla, sosteniendo una bolsa de hielo contra la parte de atrás de su cabeza. Yo conocía a ese hombre. Era Zacarías, otro residente del Hogar San José.

Uní los cabos sueltos en menos de un segundo. Giré la cabeza y le clavé la mirada a Nora. Mis labios se curvaron en una sonrisa cargada de diversión e incredulidad.

—¿Me vas a decir la verdad sobre esa caída, Nora?

Nora soltó una carcajada ronca que terminó en un quejido por el dolor de su cadera. La anciana no mostró ni una sola onza de arrepentimiento o vergüenza.

—Bueno, doctor Michael —Nora se frotó las manos y desvió la mirada hacia Zacarías—. Él y yo estábamos... Ya sabe, *divirtiéndonos* un poco en mi habitación. Las cosas se salieron de control y nos caímos de la cama.

Un golpe de aire se me escapó por la nariz. Mantuve la boca cerrada con fuerza. El impulso de soltar una carcajada retumbó en mi pecho y me tensó los músculos del abdomen. Apreté los labios hasta convertirlos en una línea fina para contener la risa.

"*¡Bien por ti, Nora!*" pensé al aclararme la garganta.

—Necesitamos descartar fracturas en las extremidades —le indiqué al enfermero, que también parecía estarse aguantando la risa—. Ordenen unas radiografías de manos y rodillas ahora mismo.

El enfermero asintió y comenzó a escribir las indicaciones en la tableta.

—Añadan también una tomografía computarizada de cuerpo entero —ordené, mirando a Nora a los ojos—. No quiero llevarme sorpresas internas por el impacto de la caída, y de todos modos ya

le tocaba seguimiento por su tratamiento —me dirigí a mi paciente —. Asumo que caíste encima de él.

—¡Doctor Michael! —Nora negó con la cabeza —¡Qué cosas pregunta!

—Es médicamente relevante, Nora —no lo era, pero no pude resistirme preguntarle.

Ella refunfuñó un poco antes de asentir.

Me dirigí al enfermero. —Una vez que regresen de imagenología quiero que ambos pasen unas horas en observación médica — apunté a Zacarías —Y, por favor, coloquen las camillas de Nora y Zacarías una al lado de la otra.

Nora dio unas palmadas, encantada con la disposición.

Me acerqué a su rostro y apoyé una mano sobre la barandilla de metal de su camilla.

—Pero me tienes que prometer una cosa, Nora —dije, bajando el tono de voz—. Te vas a portar bien durante este periodo de observación. Nada de gimnasia de alto riesgo hasta que te dé el alta oficial.

—Lo prometo —dijo ella, arrugando la nariz en un gesto cómplice.

Me alejé de la camilla sintiendo que una pequeña parte del estrés del hospital se había evaporado. Giré sobre mis talones para regresar a mi oficina, pero una silueta elegante interrumpió mi trayecto en medio del pasillo.

Adriana de pie junto a un dispensador de gel para desinfectar las manos. “*¿Acaso lo observó todo?*”

—No pareces estar aquí para reclutar mis manos —le dije al quitarme los guantes.

—Te dije que tenía todo bajo control —ella levantó la barbilla hacia Nora—. Es fascinante, ¿no lo crees?

—¿Las lesiones por acrobacias geriátricas?

Adriana negó con la cabeza y me clavó la mirada. Su expresión ejecutiva había desaparecido, dejando paso a una faceta mucho más personal e íntima.

—Me refiero a llegar a esa edad y seguir teniendo esa conexión con alguien —dijo Adriana con un suspiro ligero—. Yo espero tener una compañía amorosa así de intensa en mi vejez. Alguien con quien caerme de la cama.

Una presión me aplastó el pecho, un pinchazo de advertencia que tragué de inmediato. No era el primero que me provocaba Adriana. Ella era una mujer guapa, inteligente, y entendía las exigencias de mi vida, pues las suyas eran similares. Nos entendíamos, pero más allá de eso...

—Es un buen objetivo de vida —dije.

Adrianaladeó la cabeza. Sus ojos oscuros me escanearon de pies a cabeza con demasiada fijeza.

—¿Y tú no anhelas tener a alguien a tu lado en el futuro, Michael? —preguntó ella sin rodeos.

La pregunta me revolvió el estómago. Solté una risa suave y desprovista de humor verdadero.

—¿Cuándo tendría tiempo para conocer a alguien así? —dije, abriendo los brazos para señalar la locura de la sala de urgencias a nuestro alrededor—. Apenas tengo tiempo para dormir, Adriana.

—Somos prueba de que cuando hay que satisfacer una necesidad encontramos el tiempo —Adriana dio un paso. Acortó la distancia. El olor a su perfume floral se impuso sobre el aroma a desinfectante al invadir mi espacio personal.

Se inclinó hacia mí.

Sus labios rozaron mi oído izquierdo y su respiración caliente irradió contra mi piel.

—Quizá ya conociste a esa persona especial y no te has dado cuenta —susurró.

Adriana se separó de mí, dio media vuelta y se alejó por el corredor iluminado. Sus tacones golpearon el suelo con firmeza.

“Quizá,” pensé. “*Pero no vale la pena averiguarlo.*”

Capítulo 4.

Luisa

—¡Elena Mendoza! —empujé las puertas de cristal dobles del Hogar San José mucho antes de que el mecanismo automático terminara de abrirlas.

Planté ambas manos sobre la superficie de imitación de madera de la recepción y enfoqué la vista borrosa en la joven recepcionista. La mujer del uniforme blanco impecable levantó la vista de su pantalla con una calma que me aceleró el pulso y encendió las mejillas del coraje.

—Me llamaron hace veinte minutos —tragué saliva con fuerza para humedecer mi garganta reseca—. Sufrió una caída.

La enfermera abrió mucho los ojos. —¿Es familiar de Nora...?

—¡Elena Mendoza! —cerré el puño con todas mis fuerzas —Soy su nieta, Luisa Jiménez. Me llamaron y dijeron que se había caído, pero se cortó la llamada y ya no pude comunicarme.

Tecleó algo rápido en su ordenador. El ruido del plástico repicó en el pasillo vacío como un taladro. Un rubor rojo le manchó el cuello.

—Señorita Jiménez... —ella encogió los hombros y bajó la mirada—. Hubo una confusión en el cambio de turno.

Un frío cortante me atravesó la nuca.

—¿Una confusión?

—Su abuela está en perfectas condiciones —dijo la joven, señalando hacia el fondo del pasillo—. Ella está en la sala común en este momento. La paciente que sufrió la caída fue Nora, su vecina de cuarto. Los expedientes estaban juntos en la estación médica y la

enfermera de guardia marcó el contacto equivocado en el sistema. Lo siento muchísimo.

El aire acondicionado del vestíbulo me golpeó el rostro, cortando de tajo el calor que me asfixiaba. Inhalé una enorme bocanada de aire saturado de desinfectante floral y café rancio.

Un bloque de cemento invisible desapareció de mi pecho. Cerré los ojos durante una fracción de segundo. El zumbido ensordecedor que llenaba mi cabeza se apagó, revelando el ruido eléctrico de las lámparas fluorescentes en el techo. Perdí la fuerza en las rodillas por un instante y me sostuve del mostrador para mantener el equilibrio.

—Gracias —me esforcé en sonreír y apunté hacia el pasillo—. ¿Puedo...?

—Por supuesto.

Ajusté las solapas de mi chaqueta. Tiré de la tela oscura hacia abajo para recuperar mi postura mientras caminaba hacia la sala de recreación. El sonido lejano de un televisor transmitiendo un programa de concursos rebotaba en las paredes desnudas.

La luz del mediodía entraba a raudales por los inmensos ventanales. Varios sillones de vinilo formaban pequeños semicírculos sobre el piso brillante. Encontré a mi abuela en la esquina más alejada de la pantalla de televisión, sentada en la orilla de un sofá conversando con otra residente sentada en el sillón individual a su lado.

Tenía una manta tejida a mano cubriendo sus piernas delgadas. Su cabello plateado estaba peinado hacia atrás con una rigidez impecable. Su rostro lucía frágil bajo la luz natural, marcando un contraste doloroso con la mujer inquebrantable que me había criado y protegido del mundo tras la muerte de mis papás. Pero sus ojos aún tenían esa vitalidad y bondad que la hacían una compañía tan agradable.

“Es algo que debí aprender de ella,” pensé al acercarme. “A

donde sea que vaya siempre hace un nuevo amigo."

—Hola, abuela —deposité un beso sobre su mejilla suave y arrugada. El calor de su piel aflojó la tensión acumulada en mi cuello.

—¡Lulú! —ella alzó sus manos delgadas, buscó mi rostro y acarició mis pómulos—. ¿Qué haces aquí a esta hora? ¿No tenías una... cómo la llamaste... reunión de transición con tu sucesora?

Esbocé una sonrisa apretada. El recordatorio de mi próximo desempleo me pinchó el estómago como una aguja afilada.

—No fue una reunión muy larga —dije, tallándome el ojo izquierdo.

"Maldita sea, ¿ahora es el otro ojo? Necesito dormir más."

—¿Y no tienes trabajo?

—Ya pasé todos mis casos —me encogí de hombros—. Decidí... tomarme el día —mi abuela bajó la cabeza sin dejarme de mirar a los ojos. Ese gesto maldito me había sacado confesiones en el pasado, y por alguna misteriosa razón siempre funcionaba—. Vale, me llamaron de aquí por error. Me dijeron que te habías caído y me preocupé.

Una carcajada sonora estalló de la residente en el sofá contiguo. Ella me miró con ojos que brillaban con pura malicia.

—Está hablando de Nora y Zacarías —dijo la vieja.

Alcé una ceja. Me acomodé a un lado de mi abuela y alisé la falda de mi traje.

—Adelita, ella es mi nieta —dijo mi abuela al mirarme con una sonrisa.

—Luisa Jiménez, encantada —alterné la mirada entre ellas—. ¿Nora y Zacarías?

Mi abuela asintió con entusiasmo y acomodó la espalda contra el respaldo. —Mi vecina de cuarto y su novio —rodó los ojos y sonrió de oreja a oreja—. Ambos tienen más de ochenta años, y se cayeron de la cama de Nora. ¿Puedes creerlo? Como si fueran adolescentes.

Solté una risa genuina y ronca. La imagen mental era ridícula y enternecedora al mismo tiempo.

—Detecto algo de envidia, abuela —dije, cruzando las piernas—. ¿Debo estar al pendiente de alguna llamada vergonzosa a una sala de urgencias?

Ella y Adelita soltaron una carcajada.

—Ay, Lulú —palmeó mi rodilla—. Mis días de romance terminaron hace mucho tiempo. Prefiero mantener mis caderas intactas para poder caminar por el jardín de la entrada.

—Eso no detiene a Don Esteban —dijo Adelita con una sonrisa traviesa.

Levanté las cejas. —¿Quién es...?

—Nadie, querida —las mejillas de mi abuela se pusieron un poco rojas.

—Es un caballero distinguido que anda tras los huesitos de tu abu... ¡Míralo! Allá... —un pellizco en el muslo que le propinó mi abuela la hizo detenerse.

—Está en todo tu derecho, abuela —Adelita y yo compartimos una risa. Miré a mi alrededor y encontré varios hombres en la sala. “

—Me preocupas tú —dijo mi abuela. Su mirada se volvió afilada. Ella examinó cada centímetro de mi rostro con precisión milimétrica —¿Estás comiendo lo suficiente? Tienes los ojos bien rojos. ¿Estás durmiendo bien?

—Estoy comiendo a la perfección —dije la respuesta ensayada que ya tenía. Era una mentira en el sentido que comía bien, pero a

veces me saltaba una que otra comida—. Y también estoy durmiendo bien —esa sí fue una mentira descarada.

—¿No te sientes sola en la inmensa casa ahora que ya no vivo contigo? —dijo mi abuela, apretando los dedos alrededor de mi rodilla—. Es demasiado espacio para una sola persona. ¿Estás limpiando los muebles como se debe?

—Todo está impecable —mantuve el contacto visual directo—. No hay una sola mota de polvo en toda la sala —eso sí era verdad.

Mi abuela entrecerró los ojos. Ella conocía mis tácticas de evasión mejor que nadie.

—¿Estás haciendo ejercicio? —se inclinó un poco más hacia mí y sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Sigues viendo a ese muchacho alto? ¿El maestro de yoga?

“¡Estaba tan cerca de librar un día sin que toquemos ese tema!”

—No... funcionó —suspiré y miré hacia otro lado—. Queríamos cosas distintas en la vida.

“Él quería platicar sobre las vistas en sus videos de salud en redes sociales cuando yo quería marcharme de su casa”, pensé, recordando la última vez que nos vimos. “Por un lado, qué bueno que conoció a una mujer dispuesta a seguirle el juego, pero por otro me arruinó mi única vía de desahogo físico.”

Mi abuela bufó y agitó una mano en el aire con total desdén.

—Nunca me gustó ese hombre para ti —negó con la cabeza y miró a Adelita—. Esos entrenadores personales solo saben fijarse en el físico de las personas. Tú necesitas a un hombre que te desafíe.

—Los deportistas no sirven para nada, Elena —Adelita se inclinó hacia nosotras—. Los mejores son los doctores.

Parpadeé varias veces. La intromisión me dejó muda.

—No hay nada —enfaticó la anciana levantando su dedo índice — como salir con un hombre que conoce de pies a cabeza el cuerpo de

una mujer. Saben exactamente dónde tocar para que te retuerzas.

Un golpe de calor me subió por el cuello. Mi abuela echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada vibrante que me contagió. Cubrí mi boca con el dorso de la mano. La tensión acumulada en mis hombros cedió por un instante.

Mi abuela se giró hacia mí.

—Entre nosotras, Lulú —dijo con un tono conspiratorio—. Uno de los médicos que han venido a darnos consultas aquí está guapísimo. Te juro que la próxima vez que lo vea por los pasillos, le pido su número de teléfono para ti.

—Abuela —bajé la cabeza sin quitarle la mirada de encima—. Recuerda el fiasco con el chico de la farmacia.

—Ese muchachito se miraba mayor de lo que era.

Arqueeé una ceja y asentí. Debía darle la razón. Además, fueron un par de citas bastante... Intensas.

—No, abuela —negué con la cabeza rápido, antes de soltar mi imaginación recordando al chico de la farmacia—. Estoy muy ocupada con mi carrera en este momento.

—Doña Elena, doña Adela —saludó una enfermera con una voz demasiado grave para su estatura—. Es hora de sus medicinas —dijo al darles a cada una un vasito de papel con algunas pastillas.

Mi abuela me miró y suspiró. —Tuvieron que subirme la dosis.

Me estremecí. *"Ya llevan dos meses incrementándola,"* pensé. *"Pronto tendrían que..."*

—¿Tienes agua para tomártelas?

Mi abuela miró a la mesita frente a los sillones y bufó. —Creo que se llevaron los vasos a lavar.

Puse mi mano encima de la suya y la miré. —Yo te la traigo.

Me puse de pie. Alisé las arrugas de la falda de mi traje y me dirigí a la estación de enfermeras en el salón, donde me dirigieron a la cocina para el vaso.

Recorrí el pasillo color pastel y traté de pensar en otra cosa que no fuera el aumento de dosis para mi abuela. *"Un hombre que conoce de pies a cabeza el cuerpo de una mujer,"* y mi estúpido cerebro se fue directo a esa frase que dijo Adelita. *"Saben exactamente dónde tocar."*

Las palabras de la anciana resonaron en el interior de mi cráneo. Una chispa eléctrica saltó en la base de mi cerebro al formar la imagen abstracta de un doctor hábil en mi cabeza.

El rostro específico y devastador de Michael se materializó en mis pensamientos.

Un tirón violento me sacudió el vientre. *"Bueno, es el médico más guapo que conozco."* La imagen me golpeó el esternón con fuerza física. Visualicé la mandíbula cuadrada de mi mejor amigo y evoqué sus ojos azules y profundos, respaldados por un brillo de inteligencia y travesura. Recordé su cabello peinado con ese descuido calculado que tanto lo caracterizaba.

Pero no lo imaginé como el hombre amigable con el que podía conversar de lo que fuera. Lo imaginé mirándome con intensidad depredadora, y tuve que respirar profundo por el súbito incremento de la temperatura en mi abdomen.

Detuve mis pasos y entré a la cocina. No había nadie, así que cogí un vaso limpio y lo llené con agua purificada.

Imaginé las manos grandes de Michael. Fuertes. Precisas. Atrevidas. Visualicé esos dedos largos trazando mi mandíbula, luego bajando por mi cuello y desabotonándome la blusa con una paciencia que me volvía loca.

Una pulsación rítmica y demandante latió entre mis muslos. Dejé escapar un suspiro entrecortado. La respuesta de mi cuerpo fue

cruda y abrumadora. La excitación pura recorrió mis venas a toda velocidad. Un cóctel tóxico de anhelo reprimido y necesidad carnal inundó mi sistema.

Dejé que mi mente vagara por ese terreno prohibido. Imaginé el peso de su cuerpo sobre el mío, su aliento humedeciendo mi piel, y llenándome por completo. El estómago se me contrajo al instante siguiente.

"¡Dios, Michael!" me imaginé gritando en una explosión de placer.

Un temblor me recorrió la nuca y el pánico me cortó la respiración. "*Luisa, basta,*" apreté los párpados con fuerza. Clavé las uñas de mi mano libre en la palma hasta provocar un dolor agudo y punzante.

"Es tu mejor amigo," pensé. "Ya has arruinado todas tus vías de desahogo físico. ¿Quieres perder tu única red de seguridad emocional?"

Respiré profundo y solté el aire lento y fuerte, vaciando mis pulmones tanto como pude.

Me enfríe, pero no tanto como quería. El pensamiento seguía ahí. Michael era de los pocos hombres que conocía que jamás se sentía intimidado por mi autoridad. No calculaba mi valor político para una campaña ni me buscaba para pedir favores. Podía hablar con él. Podía ser burda y honesta con él. Joder, podía reír con él.

Involucrar el sexo y el romance en nuestra dinámica sería una sentencia de muerte para nuestra relación.

"Y cuando se canse de mí hará lo que hacen todos los hombres," pensé al regresar al salón. "*Dejarme.*"

Construí un muro de concreto mental alrededor de la imagen de sus manos calientes sobre mi cuerpo desnudo. Sepulté la fantasía en el rincón más oscuro de mi memoria.

"Aunque..." pensé, pero sacudí un poco la cabeza de lado a lado

al regresar con mi abuela. "*No, Luisa. No.*"

Capítulo 5.

Michael

—Deja de mirarme así —Adriana se ajustó la falda tubo con movimientos lentos pero precisos. Su respiración ya se había regularizado por completo.

—¿Mirarte cómo? —me abroché los botones de la camisa mientras la miraba en el reflejo del espejo frente a mí.

Se pasó las manos por el cabello para arreglar los mechones rebeldes que habían escapado de su peinado perfecto. —Así —seguía un tanto ruborizada.

Me giré y la recorrí con una lentitud calculada. Su falda tubo gris, impecable hace una hora, mostraba una sutil arruga cerca del muslo. El contraste entre la tela fina y el brillo de una leve capa de sudor humedeciendo su clavícula me hizo lamerme los labios. Prueba irrefutable de la intensidad de lo que acabábamos de hacer en la sala de descansos.

—¿Tiene algo de malo que admire a la mujer que acabo de hacer gritar?

Adriana rio mientras se mordía el labio inferior. —No grité.

Arquee una ceja y me crucé de brazos con una sonrisa. —Pegaste la boca a mi hombro cuando lo hiciste, pero fue claro que...

Se acercó y me acomodó un manotazo todavía riendo. —Puedes ser insoportable, ¿lo sabías?

Le cogí de la cintura y acerqué. —Es parte del encanto.

Adriana respiró profundo y me miró los labios. —No deberíamos —dijo al poner las manos en mi pecho—. Ambos tenemos muchas

cosas pendientes allá afuera.

—Yo soy el jefe —sonreí al mirarla a los ojos—. Yo decido lo que tenemos que hacer con nuestro tiempo.

Adriana soltó una risa seca y me acomodó dos palmadas lentas en la mejilla.

—Tú serás el CEO de Nova Vitalis, Michael —se alejó y giró—, pero no eres el jefe de mi exesposo. Ya no tarda en llegar a mi casa con mis hijos. Me toca tenerlos este fin de semana y...

"A veces olvido que es algo mayor que yo," pensé al asentir despacio. —Claro.

El aire acondicionado zumbaba sobre mi cabeza, pero la mención de sus hijos trajo consigo una ráfaga de realidad que enfrió más la habitación. La vida familiar de Adriana era un territorio del que yo estaba excluido por diseño mutuo. Éramos dos adultos exitosos mitigando el estrés con sexo de alta calidad, nada más.

Adriana acortó la distancia entre nosotros. La suela de sus tacones repiqueteó contra el suelo laminado. Me tomó por el cuello de la camisa, jalándome hacia abajo. Me plantó un beso apresurado en los labios. Respondí al contacto por puro instinto, rodeando su cintura, pero la conexión se evaporó en el instante en que ella retrocedió.

Me dio un par de palmadas planas en el pecho.

—Nos vemos antes de la junta del lunes.

Giró sobre sus talones y abandonó la habitación dejándome con una mueca. *"¿Antes de la junta en la mañana?"* pensé al coger mi chaqueta. *"Quizá deba saltarme el desayuno. No es una mala manera de iniciar la semana."*

Un frío seco se instaló en el centro de mi pecho. Me imaginé desayunando con Adriana comida de verdad en lugar de su cuerpo. Se sentía... Equivocado. Fuera de lugar. Igual que cuando uno

imagina ponerle salsa picante a una rosquilla o crema batida a un filete de carne.

“*¿Para qué piensas esas cosas?*” me eché la chaqueta al hombro. Ya sabía la respuesta a esa pregunta: porque la alternativa a pensar esas cosas era reprimir una soledad inquebrantable. Enterraba ese hoyo negro bajo capas de trabajo extenuante y encuentros físicos sin ataduras, pero siempre volvía. Adriana solo era el remedio más reciente.

Al final del día, no tenía a nadie esperándome.

Caminé por los corredores del Centro Médico Horizontes en dirección a mi oficina. La iluminación blanca rebotaba contra el linóleo pulido. El aire estaba saturado con el olor químico a desinfectante industrial y el matiz a café rancio proveniente de la estación de enfermeras. Saludar a un par de médicos en el trayecto me obligó a activar de nuevo mi fachada de CEO bajo control absoluto. Repartí asentimientos seguros mientras el vacío en mi estómago seguía latiendo.

Entré a mi oficina y cerré la puerta. El silencio corporativo estaba aislado del ruido de urgencias y el contraste me golpeó de inmediato. Los ventanales de piso a techo ofrecían una vista panorámica del Parque Mayor bañada por la luz cobriza del atardecer. A mitad de primavera, las copas de los robles habían recuperado el follaje denso que perdieron durante el invierno.

Desde mi altura, la multitud que salía de sus oficinas y cruzaba los senderos adoquinados parecía una marea de vidas simples y reales fluyendo muy por debajo de mi jaula de cristal. Parejas caminando juntas, ejecutivos apresurados aflojándose la corbata, dueños paseando a sus perros bajo el sol poniente... Todos ellos conectados por hilos invisibles de rutina y afecto de los que yo carecía.

Arrojé la chaqueta sobre el respaldo de mi silla. Me aflojé el nudo de la corbata y desabroché el primer botón de mi camisa.

Caminé hacia el sillón ubicado en la esquina y bajé mi guitarra acústica de su soporte en el muro. El contacto de mis dedos con la madera pulida me ancló al presente. Me dejé caer en el asiento y apoyé las yemas sobre las cuerdas.

Cerré los ojos y empecé a rasguear.

Las vibraciones de la caja de resonancia golpearon contra mis costillas. Notas bajas. Lentas. No tenía una canción en mente. Solté el control y dejé que las emociones dirigieran mis dedos y mis pensamientos divagaran. Matt tenía su carpintería, y Max tenía su afición por la mecánica.

Lo mío era la música. El único lugar donde no tenía que ser nada para nadie. Mis notas no tenían ninguna lógica ni armonía. Solo un ritmo irregular, evidencia de mi lucha por definir mis emociones.

La imagen de Luisa se materializó en mi mente. Apareció con claridad, y el ritmo perdió su irregularidad. Sus ojos ardían. Su mirada poseía un brillo inteligente y afilado que desnudaba cualquier mentira antes de ser pronunciada. La curva de su sonrisa era una pequeña traición de su seriedad que solo aparecía cuando la hacía reír.

"*Dios, esa risa,*" pensé. Mi respiración se agitó. El ritmo de mis dedos cambió. La melodía se transformó bajo mis manos. Adquirió una cadencia profunda y... ¿Oscura? ¿Melancólica? No... Anheló.

Una punzada me atravesó el estómago. Recordé cuando me presentaron a Luisa en una gala algunos años atrás. Nos volvimos amigos esa misma noche cuando nos intentaron emparejar. Con otra mujer habría terminado la noche bajo las sábanas con ella, pero disfruté tanto la compañía de Luisa que me pareció raro romper el buen rato que estábamos pasando solo por meterla en la cama.

Era... *Seguía* siendo una mujer hermosa. Pero los cuerpos bonitos abundan. Luisa tenía algo más.

El calor me subió por el cuello. La atracción hacia Luisa no era como la que sentía por Adriana. Con Adriana solo era transaccional. Una comezón que nos rascábamos. Con Luisa no tuve problemas en imaginarme desayunando algo antes de una junta.

Pero tampoco tuve problemas en imaginarme a mi amiga susurrándome al oído lo que quería que le hiciera después del desayuno, y tampoco tuve problemas en imaginar las cosas que...

—Es usted increíble con la guitarra, señor Spencer —dijo una voz suave y melódica detrás de mí.

Abrí los ojos de golpe y congelé las manos sobre las cuerdas. La sangre bombeaba con fuerza contra mis costillas, como si me hubieran atrapado en un acto prohibido.

Pía, mi asistente, sostenía una carpeta contra su pecho. Era una mujer joven y de constitución menuda, casi frágil en apariencia, pero con una eficiencia que rozaba lo implacable. Su piel morena clara contrastaba con el castaño cobrizo de su cabello, que llevaba recogido en una coleta alta, dejando a la vista una sonrisa afable que siempre parecía un poco fuera de lugar en la atmósfera estéril del hospital.

“¿Acaso es un maldito ninja?” pensé. *“¿Cómo no la escuché entrar?”*

Solté un suspiro largo para estabilizarme. Dejé la guitarra en su soporte con una lentitud exagerada. Me puse de pie y asumí mi postura directiva.

—¿Qué necesitas, Pía?

Ella bajó la mirada a la carpeta.

—Dejé en su escritorio los currículums que solicitó para el puesto de Representante Legal —puso la carpeta y ambas manos detrás de su espalda—. Recursos Humanos terminó la preselección. Ah, y su hermano, Matthew, agendó una cita.

Asentí, asimilando la información.

“¿Matt agendó una cita?” pensé. *“¿Para qué? Al rato le pregunto.”*

—Gracias, Pía.

Cerró la puerta al salir. Me apoyé contra el borde de mi escritorio y miré la pila de carpetas. *“Hora de volver al trabajo.”*

El puesto era crítico para Nova Vitalis. Necesitábamos a alguien capaz de lidiar con los sindicatos y los laberintos legales de las aseguradoras.

Hojeé una de las carpetas. *“¿A qué mierda se refieren con Cumplimiento normativo?”* Hojeé otra. *“¿Qué diablos es Arbitraje corporativo?”*

El idioma era español, pero bien podría ser un idioma alienígena. Yo era médico.

“Necesito un puto diccionario para entender lo que...” pensé, y la imagen de Luisa volvió a asaltar mis pensamientos. No como unos minutos atrás, sino con su traje gris y presencia imponente en un juzgado. *“Claro, tarado. Es la mejor abogada que conoces.”*

Saqué el móvil y busqué su contacto. Presioné el ícono de un teléfono y la llamada conectó al segundo tono.

—¿Bueno?

Forcé un tono de broma para ocultar mi pulso acelerado. — Canela, te necesito.

Escuché una risa cansada. —¿Qué hiciste y en qué estación de policía te tienen detenido?

Solté una carcajada. —No sé si ofenderme o alegrarme que tengas esa idea de mí —ella rio un poco—. Necesito que me salves la vida. Tengo una montaña de currículums para el puesto de abogado corporativo y no entiendo ni la mitad de lo que dicen.

—¿Te los dieron en chino?

—Peor —abrí una carpeta—. Jerga legal.

Un suspiro cansado sonó a través del altavoz.

—¿Y me estás llamando para...?

—Ven y ayúdame a descartar a los inútiles antes de que contrate a un payaso por accidente —el ruido del tráfico de fondo zumbó en la línea—. ¿Dónde estás?

—Acabo de salir de la fiscalía —la escuché suspirar—. Hoy fue mi último día.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. —¿Lloraste?

—Claro que no. Tenía demasiada hambre para llorar.

Caminé hacia el ventanal.

—Qué coincidencia —sonreí al mirar a lo lejos—. Yo estaba a punto de ordenar comida tailandesa. Ven a mi oficina. Comemos mientras descartas candidatos.

—¿Cómo es que siempre sabes lo que tienes que decirme para convencerme de algo?

—Se llama “química,” canela.

Luisa soltó una risita. —Claro —su sarcasmo fue claro—. Pero está bien. Llego en diez.

—Perfecto.

Capítulo 6.

Luisa

—Llegaste a tiempo —dijo Michael, levantando la mirada de la carpeta abierta en su inmenso escritorio de caoba pulida.

Crucé el umbral de su oficina, dejando atrás el sándalo y desinfectante industrial del pasillo para chocar contra el fuerte aroma del jengibre y albahaca. El estómago me rugió con una violencia que me obligó a presionar una mano contra el vientre. *“Es lo que pasa por saltarte el desayuno,”* pensé.

La luz de los ventanales caía sobre sus hombros, resaltando la textura impecable de su chaqueta hecha a la medida.

Dejé mi bolso sobre el sillón de cuero frente al televisor y una guitarra acústica colgada en la pared. Seguí mi olfato hasta la hilera de cajas negras con el logo dorado del restaurante en la mesita frente al sillón.

Sonrió al cerrar la carpeta. —Si tardabas cinco minutos más, habría empezado sin ti.

Me acerqué a la mesa y parpadeé con fuerza. Un ardor persistente me arañaba las córneas. Ahora ambos ojos. *“Pero quise desvelarme viendo ese drama coreano. Ahora te aguantas, Luisa.”* Froté los párpados con el pulgar mientras me enfocaba en la pila de documentos que él tenía en el escritorio. Eran al menos diez carpetas con etiquetas de colores.

—¿Eso es lo que quieres que revise? —señalé el montón de papeles con el mentón.

Michael se puso de pie. Se desabotonó el saco y lo colgó en el respaldo de su silla. Se arremangó la camisa blanca, dejando a la

vista sus antebrazos fuertes con venas marcadas mientras se acercaba a mí.

—Así es —se detuvo a mi lado—. Recursos Humanos hizo una preselección, pero los veo a todos iguales. Necesito un ojo clínico. O, mejor dicho, un ojo legal que me ayude a elegir.

Se detuvo frente a mí y me ofreció su mano en un gesto que entendí. Suspiré al quitarme mi propia chaqueta y entregársela. Él rozó mi brazo y el calor de su piel se filtró a través de la mía, disparando una corriente eléctrica que me obligó a apretar un poco los dientes.

Me alejé un paso, ocultando mi reacción tras una mueca de concentración profesional.

—Léelos mientras sirvo esto —ordenó con un tono suave mientras dejaba mi chaqueta en el respaldo de la silla frente al escritorio—. No quiero que se enfríe la sopa.

Hice una reverencia exagerada. —A la orden, jefe —dije en tono de broma.

Él rio y me lanzó una mirada peligrosa. —Así me gusta, canela. Buena chica.

—Que te den, tarado —me reí al coger las carpetas, ocultando el hecho que un relámpago me sacudió entera por dentro. Me senté en el sillón con ellas en el regazo.

Lo miré sacar un par de refrescos de su mininevera. Una de manzana, para él, y sin duda la de uva era para mí.

Volví mi atención a las carpetas. Abrí la primera y leí. La tipografía era elegante, el candidato tenía una maestría en derecho corporativo y diez años de experiencia en seguros.

Pasé a la siguiente, y luego al siguiente. Detecté un patrón entre los candidatos. El perfil era casi idéntico. —¿Por qué se fue el

anterior representante legal? —pregunté sin levantar la vista del papel.

Michael destapó un contenedor de arroz jazmín. —Se jubiló —dejó los cubiertos de metal sobre la mesa—. Eligió el momento estelar para hacerlo. Pero no puedo reprocharle haber cumplido la promesa que le hizo a su mujer.

Exhaló con tanta fuerza que sus hombros cayeron. Se sentó a mi lado y se giró hasta quedar con el torso de frente a mí, subiendo su pierna al sillón y apoyando el codo en el respaldo.

—¿Dejó muchos pendientes?

Se frotó la nuca con una mano temblorosa. —Tengo que negociar un nuevo convenio con el sindicato de enfermería —hizo un gesto con las mano abierta—. Al parecer hubo una reforma laboral que impacta a los trabajadores de la salud y estamos obligados a cumplir con algunas cosas. Además, las aseguradoras cambiaron sus lineamientos legales y no entiendo ni la mitad de los términos que usan en sus contratos.

Negué con la cabeza mientras cerraba la tercera carpeta. —Las aseguradoras son muy buenas en usar lenguaje engañoso en sus contratos para ocultar términos que les favorecen más que a sus clientes —dejé las carpetas en la mesita y me giré en el sillón, quedando frente a frente con Michael—. Lo que sea con tal de negar un pago.

Michael me miró con una intensidad que me hizo removerme en el asiento. Él se inclinó hacia la mesita, cogió un cuenco vacío y lo llenó. —Ese es el problema, Luisa —dijo al servir—. Yo soy doctor. Sé de diagnósticos, ritmos cardíacos y protocolos de urgencias. Pero no sé cómo pelear contra un abogado que usa una coma mal puesta para negarle un pago a un paciente.

Me entregó el cuenco. El aroma a coco y chiles me hizo salivar. —Necesitas a alguien que no solo lea contratos, Michael —dije, cogiendo los palillos—. Necesitas a alguien agresivo y que conozca

los laberintos legales mejor que ellos. Sobre todo, que no tenga miedo de cerrarles la puerta en la cara si intentan estafarte.

Probé la comida. El calor del curry me bajó por la garganta, devolviéndome la energía que el día me había robado. La manera en que Michael me observaba me puso nerviosa. No tocaba su comida. Solo me miraba.

—No sé qué tanto te servirá el consejo de una abogada desempleada —intenté sonar despreocupada.

Michael se quedó petrificado con el bote de refresco a medio camino de los labios y frunció el ceño. —¿Desempleada? —dejó el refresco en la mesita—. Eres la “Fiscal de Hierro”, Luisa. Pensé que te sobrarían ofertas de trabajo.

Solté una risa seca que no llegó a mis ojos. —No me hice de muchos amigos en el sector privado, Michael.

—¿Y tu partido político? —levantó una ceja —Si te dijeron que no te lanzaras como candidata a un segundo término como fiscal es porque tienen planes para ti, ¿no?

Me encogí de hombros y removí el arroz en el cuenco. —Al parecer no encajo en la imagen que tienen de un candidato ideal —respiré profundo y apreté un poco mi agarre de los palillos—. Mi soltería es un problema. Soy “demasiado agresiva” para los votantes conservadores.

Enderecé la espalda y clavé la mirada en la guitarra colgada en la pared.

—Eso es una estupidez —sus palabras me hicieron vibrar el pecho—. Es un desperdicio criminal de tu talento.

—Es la política, Michael —alcé el mentón—. No me voy a poner a llorar por eso. Ya encontraré algo. Tengo un par de entrevistas la próxima semana con firmas corporativas. Ya encontraré un trabajo.

Él se inclinó hacia delante. Sus ojos azules brillaban con una

determinación que me puso en alerta. —Quizá ya lo encontraste.

Me quedé con un trozo de pollo a medio camino de la boca, y descifré al instante el significado de su expresión. —Estás loco.

Michael se puso de pie. —Piénsalo —rodeó la mesita y se giró hacia mí—. Acabas de enlistar lo que necesito: alguien agresivo, alguien que conozca los laberintos legales y alguien que no tenga miedo. Tú cumples los requisitos al pie de la letra, Luisa. Y tienes algo más que ninguno de esos diez candidatos tienen.

Bajé el cuenco a mis muslos y le miré a los ojos. —¿Qué?

—Mi confianza.

Dejé la comida sobre la mesa. Una capa de sudor frío me cubrió la nuca y la garganta se me cerró, aunque no dejé que se reflejara en mi rostro. —Michael, eres mi mejor amigo. ¿Cómo vas a ser mi jefe?

—¿Por qué no? —cruzó los brazos sobre el pecho. Noté cómo la tela de su camisa se tensó contra sus bíceps y él siguió hablando antes de que pudiera decirle algo—. Soy un excelente jefe. Pregúntale a cualquiera.

—No dudo que lo seas —me puse de pie para igualar su altura, aunque seguía llevándome una cabeza de ventaja—. Agradezco el gesto y te adoro por ello, pero no necesito que me rescates.

Michael soltó una risa corta y carente de humor. —¿Que te rescate? Luisa, tú me estarías rescatando a mí.

—¿De qué hablas?

—Ya tuve una reunión preliminar con la dirigente del sindicato de enfermeras —hizo un gesto exagerado con las manos—. Esa vieja es un gran tiburón blanco que ha negociado con CEOs y abogados mucho más experimentados que yo. Me va a comer vivo —me cogió la mano y sonrió—. Pero a la Fiscal de Hierro...

—¡Dios, eres un dramático! —dije, aguantando la risa.

Caminó hacia su escritorio, cogió una hoja de papel y me la ofreció. —Mira lo que estamos ofreciendo.

Tomé el documento, lo leí y por poco dejo que se me abra la boca.

—¿Esto es lo que pagas? —pregunté sin pensar.

—¿Por qué? —Michael se paró a mi lado y miró el papel en mis manos—. ¿Le falta un cero? No creo que sea un problema.

¡Casi me giro a darle un manotazo en la cabeza! ¡Con qué casualidad avienta esa cantidad de dinero!

—No, es bastante competitivo.

“Una puñetera fortuna es lo que estás ofreciendo. Joder, con razón muchos buscan el sector privado.”

MI mirada se ancló en los beneficios. Sentí un picor repentino en los ojos, esta vez no por el cansancio.

—¿El seguro médico es solo para mí? —pregunté, tratando de que mi voz no temblara.

Michael sonrió y se recargó en el borde de su escritorio. —Cubre hasta a tus mascotas, si tuvieras. Es un plan familiar integral sin restricciones. Mi asistente tiene cubiertos a sus suegros. Acaban de necesitar cirugías complejas y el seguro lo costeó todo sin que ella pusiera un centavo por adelantado. Nada de esas idioteces de copago ni deducibles. Me orgullece decir que es el mejor seguro médico en la historia. Sería el colmo que una compañía de gestión hospitalaria tuviera uno malo, ¿no crees?

“¿Cómo podía preguntarle por cobertura de geriátricos sin que indagara por mi abuela?” pensé. “Quizá si le pidiera una copia de la póliza podría...”

—Y uno de mis cirujanos tiene a su mamá con Alzheimer en un centro de cuidados geriátricos —Michael rio—. Hasta donde sé, si es necesario para tu salud o de tus seres queridos, lo cubrimos.

Asentí. *“Eso contesta mi pregunta, pero...”*

Un vacío helado se me instaló en el estómago. Ni siquiera Hannah o Jessica saben de la condición de mi abuela. Michael no podía saberlo, pero acababa de ponerme delante la única oferta que no podía rechazar.

Michael se acercó tanto que pude oler su perfume: una mezcla de sándalo y algo más que me puso la piel de gallina. —Me gustaría decir que tendrías horarios flexibles, pero la verdad es que a veces necesitarías...

Cerré los ojos un segundo, sintiendo el calor de su presencia.

—Cambia este cinco —dije al apuntar al sueldo en el papel—. Por un siete, y tenemos un trato.

Michael arqueó una ceja. Una chispa de triunfo le bailó en los ojos. —Lo cambio por un nueve.

Reí. —Eres pésimo negociador.

Soltó una carcajada —Yo diría que es una ganga si aseguro la adquisición de un talento como el tuyo.

Negué con la cabeza. —Vale, Michael.

—¿Consumamos el trato, canela?

Logré detenerme antes de morderme el labio ante su elección de palabras, pero eso no detuvo la ola de calor que me retorció completa por dentro.

Cogí su mano y él apretó la mía con firmeza. La presión de sus dedos me quemó la piel, pero no me solté mientras le sostenía la mirada.

—Trato hecho —dije.

El pulgar de Michael trazó la línea de mis nudillos antes de soltarme.

—Bienvenida a Nova Vitalis.

Capítulo 7.

Luisa

—¿Representante legal de un hospital? —la voz de Tomás Varela resonó por el altavoz de mi móvil, cargada de una decepción mal disimulada.

Me recosté en la silla ergonómica de mi nueva oficina en el Centro Médico Horizontes. “*Eso sí es lujo*”, pensé al acomodarme en el asiento. “*Nada que ver con la reliquia que usaba en la fiscalía.*”

—Representante Legal de *todo* Nova Vitalis, Tomás —miré de reojo el móvil en la mesa de vidrio del escritorio. —No solo de este hospital.

—Debiste esperar —dejé de leer la carpeta cuando dijo eso—. Sé que va a quedar vacante la Dirección de Cultura y Patrimonio. Un buen desempeño ahí sería...

—¿Cultura y Patrimonio? —cerré la carpeta y miré el móvil como si éste pudiera transmitirle la mirada indignada que le estaría dando a Tomás—. ¿Qué sé yo de ese tema? ¡No estudié Trabajo Social ni Sociología o Historia! ¡Soy abogada!

—¿Y eso qué importa? El actual Director de Desarrollo Urbano ni siquiera...

—Mira, Tomás —cerré los ojos y me froté los párpados. El ardor era peor ese día que en los anteriores. —Este es un puesto ejecutivo excelente —saqué de mi bolso el estuche de mis lentes de contacto y el de mi reemplazo—. Y paga mucho más de lo que ganaría en el servicio público. Al menos, por ahora, necesito el dinero.

—No encaja en absoluto con el plan que... —dijo Tomás, luego guardó silencio unos momentos —Podrías convencer a la mesa

directiva de hacer algunas contribuciones a organizaciones de impacto social. Si haces algunas apariciones públicas... Eso... Sí, eso podría funcionar.

—¿Ves? —sonreí al coger el móvil, y la picazón en mis ojos me llevó al límite. “*Ya, basta,*” me quité los lentes de contacto y los guardé en su estuche.

—Deja vea qué puedo hacer —dijo Tomás—. Aunque seguimos sin resolver el problema de tu soltería.

Me tensé de inmediato. “*¿Problema? Que te den,*” pensé.

—Mi estado civil no define mi capacidad.

—Y tampoco tu percepción pública, pero así son las cosas — escuché a Tomás mover hojas de papel—. Le respondes directamente a Michael Spencer, ¿correcto?

—Sí.

—Él es soltero, ¿no?

“*Más te vale que no sugieras lo que creo que vas a sugerir.*” —No es asunto mío, pero creo que sí.

—¡Ahí tenemos la solución! —dijo Tomás —¿Te imaginas tener el respaldo de una familia tan influyente como los Spencer?

Resoplé. —Eso es ridícul...

—Indagaré un poco y estaré en contacto contigo. Mientras tanto, pon tus encantos femeninos a trabajar.

—¡Tomás! ¡No voy a...!

El desgraciado colgó la llamada antes de que pudiera decirle algo.

Liberé un poco de frustración con un gruñido sonoro al coger el móvil y guardarlo en mi bolso. Una punzada me atravesó el pecho y la sangre me hirvió en las venas.

“¡El descaro de este imbécil!” pensé al salir de la oficina rumbo al baño.

Apreté la mandíbula hasta que me dolieron los dientes. La idea de usar a Michael como un trofeo político me revolvió las entrañas, dejándome un mal sabor de boca que me duró todo el rato que me tomó ponerme mis otros lentes en el baño de las oficinas.

“¿Apoco estos también están sucios?” pensé al parpadear un poco más. Aunque el ardor fue menos, aún era bastante incómodo.
“Quizá deba...”

Abrieron de golpe la puerta del baño, chocando contra el tope de goma, haciéndome saltar del susto. Una enfermera entró casi tropezando con sus propios pies.

—¡Señorita Jiménez! —jadeó, con los ojos muy abiertos y el rostro pálido.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos un paciente con herida de bala en urgencias.

Asentí rápido. —¿La policía?

—Hay tres oficiales abajo —la enfermera tragó saliva—. Están exigiendo acceso inmediato para interrogar a uno de los heridos. Los doctores siguen trabajando para salvarle la vida.

Suspiré y me tragué el coraje. —Llévame allí ahora mismo.

Caminamos a toda prisa por los pasillos. El zumbido constante de la iluminación fluorescente me acompañó hasta llegar a las puertas batientes de la planta baja.

El caos me golpeó como una bofetada física al cruzar el umbral de la sala de urgencias. El olor metálico de la sangre fresca se mezclaba con el olor penetrante a yodo y desinfectante industrial.

Tres oficiales de policía uniformados estaban frente a una enfermera que les impedía el paso. No alcancé a escuchar lo que le

dijo al policía, pero éste le cogió la mano y giró con demasiada fuerza para esposarla.

El pánico en los ojos de la enfermera encendió mi instinto de protección.

—¡Deténganse en este instante! —grité, usando todo el volumen de mi voz.

Me interpuse entre los agentes y el personal médico ateniendo a un herido detrás de mí. Cuadré los hombros y levanté la barbilla, bloqueando su avance.

—Cállese y quítese si no quiere terminar igual —gruñó el oficial de mayor rango, dando un paso amenazador hacia mí.

Bajé la cabeza y le miré directo a los ojos sin cederle un solo milímetro. —Suéltela en este momento o les levantaré cargos de agresión, abuso de autoridad, brutalidad policiaca, e interferencia en el cuidado de la salud a cada uno de ustedes —di un paso al frente, y ellos sí se alejaron—. ¿Todavía no la quieren soltar? Vale, exigiré su despido inmediato de la policía. Ellos dos se ven jóvenes y serán guardias de seguridad muy lindos, pero usted ya debe tener algunos años. ¿Quiere arriesgar su pensión y beneficios? No me ponga a prueba.

El policía que sujetaba a la enfermera la soltó, y ésta entró al cubículo detrás de mí.

—Les explicaré lo que va a pasar en este momento —me crucé de brazos—. No, no hablen. Escuchen. Van a regresar a su cuartel y le pedirán a un detective que coordine con la fiscalía una orden firmada por un juez para interrogar al paciente, siempre y cuando los médicos lo autoricen. Así se hacen las cosas, no a lo bruto como lo acaban de intentar.

Miré a los tres policías a los ojos de uno por uno. —O sigan insistiendo y hagan que me gane lo que me están pagando por representación legal —respiré profundo—. ¿Quedó claro? ¿Preguntas? ¿No? Entonces por favor retírense, o tendré que pedirle

a nuestro personal de seguridad que los acompañen fuera de las instalaciones.

El oficial de mayor rango apretó los dientes. Incluyó la cabeza hacia la entrada a urgencias y se fueron.

Dejé salir el aire acumulado en mis pulmones en un suspiro largo y pesado. Giré sobre mis talones y miré a mi alrededor. Solo se percibía el alboroto proveniente de la sala donde atendían al herido, pero el resto del área parecía sumida en un silencio inquietante a pesar de tener casi todas las camillas ocupadas.

Michael estaba a unos cuantos metros de distancia, dentro de un cubículo de cortinas abiertas. No llevaba su impecable chaqueta de diseñador habitual. Solo vestía sus pantalones oscuros y una camisa de vestir azul cielo remangada hasta los codos. Traía guantes quirúrgicos puestos manchados de sangre ajena y sus antebrazos exudaba una fuerza física imponente bajo la luz artificial de la sala.

Me quedé quieta, totalmente incapaz de apartar la vista de él.

Atendía a un anciano sentado en el borde de una camilla. Michael limpiaba un corte profundo en la frente del hombre con gasas estériles y una concentración absoluta. Su ceño estaba fruncido, enfocado por completo en su tarea.

—Ya casi terminamos, don Arturo —la voz de Michael resonó con calma, utilizando una compasión íntima y suave que yo jamás había visto en él.

—Me duele mucho, doctor —gimió el anciano. Sus manos temblaban, aunque las tenía una encima de la otra.

Michael detuvo su labor un instante. Colocó su mano grande y fuerte sobre el hombro del paciente.

—Ahora mismo le traerán de lo bueno para el dolor —Michael asintió—. Tendrá que quedarse en observación un par de horas.

Una fuerte sacudida eléctrica me recorrió el vientre desde el ombligo hasta la pelvis. Sabía que era médico y antes de ser CEO

había sido el jefe del departamento de urgencias de un hospital, pero jamás lo había siquiera imaginado. Era la primera vez que lo miraba en su elemento.

“¿Qué tanto de verdad lo conozco?” deshice mi postura rígida en un instante ante la pura ternura de su acto. Tragué para aliviar la sequedad de mi garganta.

Michael terminó de vendar la cabeza del anciano y le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Levantó la vista para buscar algo y clavó sus ojos en mí.

El mundo entero a mi alrededor pareció detenerse de golpe.

Él le dio unas últimas instrucciones rápidas a una enfermera cercana y caminó hacia donde yo estaba. Su mirada me recorrió de arriba abajo con una atención cruda mientras acortaba la distancia. El calor de sus ojos me quemó la piel a través del grueso tejido de mi traje sastre.

—Sobreviviste a tu primer altercado en urgencias, canela —dijo él, deteniéndose justo frente a mí—. Y qué manera de ponerlos a su lugar. Me rindo a tus pies.

Su voz envió vibraciones cálidas a mi pecho. —Solo hago el trabajo por el que me estás pagando —respondí con un hilo de voz, aferrándome a mis últimas reservas de profesionalismo.

Nos miramos a los ojos. El ruido de los monitores y los lamentos de la sala parecieron desvanecerse en un ruido blanco de fondo. Volví a parpadear con fuerza. El ardor en mis ojos se hizo presente de nuevo, obligándome a frotarme el párpado con el dorso de la mano.

Michael frunció el ceño de inmediato y dio un paso más hacia mí, invadiendo por completo mi espacio personal.

—Tienes los ojos inyectados en sangre, canela.

—Es solo cansancio —intenté retroceder, pero mis caderas

chocaron contra el mostrador de recepción.

—No —negó él con la cabeza, acercando más su rostro al mío—. Así no se ve el simple cansancio —se alejó y me cogió el codo con firmeza—. Acompáñame.

El calor de su palma traspasó la tela de mi chaqueta, enviando un nuevo y potente escalofrío por toda mi columna vertebral que me hizo olvidar quitar mi codo de su mano. Llegamos a una pequeña sala de exámenes privada al final del corredor. Él entró detrás de mí y cerró la puerta.

El silencio de la habitación nos envolvió por completo. Solo nos acompañaba el apenas perceptible zumbido de las luces fluorescentes en el techo.

—Siéntate ahí —señaló la camilla de exploración mientras se ponía un par de guantes de látex.

Obedecí y me senté en el borde. Apreté las manos sobre mi regazo para disimular el leve temblor que agitaba mis dedos.

Michael encendió una pequeña linterna médica tipo bolígrafo. Se acercó y se colocó justo frente a mí. Sus piernas rozaron mis rodillas, las cuales mantuve juntas. Su abrumadora cercanía física me puso al rojo vivo de la cabeza a los pies, haciéndome apretar los muslos. El corazón me latía como un tambor de guerra contra las costillas cerradas.

—Mírame fijo —ordenó él en un susurro áspero que me puso la piel de gallina. Levanté el mentón. Mantuve la vista clavada en su rostro—. Buena chica.

Resoplé y sonreí. Iba a decirle algo, pero cuando me sujetó la barbilla con su mano libre mi cerebro se quedó en blanco. Un golpe de calor me subió por el vientre. Tragué aire y lo retuve, aspirando su aroma.

Él movió el haz de luz de un lado a otro frente a mis pupilas con movimientos precisos, profesionales y lentos.

—Te pican mucho, ¿verdad? —apagó la linterna y bajando la mano, pero no soltó mi barbilla por unos instantes más.

—Llevo días enteros con esta molestia —parpadeé fuerte un par de veces.

—Has desarrollado una reacción alérgica severa al conservante del líquido de tus lentes de contacto —Él me soltó la cara y retrocedió un paso completo hacia atrás. Quedé fría y vacía por la abrupta pérdida de su calor corporal.

—Pero es la misma solución que he usado toda la vida.

—A veces pasa —se encogió de hombros—. El cuerpo desarrolla alergias a sustancias cuando es expuesto a ellas por años. Tuve un paciente que venía de la costa que desarrolló una alergia a los crustáceos, a pesar de comerlos casi todos los días de su vida hasta su adultez temprana. He leído casos de personas que fueron picadas por abejas y no les pasó nada la primera vez, pero la segunda entraron en shock anafiláctico.

—Eso suena grave.

—No poder respirar sí es grave —dijo con un tono más alegre—. Pero eso no te va a pasar. Se te saldrá el ojo por la hinchazón mucho antes de que llegues a eso.

—¡Más te vale que estés bromeando!

Michael soltó una carcajada. —Tranquila, canela —cruzó los brazos —, aunque sí tienes que quitártelos ahora mismo.

Asentí con la cabeza de forma sumisa. —¿Y qué debo hacer? —metí la mano en mi bolso y saqué mi estuche de viaje para las lentillas. Me quité los delgados plásticos de los ojos con mucho cuidado y los guardé.

—Ir con tu oftalmólogo y revisar opciones con él —Michael volvió a acercarse y le dio una palmada a la cama de examinación—. Acuéstate.

—¿Para qué?

Levantó una jeringa y una bolsa con un líquido transparente. — Necesito limpiarte los ojos —me miró de arriba abajo—. Puedo hacerlo contigo sentada, pero te mojaría la blusa, y eso solo me beneficiaría a mí —me guiño un ojo.

Respiré profundo y me recosté. Sus manos se movieron con una precisión hipnótica. El goteo fresco del suero sobre mis ojos fue un alivio inmediato, pero el verdadero impacto vino de su cercanía. Estar tendida de espaldas, casi a ciegas, escuchando la suave cadencia de su respiración controlada encendió una chispa febril en mi bajo vientre.

—Parpadea —dijo casi como un susurro. Hice lo que me pidió, y aunque miraba algo borroso noté que sonreía—. Buena chica —me secó despacio alrededor de los ojos con una gasa—. Ya te puedes sentar.

Un alivio refrescante invadió la esclerótica irritada cuando me incorporé. Como no podía volverme a poner las lentillas, volví a buscar en el fondo de mi bolso y saqué mis lentes de armazón grueso que usaba de respaldo.

Me los coloqué sobre el puente de la nariz, ajustándolos detrás de mis orejas.

Levanté la vista hacia Michael. Él se me quedó mirando. Sus ojos oscuros escanearon mi nuevo aspecto durante unos segundos que parecieron alargarse hasta la eternidad.

La tensión en el aire se volvió espesa y pesada.

—¿Qué pasa? —mi pecho subía y bajaba de forma errática bajo la tela de mi blusa.

Él repasó el contorno oscuro de la montura sobre mi rostro. — Nunca te había mirado con lentes —un brillo cruzó por las pupilas de Michael antes de que lograra enmascararlo—¿Cuántas tazas de café has tomado hoy?

—Una, en casa antes de llegar aquí —relajé por fin la rigidez de mis hombros—. No las suficientes para sobrevivir a un primer día como este.

Michael hizo un ligero gesto hacia la puerta con la cabeza.

—Sígueme —dijo, esbozando una sonrisa de medio lado que me derretió por dentro mientras se quitaba los guantes de látex—. Eso tiene remedio rápido.

Capítulo 8.

Michael

—Te quedan perfectos —dije, apoyando un hombro contra el marco de la puerta de la sala de exploración.

Luisa terminó de ajustar las patillas de sus lentes de carey oscuro detrás de sus orejas. Ella levantó la barbilla y me sostuvo la mirada a través de los cristales limpios. El armazón grueso enmarcaba sus ojos y suavizaba la severidad habitual de sus facciones de fiscal implacable.

—Seguro me veo como una bibliotecaria estricta —dijo al alisar la falda de su traje sastre.

—Eso no es algo malo —le ofrecí una sonrisa abierta. Me lanzó una mirada incrédula que solo me hizo ampliar la sonrisa—. No tienes idea de las fantasías que los hombres tenemos sobre las bibliotecarias, ¿verdad?

—Madre mía —Luisa rodó los ojos hacia arriba.

Me aparté del marco de la puerta y le hice un gesto hacia el pasillo exterior. —Das la impresión de que tienes una paleta y látigo en casa que usas para repartir disciplina.

—Me veo tentada a hacerme de una —ella asintió y caminó a mi lado.

—¿Látigo o paleta?

—Ambas —me miró y sonrió—. Quizá una mordaza de bola.

Solté una carcajada para ocultar el relámpago que aquella respuesta provocó en mis adentros y pensamientos, detonando imágenes que desintegraron todas y cada una de las frases que

tenía listas para seguirle el juego. El solo imaginar a Luisa, con lentes, vistiendo un traje de piel negra ajustado a su figura, sosteniendo una paleta con una mano, y una mordaza de bola en la otra... Joder, el BDSM nunca había sido lo mío, pero cómo no emocionarme con esa imagen en la cabeza.

Continuamos hasta atravesar las puertas corredizas hacia la calle. El impacto de la luz del sol nos golpeó de inmediato. El bullicio de Ciudad del Sol nos envolvió por completo. El rugido de los motores, las sirenas distantes y el parloteo incesante de la gente llenaron el aire urbano.

—Hay un puesto excelente cerca de la fuente —apunté hacia el parque en contra esquina del hospital—. Su café me ha vuelto a la vida en más de una ocasión.

Caminamos hombro con hombro, esquivando a un par de enfermeros en su hora de descanso y a visitantes apresurados. Nos detuvimos ante el pequeño carrito de acero inoxidable que brillaba como un espejo bajo el sol, situado junto a unos bancos de madera reseca en la explanada. En el centro del espacio, una fuente de piedra antigua, cuyos relieves desgastados lucían limpios y bien conservados, lanzaba un surtidor constante que se dispersaba en un ligero rocío, refrescando agradablemente el aire caluroso de los alrededores.

El aroma intenso a granos de café tostado oscuro flotaba en el aire caliente, anulando el olor a ciudad y asfalto.

Un hombre de mediana edad con un delantal marrón limpiaba la barra con un trapo húmedo.

—¡Doctor Spencer! —exclamó el vendedor al vernos acercarnos. Su rostro se iluminó con una sonrisa amplia y sincera.

—Hola, Roberto —saludé, acercándome al mostrador improvisado—. ¿Cómo está tu hija? ¿El ajuste a su medicación le ha ayudado a dormir mejor?

Roberto asintió con entusiasmo, dejando el trapo a un lado.

—Como si fuera una bebé recién nacida, doctor.

—Me alegra escucharlo.

El vendedor se secó las manos en el delantal y me miró con gratitud. —¿Lo de siempre para usted? —preguntó él, moviéndose hacia la máquina.

Asentí y me giré hacia Luisa.

—¿Qué vas a querer, canela?

—Un americano doble, por favor —pidió ella, acomodándose el bolso de piel sobre el hombro.

—¿Un ameri...? —resoplé y me dirigí a Roberto —*Dos* de lo que siempre, por favor.

Roberto asintió y comenzó a moler los granos con movimientos expertos. El sonido agudo de la máquina de café ahogó el ruido del tráfico por unos segundos.

—¿Qué pediste? —preguntó Luisa.

—Ya lo verás —caminé hacia la banca vacía a unos metros del carrito. Dirigí mi atención de nuevo hacia Luisa mientras esperábamos nuestras bebidas.

Ella estaba a escasos centímetros de mí, bañada por completo por la luz del medía día. El sol caía de forma vertical sobre su cabeza, incendiando su cabello pelirrojo como si este tuviera brillo propio. Los mechones recogidos parecían hebras de cobre líquido resplandeciendo con vida propia bajo el resplandor. Los rayos de luz perfilaban la curva de su cuello y acentuaban los pómulos de su rostro.

“¿Cómo es posible que a veces olvide lo hermosa que es?” pensé, tragando saliva al sentir un nudo seco e inesperado en la garganta. Tras compartir innumerables cenas, comidas, chismes familiares y

confesiones a medias, creía que ya estaba habituado a mirarla como una grandiosa amiga.

Cruzamos miradas y ella sonrió. El pulso me latió con fuerza en la base del cuello, un ritmo acelerado que nada tenía que ver con la temperatura ambiente.

—¿No lo extrañas? —preguntó.

Me enfoqué en las pupilas detrás de los cristales. El iris estaba casi devorado por un círculo negro expansivo. No había poca luz que justificara esa reacción simpática del sistema nervioso.

“Sus pupilas se dilatan cuando me mira.”

—¿Extrañar qué?

—Ser solo un médico —me dedicó una sonrisa leve, un pequeño levantamiento de la comisura de sus labios—. Antes de ser el CEO de Nova Vitalis, cuando nos conocimos, me dio la impresión de que eras feliz siendo solo eso —la sonrisa no se quedó en su boca. Las diminutas arrugas de expresión se formaron alrededor de sus ojos, contrayendo el músculo orbicular.

Era una sonrisa de Duchenne. Una sonrisa involuntaria, genuina e imposible de fingir.

—¿Acaso no me veo feliz?

—No dije eso.

Bajé la mirada hacia sus hombros. Bajo la tela de alta costura de su chaqueta, la musculatura de su trapecio estaba contraída. Luisa mantuvo una postura forzada, cruzando un brazo sobre el otro para proteger su torso.

Su pecho subía y bajaba en respiraciones superficiales y cortadas.

Yo había visto esas mismas microexpresiones antes. Las había observado en mujeres que reprimían su deseo sexual según el

entorno. Galas, bares oscuros, restaurantes de lujo, las señales eran las mismas.

Pero jamás, ni en mis sueños más febriles, esperé verlas en mi mejor amiga.

"Ella me desea," pensé, apretando la mandíbula hasta que los molares crujieron.

—A veces lo extraño —la adrenalina me golpeó el estómago con la fuerza de un impacto físico, como si abrirme un poco hubiera representado un esfuerzo casi titánico—. Pero cuando veo las estadísticas de la cantidad de gente que mis decisiones ayudaron un día, contra las vidas que he logrado salvar en un solo turno... No hay comparación. Hago más bien donde estoy ahora.

Aunque estábamos bajo la sombra de un árbol el aumento de calor me hizo agradecer haber dejado la chaqueta en la oficina. Pero la vasodilatación repentina que hizo que la piel de mi cuello y orejas hormigueara bajo el cuello de la camisa no fueron solo por la temperatura ambiental.

—Todos tenemos que crecer y adaptarnos al cambio —dijo Luisa.

Mis propios pulmones se negaron a expandirse por completo, atrapados en una respiración torácica alta y acelerada. Busqué el borde del bolsillo del pantalón para ocultar un ligero temblor adrenérgico.

La visión periférica se me cerró, borrando el carrito de Roberto y los edificios, dejándome a solas en un túnel donde solo existían el brillo de su cabello y el rastro de su perfume. *"¿Pero me deseará tanto como yo a ella?"*

En otras circunstancias con otra mujer ya estaría dando el siguiente paso en la seducción, elevando el atrevimiento de mis palabras, borrando la lejanía de nuestros cuerpos hasta estar invadiendo su espacio personal, y tocarla.

“¿Y por qué no?” pensé. “¿Sería tan malo derribar esas barreras platónicas que habíamos construido?”

—Listos sus bombones, doctor —la voz de Roberto cortó el silencio espeso que se había formado en mi cabeza.

Parpadeé rápido, rompiendo mi escrutinio clínico.

—¿Bombones? —preguntó Luisa frunciendo el ceño.

Sonreí al estirar la mano hacia el carrito de café, y con la otra dirigí a Luisa apenas tocándole la curva superior de su espalda baja.

Roberto dejó ambos bombones en la superficie del carrito con una sonrisa satisfecha. Los pequeños vasos de plástico transparente dejaban a la vista la perfecta separación de la bebida: una densa base blanca de leche condensada en el fondo, coronada por la intensa oscuridad del expreso caliente.

—Gracias, Roberto —le dije al coger cada uno, ofreciéndole el suyo a Luisa.

Saqué un billete del bolsillo de mi pantalón y lo dejé en el bote de propinas antes de coger dos cucharitas de plástico, ofreciéndole una a Luisa.

Tomé ambos vasos con cuidado, sintiendo el calor del líquido oscuro traspasar el aislamiento del vaso.

Me giré de nuevo hacia Luisa. —Un Bombón —dije, extendiendo la mano derecha hacia ella para entregarle su bebida—. La bebida, aunque tú también. Mézclalo, y Pruébalo.

Luisa descruzó los brazos y levantó la mano para aceptar el café con una mueca. Rozó con sus yemas el dorso de mi mano. El contacto físico fue mínimo. Apenas una fracción de segundo de piel contra piel.

Pero fue suficiente para desatar el caos.

Una chispa eléctrica, caliente e implacable, se disparó desde el punto de fricción. La corriente subió por mi antebrazo, trepó por mi hombro y recorrió mi columna vertebral. Paralicé mi agarre alrededor del vaso por un instante antes de soltarlo.

Levanté la vista y quedé atrapado en la intensidad de su mirada. El ruido del tráfico se convirtió en un murmullo sordo e insignificante.

El olor al café se mezcló con el sutil y embriagador aroma de su perfume cítrico y floral.

—Gracias, Michael —susurró ella al volver la mirada a su bebida mientras la mezclaba. Le dio un trago a la bebida y sus ojos se abrieron de par en par—. Madre mía.

—Bueno, ¿verdad? —le di un sorbo al mío.

El móvil en el bolsillo de mi pantalón vibró. Lo saqué y leí un mensaje de Pía.

—Recordatorio de la visita programada al Hospital San Rafael.

—Maldita sea —dije.

—¿Todo bien? —su voz destrozó las últimas defensas que me quedaban. No era el tono agudo y rápido que acostumbraba escuchar de ella. Era una voz baja y aterciopelada que me puso la piel de gallina.

Las vibraciones de su voz rasparon contra mi sistema nervioso, encendiendo un incendio bajo mis costillas.

—Tengo que dejarte, Luisa —dije, dando un paso cauteloso hacia atrás.

Ella parpadeó un par de veces, pareciendo salir de su propio trance.

—¿Ocurre algo malo?

Negué con la cabeza, elaborando la excusa más creíble que mi cerebro pudo conjurar bajo presión.

—Tengo una reunión en otro hospital de Nova Vitalis.

Luisa asintió, y pude mirar la rigidez volver a sus hombros antes de mirar mi bebida. —¿Vas a llevarte eso?

“*¿En qué momento se acabó el suyo?*” pensé al mirar su vaso casi vacío.

Le di el mío. Apenas le había dado un par de tragos. —Tanta cafeína te hará daño.

—Menos mal que trabajo para un hospital —dijo ella con un tono más compuesto—. Ve a salvar el mundo, jefe.

—¿Podrás gestionar el resto de tu primer día sin mi supervisión directa?

Ella me lanzó una mirada centelleante por encima del borde de los vasos de café.

—Sobreviviré —respondió ella con la barbilla en alto.

Asentí una sola vez. —No lo dudo ni por un instante, canela.

Capítulo 9.

Michael

—Otra vez, maldita sea —di vueltas en la cama.

Me enredé entre las sábanas. Gruñí y me giré hacia el otro lado, liberándome de ellas y haciéndolas a un lado con una patada. Cerré los ojos, pero la imagen de Luisa bajo el sol inclemente del medio día quemaba detrás de mis párpados con una persistencia enfermiza. Sus pupilas dilatadas al mirarme y esa sonrisa involuntaria que le llegaba a los ojos se repetían en mi cabeza sin tregua.

Abandoné la inmensa cama con un gruñido ronco y áspero. Revisé la hora y todavía no era ni media noche. Caminé descalzo sobre el suelo de madera fría hasta llegar a los inmensos ventanales de cristal.

La ciudad se extendía a mis pies como un manto de luces titilantes y calles sumidas en la oscuridad. Me pasé ambas manos por el rostro y me froté los ojos hasta ver destellos de luz ciegos. Una presión constrictora me hundió el esternón y me robó el aire.

—A la mierda con esto —me dije a mí mismo al dirigirme al vestidor.

Aparté con brusquedad la hilera de trajes a medida y camisas de diseñador. Me puse unos vaqueros desgastados que se ajustaban a mis muslos y una camiseta de algodón negro muy sencilla.

Me detuve frente al tazón donde dejaba mis llaves junto a la entrada y miré las de mi Aston Martin. “*Resaltaría como una mosca en una pared blanca,*” pensé, cogiendo en su lugar las de mi otro coche.

Bajé al garaje subterráneo del edificio. Caminé por la losa de hormigón pulido y pasé de largo frente al perfil aerodinámico del Aston Martin, y me detuve frente a mi viejo Chevy Impala. Era negro y recién pulido. El personal del edificio hacía un excelente trabajo en mantener impecables los coches de los residentes. El metal frío y pesado de las llaves clásicas me ancló a la realidad por una fracción de segundo.

Abrí la puerta pesada del vehículo y me senté al volante. El olor a cuero envejecido me llenó los pulmones de inmediato, calmando mi pulso. Arranqué el motor de ocho cilindros con un rugido sordo y profundo que vibró en la planta de mis pies.

Le hice una señal al guardia del garaje y éste asintió antes de abrirme la plumilla. Dejé atrás los grandes rascacielos de cristal y acero, como si buscara huir de la atracción gravitatoria que ejercía Luisa sobre mí. El recuerdo del roce accidental de sus dedos contra los míos al entregarle el vaso de café me provocó un espasmo involuntario en las manos.

Apreté el volante hasta que el material crujió bajo mi agarre desesperado. Aceleré por las avenidas principales, buscando que la velocidad purgara la tensión acumulada en mis hombros y en mi cuello.

"*Necesito apagar mi cerebro,*" pensé al encender la vieja radio, y fue como si el Señor se hubiese apiadado de mí pues el estribillo de "*I was made for loving you*" de Kiss retumbó en las bocinas del coche. "*Excelente.*"

Atravesé varios distritos comerciales acompañando la inigualable voz de Paul Stanley, seguido de una canción de Kansas y una de una banda que no conocía.

Llegué a una zona más apartada y menos iluminada de la ciudad. Aparqué el Impala frente a un bar pequeño y discreto cuya fachada de hormigón apenas destacaba en la oscuridad de la calle. Miré a mi alrededor y encontré un par de motos y algunos coches aparcados.

Crucé el umbral y el interior estaba envuelto en una luz ambarina muy tenue que ocultaba los rostros de los escasos presentes. Un aroma penetrante a madera barnizada, cerveza y humo de cigarrillo flotaba en el ambiente. Al fondo, algunas personas jugaban billar. Caminé directo hasta la barra de madera gastada por el paso de las décadas.

El encargado del bar limpiaba la superficie con movimientos lentos. Levantó la vista al escuchar mis pasos y asintió.

—¿Whisky? —preguntó.

—Cerveza.

Sacó una botella escarchada de la hielera detrás de la barra y la dejó frente a mí ya abierta. El alcohol frío pareció apagar por unos momentos el incendio en mi interior y ralentizó los pensamientos que me impidieron conciliar el sueño.

“Lástima que solo vaya a tomar una,” pensé, sorbiendo despacio y disfrutando tanto como podía cada trago.

—Le dije tus sugerencias al dueño —dijo el encargado con una voz baja y rasposa—. Hicieron los ajustes y se escucha mucho mejor.

Miré al escenario al otro extremo del bar. Allí descansaba un viejo piano de consola, un mueble bajo y compacto que parecía haber sido rescatado del salón de una abuela. La caoba de su estructura estaba gastada, los bordes superiores mostraban donde los cigarrillos habían dejado cicatrices profundas y negras, y manchas de vasos. No era el imponente instrumento de una sala de conciertos, sino un sobreviviente pequeño y digno que apenas sobresalía por encima de la altura de la banqueta. Mis manos me hormiguearon y mi corazón aceleró su ritmo. Aquel mueble herido me llamaba con una fuerza casi magnética.

Apunté hacia el piano al mismo tiempo que le lanzaba una mirada de pregunta al encargado. Éste solo encogió los hombros y asintió. Fue todo el permiso que necesité.

Cogí una servilleta y mi cerveza, subí el par de escalones y me senté en la banqueta forrada de cuero negro frente al instrumento. Dejé la botella encima del piano con una servilleta debajo. Apoyé los dedos sobre las teclas frías. Ese contacto físico me hizo cerrar los ojos y soltar todos los pensamientos y emociones que cargaba, anclándome a ese instante. Hice un par de escalas rápidas y sonreí al comprobar que estaba mucho mejor afinado que la última vez, y las teclas ya no se pegaban como antes.

Desde el primer acorde disfruté de la acústica del bar. Las notas no morían de inmediato, flotaban en el aire con una nitidez casi cristalina. Los armónicos graves vibraban con una calidez que me envolvió como en una burbuja donde cada pulsación del piano regresaba a mis oídos limpia y pura.

Respiré profundo y toqué lo primero que se me vino a la mente: "Tiny Dancer." Busqué en la melodía de Elton John mi habitual rendición y me dejé llevar por la música, sin pensar en nada más que la letra de la canción y las notas que le seguían.

"*Hold me closer, tiny dancer,*" pensé al mismo tiempo que cantaba, mientras el piano vibraba contra mis rodillas, pero cada semitono parecía evocar el contorno de los labios de Luisa o la forma en que entornaba los ojos cuando me desafiaba.

Podía mentirme todo lo que quisiera, pero la música jamás lo hacía.

Busqué ahogar la imagen de Luisa bajo una avalancha de sonido y técnica pura. La tensión en mi mandíbula no cedió ni un solo milímetro a pesar del enorme esfuerzo físico.

Terminé la canción. "*Demonios,*" pensé al reconocer el agarre que Luisa había cobrado en mis pensamientos.

Un cliente solitario desde una mesa apartada en la penumbra levantó su vaso de cristal hacia el escenario. Yo cogí la botella de cerveza y la incliné hacia él.

—¿Algo que quieras escuchar, amigo? —pregunté.

—¿Te sabes la de "*She's got a way*"?

El brillo en su rostro me impidió decirle que se largara a la mierda. Estaba ahí tratando de desahogar pensamientos hacia una chica que no debería desear, ¿y me piden una canción de amor?

Sonreí y le di un trago a mi cerveza. "*Maldita sea, ya llevo la mitad,*" pensé.

—Claro —dije.

Detuve mis manos en seco sobre el teclado. Un nudo denso y doloroso se formó en mi garganta, bloqueando el paso del aire hacia mis pulmones. Tomé aire despacio por la boca y busqué por instinto los primeros acordes.

Reí un poco al notar lo fácil que recordé la canción al tocarla, y la facilidad de entonar la letra al cantarla con una carga emocional tan profunda que me rasgó el pecho desde la primera nota sostenida.

—*She's got a smile that heals me* —canté, y encontré de reojo a Luisa sentada en una mesa vacía frente al escenario con esa sonrisa que ponía cuando decía alguna broma subida de tono o jugaba a coquetear con ella. Por supuesto que en realidad no estaba ahí, pero aquella proyección de mi imaginación fue tan real como las emociones en lo más profundo de mi ser. "*¿Tenía que imaginarla así de sexy?*" pensé al visualizarla con una falda vaquera y una blusa blanca simple, lo cual hizo resaltar aún más su cabello rojo. Y sus lentes de bibliotecaria, madre mía.

—*She touches me and I get turned around* —la imaginé apoyando ambas manos en sus propias rodillas con una vulnerabilidad que me animó a cantar con más energía. La música actuó como un catalizador letal que derribó mi autocontrol mental.

Cerré los ojos y la progresión de notas y versos potenció la imagen de Luisa en mi mente con una nitidez que me cortó la respiración. Ella me miraba con intensidad avasalladora. Fue tan

potente, tan visceral, que un calambre de pánico me recorrió los antebrazos. Dejé flaquear las manos sobre las teclas durante un segundo eterno. Fallé un acorde, y desentoné un poco, pero la música siguió saliendo de mí a borbotones.

—*But I know that I can't live without her anyway* —terminé la canción. Parpadeé con fuerza y sacudí la cabeza para despejar el espejismo. La silla de madera volvió a estar vacía, y varias personas aplaudían mi interpretación desde el tipo que me pidió la canción hasta el encargado desde el bar.

Me levanté de la banqueta con movimientos rígidos y mecánicos. Mis piernas eran como bloques de plomo macizo y el pulso me retumbaba en los oídos con la fuerza de un martillo industrial. Caminé de regreso hacia la barra principal y me senté en un taburete alto. Apoyé los codos sobre la superficie para intentar procesar el sudor frío y el temblor errático que me ahogaba por dentro, cogí mi cerveza y terminé el contenido en un trago que me pareció demasiado corto.

El encargado se acercó despacio, deslizó un vaso corto de cristal grueso frente a mí con cubos de hielo y sirvió un líquido ámbar.

—Parece que necesitas algo más fuerte —dijo al terminar de servir.

“*No debería,*” pensé, sintiendo el bulto de la llave del coche en mi pierna.

—Me leíste la mente —dije, y bebí un trago largo y desesperado de la bebida oscura. El alcohol quemó mi garganta como fuego líquido y depositó un calor áspero en mi estómago vacío.

—¿Le cantabas a alguien en particular? —preguntó el encargado de forma directa y sin ningún rodeo.

La pregunta me impactó como un golpe físico directo en el centro del esternón. Me quedé mirando los cubos de hielo que giraban dentro de mi vaso. Evité el contacto visual con el hombre a toda

costa. Si lo miraba, podría decirle cosas que no necesitaba o quería reconocer.

Podría hablarle de Luisa con sus anteojos nuevos, su inteligencia afilada y su sonrisa compasiva, y cómo se negaba a abandonar mi mente. Quizá confesaría que detecté el deseo biológico y crudo en sus pupilas dilatadas y eso me quemaba la sangre. Tal vez reconocería el error de haber contratado a mi mejor amiga para que trabajara para mí, porque tenerla cerca en dosis pequeñas a través de los años me permitió ignorar lo que ella provocaba en mí.

Tragué saliva y el sabor fuerte a bourbon se mezcló con un ardor ácido que me subió por el esófago.

Levanté la vista por fin y clavé los ojos en el reflejo distorsionado del espejo manchado detrás de las botellas de licor. Observé mi propio rostro, tenso, exhausto y marcado por las ojeras oscuras de aquella noche.

—A alguien que jamás lo escucharía —declaré en voz alta antes de apurar el resto del vaso en un solo trago.

Capítulo 10.

Luisa

—¡Qué coche! —dije en voz alta, y clavé los pies en el sendero exterior pavimentado del Hogar San José.

Me detuve a sacarme una piedrita que entró en mi sandalia, y un destello metálico y cegador bajo el sol de la mañana capturó mi visión periférica. Me atraganté con el aire de golpe al admirar un Impala negro en perfectas condiciones, cuya carrocería de obsidiana brillaba con una intensidad pecaminosa y los parachoques cromados que reflejaban el mundo con distorsión.

Recordé el rugido del motor y se me hizo un nudo de nostalgia y pánico en la garganta al pensar en cómo David Hernández traía locas a todas las chicas del instituto con ese mismo coche, incluyéndome a mí. El aroma a cuero viejo y gasolina siempre le acompañaba, y mi corazón de adolescente se desbocaba cada vez que lo miraba.

“¿De quién será?” pensé al pasar junto a él. Una punzada de inquietud helada me revolvió el estómago al instante, y envió una ola de calor por todo el cuerpo que hizo que mis vaqueros y la blusa fresca me incomodaran cuando minutos antes rebozaban de comodidad “*Dios, es solo un coche. Tranquilízate, Luisa.*”

Forcé una respiración lenta por la nariz y obligué a mi cuerpo a avanzar mientras me agarraba el cabello en una coleta. Ignoré el temblor en mis rodillas y crucé las puertas de cristal automático.

—Buenas tardes, señorita Jiménez —saludó la enfermera de recepción, y levantó la vista de sus formularios al verme entrar.

—¿Ya llegó el doctor?

La enfermera negó. —Todavía no, pero su abuela ya desayunó y está en su habitación.

Sonreí, pidiendo permiso indicando con la mano el pasillo hacia los cuartos. Ella asintió.

Sentí punzadas sordas en las sienes con un ritmo constante y cruel. “No, no quiero una jaqueca en sábado,” me ajusté la montura de mis nuevas gafas de pasta sobre el puente de la nariz. Todavía me estaba acostumbrando a llevarlas en público.

Avancé por los pasillos amplios y bien iluminados con pasos apresurados. El olor aséptico característico a desinfectante floral y a lavandería industrial me envolvió al instante.

Unas carcajadas graves, vibrantes y descaradas resonaron de pronto desde el final del corredor. Quizá de la habitación de mi abuela. El sonido rompió por completo el murmullo monótono de algunos televisores encendidos en las habitaciones y el crujir rítmico de las ruedas de un carrito de medicamentos.

Las risas volvieron a estallar, y caí en cuenta que no venían de la habitación de mi abuela, sino de su vecina. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral de arriba abajo que me erizó el vello de los brazos. Reconocí dos de ellas. Una de mi abuela, y la otra...

Me asomé por el marco de la puerta abierta y quedé paralizada.

Michael estaba allí.

Llevaba puesta una chaqueta gris carbón impecable y de un corte a medida exquisito. Resaltaba la anchura de sus hombros y la firmeza de su postura, contrastando de forma casi surrealista con la esterilidad y la frialdad del látex clínico color azul en sus manos enguantadas.

Estaba inclinado sobre la cama ortopédica. Examinaba con suma concentración y delicadeza la rodilla de una anciana, y mi abuela estaba sentada en una silla de visitas cerca de la ventana,

observando toda la escena con una sonrisa enorme que le marcaba las arrugas de los ojos.

Él abrió los ojos de par en par al descubrirme en el umbral, y reflejó una sorpresa genuina que le hizo dejar de reír pero no de sonreír.

—¿Canela? —preguntó —¿Qué rayos haces aquí?

Una mezcla irracional de pánico visceral y fascinación hipnótica me dejó clavada.

—¡Yo podría preguntarte lo mismo!

Mi abuela giró la cabeza y sus ojos se iluminaron con un brillo de pura complicidad al descubrirme en el umbral. —¡Lulú! —exclamó con un tono vibrante y lleno de alegría.

El uso de ese apodo hizo que me tensara aún más. Di un paso torpe hacia el interior de la habitación. La tensión endureció los músculos de mi espalda hasta convertirlos en una placa de piedra sólida.

—Buenos días, abuela —murmuré al acercarme a ella. Sentí la lengua pesada y la boca reseca por los nervios.

—¡Es el médico del que te hablé! —mi abuela sonrió al mirar a Michael —Ella es mi nieta, doctor Spencer —me apretó el brazo—. ¿Verdad que está guapísimo?

—¡Abuela! —le regañé, pues su susurro no fue tan callado como ella esperaba.

Él levantó una ceja y me miró a los ojos. —Nos conocemos —dijo Michael con una sonrisa antes de volver su atención a la anciana en la cama—. Su nieta es la nueva abogada de mi compañía.

Los ojos de mi abuela se abrieron de par en par al mirarlo a él y luego a mí. —¿Éste es Michael?

—Sí, abuela —le contesté a regañadientes, sosteniéndole la

mirada a él.

—¿El Michael del que siempre me hablas? ¿El que dices que es solo tu amigo?

—¡Sí es mi amigo!

La anciana en la Nora se acomodó entre las almohadas clínicas de la cama y dejó escapar un largo suspiro de satisfacción evidente.

—Doctor, sus manos son mágicas —le dedicó a Michael una mirada cargada de afecto y coquetería impropia de su edad.

—Son las drogas las que hablan, Nora —Michael sonrió al seguir examinándola—. Las buenas noticias son que ya bajó la inflamación y la microfractura sanará por sí sola.

—Entonces no me tienen que operar.

—Afortunadamente no —Michael le apuntó con el dedo índice a la cara—, pero de ahora en adelante nada de acrobacias en la cama. Tú y Zacarías no son adolescentes. A ver, revisemos esa cadera nueva.

Michael se inclinó y estiró los brazos. Se quejó un poco, luego se enderezó con lentitud felina y giró el torso para clavar sus ojos en los míos. El impacto brutal de su mirada me provocó una descarga. Tensé el vientre al instante y me quedé sin aire por una fracción de segundo.

—Necesito quitarme la chaqueta —dijo con voz profunda, serena y aterciopelada. Mantuvo su atención clavada en mi rostro y levantó ambas manos enguantadas a la altura de su propio pecho—¿Me ayudas, *Lulú*?

La rabia defensiva y un deseo ardiente chocaron en mi interior como dos frentes de tormenta al acercarme. El calor de su cuerpo me golpeó el rostro. Respiré profundo el aroma de su loción, y percibí notas de licor y algo más. Embriagó mis sentidos y nubló mis pensamientos.

—Gírate —quise sonar profesional y distante, pero la mueca en mis labios me traicionó.

Él obedeció. Me dio la espalda en un movimiento lento. Alcé las manos y sujeté el cuello de la chaqueta. Me fue imposible ignorar la estructura sólida de sus hombros y espalda. La piel de mis dedos hormigueaba como si estuviera palpando brasas ardientes.

Tiré de las mangas y liberé sus brazos uno por uno. Doblé la chaqueta sobre mi antebrazo y la apreté contra mi pecho.

—Vaya, parece que de repente hace mucho más calor en esta habitación —dijo la anciana desde la cama, y soltó una risita cómplice.

En ese instante de intimidad forzada, Michael echó la cabeza hacia atrás.

—Gracias, Lulú —susurró cerca de mi oreja.

El roce de su aliento caliente me provocó un espasmo. Bajó por mi columna y las rodillas me temblaron, dejándome sin aire.

Apreté los dedos en la chaqueta, me aparté de él con un movimiento brusco y le lancé una mirada de furia. —No me digas así —le dije en voz baja.

Él se volvió hacia mí con una calma que me crispó todos los nervios. Él me mostró una mueca de seguridad y masculinidad que derritió mis pocas defensas.

—Lo que digas —respondió con una suavidad calculada, pero se detuvo un instante a mi lado—... Lulú.

El estómago se me encogió en un nudo delicioso mientras apretaba los labios. Michael retomó la revisión médica de la anciana con una profesionalidad intachable, dejándome lidiando con las secuelas fisiológicas de nuestra proximidad.

Terminó de evaluar la articulación de Nora. Palpó con sumo cuidado un par de veces, asintió, y luego se enderezó. —Perfecto,

Nora —se quitó los guantes—. Terminamos aquí. Vendré a verte en un mes, y dejaré instrucciones de quitarte los medicamentos para el dolor.

Se giró hacia mí, me guiñó el ojo, y luego miró a mi abuela. —Muy bien, doña Elena —se dirigió a ella con una calidez que me removió el pecho—. Dejemos a Nora descansar. La acompaño a su habitación.

Mi abuela asintió. Apoyó las manos en los reposabrazos y se levantó de la butaca de vinilo con movimientos lentos, trabajosos y pausados que me rompieron el alma. Michael se acercó y le ofreció el antebrazo como apoyo, y ella lo cogió sin dudar.

Los tres salimos al pasillo del asilo y caminamos la corta distancia hasta la habitación contigua. El silencio nos envolvió durante el breve trayecto.

Entramos en el cuarto privado de mi abuela. La luz de la mañana se filtraba por la ventana amplia, y bañaba la cama impecable y las paredes neutras con un resplandor dorado y pacífico.

Me crucé de brazos y esperé a que llegaran al sillón junto a la cama. Succioné mis labios mientras él le ofrecía una mascarilla conectada a un tanque de oxígeno.

—¿Vas a ser también el médico de mi abuela? —obligué a mi voz a sonar fría, analítica y profesional.

Michael abrió la llave del tanque antes de girarse hacia mí.

—Soy voluntario del Hogar, canela —su seriedad me descolocó por el cambio de tono—. Pero puedo revisarla sin ningún problema si ella lo necesita.

—No hace falta que...

—Una segunda opinión no nos vendría mal, cariño —dijo mi abuela.

Me quedé de brazos cruzados mirando a mi abuela mientras él iba a la bandeja pegada a la pared junto a la puerta.

—¿Me permite echar un vistazo a su archivo médico, doña Elena?
—preguntó con un tono formal y respetuoso, señalando la carpeta dentro de la bandeja.

Pánico puro, crudo y duro perforó mis entrañas en una fracción de segundo, cortándome la respiración. —No, no hace falta en absoluto —dije al moverme rápido para interponerme entre él y la bandeja.

—Lulú, aparta y deja que el doctor mire el historial —ordenó mi abuela con voz tranquila.

—Abuela, por favor, él no es tu médico tratante, no tiene...

—Lo autorizo yo, hija —insistió, y me miró con esa lucidez inquebrantable y sabia que siempre me desarmaba sin importar el mérito de mis argumentos.

Me quedé muda sosteniendo la mirada de Michael. El instante me pareció infinito. Ya tenía la autorización de la abuela. “¿Qué está esperando?” pensé, tragando fuerte. “¿Acaso... está esperando que yo también lo autorice?” Miré a mi abuela, respirando profundo a través de la mascarilla y mi respiración se volvió entrecortada.

No sé cómo, pero supe al regresar mi atención al azul intenso en los ojos de Michael que si le decía que no, él lo respetaría. Le diría algún motivo a mi abuela por el que no lo haría. Quizá ella insistiría, quizá no. Pero él no lo haría. No si yo no se lo pedía.

Era algo simple. ¡Ni siquiera tenía que decir nada! ¡Solo bastaría con mover mi cabeza de lado a lado para que él...!

—Está bien —dije casi sin aire, haciéndome a un lado.

—¿Estás segura? —susurró.

“¡No!” pensé, apretando los labios. “No, no quiero que veas. No quiero que... ¿O quizá...?” El alivio que me atravesaba en ese momento me desarmó por completo, y me hizo asentir despacio.

Él cogió la carpeta y la abrió con un movimiento fluido y seguro. Me quedé observando sus facciones con cada página que leía. La expresión relajada, cálida y encantadora que Michael había mantenido hasta ese momento se evaporó de su cara de manera lenta y dolorosa. Él tensó los músculos marcados de la mandíbula hasta formar una línea. Un oscurecimiento sombrío nubló el brillo habitual y juguetón de su mirada.

El ambiente en la pequeña habitación se volvió asfixiante, como si alguien hubiera absorbido todo el oxígeno del aire y dejara un vacío insoportable.

Él cerró la carpeta con lentitud y la devolvió a su sitio original.

—¿Y bien, doctor? —preguntó mi abuela —¿Cuál es su opinión?

Michael dejó caer sus hombros y me miró... Diferente.

—Estoy de acuerdo con el diagnóstico de sus médicos, doña Elena —se giró hacia ella con una suavidad dolorosa—. Lamento no poder darle mejores noticias, pero todo lo que se puede hacer ya se hizo.

Mi abuela solo sonrió, y se acomodó con una calma que me destrozó por dentro.

—La gente vieja muere, doctor —dijo ella con absoluta tranquilidad—. ¿Qué se le va a hacer?

Capítulo 11.

Michael

—No quiero que le falte absolutamente nada —le ordené a la enfermera en la estación más cercana a la habitación de doña Elena—. En caso de algún evento quiero que se me notifique inmediatamente después de su médico tratante y su familiar.

—Sí, doctor.

“Insuficiencia Cardíaca Congestiva,” recordé el diagnóstico en su historial. No había nada que se pudiera hacer más que mantenerla cómoda. Si fuera una mujer más joven un trasplante habría solucionado el problema, pero a esa edad...

Escuché pasos detrás de mí y encontré a Luisa caminando. Creí que se dirigía a mí, pero no levantó la mirada del suelo. Mantenía los brazos cruzados con una tensión evidente que encogía sus hombros, sumida en sus pensamientos y el resto de su cuerpo estuviera en piloto automático.

—Luisa —le llame, pero ella pareció no escucharme.

Le seguí, y la pude alcanzar hasta llegar al aparcamiento. Le cogí del codo y ella dio un salto al girar hacia mí.

—Lo siento —dijo, negando rápido y caminando hacia mi coche—. No te escuché.

—Lamento lo de...

—No necesitas decir nada —ella me miró a los ojos y parpadeó varias veces. Su voz salió firme, pero forzada—. No es noticia para mí que mi abuela va a morir y no hay nada que hacer —levantó la mirada hacia la fachada del edificio y sonrió—. Por eso está aquí.

Aunque yo hubiera renunciado a mi trabajo para estar con ella no le habría podido...

—Oye —me acercqué y le cogí los brazos, resistiendo el impulso de envolverla en mis brazos—. No necesitas justificarte ante mí. Ante nadie.

Ella soltó una risa rápida y bajó la cabeza. “*¿Está evitando mirarme a los ojos?*” —Lo sé —dijo.

Respiré hondo. —Tengo hambre.

Eso la hizo levantar la mirada hacia mí. —¿Qué?

—Tengo hambre —sonreí al mirarla a los ojos por fin—. Mi tripa derecha está a punto de darle una mordida a mi hígado. Luego de la noche que tuve debe estar bien marinado con whisky y cerveza.

Ella rio, y pareció frotar su labio inferior contra sus incisivos superiores por un segundo. —Podría comer.

—*L'Étoile* está cerca de aquí —le dije con tono coqueto y bajando la cabeza.

Bajó su mirada por un instante hacia abajo. “*¿Hacia mis labios?*” —No me tientes, Satanás.

—Visualízalo —dije con un gesto dramático estirando la mano—. Su *croque-monsieur* con pan recién horneado, y una rebanada de su *tarte tatin* de postre.

Me dio un manotazo en el hombro. —Solo por eso, tú pagas.

—Naturalmente —saqué las llaves del coche, me dirigí al lado del pasajero, y me giré, pero noté a Luisa mirando a sus alrededores.

—¿Y tu coche? —preguntó.

—Aquí —abrí la puerta.

Luisa me lanzó una mirada con las cejas contraídas y los labios apretados en una línea de absoluta duda. Sus ojos se agrandaron y

sus hombros descendieron mientras su boca se abría apenas. —
¿Este es tu coche?

“*¡Es verdad!*” pensé mientras asentía. “*Ella solo conoce el otro.*”

—Sí.

Se cruzó de brazos. —¿Y el Aston Martin?

—¿Hay algún problema con este?

Encogió los hombros, se acercó y puso una mano sobre el techo del coche. —Ninguno, pero siempre estás diciendo que tu coche es algo que James Bond conduciría, que es sexy, y no sé qué otras ridiculeces. Nunca me imaginé que...

—¿Estás diciendo que este coche no es sexy? —le interrumpí con una sonrisa.

Apretó los labios y negó. —No escuches lo que no estoy diciendo.

—Entonces sí crees que es sexy.

—¿No ibas a llevarme a comer?

No dejé de sonreír cuando ella entró, y yo subí al otro lado. Cuando la miré de reojo antes de encenderlo ella seguía mirándome incrédula, como si no estuviera segura que el vehículo fuera mío hasta no arrancarlo.

—Cuando solo era un médico de urgencias a veces tenía que ir a dar seguimiento a pacientes en lugares de la ciudad donde no sería conveniente usar un coche tan llamativo como un Aston Martin —le expliqué mientras salíamos del aparcamiento—. Coincidió que Max se enamoró de una rareza cuyo nombre no sé si pueda pronunciar, pero ya tenía su garaje lleno de coches. Le pregunté si me vendería este, y el resto es historia.

—Eso sigue sin explicar por qué lo llevas ahora —la miré de reojo y estaba girada hacia mí, con una mano descansando en la orilla de

su asiento a escasos centímetros de mi mano sobre la palanca de cambios.

—No dormí bien anoche —metí el siguiente cambio, y el dorso de mi mano rozó la suya. Ella no la quitó—. Y cuando bajé al garaje me di cuenta que traía las llaves de este coche y no la del Aston Martin. Me dio flojera regresarme por ellas.

—¿Estás bien?

Nos detuvimos en un semáforo, y aproveché para girarme hacia ella. —Insomnio —sonreí y giré un dedo a un lado de mi cabeza—. Ya sabes, esta cosa que nunca deja de analizar cosas.

—¿Qué podría mantener a Michael Spencer despierto por las noches?

—Muchas cosas —descansé la mano en la palanca de cambios, y volví a rozar la mano de Luisa. De nuevo, no la quitó—. Una de las cuales podría ser el por qué no me habías contado de tu abuela.

Esperaba que se encogiera un poco, quitando la mano donde la tenía, o que se retorciera en su asiento incómoda por la pregunta implícita. En lugar de eso, suspiró.

—No fue por falta de confianza, Michael —clavó sus inmensos ojos en los míos a través de los cristales de sus lentes—. Te lo juro.

—¿Entonces? —mantuve un tono de voz suave pero implacable—. Eres mi mejor amiga.

Ella desvió la mirada hacia delante. —La salud de mi abuela no es algo que yo quiera exponer ante el implacable escrutinio del mundo —su voz carecía de su habitual tono desafiante e inquebrantable—. No es un tema que yo cuente a la ligera.

—Yo no soy el mundo, Luisa.

Ella tragó saliva y la línea perfecta de su mandíbula se tensó hasta el límite. El semáforo se puso en verde, y tuve que dirigir la mirada

hacia el camino, pero puse especial atención al roce de nuestras manos.

—Ni siquiera Hannah o Jessica están al tanto de la situación.

El esternón me crujió, como si hubiera recibido un golpe seco al asimilar esa revelación.

“Ha estado sola todo este tiempo.”

—No sé cómo sentirme al respecto ahora que tú sabes —rio un poco—. Me siento... No sé. ¿Vulnerable? ¿Desnuda?

—¿Incómoda? —tuve que preguntar. La sangre me hervía en las sienes, y sostuve la respiración un instante.

—No —escuché alivio y sinceridad en su tono—. Eso no.

Sonreí. —Nadie más lo sabrá por mí, canela —la miré de reojo, y comprobé que había una mueca relajada en sus labios—. Tienes mi palabra. No te lo digo porque esté obligado por ley debido a las normativas de privacidad —puse mi mano encima de la suya—. Te lo prometo por nosotros.

Luisa soltó un suspiro largo y tembloroso. Alcanzó a coger mis dedos con su mano y los apretó un momento. —Gracias, Michael.

—Las crisis familiares de esta magnitud no deben ser cargadas jamás por una sola persona —apreté sus nudillos con firmeza—. Te va a destruir por dentro si intentas ser la Fiscal de Hierro también en esto —la miré de reojo y comprobé que tenía su atención—. Hannah y Jessica también desearían brindarte su apoyo incondicional si conocieran la verdad. Ellas te aman tanto como yo.

Hubo un largo momento de silencio. —¿Acabas de decir que me amas?

“Espera un momento,” pensé con un destello de pánico acelerándose el ritmo cardíaco. “¡Joder, eres un puñetero genio, Michael Spencer!”

—Sí —me giré un momento para sonreírle, y nuestras miradas se cruzaron un instante—. Lo hice.

Volvió a apretar mi mano, clavando un poco las uñas en mi piel.

—Yo... —no dejó de apretarme la mano—. Yo... También.

Luisa retiró su mano de mi agarre después de unos instantes. El vacío frío que quedó en mi palma me dejó una sensación extraña de pérdida.

Se aclaró la garganta. —¿Ya estás listo para la boda de Max y Hannah? —forzó algo de entusiasmo en su voz—. Supongo que la isla será un auténtico caos con todos los miembros de tu familia reunidos.

Le seguí la corriente. El estómago se me hundió ante el inevitable cambio de tema, aunque asentí para darle espacio.

—Ya tengo preparado mi traje de baño y todo mi equipo para el viaje a Nassau —una mueca torcida asomó a mis labios, pero no llegó a mis ojos—. No pienso hacer otra cosa que estar tirado al sol en la playa privada de la villa.

La mención de nuestra antigua villa familiar en las Bahamas evocó una avalancha de recuerdos. La imagen de mi madre caminando por la arena blanca se proyectó en mi memoria. Antes de que enfermara. Antes que...

—Mi última estancia en esa propiedad fue hace mucho tiempo —di vuelta y sonreí al encontrar un lugar para aparcar cerca del restaurante—. Coincidió con los últimos días saludables de mi madre.

—¿Qué edad tenías cuando...? —su voz sonó suave, casi temerosa de tocar un tema delicado. Y lo era.

Tragué saliva. Un nudo de alambre de espino se formó en mi garganta. —Tenía quince años —aparqué, apagué el coche y me quedé mirando hacia enfrente. Un punzón de dolor agudo me

atravesó el lado izquierdo del pecho sin piedad alguna. El olor aséptico a cloroformo y alcohol de su habitación volvió a mi cabeza como una avalancha.

El recuerdo de la impotencia abrumadora de aquel entonces me golpeó los pulmones y me dejó sin aire por una fracción de segundo. Las noches en vela junto a su cama regresaron de golpe. El silbido de su respiración cada vez más débil.

Y mis propias manos que no sirvieron para salvarla.

Carraspeé con fuerza para aclararme la voz.

—Cambiano de tema de forma radical —me obligué a sonreír de nuevo y girarme hacia ella—. Debo decirte que tus ojos tienen un aspecto impecable.

Luisa parpadeó varias veces. —¿Qué?

—Hay una notable mejoría en la apariencia de tu esclerótica —apunté a su rostro—. El enrojecimiento severo que presentabas ha desaparecido por completo.

Recorrí sus facciones con absoluto detenimiento, enfocándome en los detalles fisiológicos para ignorar mis propios latidos erráticos.

—El uso de tus lentes ha hecho maravillas para tu salud visual —incliné la cabeza—. Además de que te quedan fantásticos y resaltan tus facciones.

Luisa aceptó el repentino halago con una sonrisa amplia que le iluminó todo el rostro.

—Tengo que admitir que he empezado a disfrutar mi nueva apariencia —se llevó un dedo al puente del armazón para ajustarlo con un gesto sutil y coqueto—. Siento que me dan un mayor aire de autoridad.

Solté una carcajada sincera y el nudo opresivo en mi pecho se disolvió. Bajé del coche y me dirigí a la puerta de pasajero sin pensarlo. La abrí y le ofrecí mi mano para ayudarla a bajar.

Ella la miró y cogió sin dudar antes de bajar. Quedamos demasiado cerca uno del otro cuando cerré la puerta, y apreté mi agarre de su mano.

Caminamos a la entrada del restaurante, y no nos soltamos hasta llegar a la mesa.

Capítulo 12.

Luisa

—Los vestidos ya van en camino a Nassau —leí el mensaje de Hannah al grupo de mensajería que compartimos con Jessica —¡Qué emoción! ¡Me caso en dos días!

Sonreí al recordar la última prueba que hicimos con nuestros vestidos de dama, No fue una sonrisa de ternura, fue una resignada. A pesar de mis argumentos la elección del color fue final: verde oliva deslavado.

Hannah tenía muchas virtudes, pero elegir paletas de colores para bodas tropicales no era una de ellas. —Es mi color favorito —arremedé a mi amiga mientras dejaba el móvil en la cama junto a la maleta que ya tenía preparada para el viaje el día siguiente.

“Si tan solo el color no se le viera tan bien a Jessica,” pensé, recordando que a ella sí le lucía fantástico. “Basta. Concéntrate, Luisa.”

Ya había empacado un vestido de noche azul zafiro. Ese abrazaba mis curvas con una precisión impecable, luciéndolas con una fragancia que los trajes sastre estructurados y aburridos que exigía mi profesión jamás podrían hacer. Por algo era mi vestido favorito. *“Ojalá tenga una oportunidad de usarlo,” pensé.*

Justo al lado estaba mi nuevo vestido de sol. El lino blanco se arrugaría en el trayecto, por supuesto, pero para eso se inventaron las planchas. Su estampado de flores silvestres en tono ocre tostado jugaba con el rojo de mi cabello de una forma tan natural que no pude resistirme a comprarlo. Sin mangas, fresco, libre. Sería perfecto para el clima tropical al día siguiente de la boda.

Por último, deslicé mi bikini color esmeralda entre el vestido de lino y el azul zafiro. Cerré la maleta y me pasé las manos por los muslos de mis pantalones cortos.

El equipaje estaba listo, pero el nudo de tensión en mi nuca seguía latiendo con fuerza. Recorrí mi casa cerrando las cortinas de las ventanas y encendí el aire acondicionado de la sala.

Me dejé caer en el sofá de cuero frío y miré la hora en el móvil. "*Tengo un par de horas antes de dormir.*" Encendí el televisor junto con la consola de videojuegos. Mientras se encendía, metí las manos por debajo de la camiseta que traía puesta, desabroché el sujetador, lo saqué por una de las mangas y lo dejé en el sofá de cuero.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el respaldo del sillón y recordé la inmortal última palabra de William Wallace: "*¡Libertad!*"

El destello dinámico de la pantalla iluminó las paredes desgastadas con tonos azules y naranjas. Cogí el mando con fuerza, acomodé mis anteojos de armazón sobre el puente de mi nariz y cargué mi partida de *Horizon*.

Me desconecté del mundo disparando flechas virtuales contra bestias mecánica en la pantalla, haciéndolas explotar una tras otra. Esquivé un ataque y rodé por el suelo digital. Tensé la cuerda del arco virtual en la pantalla y la tensión se reflejó como un nudo de plomo en mi vientre. Un temblor me sacudió los pulgares sobre el plástico rígido del mando, y mi precisión acostumbrada no se hizo presente.

La imagen del rostro de Michael se filtró en mis pensamientos con la fuerza de un golpe físico. La curva de su mandíbula se materializó en mi mente, junto a la profundidad de su mirada escudriñándome sobre la mesa de *L'Etoile*.

La calidez aterciopelada de su voz resonó en mis oídos por encima de los efectos de sonido del televisor.

"*Yo soy el mundo, Luisa,*" pensé.

Sus palabras me desarmaron de nuevo, resultando en un golpe que destruyó mi concentración en la pantalla. Un zarpazo metálico cruzó mi campo de visión y mi personaje cayó muerto en la hierba virtual.

Apreté la mandíbula y pulsé el botón para reiniciar el último punto de control. Forcejeé conmigo misma para mantener la vista fija en uno de esos robots fastidiosos que alertaban mi presencia a los demás enemigos.

Tensé la cuerda del arco y contuve la respiración.

El fantasma de la mano de Michael envolviendo la mía mientras conducíamos en ese estúpido coche sensual que me tenía oculto se materializó en mi piel. Una descarga de calor me recorrió la columna vertebral, y me erizó el vello de los brazos.

Volví a perder el ritmo y otro ataque enemigo barrió a mi personaje del mapa.

El sonido de las explosiones y las alertas de daño crítico se mezclaron con el latido acelerado de mi propio pulso.

Recordé la mano de Michael sujetándome la barbilla cuando me revisó los ojos. Su firmeza, su calor, su cercanía a mi cuello. Contuve la respiración, tratando de sacar ese recuerdo de mi cabeza antes de que me atacara ese maldito tiranosaurio metálico en la pantalla.

Me mataron una y otra vez.

La frustración me subió por el pecho como una marea de ácido abrasador.

Solté el mando sobre la mesa de centro. El impacto del plástico resonó como la derrota total de mi autocontrol.

La pantalla se quedó estática, e iluminó mi rostro bañado en una fina capa de sudor frío. ¡Sudor! ¡Estaba el aire acondicionado encendido y yo estaba sudando!

El abanico de la consola y mi respiración agitada e irregular fueron los únicos sonidos en el espacio.

La tensión acumulada en mi bajo vientre era un bloque de plomo fundido que exigía atención inmediata. Una purga antes de que me consumiera por dentro, de lo contrario no podría conciliar el sueño.

"Es biología básica," pensé. Tragué saliva con dificultad. "Son simples ganas. Un pico de estrés que necesita una válvula de escape. No tiene nada que ver con Michael. Es solo mi cuerpo exigiendo una descarga fisiológica. ¿Verdad?"

Me recliné contra el respaldo del sofá y separé las piernas. El cuero helado y viejo chocó contra el incendio de mi piel.

—Maldita sea —dije, cabreada de necesitar un desahogo. Odiaba necesitarlo con tanta urgencia. Lo detestaba porque me moría por tenerlo.

Deslicé mis dedos temblorosos por debajo de la cinturilla de mis pantalones cortos.

Eché la cabeza hacia atrás y expuse mi cuello a la brisa fresca del aire acondicionado. Toqué mi centro a través de la tela y una sacudida eléctrica me partió la cordura en dos. El roce de mis propias yemas contra la tela de mis bragas de algodón me arrancó un suspiro ahogado.

Estaba empapada, ardiendo de una necesidad cruda y animal que me avergonzó y me empoderó al mismo tiempo.

"Al demonio con esto," pensé al apartar la tela a un lado en un movimiento brusco.

Encontré mi carne desnuda y resbaladiza con mis dedos y froté con un ritmo lento y calculado.

Cerré los ojos con fuerza y me entregué a la única fantasía que mi cerebro exigía reproducir: Michael.

Imaginé la puerta de mi casa abriéndose de golpe, y su figura imponente llenó el marco. Se acercó a mí con pasos decididos, se despojó de su chaqueta de diseñador y la lanzó al suelo.

“*¿Estás lista para mí, Lulú?*” su voz grave vibró contra mi oído. Dios, ¿por qué imaginarlo decirme así me excitó tanto? Un sollozo ahogado de impotencia escapó de mis labios, seguido de un gemido sonoro que rompió el silencio de la sala.

Aceleré el movimiento de mis dedos. Sus manos grandes y firmes reemplazaron las mías en mi fantasía.

“*Quiero probarte,*” murmuró su fantasma, mirándome a través de los cristales de mis anteojos.

El calor de su aliento bajó por mi cuello y trazó un camino de fuego hasta mi clavícula. Michael se arrodilló frente a mí en la alfombra, y separó mis rodillas con una fuerza posesiva y abrumadora.

Sus pulgares acariciaron la parte interna de mis muslos y arqueé la espalda contra el sofá. Su boca reemplazó mis dedos, su lengua experta y cálida devorándome sin piedad alguna.

La fricción se volvió una tortura exquisita.

“*Me encanta tu sabor,*” le escuché en mi cabeza.

—Más —dije una y otra vez entre gemidos—. Más, más, más.

Sus manos se aferraron a mis caderas y me anclaron a su boca mientras me succionaba el clítoris con una demanda salvaje. El cuero del sofá crujió bajo mi peso mientras yo empujaba las caderas hacia arriba, buscando más fricción, más de él.

La presión en mi pecho se volvió insoportable. Jadeé buscando aire, y me aferré a los cojines con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

“*Necesito estar dentro de ti,*” dijo con una desesperación sensual que me quebró por completo. Michael se levantó, desabrochó su

pantalón con urgencia y reveló su dureza imponente bajo la luz azul del televisor.

Sustituí mis yemas por dos dedos completos, y los hundí en mi intimidad con un empuje desesperado.

—¡Madre mía! —grité con la punzada de placer agudo que me nubló el raciocinio.

Me penetró de un solo golpe firme.

—Fuerte... Micha... —supliqué en voz alta —¡Dios!

Me levanté la camisa y pellizqué mis propios pezones con dureza para igualar el dolor placentero que sentía abajo.

Imprimí un ritmo implacable. Fuerte, rápido, profundo. La fantasía me arrastró a un abismo de calor hirviente.

Cada empuje mental me acercó más al límite y tensó mis músculos como las cuerdas de un arco a punto de romperse.

“*Vente para mí, canela,*” dijo entre jadeos en mi mente, clavando esos estúpidos ojos en los míos. “*Canela... Canela... ¡Canela!*”

Me consumió por completo.

Una bola de fuego estalló en mi bajo vientre, expandiéndose por mis venas. Arqué la columna con violencia y solté un alarido ronco, desgarrador. Los espasmos me sacudieron entera.

Contraje mi sexo con furia alrededor de mis propios dedos, y ordeñé un clímax devastador que me vació la mente y el alma.

El placer me partió en mil pedazos brillantes antes de dejarme caer al vacío.

El mundo dejó de dar vueltas poco a poco y el sonido del ventilador de la consola volvió a cobrar protagonismo en la sala. Mi respiración irregular sonó ahogada y me rasgó la garganta seca.

Me bajé la camiseta y un temblor residual me recorrió las piernas

flojas y esparcidas sobre el sofá.

Retiré la mano de mi intimidad. El roce frío del aire acondicionado golpeó mi piel húmeda.

Me quedé inmóvil mientras el fantasma de Michael me acariciaba con ternura, dejando un hormigueo exquisito en mi mejilla.

Abrí los ojos de golpe, parpadeando contra la luz de la pantalla del televisor que seguía mostrando el menú de pausa.

Me senté con torpeza. Un vacío patético se instaló en mi estómago. Levanté una mano temblorosa y me acomodé los anteojos de armazón sobre el puente de la nariz.

El roce del plástico endurecido contra mi piel actuó como un ancla, devolviéndome a mi identidad real.

Me abracé las rodillas. *"Fue solo una descarga necesaria,"* pensé, pasándome una mano entre el cabello. Tragué saliva y miré la pantalla del televisor. *"Un pico hormonal. Una reacción biológica aislada. De seguro estoy ovulando. Sí, es eso."*

Me obligué a modular la respiración.

No era la primera vez que fantaseaba con Michael. Era un hombre demasiado guapo y sensual. Pero antes solo lo había imaginado haciendo un papel de amante apasionado concentrado en mi placer y solo mi placer. Jamás me había dominado, jamás me había hecho suya, y jamás me había venido con semejante intensidad pensando en él.

Mi mejilla todavía tenía ese hormigueo cuando lo imaginé acariciándola luego de hacerme explotar.

Me reí. Nada me había causado gracia, pero una risa salió de la nada. Apagué la consola de un manotazo y la sala quedó sumida en la oscuridad total.

Me puse en pie con las piernas aun temblando, y le di la espalda al sofá y a la fantasía que acababa de consumirme.

Negué con la cabeza. "*Eso jamás debe pasar.*"

Pero no dejé de reír.

Capítulo 13.

Luisa

—Y ahora, para su primer baile como marido y mujer, reciban con un fuerte aplauso a Maximilian y Hannah Spencer —la voz de Marlon atronó por los enormes altavoces.

La Villa Spencer era un vestigio impecable de la arquitectura colonial antigua. Parecía que había vuelto en el tiempo. La imponente estructura de piedra y madera abrazaba un inmenso patio central lo bastante grande para los cientos de invitados entre familiares y amigos, rodeada por dos niveles de galerías abovedadas y habitaciones que conservaban el encanto.

El verdadero espectáculo arquitectónico era el enorme pasillo principal que partía el edificio en dos y se abría de par en par hacia el mar. A través de ese monumental arco, el océano se extendía hasta el infinito, enmarcando un ocaso espectacular que teñía el cielo de violetas y dorados mientras el sol se hundía en las aguas del Caribe.

El estallido de la multitud ahogó el suave murmullo de las olas a lo lejos. Miré hacia el centro de la pista de madera pulida construida para la ocasión, bañada por una cascada de luces doradas y tenues.

Hannah resplandecía envuelta en su vestido de novia, apoyando la cabeza contra el pecho de Max con una rendición absoluta. Él estaba impecable en un esmoquin color marfil hecho a la medida. Debía serlo, pues solo así se le podría vestir de manera tan elegante a un hombre de ese tamaño.

Una fragancia dulzona de los hibiscos y el jazmín de los arreglos florales impregnaba el aire. Me pasé una mano por la falda de mi vestido de dama de honor. Alisé la seda de ese color oliva que tanto

detestaba. El material era divino, y nunca había usado un vestido que me quedara tan bien.

Pero el color. El puñetero color.

—Me mentiste —una voz ronca y masculina susurró en mi oído.

Me giré y encontré a Michael. Mi corazón dio un brinco al darme cuenta de que casi le planto un beso en la boca. —¿De qué hablas?

Se sentó en la silla a mi lado. Traía un esmoquin negro tradicional, pero ya se había desabrochado el botón superior de la camisa y traía la pajarita floja y colgando bajo el cuello. Si lo pusiéramos junto a su adorado Aston Martin sí que parecería un agente secreto.

“Debería ser un crimen que un hombre tan guapo vista así,” pensé al mirarlo de arriba abajo y chupándome el labio inferior por dentro.

Michael me apuntó con el dedo índice. —Tú me dijiste que el vestido de damas era una... ¿Cómo lo llamaste? Un sufrimiento estético. Yo esperaba algo que me dieran ganas de mirar a otro lado o irme al baño a sacarme los ojos al mirarlo.

Solté una carcajada. —¡Este color no me favorece en lo más mínimo!

—Eso —se inclinó hacia delante—. Es una mentira descarada.

Dejé de reírme y tragué antes de girarme hacia la pista. — Gracias.

—Las que te adornan, canela.

Le acomodé un manotazo en el brazo y apreté mis labios. Ambos guardamos silencio mirando a Max y Hannah bailar junto con la banda interpretando “The way you look tonight.”

Negué con la cabeza, incapaz de borrar la sonrisa de mis labios. Hannah tenía dos pies izquierdos, y jamás me imaginaría a Max como un hombre de movimientos agraciados, pero no había mayor

evidencia de su compatibilidad que la magia evidente en sus pasos de baile como marido y mujer.

—Hacen una pareja estupenda —dije en voz baja, observando cómo Max hacía girar a Hannah.

Michael se inclinó un poco más hacia la mesa, apoyando los antebrazos sobre el mantel blanco.

—Sí, lo hacen.

Levanté la barbilla hacia un lado. —Me pregunto cuánto tardarán Matt y Jessica.

Michael alzó una ceja y buscamos a la otra pareja entre la multitud de invitados. Encontramos a Matt con el brazo envuelto alrededor de la cintura de Jessica, susurrándole algo al oído que la hizo reír.

—Ni ella ni él quieren algo así de grande —dijo Michael, haciéndome girar hacia él—. Quizá solo vayan al juzgado un día y hagan una cena para la familia inmediata.

Sonreí. —Conociéndolos, quizá ni siquiera eso.

Michael rio. —Ya lo imagino. “Familia, fuimos a Las Vegas a divertirnos el fin de semana, y hemos vuelto casados.”

Reí junto con él. —Y tu papá sería el primero en decir “¡Por fin!”

—¡Definitivamente! —ambos reímos —Pero luego me diría que solo faltaría yo.

Refunfuñé sin dejar de reír. —*Nosotros* —le corregí, apoyando la palma de mi mano sobre su antebrazo—. No olvides que ya nos hacen juntos.

Michael giró el rostro hacia mí. Me sostuvo la mirada, mientras la risa entre ambos se desvanecía poco a poco.

Una descarga eléctrica me recorrió la columna vertebral, erizándome el vello de la nuca y bajando hasta instalarse en la boca

de mi estómago. “¿Por qué hice eso?” miré mi mano encima de su brazo.

La textura áspera de la tela raspó mi palma, y el calor abrasador irradiaba de su piel por debajo. Él tensó los músculos del brazo bajo mi tacto, pero no se apartó.

“*Esto debería aterrarme,*” pensé, tragando saliva. El ritmo frenético de mi propio pulso resonó en mis tímpanos. “*Pero... se siente... lindo.*”

Mientras trazaba el contorno de los nudillos de Michael con mi pulgar, el miedo no apareció por ninguna parte. No había pánico, no había instinto de huida, solo una comodidad profunda y sedante que me anclaba al presente de una manera que jamás había experimentado.

Los aplausos de los invitados rompieron el hechizo. Retiré mi mano del brazo de Michael con lentitud y aplaudí junto con los demás.

—¡Y ahora, invitamos a los miembros del cortejo nupcial a acompañar a los novios en la pista! —anunció Marlon por el micrófono, levantando su copa de champán en dirección a nuestra mesa.

Tragué saliva y apreté las manos sobre mi regazo.

Michael se puso de pie con un movimiento fluido y elegante, abotonándose el saco del esmoquin con una sola mano. Se giró hacia mí, las comisuras de sus labios se elevaron, y me ofreció su mano abierta.

—Hagámoslo, canela —dijo con un tono de voz que me dio a entender que no se refería a que fuéramos a bailar. Respiré tanto aire como pude mientras un relámpago me atravesaba de pies a cabeza.

El mundo entero pareció detenerse, reduciéndose a la palma extendida de Michael.

Levanté la mirada, conectando con sus ojos y dejé que todo el aire abandonara mis pulmones en un largo suspiro. Cogí su mano y me levanté de la silla, permitiendo que sus dedos se entrelazaran con los míos con naturalidad.

Un escalofrío de pura anticipación me recorrió las piernas mientras caminábamos juntos hacia la pista de baile, esquivando las mesas adornadas con cristalería fina y velas aromáticas.

En cuanto pisamos la madera pulida, Michael tiró suave de mi mano y me atrajo hacia él con una seguridad ante la que me rendí sin protesta. Chocamos nuestros cuerpos, cerrando cualquier espacio físico que pudiera existir entre nosotros.

El contacto de su pecho duro contra mis senos me hizo soltar un jadeo involuntario. Un fuego abrasador se encendió en mi vientre, extendiendo sus llamas por mis venas, y mi piel parecía quemarse bajo la superficie.

Él deslizó su mano libre hasta el centro de mi espalda baja, presionando la seda de mi vestido con sus dedos posesivos, y me ancló a su cadera.

Levanté mi brazo libre y lo apoyé sobre su hombro, sintiendo la tensión de sus músculos flexionándose bajo mi palma a cada pequeño movimiento que hacía.

Nos balanceamos al ritmo de "*That's Amore*." La música llenó el ambiente, y el ruido de los cientos de invitados, las risas lejanas y el chocar de las copas desaparecieron por completo.

Solo existía la respiración acompasada de Michael y el calor asfixiante de nuestros cuerpos pegados.

Rendí mis últimas defensas y dejé caer mi cabeza sobre su hombro, apoyando la mejilla contra el tejido suave de su chaqueta. Inhalé profundamente, llenando mis pulmones con su aroma inconfundible. Sándalo, brisa marina, y algo fresco. No podía ser gasolina, pero tenía el mismo efecto en el incendio bajo mi piel.

Olía a él, y me nubló la razón por completo.

Cerré los ojos. Los latidos potentes de su corazón golpearon contra mi pecho, marcando un compás que mi cuerpo adoptó como propio.

Michael hundió su rostro en mi cabello, rozando mi sien con su mandíbula. La barba incipiente de su rostro raspó mi piel con una fricción deliciosa que me provocó un nuevo temblor en las rodillas.

Apretó su agarre. En algún momento había bajado su mano hasta la curva inferior de mi espalda. Me pegó aún más a su pelvis, y me pareció que había evidencia de que quizá él ardía tanto como yo.

Quizá más.

Mis músculos perdieron toda tensión. Exhalé un suspiro profundo cuando la canción llegó a su fin, y tuvimos que separarnos. Ni él dijo nada, ni yo encontré palabras. Solo una sonrisa y una electricidad en nuestras miradas que fui demasiado cobarde para explorar en ese momento.

Terminó la canción, pero no la fiesta. Las horas se desdibujaron entre más bailes, brindis interminables y la euforia generalizada de la celebración nupcial.

Para cuando la recepción llegó a su fin, mis pies dolían por los tacones y el cansancio amenazaba con cerrarme los ojos. Max y Hannah se retiraron en helicóptero a donde fuera a ser su luna de miel. Quizá alguna cabaña en una isla a la que solo se puede llegar por aire o barco.

Michael me escoltó por la Villa Spencer hacia el ala de habitaciones de los invitados. El aire de la madrugada caribeña era fresco y salado, un contraste violento con el calor corporal que aún guardaba. Caminamos en silencio, acompañados solo por nuestros pasos y el sonido rítmico y lejano del océano rompiendo contra el acantilado cercano.

Llegamos a mi habitación, iluminados por lámparas de pared que proyectaban sombras alargadas. Me detuve frente a la puerta de madera maciza de mi cuarto y me giré hacia él. Michael se paró junto a la puerta. Metió las manos en sus bolsillos y apoyó el hombro en la pared. Su mirada me secó la garganta de inmediato.

—Gracias por acompañarme, Michael —dije, apoyando el hombro en la puerta y mirándolo a los ojos, con la voz un tono más baja y rasposa de lo normal.

—Ha sido un placer, canela —esa simple muela me cortó la respiración en ese instante.

Pasamos un largo, doloroso y delicioso instante mirándonos a los ojos, como si estuviéramos a la espera de que el otro hiciera algo, un juego de a ver quién se atrevía primero.

El color de sus iris se oscureció por completo. Se inclinó hacia delante.

Lento.

Muy lento.

Demasiado lento.

Bajó el rostro hacia el mío.

Corté mi respiración de tajo. Cerré los ojos. Esperé el contacto de su boca contra la mía, mientras el corazón me martilleaba las costillas con la fuerza de un ariete.

Sentí su aliento caliente... Contra mi mejilla.

Luego, el tacto suave y firme de sus labios besó la piel cerca de mi comisura.

Un beso en la mejilla que se sintió como una quemadura de tercer grado. Abrí los ojos de golpe. Un vacío helado me asaltó cuando sus labios no se separaron de mi piel. Fue el beso en la mejilla más largo de la historia. Y sus labios estaban a escasos milímetros de los míos.

¡Un giro de cabeza, ya sea él o yo, y estaríamos besándonos!

Pero nos quedamos congelados en esa posición. La proximidad de su cuerpo generaba un campo de electricidad estática tan denso que me robó el oxígeno de los pulmones.

Podía sentir el calor que irradiaba, y el roce casi imperceptible de nuestras narices con nuestros rostros.

La fricción de la inacción fue una tortura física, un anhelo punzante que me exigía acortar la distancia y devorar su boca de una vez por todas.

"Joder, no puedo más," pensé.

Tragué el nudo de deseo que me obstruía la garganta y reuní cada onza de fuerza de voluntad que me quedaba en el cuerpo para girar mi rostro hacia él.

Fue demasiado tarde.

Él se separó, y nos quedamos mirándonos a los ojos. Apoyé mi mano plana contra su pecho. El latido desbocado de su corazón retumbó bajo el almidón de su camisa.

No sé si yo lo empujé hacia atrás con una suavidad firme, o él se alejó despacio, o ambas, pero el aire frío del pasillo se coló entre nosotros como un balde de agua helada.

Giré el pomo y empujé la puerta hacia adentro, retrocediendo un paso para adentrarme en la seguridad de mi habitación. Otro instante más en ese pasillo y me habría muerto.

Lo miré a los ojos por última vez en la noche. Cerré la puerta de un tirón, dejando que el clic del seguro sellara el pasillo.

Me apoyé contra la madera, tratando de controlar mi respiración agitada en medio del silencio de mi cuarto.

Capítulo 14.

Michael

—Eres un puñetero genio —me dije a mí mismo al salir al inmenso patio de la villa de la familia.

El sol caribeño me golpeó las espaldas, maravillado con lo bien que el personal dejó recogido tras la noche anterior. No había ni una silla o mesa fuera de lugar. La fuente en la entrada hasta parecía recién limpiada.

El agua fresca me pareció tentadora, pero sabía que no bastaría. Joder, aunque hubiera llenado la bañera con hielo y llenado con agua traída desde el círculo ártico no habría podido bajarme la temperatura luego de lo de anoche.

Luisa atormentó mis sueños toda la noche. Si bien dormí sin interrupciones en definitiva no estaba descansado. Ni cansado. Era raro y odiaba estar así. Era temprano, así que quizá tendría que ir a la cocina de la villa a preparar un café.

Entré y me quedé congelado al escuchar risas. Reconocí una de ellas de inmediato, y lo comprobé en cuanto entré.

No sé qué me pareció más seductor: Luisa con un vestido de sol blanco con estampados florales holgado apenas lo suficiente para lucir un bikini esmeralda debajo, o el café humeante de la taza que tenía en las manos.

Su cabello parecía húmedo. *“¿Quizá fue a nadar? ¿Tan temprano? Tal vez es lo que necesito para bajarme la calentura: zambullirme en las aguas del atlántico.”*

—Buenos días, señor Michael —dijo la jovencita que estaba sentada al otro lado de la mesa de Luisa.

—Dime por favor que tienes más de eso —apunté a la taza de Luisa, la cual sonrió.

—Enseguida, señor.

Me senté junto a Luisa, y nos miramos a los ojos. Tenía la espalda recta y hombros tensos, pero su mirada brillaba detrás de sus sensuales lentes de bibliotecaria.

—¿Pasaste mala noche? —preguntó con tono sarcástico.

Resoplé con una mueca y le asentí a la muchacha cuando me dejó una taza de café frente a mí. —¿Tan mala como la tuya?

—¿Cómo pueden tener tanto dinero y no tener colchones cómodos para sus invitados?

—¿Verdad? —negué con la cabeza —Vengo diciéndole al viejo que debería renovar las camas por algo de este siglo.

—Ahí está tu error —dijo Luisa—. Tú eres el médico de la familia. Es *tú* responsabilidad.

Solté una carcajada. —No encuentro fallas en ese argumento —le di un sorbo rápido al café—. Al menos todavía no. Mi cerebro sigue sin encenderse del todo.

Bajé la taza y el dorso de mi mano rozó el de ella, que sujetaba su propia taza. La electricidad de ese momento me quemó bajo la piel, y recordé esos dolorosos instantes fuera de su habitación.

"Soy un idiota," pensé al mirarla de nuevo. "Debí besarla. Prácticamente me lo rogaba con la mirada, y yo claro que quería... Pero..." Ella amplió la sonrisa, luego bajó la cabeza y le dio otro trago a su café. *"Maldita sea, es Luisa. Es... canela."*

El aroma intenso del grano tostado se mezcló con la brisa salada del mar, pero no fue suficiente para despejarme la cabeza. Mis músculos estaban rígidos, y un calor incómodo se instaló en mi pecho, cargado con el peso de mi cobardía de la noche anterior.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón. Necesitaba una distracción.

"¡Ya sé!" pensé con una sonrisa. *"Broadway. ¿Qué tienes para mí?"* Hice las cuentas. Si salía dentro de la próxima hora alcanzaría a llegar a la tarde a Nueva York, a tiempo para cualquier función. *"Tendría que robarle el jet a Matt. Me debe una de todos..."*

Luisa se ajustó los anteojos de armazón y se inclinó hacia mi lado. La luz de la mañana arrancó destellos cobrizos de su cabello pelirrojo. —¿Qué estás mirando con tanta concentración?

Mantuve la vista en la pantalla. —Presentaciones de los musicales de Broadway o cerca de —dije, deslizando el dedo por la pantalla—. Necesito... Alejarme de aquí.

Ella arrugó el entrecejo y apoyó la barbilla en mi hombro. —¿Por qué buscas musicales?

Soltó aire por la nariz, y el calor me erizó la piel del cuello. Me dificultó el pensamiento, pero apagué la pantalla y la miré a los ojos.

Estaba cerca. Demasiado cerca, y la forma en que me miraba...

—Me gustan mucho —dije en voz baja, casi susurrando—. Amo cuando una historia es contada en canción, y muchas de mis canciones favoritas son así.

Luisa parpadeó despacio, asimilando mis palabras. —Jamás he visto un musical en mi vida.

Me enderecé de golpe. Había un destello de curiosidad detrás de los cristales de sus lentes. Una determinación firme se encendió en mi pecho, borrando mi agotamiento.

—Eso lo tenemos que remediar ahora —dije al ponerme de pie.

Ella me miró confundida. —¿De qué hablas?

Me guardé el móvil en el bolsillo. —Ve por tu maleta.

—¿Por qué...?

—Adivina.

Me quedé callado mirando su expresión. Luisa abrió mucho los ojos y apretó los labios. —¿Quieres que...?

—Sí —le cogí la mano y tiré, haciéndola ponerse de pie.

Entrecerró los ojos y tensó la mandíbula.

“Ahí viene la lluvia interminable de pretextos,” pensé. *“Veamos, ¿qué podría...?”*

Bajó los hombros y la rigidez de su espalda no estaba por ningún lado. —Vale —dijo—. Dame diez minutos.

Se fue, y yo me quedé pasmado, como si el mismísimo Señor hubiera aparecido ante mí y dicho “Concedido, hijo mío.”

—No puedo llevarla a un musical cualquiera —murmuré al sacar el móvil de nuevo. No me tomó ni un minuto dar con uno—. Perfecto.

Dos horas después, estábamos a miles de metros de altura. Matt, Jessica, Marina y mi papá al parecer iban a pasar el día en Nassau, así que ni siquiera indagó el por qué necesitaba el jet. Tenía un pretexto preparado, pero no fue necesario.

El interior del jet era un oasis silencioso envuelto en cuero claro y paneles de madera pulida. Era nuestro palacio en las nubes, con todo y baños privados y una inmensa *master suite* al fondo. En ese momento, el zumbido constante de los motores era el único sonido en la enorme cabina. Solo éramos Luisa y yo.

Estaba sentado en un sillón reclinable frente al suyo, fingiendo leer un informe en una tableta. Llevaba un chaleco oscuro y la camisa sin corbata, hundiéndome en el asiento. No pude pasar del primer párrafo. Mi atención estaba clavada en ella. Luisa miraba por la ventanilla hacia el mar de nubes blancas, con las piernas cruzadas y balanceando la de arriba en movimientos lentos e hipnóticos.

Descansaba la cabeza en su mano apoyada en el descansabrazo. *“¿Acaso no vamos a hablar de anoche?”* pensé, mirándola morder su

meñique.

Luisa apartó la vista de la ventanilla. —¿Cuál es el código de vestimenta para ir al teatro?

Apagué la pantalla de mi tableta y me incliné hacia adelante. —No vamos a una gala —levanté un poco mis manos—. Yo no me pienso cambiar. Puedes irte así, si quieres. O ponerte un vestido de noche para ir a tomar una copa cuando salgamos del teatro.

Ella arqueó una ceja y sonrió. —Creo que traigo algo que podría servir.

—Solo... —maldita sea, lo que le hacía con su boca a su dedo meñique distraía demasiado —Los teatros suelen tener el aire acondicionado al máximo. Lo necesitan, porque algunos vestuarios son muy elaborados y no queremos que los actores se desmayen. Si tienes un suéter ligero, o una... Cosa como... Eso que es como una bufanda para los brazos.

—Un chal.

—¿Un qué?

—Un *chal* —Luisa rio—. Una tela ligera con la que la gente se envuelve.

—*Ustedes* las mujeres se envuelven —dije entre risas—. Jamás verán a un hombre usar una de esas cosas.

—Eso es tan...

—¿Cierto?

—Sexista —se encogió de hombros y puso de pie—. No traigo algo así, de todos modos —caminó hacia la *master suite*, pero se detuvo a mi lado—. Tendrás que abrazarme por si me da frío.

Me acarició el hombro un instante antes de alejarse, dejándome mirando enfrente como un idiota. Cuando giré a mirarla, ella ya estaba entrando a la suite.

Cuando salió con un vestido de noche azul zafiro que le abrazaba el cuerpo como si solo se lo hubieran pintado encima cada célula masculina de mi cuerpo cobró vida y mi cerebro ignoró todo lo demás a mi alrededor para contemplar a la preciosura ante mí.

Joder, hasta olvidé respirar por un momento.

Aterrizamos en Teterboro a primera hora de la tarde. El contraste fue brutal al pasar de la humedad perezosa del Caribe al frío cortante y el asfalto frenético de la ciudad que jamás duerme. Una SUV negra ya nos esperaba. Dejamos las maletas en el avión y nos fuimos al teatro.

Las luces de neón rojo bañaban la acera mientras la multitud nos empujaba hacia las puertas. Compré entradas para Moulin Rouge en un palco superior.

Al levantarse el telón, la música inundó el auditorio, pero me olvidé del escenario. Ya había visto esa función muchas veces, por lo que mi atención recayó en el perfil de Luisa.

Ella se inclinó hacia delante, agarrando el reposabrazos con los nudillos blancos. Apenas y parpadeaba, y sí tuve que abrazarla cuando el frío del clima artificial se volvió demasiado.

Un vuelco violento agitó mi estómago. Una ola de calor me subió por el pecho hasta quemarme la garganta. "*Es perfecta*," pensé, tragando saliva para deshacer el nudo.

Al salir del teatro Luisa caminaba a mi lado a paso acelerado, desbordando una energía vibrante. Se giró hacia mí y una sonrisa inmensa iluminaba sus ojos. —Dios mío, Michael.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón para sofocar el impulso de tocarla. —Me alegra que te gustara.

Ella se pasó una mano por el cabello, apartando un mechón rebelde y soltó una risa nerviosa. —Estoy tan emocionada que no creo poder dormir.

Evalué la hora y las opciones disponibles. Di un paso hacia ella, acortando la distancia.

—Tomemos una copa.

Luisa arqueó una ceja, intrigada. —¿A dónde?

Mi primer pensamiento fue *Lillie's*, o a donde sugiera el chofer de la SUV, pero algo en mí al mirar los ojos de Luisa me dejó muy en claro que, aunque sería una buena elección, existía una mejor.

Un lugar al que no había ido en mucho tiempo. En demasiado tiempo.

Subimos al vehículo y me dirigí al conductor. —Al Village, por favor —el conductor me miró de reojo.

El trayecto duró menos de veinte minutos. Las luces brillantes de Midtown dieron paso a las calles estrechas del Greenwich Village. El vehículo se detuvo frente a una fachada de ladrillo gastado con un toldo modesto.

Mi pecho se llenó de calor al mirar el anuncio en luces de neón que decía "*Blue Note*".

El olor a humedad de la calle se fundió con el rastro de tabaco y lluvia vieja. Miré a Luisa y ella me miraba extrañada de mi elección de lugar. "*Quizá sí debí llevarla a Lillie's o algún restaurante de lujo,*" pensé. "*Pero ya estamos aquí.*"

Empujé la pesada puerta de madera y entramos al local. Solté un suspiro de alivio.

El bar estaba casi lleno, y casi idéntico a la última vez que estuve ahí. La penumbra cálida, teñida por luces ámbar, envolvía las mesas apretadas. El humo de los cigarrillos flotaba bajo el techo, y una banda tocaba una pieza de rock clásico.

Guíe a Luisa apoyando las yemas de mis dedos en su espalda baja. Ese roce fugaz me clavó una descarga eléctrica directa en la columna.

Llegamos hasta la barra de caoba. Un hombre alto, calvo, y un mandil negro, secaba un vaso con un trapo. Lo recordaba con varios kilos más de los que tenía, aunque seguía siendo un chico grande.

—¿Rusty?

El camarero se giró, escudriñando mi rostro en la penumbra hasta que una sonrisa ancha lo iluminó. Arrojó el trapo en la barra y soltó una carcajada ronca.

—¡Mickey Swann! —gritó —¡Dichosos los ojos! ¡Hacía siglos que no te veíamos por aquí!

Le cogí la mano y nos abrazamos encima de la barra. —¡Te ves fantástico! —le dije —Bajaste de peso.

—Y tú subiste —dijo, apretándome el bíceps derecho—. Cielos, Mickey, me has hecho la noche.

Luisa se tensó a mi lado. Me miró de reojo, desconcertada por el extraño nombre con el que me acababan de saludar.

Rusty desvió la mirada hacia ella, frotándose la barbilla áspera. —¿Y quién es la chica?

Señalé hacia ella. —Rusty Miller, ella es... Lulú.

El silencio fue denso. Luisa giró la cabeza hacia mí con un movimiento rígido y sus ojos se afilaron detrás de los cristales en un ángulo cortante.

—¿Quieres intentar de nuevo, Mickey? —Rusty estaba aguantando la risa.

—Sí —mis pies amenazaron con retroceder un paso ante la hostilidad de su postura. Tragué saliva y un sudor frío me bajó por la nuca —Es... Canela.

Luisa respiró profundo y estrechó la mano de Rusty. —Encantada, Rusty.

Capítulo 15.

Luisa

—¿Entonces qué te sirvo, Canela? —Rusty apoyó las manos sobre la vieja barra de madera oscura.

—Lo mismo que a Mickey, por favor —esbocé una sonrisa ladeada y alcé mi vaso vacío hacia la luz tenue del local.

“*Mickey,*” pensé, considerando la facilidad con que ese apodo salió de mi boca. “*Me gusta.*”

—Dos cervezas, Rusty —dijo Michael, ganándose una mirada desaprobatoria del camarero—. ¿Qué?

—¿Cerveza? ¿Traes una chica vestida para matar a tu lado y le vas a dar *cerveza*?

Encontré la mirada de Rusty y sonreí. —¿Qué tan fría está?

—Muerta, por supuesto.

—Una cerveza será perfecta, entonces —dije con una sonrisa y girar la mirada hacia Michael.

Rusty soltó una carcajada sonora y se alejó. El ambiente del Blue Note era denso y embriagador. Olía a whisky añejo, colonia barata y a humo de cigarrillos, el suelo cerca de la barra estaba pegajoso, aunque esta parecía impecable, y no todas las luces del techo funcionaban. Nunca me imaginé que Michael me llevaría a un lugar así, ¿qué tiene de especial?

La música era fantástica, eso sí. La banda de rock en ese momento sonaba mil veces mejor que muchas canciones modernas. Era rock and roll clásico en todo el sentido de la palabra. ¿Quizá era eso?

Michael estaba a mi lado arremangándose la camisa. Él irradiaba un calor constante y la piel de mis brazos descubiertos se erizó. Rozamos nuestros muslos bajo el voladizo de la barra. La fricción constante me envió descargas eléctricas directas al estómago.

Rusty tardó varios minutos en regresar con nuestras bebidas. Dejó dos botellas cubiertas con una fina capa de escarcha. El hombre no mentía cuando dijo que estarían muertas. —Perdonen la tardanza, chicos —resopló con fuerza—. Disfruten su noche.

—¿Qué está pasando, Rusty? —Michael frunció el ceño ante la actitud de su amigo.

—Un maldito imbécil —Rusty se rascó detrás del cuello—. Se ha roto la mano.

—¿Quién? —Michael se enderezó de golpe en el taburete y yo miré al camarero.

—El pianista de la siguiente hora —Rusty apretó los dientes con visible frustración—. Tuvo un accidente en los camerinos. Se resbaló y cayó encima de su mano.

—Sigo siendo médico, Rusty —Michael adoptó de inmediato una postura firme—. Déjame verle. Puedo estabilizar la fractura.

—Llegas tarde para eso, Mickey —Rusty negó con la cabeza y señaló hacia la salida trasera con el pulgar—. Ya se lo llevó la ambulancia. Los paramédicos lo sacaron hace unos minutos.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Me di cuenta que la banda había terminado y estaban bajando del escenario. El murmullo del bar seguía su curso de fondo.

—El problema es que ahora tengo un agujero enorme de una hora en... —Rusty clavó su mirada expectante en Michael.

Él interrumpió su trago de cerveza y negó con la cabeza. —No, Rust.

—Vamos, Mickey —dijo Rusty—. Salva mi noche.

—¿Qué está pasando? —pregunté, mirando a uno luego al otro.

—¡Conecta la rocola y deja que la gente ponga música!

—Está rota.

—¿Todavía? —Michael soltó una carcajada —Rusty, esa cosa lleva rota desde que estaba en la facultad.

El camarero encogió los hombros. —Lo he dejado pasar.

—Bueno, conecta una portátil al sistema de sonido y pon una lista de reproducción.

Rusty levantó ambas cejas. —¡Claro! ¡Ahorita mismo saco mi MacBook y la conecto via bluetooth a mis bocinas nuevas para poner una pista que me encuentre en internet!

—No tienes una portátil, ¿verdad?

—¿Ves aquella caja registradora? Es la tecnología más avanzada que encontrarás aquí.

—Realmente necesitas modernizarte, Rust.

—¿Vas a ayudarme o no, Mike? —Rusty se inclinó en la barra — Me lo debes.

—No te debo...

—Por Verónica —Rusty insistió—. Me lo debes.

Me quedé atónita ante la petición. "*¿Qué historia tiene Michael con este lugar?*" pensé.

Él dudó un segundo y trazó el borde de su botella con el dedo índice.

—No lo sé, Rust —Michael negó con la cabeza.

—Venga, Mickey —Rusty apoyó ambas manos sobre la barra—. Los tragos de toda la noche a cuenta de la casa.

Él esbozó una sonrisa torcida. Se levantó del taburete, se aflojó aún más la corbata para abrir un segundo botón de su camisa. Había... algo en su mirada. Un fuego, una intensidad, no sé.

—¿Está afinado? —pregunté Michael con una sonrisa.

—Fingiré que no me preguntaste eso —le contestó Rusty.

Me guiñó el ojo. —Vuelvo en unos minutos.

—¿Cómo que...?

Me cortó la palabra estampando su boca contra la mía. Fue un impacto rápido y fulminante. Todo rastro de pensamiento racional se evaporó de mi cabeza en ese instante. El choque forzó mis labios a separarse en un jadeo ahogado, y él aprovechó la brecha de inmediato. Ambos devoramos la boca del otro con un frenesí salvaje, un cruce de lenguas que llevaba un tiempo ansiando su liberación. Él sabía a la cerveza helada que acababa de beber, mezclada con un calor abrasador que me quemó hasta el estómago y más allá.

Justo cuando el vértigo me mareó y mis pulmones exigieron aire a gritos, se separó de golpe.

Me guiñó el ojo, se dio la media vuelta y caminó hacia el escenario. Me quedé incapaz de apartar la vista, boquiabierto y esforzándome por recuperar el aliento. El mundo entero desapareció cuando Michael tomó asiento frente al piano de cola negro al fondo del escenario.

Él rozó las teclas mientras miraba al público, luego sonrió y clavó la mirada en mí un último instante antes de volver su atención al piano.

Empezó a tocar y a cantar, y mi corazón se detuvo al escucharlo.

La música llenó cada rincón del bar en un instante. Reconocí la canción de inmediato, *Great Balls of Fire*, ¡Madre mía, no tenía idea que Michael pudiera tocar así! No tenía una voz privilegiada, pero

tenía alma, pasión, y ese algo que sonaba correcto con la tonada que estaba sacándole a golpes al instrumento.

Los clientes giraron las cabezas hacia el escenario. Los murmullos se apagaron para dar paso a exclamaciones de asombro. Un nudo de admiración me apretó la garganta cuando los clientes que estaban metidos en conversaciones se callaron para apreciar al artista en el escenario.

Michael se adueñó de cada canción que tocó. Después de *Great Balls of Fire* siguió *Crocodile Rock*, la cual todo el bar le acompañó en los La –La–Las, después siguió una de Queen que no recordé el nombre, y continuó con una que sonaba a algo que tocaría Elvis.

No conocía al hombre en ese escenario, pero quería conocerlo.

Mi pulso se mantuvo acelerado con cada canción que Michael tocaba. El calor me subió por el cuello al descubrir este lado salvaje que no conocía. Algo me decía que era la única. Dudaba mucho que su familia supiera que podía tocar así, de lo contrario Max le hubiera pedido que tocara en la boda.

—¡Toca Piano Man! —Rusty alzó las manos por encima del ruido de los aplausos al concluir una canción.

Michael asintió desde el escenario con una sonrisa torcida.

—Ya lo oyeron —dijo Michael al micrófono con una sonrisa—. Al patrón lo que pide.

Las primeras notas de la icónica melodía arrancaron vítores ensordecedores del público.

Todo el bar cantó a pleno pulmón junto con él. Rusty sacó una armónica que tenía escondida detrás de la barra y lo acompañó desde su lugar, sacándome una carcajada.

“¿Será que Michael frecuentaba este lugar cuando estudió medicina?” pensé, recordando que él había ido a la facultad en Nueva York.

Bebí un trago largo de mi cerveza. El líquido me quemó el pecho casi tanto como el deseo crudo que me consumía por dentro. Mis labios tenían un hormigueo por el beso que me dio, y era muy evidente que todo mi cuerpo vibraba con cada nota y palabra que salía de su boca. Mi piel, mis pechos, mis pezones. Joder, no paraba de juntar los muslos por la electricidad en mi entrepierna.

El bar entero estalló en aplausos cuando terminó *Piano Man*, incluyendo a Rusty.

Michael me miró a los ojos, y a pesar de la distancia su energía elevó mi temperatura a niveles que nadie había logrado alcanzar. Sin decir una sola palabra empezó a tocar. El cambio de ritmo fue drástico. Los acordes veloces se desvanecieron, reemplazados por una melodía lenta e íntima.

El público guardó silencio, y reconocí la introducción de *Your Song*.

Michael levantó la mirada del teclado de marfil y clavó sus ojos en los míos, ignorando por completo a las personas que abarrotaban el local como si no existieran. El aire se me atascó de golpe en los pulmones, dejándome incapaz de tomar aliento. Una repentina descarga helada y eléctrica me bajó por toda la columna vertebral, chocando con mi propio calor interno y erizando al instante la piel de mi cuello.

Me cantó a mí.

A mí.

Cuando tocó el último acorde y dejó que la nota final se apagara en el aire, el bar entero estalló en aplausos y silbidos.

Yo solo escuchaba el martilleo violento de mi propio pulso en mis oídos.

Michael se levantó del taburete y caminó de regreso a la barra. Estaba empapado de sudor, sonreía de oreja a oreja, y su pecho subía y bajaba como si acabara de correr un maratón.

Cuando llegó conmigo, a escasos centímetros, la última barrera de mi autocontrol se hizo pedazos.

No pensé.

No hubo un solo segundo para evaluar las consecuencias.

Me lancé hacia él con una necesidad casi dolorosa, guiada por puro instinto. Mis manos temblaban cuando cogí las solapas de su camisa húmeda por el sudor. Tiré de la tela hacia mí con una fuerza que no sabía que tenía y estampé mi boca contra la suya. Fue un choque brutal y voraz que me robó el aliento. Su sabor me inundó la lengua de golpe, quemándome la garganta con una mezcla embriagadora de cerveza, calor y electricidad.

Él soltó un gruñido ronco y gutural directo contra mis labios, un sonido que vibró desde su pecho hasta el mío. Respondió a mi ferocidad con la misma intensidad despiadada. Me cogió por la cadera, clavando los dedos en mi carne con una presión posesiva. De un tirón brusco y decidido me pegó por completo contra su cuerpo.

La fricción fue instantánea y devastadora. Cada músculo de su abdomen estaba tenso contra el mío, y el calor irradiando de su piel a través de la fina tela de su ropa quemaba. Comprobé con un jadeo que estaba duro como una roca, tan desesperado y consumido por la misma urgencia implacable que me estaba volviendo loca.

Me separé de él apenas unos milímetros para poder meter aire a mis pulmones.

Michael respiraba con dificultad. Él giró la cabeza con brusquedad y le lanzó a Rusty una mirada. Éste soltó una carcajada ronca. Metió la mano en su delantal y le lanzó un objeto metálico.

Michael lo atrapó al vuelo con una sola mano. Él no soltó mi cintura con la otra. Era una llave vieja y oxidada, atada a un cordón de zapato.

—El apartamento del fondo no tiene inquilinos —Rusty nos guiñó un ojo con malicia—. Disfruten la noche, Mickey.

Michael me cogió de la mano y me arrastró hacia el pasillo trasero del local sin decir una sola palabra.

Yo estaba ebria, pero no de alcohol. Sabía muy bien lo que estaba pasando. Estaba perdida en el deseo y espontaneidad, como si volviera a ser una adolescente a punto de estar con el chico que me gustaba.

Subimos por una escalera de metal empinada. El chirrido agudo de los escalones bajo nuestros zapatos alimentó la ansiedad ardiente que me empujó hacia arriba.

Llegamos a un rellano minúsculo frente a una puerta de madera desvencijada que Michael abrió rápido. Entramos a un cuarto pequeño, de techos bajos, sumido casi por completo en la penumbra. El único mobiliario era una cama austera y una mesa de noche vacía. Había una puerta abierta junto a la cama que mostraba un lavabo de baño.

El espacio olía a madera vieja, a granos de café tostado, y a detergente. El ruido sordo del sistema de ventilación del bar zumbaba de manera constante sobre nuestras cabezas.

La urgencia acumulada estalló en aquella oscuridad. Ni siquiera encendimos la luz. Nuestra única fuente de iluminación vino de una ventana alta casi pegada al techo.

Michael cerró la puerta de una patada. Me acorraló contra la madera rugosa, cogió mis caderas con una fuerza implacable, y devoró mi boca con urgencia animal.

El contraste del calor abrasador de su piel sudorosa con la puerta fría me fundió los fusibles. Mis piernas temblaron hasta casi ceder. Un sonido crudo, roto y desvergonzado que no reconocí como mío escapó de mi garganta.

Clavé mis uñas sin piedad en la tela de su camisa. Tiré de los botones con desesperación. Quizá arranqué algunos. No me importó. Estaba por morirme si no ponía mis dedos contra la piel desnuda de su pecho.

El calor de sus músculos firmes me traspasó la piel, y una bola de fuego estalló en mi estómago.

Me empujó contra la puerta, besando y mordiendo mi hombro y nuca. Cada beso, cada lamida, cada mordida me llevaba más y más hacia el extremo de la locura.

Entonces se detuvo, y me lanzó una mirada traviesa antes de que se arrodillara despacio ante mí. Movié las manos hacia mis muslos, detrás de mis rodillas, deslizándome el vestido hacia arriba, descubriéndome las piernas para su boca y lengua.

Respingué cuando me mordió el interior de mi muslo, y quedé paralizada cuando subió las manos hasta mis caderas... Por debajo del vestido. Me despojó de las bragas con un tirón decidido y firme.

Dejé de respirar cuando me levantó el vestido, y busqué algo de dónde aferrarme cuando él me levantó una pierna y la puso sobre su hombro. Miré hacia abajo y lo encontré con un brillo en la mirada y lamiéndose los labios. Metí ambas manos entre su cabello cuando su aliento golpeó mi entrada, y sus labios y lengua vibraron de una manera exquisita cuando me probó.

No, Michael no me estaba probando... Me estaba consumiendo.

Trazó un camino húmedo y ardiente con la lengua, aplicando una succión profunda e implacable que me arrancó un grito agudo, un sonido crudo que rebotó en las paredes. Cada movimiento rápido de su boca, cada succión experta y brutal, enviaba descargas de pura electricidad directo a mi columna vertebral.

Nunca en toda mi vida me habían devorado así, con esa mezcla letal de reverencia salvaje y hambre posesiva. Superaba por mucho todas las fantasías que había tenido de él.

Perdí cualquier rastro de decencia o compostura. Arqueeé las caderas, empujando contra su rostro, buscando más fricción, y él me respondió hundiendo los dedos en mis muslos, inmovilizándome para recibir su embate.

El orgasmo fue violento y glorioso. Una explosión que me dejó viendo estrellitas. La convulsión del cuerpo me hizo clavar los dedos en su cuero cabelludo. Mi cuerpo entero se tensó como la cuerda de un arco antes de colapsar, sacudida por espasmos intensos y prolongados en el vientre.

Los ruidos que ese hombre me sacó, gemidos rotos y desesperados, fueron la evidencia innegable de mi completa rendición.

Al mirarlo noté que mis anteojos estaban desalineados. Una patilla seguía detrás de mi oreja, pero la otra me hacía presión sobre la sien, y el puente estaba casi por librar la punta de mi nariz.

Seguía jadeando cuando levanté la mano para quitármelos.

—Déjatelos —Michael me habló con un tono bajo, rasposo, y exigente, que me dejó paralizada.

—¿Qué?

—Los lentes —se puso de pie, y él mismo los acomodó en mi rostro con un movimiento lento—. Déjatelos.

Su mirada despedía una energía hipnótica, y su boca y labios resplandecían de humedad. *Mi humedad*. Los espasmos de mi orgasmo parecieron cobrar más potencia, alimentando un hambre, una necesidad en mi vientre por él. Traté de respirar profundo con todas mis fuerzas, pero solo logré inhalaciones rápidas y superficiales por la boca.

—Sí, jefe —dije con una mueca traviesa.

—Buena chica.

Sin romper el contacto visual, rodeó mi cintura con los brazos, y su calor me quemaba a través de la ropa. El rasgueo agudo y metálico de la cremallera al bajar resonó en el cuarto, seguido de inmediato por la caricia helada del aire contra mi espalda sudorosa, liberando mi cuerpo de la presión del vestido. Enganché los pulgares bajo los tirantes y los deslicé por mis hombros. Dejé que la gravedad hiciera el resto, llevándose el vestido con un siseo suave hasta desplomarse alrededor de mis tobillos.

Michael gruñó al admirarme de arriba abajo. —El hombre que inventó el sujetador debe estar pudriéndose en el infierno —dijo.

Una risa nerviosa y temblorosa me brotó de la garganta, un sonido casi infantil que Michael ahogó de inmediato al enterrar su rostro en la curva de mi cuello, respirando hondo. Su aliento caliente y con olor a cerveza me erizó la piel desde los talones hasta la nuca. Deslizó las manos debajo de mis muslos, hundiéndose con una firmeza posesiva en la carne de mis nalgas para levantarme del suelo.

Di un respingo, soltando un jadeo húmedo cuando la dureza implacable de su erección, contenida apenas por la tela de su pantalón, se presionó contra mí. Enredé las piernas alrededor de su cintura, apretando los muslos con desesperación mientras clavaba las uñas en la espalda. Michael dio pasos tambaleantes, con cada zancada empujaba su pelvis contra la mía en un roce insoportable que me hizo ver estrellas.

Cuando me dejó caer sobre la cama, el viejo colchón de resortes rechinó con un crujido sordo y metálico, y la caricia glacial de las sábanas de algodón áspero contra mi espalda sudorosa me hizo arquear el pecho buscando su calor de inmediato.

Él se posicionó sobre mí. Con una sola mano firme, dio con el broche delantero de mi sujetador. El chasquido plástico al abrirse fue seco, casi ahogado por el ruido de abajo, y liberó mis senos de golpe.

La anticipación me asfixiaba. Apenas y podía respirar cuando Michael se puso de pie en la orilla de la cama, dejándome retorciendo con las piernas abiertas. Él se quitó la camisa como si tuviera todo el tiempo del mundo, y su mueca me decía que lo hacía a propósito. Iba a protestar, pero se desabrochó el cinturón. Aguanté la respiración al mirarlo, listo para mí.

La necesidad absoluta me quemaba por dentro, y extendí mis pies hacia él, guiándolo hacia mí.

Pero el muy hijo de puta se desvió a último momento, deslizando su longitud encima de mi entrada, rozándome de manera dolorosa y exquisita, negándome el placer y al mismo tiempo dándome más de lo que imaginaba. Tiró su cadera hacia atrás, y aguanté la respiración a la expectativa de que le pondría fin a mi sufrimiento, pero él sonrió y *volvió* a frotarme solo con su largo.

Me retorció y dejaba escapar gemidos suplicantes de mi boca. — Ya —le dije—. Hazlo.

—Luisa —mi nombre en su boca me hizo arquear la espalda, empujado las caderas hacia él—. No tienes idea cuánto lo deseo. No voy a apresurarme. Voy a exprimírle todo a cada segundo.

—Dios —jadeé, y él deslizó su largo hasta que la punta rozaba mis labios.

Pero esa vez no se dirigió encima de mi vientre, entre mis pliegues, contra mi clítoris. Esa vez, presionó contra mi entrada, y me paralicé mientras me abría milímetro a milímetro. Abrí la boca, pero no salió ni un ruido.

Y se detuvo. Apenas se abrió paso con la punta, y se detuvo. Moví las caderas para tomarlo por completo dentro de mí, y él se salió.

—¡Michael! —dije, y antes de que siguiera con mi protesta, él deslizó la punta una vez más entre mis pliegues, acariciando los lados de mi entrada antes de volver a entrar despacio.

Pero, otra vez, solo fue la punta.

Lo miré mientras me torturaba, y estaba sonriendo boquiabierto, lamiéndose el labio superior. Yo me retorcí y me moría ante él, respirando apenas lo suficiente para mis jadeos y gemidos, y él gozaba cada instante.

Tensé los músculos de todo mi cuerpo, y exploté. Estrellé las manos en el colchón, eché la cabeza atrás y grité mientras cada fibra muscular de mi ser vibraba en el máximo éxtasis.

Creí que no podía haber nada que lo superara, pero Michael demostró lo contrario.

Se hundió en mí de un solo empuje potente.

El impacto me partió en dos. El peso de su cuerpo me llenó por completo, y me cortó la respiración de tajo.

¿Ese orgasmo que apenas un segundo atrás creí que era el límite absoluto de mi éxtasis? Quedó reducido a cenizas. El clímax que me arrancó de las entrañas con esa primera estocada brutal lo superó con creces, amplificando el placer hasta rozar la locura con su calor y su dureza estirándome, rozando sin piedad cada músculo interno que ya estaba palpitando y ultrasensible por la explosión anterior.

Michael estableció un ritmo firme y desesperado. Mi cerebro se desconectó. No sabía si mi orgasmo se había prolongado, fusionándose con la fricción abrasadora de su entrada, o si ese empuje despiadado detonó otro nuevo, mucho más denso y devastador. Ya no había forma de distinguir dónde terminaba una ola y dónde empezaba la siguiente, pero el resultado fue la aniquilación total de mis sentidos.

La fricción era visceral. Un fuego constante me quemaba desde adentro.

Agarré sus hombros y tiré de él hacia un lado, invirtiendo nuestras posiciones hasta yo quedar a horcajadas sobre sus caderas. Tenía toda la intención de torturarlo igual que él conmigo, pero estaba

demasiado perdida en el placer para siquiera pensar en nada más que el ritmo delicioso de cada embestida.

Michael sujetó mis caderas sin nada de delicadeza. Empujaba hacia arriba en los momentos correctos, como si supiera lo que yo necesitaba en ese momento para llegar a otro clímax que me obligó a detenerme a vibrar, gemir, gozar... Y reír.

La liberación emocional y la intensidad del momento nos golpearon, y chocamos nuestras frentes. Estallamos en una carcajada genuina, cruda y vulnerable en medio de la penumbra.

Reí con fuerza mientras los músculos de mi vientre se contraían una y otra vez.

La fricción constante provocada por las risas desencadenó una explosión casi involuntaria. Una mezcla de alegría pura y sobrecarga sensorial que me hizo cerrar los ojos.

Él gruñó cuando tensó todos los músculos de su cuerpo, anunciando que una de sus siguientes estocadas acompañaría su liberación. Me enderecé de golpe, arqueé la espalda y aceleré tanto como pude entre mis espasmos.

—¡Sí! —grité, apoyando las manos en sus muslos —¡Sí, Michael, sí!

Ambos explotamos al mismo tiempo. Su calor me llenó más que cualquiera lo hubiera hecho antes. El alivio y la paz que me llegaron al poder por fin respirar profundo me hicieron desplomarme contra su pecho.

No dijimos nada. No había palabras que pudieran expresar mejor lo que nuestros cuerpos acababan de declarar. Él vibraba igual que yo, a la misma frecuencia, y ambos respirábamos en ritmos paralelos.

Cerré los ojos, y me acurruqué en sus brazos.

Capítulo 16.

Michael

—No te atrevas a taparte —admiré a Luisa desde la puerta del baño. Ella estaba recostada boca arriba con la cabeza girada hacia mí.

Si alguien usara una foto de ella en ese preciso momento en el diccionario, iría bajo la palabra "perfección." O "belleza," ... ¿A quién engaño? Iría bajo la palabra "sensual."

—¿Y si me da frío? —se mordió el labio inferior, cogió la sábana y la subió apenas lo suficiente para cubrirse la mitad de su pierna.

—Prometo no tardarme.

Nunca había orinado tan rápido en mi vida. Suspiré al mirarme al espejo y me encontré con una sonrisa que jamás había mirado en mi rostro.

"¿Eso pasó?" pensé, recopilando en la cabeza cada glorioso momento de nuestra pasión minutos atrás. "Sí, eso pasó. Maldita sea, de haber sabido que sería así habría..."

Tocaron a la puerta de la habitación. Salí del baño y encontré a Luisa cubriéndose con la delgada sábana blanca y mirando a la entrada.

—Espera aquí —me puse rápido el pantalón y los zapatos.

Abrí la puerta solo un poco y encontré a Rusty con los brazos cruzados un par de escalones abajo, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—No interrumpo nada, ¿o sí?

Reí and volví la cabeza hacia Luisa, que se había sentado en la cama. —Es Rusty —le dije—. Dame un minuto.

Salí con él, cerrando la puerta detrás de mí, y nos detuvimos a la mitad de las escaleras.

—Como los viejos tiempos —dijo Rusty al darme un manotazo en la espalda.

—¿De qué hablas? —dije entre risas —Jamás pasé la noche con una chica. Cuando me llegué a quedar fue por pasarme de copas, y ni siquiera ligué con nadie.

—¿Nunca? —Rusty levantó una ceja —Pensé que tú y Gloria.

Solté una carcajada. —Ella tenía novio, Rust. Creo que se casó con el imbécil.

—¿Y Cecilia?

Negué. —No venía aquí a eso, Rust —me acerqué a acomodarle un codazo—. Pero tú y Verónica se escapaban aquí arriba y no eran nada callados.

Rusty se cruzó de brazos y soltó una carcajada. —Verónica y yo...

Solté una carcajada. —Verónica y tú —negué con la cabeza, luego la bajé y me giré hacia Rusty—. Lamento no haberme podido quedar tras el funeral.

—¿Crees que lo resiento? —Rusty negó con la cabeza y apoyó un brazo en el pasamanos —Tu viejo tuvo un infarto. Lo entendí. Viniste a su funeral, y la lápida que compraste está preciosa. Nunca te lo podré agradecer lo suficiente —le lanzó una mirada a la puerta—. Si ella estuviera con vida... Estaría feliz por ti, Mickey... Joder, te hubiera dado la llave ella misma.

Él viejo camarero puso una mano en mi hombro. —Esa chica... Canela, ¿o n^o? —asentí—. Es especial. Nunca te había visto con una chica aquí antes. Y reconozco esa expresión en tu rostro —amplió la

sonrisa en su rostro—. Era la misma que miraba en el espejo cuando Verónica seguía con vida.

—¿Necesitas que...? —apunté con el pulgar detrás de mí.

Rusty sonrió y negó con la cabeza. —¡No! Quédense el tiempo que quieran —metió la mano en el bolsillo y me entregó un juego de llaves—. Mis chicos y yo ya terminamos de limpiar y nos vamos. La puerta de la cocina no abre, así que tendrán que salir por la puerta del bar.

—¿Y qué hago con...? —levanté las llaves.

—El ladrillo en el callejón.

Reí. Le seguí hasta la puerta del bar. —Fue bueno verte, Rust.

Nos dimos un abrazo fuerte. Fue como abrazar a un oso enorme de peluche cálido. —Siempre serás bienvenido en este lugar, Mickey Swann.

Suspiré con una sonrisa. Rusty salió del bar, cerré con llave la puerta, y caminé con la intención de regresar a la mujer que me esperaba desnuda en la cama.

Pero me detuve ante el bar vacío. Las sillas estaban bien acomodadas alrededor de las mesas circulares, las luces del fondo encima de las mesas de billar estaban apagadas, el aroma del limpiador de pisos ocultaba bien el del cigarrillo, y reí al reconocer el olor a marihuana.

El viejo piano en el escenario pareció emanar una energía que me llamaba. Fui hacia él, me senté en el banquillo, y acaricié con cuidado las teclas antes de tocar el tema de la película Armagedón, luego una versión instrumental de *I don't want to miss a thing*.

—Necesitas contarme tu historia con este lugar —escuché la voz de Luisa venir desde lejos.

Levanté la cabeza sin dejar de tocar. La encontré apoyada contra la barra, con una postura relajada que irradiaba un magnetismo de

mi mirada imposible de resistir. Traía sus tacones puestos y mi camisa blanca de vestir le quedaba demasiado grande. Los botones superiores estaban desabrochados, dejando entrever la curva de su cuello y su escote exquisito. Su cabello estaba sujeto en un moño apresurado, con algunos mechones rebeldes escapándose para enmarcar su rostro. Y esos lentes de armazón de carey negro...

“*Perfecta*,” pensé, y pareció que las notas cobraban mayor intensidad mientras tocaba.

—No hay mucho que contar —dije mientras se acercaba con pasos lentos al escenario—. Encontré este lugar después de una fiesta aburrida cuando estaba en la facultad de medicina durante mi primer año. Me enamoré de la música y de la gente.

—Siento que es más que eso, Michael —llegó a los escalones en el extremo del escenario, justo detrás de mí—. ¿O debería llamarte Mickey Swann?

Reí. —Es el apellido de soltera de mi mamá —dije, volviendo la mirada a las teclas—. Así me decía: Mickey. De pequeño me molestaba mucho. Le decía que no era un ratoncito con voz chillona. Pero era la única que me decía así. Papá me llamaba Michael, y los muchachos me llamaban “Mike” o, también, Michael —levanté la cabeza y miré alrededor del bar vacío—. Cuando encontré este lugar necesitaba escapar. No quería ser Michael Spencer. Necesitaba ser alguien más.

—Por eso Mickey Swann —Luisa ya estaba de pie junto al piano, apoyando los codos en el instrumento.

Admiré la forma de su mandíbula, bajando la mirada hasta su clavícula y siguiendo la apertura de mi camisa. El primer botón cerrado estaba justo debajo de sus pechos, permitiéndome admirar la piel de su seno, y supe que su pezón estaba a uno o dos centímetros. Si tan solo la camisa estuviera más...

—Desabrocha ese botón —le ordené.

—¿Qué?

—Ese botón —incliné mi cabeza hacia ella—. Ábrelo. No te endereces. Quédate así. Estás perfecta. Solo desabrocha ese botón —ella soltó una risita, e hizo lo que le pedí además de abrir un poco más la camisa, y encontré que no tenía puesto el sujetador—. Buena chica —la boca se me secó al instante. Tragué saliva. Un calor denso y pesado me golpeó el bajo vientre al contemplar la piel oscura de su pezón erecto y succulento.

—Quítatela —le miré a los ojos, y ella arqueó las cejas con una mueca traviesa en los labios.

—Más te vale que estemos solos.

—Lo estamos —dije, y ella obedeció.

Despacio.

Demasiado lento.

Llevó las manos a los hombros y dejó que la camisa de algodón blanco resbalara por sus brazos como en cámara lenta. Cada milímetro de piel expuesta que descubría, cada línea suave de sus hombros, el contorno de sus pechos, las curvas de su cintura y cadera avivaron el fuego en mis entrañas. Seguí tocando con dedos temblorosos hasta que dejó caer la prenda al suelo con un susurro casi inaudible de tela.

¿Acaso hay algo más ardiente en este mundo que una mujer desnuda con tacones? Con la luz tenue de una luz amarillenta del techo perfilando su silueta y recortándola contra las sombras del local, no se me ocurrió nada.

Tragué saliva hipnotizado y ella invadió mi espacio con una audacia que me cortó la respiración. Se paró frente a mí, abrió las piernas y se sentó a horcajadas sobre mis muslos. Su calor corporal traspasó la tela del pantalón y me provocó un escalofrío brutal. Se sujetó de la nuca con ambas manos y devoró mi boca en un beso voraz.

El fuego que explotó desde el pecho hasta las extremidades puso a hervir mi sangre. Cogí sus caderas desnudas con una desesperación que ya no pude contener, y clavé mis dedos en su carne suave.

La urgencia me estalló en las venas. Me puse de pie de un salto brusco, cargándola sin problema alguna. Era mucho más liviana de lo que esperaba.

Luisa enredó sus piernas alrededor de mi cintura. Sus tacones rasparon los costados de mis costillas. Di medio giro y la bajé sobre la tapa cerrada de la cola del piano.

Soltó un jadeo roto. Arqueó la espalda contra la superficie dura y fría. La observé expuesta, y deslicé una mano sobre su cuello, bajando hacia su clavícula y la detuve un instante en el valle entre sus senos. Una sacudida animal me destrozó la cordura, reemplazándola con un hambre voraz de su piel.

Besé su cuello con una urgencia que rayó en la desesperación, sintiendo el latido desbocado de su pulso contra mis labios.

Deslicé mi lengua por el contorno de su clavícula, saboreándola, antes de descender hacia sus pechos.

Mordí con una mezcla de delicadeza y saña la piel sensible de sus pezones, arrancándole un jadeo agudo que me incitó a continuar mi manjar. Luisa arqueó la espalda y clavó sus uñas con fuerza en la carne desnuda de mi espalda, un dolor sordo que solo alimentó mi propia locura.

No me detuve. Deslicé mis manos por el camino cálido de su vientre, sintiendo el temblor eléctrico que sacudía su piel.

—Ábrelas —le dije al colocar mis manos en las rodillas, y ella obedeció lamiéndose los labios—. Buena chica.

La premié hundiendo el rostro entre sus piernas. Devoré su centro con una avidez cruda y desesperada, una sed imposible de saciar. Intenté contenerme para disfrutar cada momento de ella, pero su

aroma a mujer, su sabor dulce y salado, la esencia más pura y desinhibida de su ser brutalizó cualquier noción de tomarme mi tiempo.

Mi necesidad de ella exigía alivio inmediato. Cada espasmo de su carne alimentó mi locura, borrando el ruido de Nueva York y reduciendo mi existencia a ese preciso y salvaje momento.

Empujó las caderas contra mi boca y enredó los dedos en mi cabello, tirando tan fuerte que dolió. Un grito ronco, salvaje y carente de cualquier filtro escapó de su garganta. Su cuerpo entero se tensó como un arco a punto de romperse, y Luisa convulsionó sobre el piano.

—Dios —dije al levantar la cabeza, respirando con dificultad—. Me fascina tu sabor.

Luisa tenía el rostro enrojecido. Sus ojos brillaban detrás de los cristales gruesos de sus lentes desacomodados. Su pecho subía y bajaba buscando oxígeno.

—Ponte de pie —dijo con un tono casi enojado, y no dude en hacerle caso—. Bájate el pantalón —arqueó una ceja y su mirada se oscureció un poco—. Tus bóxers también —torció los labios en una mueca diabólica—. Buen chico.

Sonreí y me acomodé en su entrada al mismo tiempo que me rodeaba la cadera con sus piernas largas. Escuché el eco de uno de sus tacones golpear el suelo, botar, y caer del escenario. Clavó el otro en la parte posterior de mis muslos.

Su mirada oscura y afilada exigió que la hiciera mía. Una orden silenciosa que me quemó las entrañas.

Me hundí en su humedad hirviendo de un solo golpe. La presión estrecha y perfecta de su interior me arrancó un rugido primitivo. El impacto de nuestros cuerpos hizo rechinar la madera del piano de cola.

Luisa movía las caderas hacia arriba, recibiendo mis embestidas con una violencia cruda. La fricción fue insoportable, exquisita, fundiéndonos cada instante más y más.

Ella tiró de mi cuello y clavó los dientes en mi hombro. La tensión en su interior se apretó como un torno a mi alrededor.

—¡Más! —gritó entre jadeos —¡Sí, Michael!

Su cuerpo se sacudió bajo el mío en un espasmo largo y agotador. —Luisa —el apretón en mi centro anunció mi propio final—. Joder, ¡Dios!

Mi pulso estalló, y me vacié dentro de ella con una fuerza que me destrozó la columna vertebral. El placer me dejó ciego en medio de la sala vacía. Mis brazos perdieron la fuerza. Dejé caer mi peso sobre ella y descansé mi frente sudorosa contra su pecho desnudo.

Nuestras respiraciones entrecortadas fueron el único sonido en el bar.

Luisa enredó sus dedos temblorosos en mi cabello húmedo. Acarició mis mechones con una lentitud hipnótica.

La miré a los ojos y, aunque seguía sonriendo y recuperando el aliento, pude reconocer el brillo de preocupación en su mirada. —¿Qué tienes?

Negó. —¿Y ahora qué?

—Volvemos a la cama —sonreí al ponerme de pie—. Esto estuvo rico, pero no quiero probar cuánto peso puede soportar este viejo piano.

Luisa rio, pero no pareció haber nada de gracia en su risa. —No, tonto, me refiero a...

Se me retorció el estómago. —Lo sé, canela.

—¿Lo sabes?

Se sentó en el piano. Me acerqué y puse las manos en sus muslos todavía cálidos. —Te preocupa lo que pasará cuando volvamos a la oficina.

—¿Y tú no? —ella bajó la cabeza —Michael, eres...

—¿Genial? ¿Exquisito? ¿El mejor amante que has tenido?

—Mi jefe —me lanzó una mirada junto con una sonrisa.

—Y también todas las anteriores.

—Eso no... Es... Relevante.

—Soy un hombre —acaricié el exterior de sus muslos—. Es información muy relevante —Una carcajada ronca me rasgó la garganta cuando noté que bajó la cabeza. Acerqué mi frente a la suya, y nos miramos a los ojos mientras nuestras narices se tocaban—. Lo hablaremos, Luisa. Pero, por ahora, solo quiero llevarte a la cama, abrazarte, quizá volverte a hacer el amor más tarde cuando despertemos... Bueno, quizá no. *Definitivamente* voy a hacerte el amor más tarde cuando despertemos, luego te llevaré a desayunar tortitas con jarabe de arce y tiras de tocino antes de volver al avión.

—¿Tortitas con jarabe de arce y tocino?

—Es tu desayuno favorito, ¿no?

Ella rio. —¿Cómo sabes eso?

Encogí los hombros. —Pongo atención —la rigidez defensiva de sus hombros desapareció. Levanté el brazo. La rodeé con fuerza y la pegué contra mis costillas. Luisa apoyó la cabeza en mi pecho y dejó escapar un suspiro largo y tembloroso.

Me incliné hacia abajo y deposité un beso largo sobre su coronilla pelirroja.

—Podemos seguir siendo Mickey y Canela durante unas horas más —susurré contra su oído.

—Eso me gustaría.

Capítulo 17.

Luisa

—Con esto evitamos una huelga, Beatriz —dije, deslizando la copia del acuerdo sobre la mesa en la sala de juntas.

Beatriz Quintana, una enfermera veterana de mirada dura y postura imponente, cogió el bolígrafo con gesto serio y firmó en la línea punteada.

—El personal de enfermería confía en que la compañía cumplirá su palabra —dijo al entregarme el documento.

—No necesitan confiar —dije al ponerme de pie—. Tienen mi firma legal como garantía.

Le tendí la mano por encima del escritorio.

Beatriz se puso de pie y me devolvió el apretón con firmeza antes de abandonar la sala.

Una descarga de adrenalina me recorrió la columna vertebral apenas la puerta hizo clic a sus espaldas. Recogí mis carpetas y salí al pasillo del Centro Médico Horizontes. El olor a desinfectante industrial y a café fuerte llenaba mis pulmones con cada respiración.

El eco de mis tacones repiqueteó contra las baldosas pulidas mientras caminaba con paso rápido. Me detuve frente a las puertas metálicas del ascensor principal y presioné el botón para subir al último piso.

Un cosquilleo abrasador me recorrió el bajo vientre al visualizar a Michael en su oficina. “*Debe estar preparándose para la reunión con la mesa directiva.*”

Quería subir, cerrar la puerta de su despacho con seguro y comprobar si sus labios sabían igual que en Nueva York. Apreté los puños a los costados hasta clavar mis propias uñas en las palmas.

“Luisa, prometiste que sería la última vez,” pensé, sacudiendo la cabeza, tratando de sacarme de la cabeza lo que había sucedido un par de días antes cuando entré a su oficina a que me firmara un documento, algo que debió tomar unos segundos, y terminé pasando más de media hora esforzándome en no hacer ningún ruido mientras me empotraba en el escritorio.

Me acomodé los anteojos de armazón sobre el puente de la nariz. La emoción de recordar el peso de su cuerpo sobre el mío seguía latiendo bajo mi piel.

Salí del ascensor y me obligué a caminar hacia mi propia oficina en lugar de la suya. Empujé la puerta de cristal de mi oficina y me quedé helada en el umbral.

Tomás estaba sentado en la silla frente a mi escritorio.

Tenía una postura desgarrada, con sus rasgos afilados y casi de ave de presa parecía un águila que se sabe dueña del territorio. Su cabello oscuro, peinado hacia atrás con precisión obsesiva, dejaba al descubierto unas sienes plateadas, y me parecía escanear con esos ojos pequeños azul pálido, casi translúcidos. Al reconocerme torció la comisura izquierda de su boca en una mueca burlona.

—Por fin apareces —dijo con frialdad, cruzándose de piernas y mirándome desde abajo.

—¿Qué haces aquí, Tomás? —caminé hacia mi silla con la mandíbula tensa.

—Ya no llamas, ya no escribes —alzó una ceja con una mueca resbalosa—. Mi magia no funciona cuando no puedo comunicarme con mi candidata.

Solté las carpetas sobre la mesa con un golpe sordo.

—He estado demasiado ocupada trabajando —me senté y crucé los brazos—. Acabo de evitar una huelga masiva que habría paralizado este hospital.

Tomás torció la boca en una sonrisa sin rastro de humor.

—¿Demasiado ocupada para encender la televisión y ver las noticias?

Metió la mano en su maletín de cuero, sacó una tableta electrónica, tocó la pantalla un par de veces y la dejó en el escritorio para que la viera.

El titular parpadeaba en letras mayúsculas y fotografías escandalosas: Congresista Corrupto, intercambiaba sexo por favores políticos.

El político de la nota pertenecía a nuestro distrito, y había una foto de él rodeado de micrófonos.

El texto detallaba una filtración masiva sobre un descarado caso de corrupción, desvío de recursos y una red de favores sexuales. El aire se me atascó en la garganta y una descarga helada me recorrió la columna, erizándome la piel.

—Yo voté por ese imbécil —dije al bajar la tableta.

—El escándalo estalló hace cuarenta y ocho horas —Tomás guardó la tableta—. Al menos tuvo el buen sentido de renunciar. Eso nos facilita las cosas y nos abre opciones.

—¿Cargos en su contra?

Tomás se encogió de hombros. —Lo último que supe es que sus abogados negociaban un trato para cooperar con las autoridades. Pero su vida política llegó a su fin.

“Entonces no pisará la cárcel,” se me revolvió el estómago. “Joder, si yo siguiera en la fiscalía...”

Me eché hacia atrás en la silla, asimilando la magnitud del caos. —¿Y qué tiene que ver esto conmigo? —fruncí el ceño.

Tomás se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre mi escritorio, y mi pulso latió con fuerza en mis sienes. —Si tienes que preguntar no estás...

—El partido quiere a alguien con un historial intachable para las elecciones especiales —le interrumpí.

—No *alguien* —apuntó el dedo hacia mi rostro—. Quieren a *la Fiscal de Hierro*.

El corazón me latió como un tambor de guerra contra las costillas. Mantuve la compostura, pero me moría por dar un grito de emoción que me salía desde el alma.

—Habrán elecciones especiales en un par de meses —continuó Tomás, marcando el ritmo con el dedo sobre la mesa—. La dirigencia quiere una reunión urgente para discutir los detalles de tu lanzamiento.

Una presión enorme me aplastó el pecho. “¿Meses?” tragué saliva con dificultad.

La puerta de mi oficina se abrió unos centímetros, interrumpiendo el pesado silencio.

—Señorita Jiménez —anunció mi secretaria asomando la cabeza—. Recuerde que la junta directiva se reunirá en la sala de conferencias.

“¡Mierda! ¡Lo había olvidado!”

—Gracias —respondí, sin apartar la mirada de Tomás.

La secretaria asintió y cerró la puerta tras de sí.

Tomás se levantó y abotonó la chaqueta de su traje.

—Tenemos que movernos rápido, Luisa —me miró de arriba abajo—. Me gusta la nueva apariencia —tocó dos veces con su dedo a un

lado de su ojo—, pero no creas que tus problemas de imagen han desaparecido. Tu soltería sigue siendo...

Me detuve en seco y apreté la mandíbula.

—No voy a fingir una vida que no tengo para complacer a un puñado de viejos retrógrados —dije sin dudar—. Quieren a la Fiscal de Hierro, tendrán a la Fiscal de Hierro.

Me sorprendí a mí misma con la firmeza de mis propias palabras. Tomás sonrió y dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal.

—¿Eso de dónde salió? —su tono burlón me hizo aguantar la respiración—. Te diré algo, una cosa que la dirigencia aprecia mucho es un buen par de cojones, pero solo si la persona que los carga tiene la cabeza bien puesta —se acercó demasiado, invadiendo mi espacio personal—. No sería mala idea que te engancharas al último Spencer soltero.

La rabia me quemó. Cerré los puños y tensé los hombros.

—Tengo trabajo, Tomás —señalé la puerta de mi despacho.

Él levantó las manos en señal de rendición, pero mantuvo su sonrisa intacta.

—Piensa en la reunión con la dirigencia —dijo antes de dar la vuelta—. Estaré en contacto. Contesta tus mensajes y regresa tus llamadas.

Tomás salió de la oficina, dejándome a solas con un sabor a bilis en la boca. Cogí mis carpetas con un movimiento brusco y salí al pasillo, caminando con zancadas largas hacia la sala de conferencias.

“No sería mala idea que te engancharas...” repetí sus palabras en mi cabeza. *“Debería engancharte los huevos, tarado.”*

Empujé las pesadas puertas dobles de madera y entré a la sala de juntas. El frío del aire acondicionado me golpeó el rostro de inmediato. Los miembros de la mesa directiva de Nova Vitalis

ocupaban los asientos de cuero a lo largo de la inmensa mesa de cristal. Solo faltaba yo.

Michael estaba sentado a la cabecera, vestido con un impecable traje gris carbón. Levantó la cabeza en cuanto crucé el umbral y sostuvo mi mirada con una intensidad abrasadora.

Un latigazo de electricidad pura me recorrió la columna, quemando cada nervio a su paso.

Tragué saliva y me obligué a romper el contacto visual, buscando un asiento disponible. Qué casualidad que solo quedara uno a su derecha.

—Buenos días, señores —saludé, depositando mis carpetas sobre la superficie de cristal.

—Señorita Jiménez —respondió un hombre canoso al fondo de la mesa—. Esperamos que traiga buenas noticias.

Asentí con profesionalismo, ignorando el calor constante que irradiaba el cuerpo de Michael a escasos centímetros del mío.

—Llegamos a un acuerdo —dije, dirigiéndome a toda la mesa—. La amenaza de huelga ha sido neutralizada.

Repartí las copias del contrato sobre la mesa, permitiendo que los directivos revisaran el acuerdo. Mantuve mi postura erguida, esperando la inevitable reacción.

—Estos números son absurdos —se quejó un directivo de rostro pálido y delgado, dejando caer los papeles con desprecio—. ¿Tendremos que pagarles un quince por ciento más a las enfermeras a partir de este mes? ¡Es absurdo!

—El incremento era necesario para equiparar sus salarios a la media del sector en la ciudad —apoyé las manos en la mesa—. Los costos que ocasionaría una pérdida de personal superan con creces estos aumentos.

—Es un aumento inaceptable en los costos operativos anuales —el hombre me miró con franca hostilidad—. Se suponía que usted iba a presionar al sindicato, no a regalarles el dinero de la empresa. ¿No se supone que es la Fiscal de Hierro? Para eso la contrataron.

Apreté los labios. *“¿Qué argumento le aviento? ¿Prevención de demandas o...?”*

—La señorita Jiménez ha evitado un desastre mediático y operativo —la voz de Michael resonó en la sala con una autoridad calmada, pero absoluta.

Giré la cabeza para mirarlo, sorprendida por la rapidez de su defensa y por las vibraciones tan intensas que recorrían mi cuerpo.

—Si esa huelga hubiera estallado mañana —se puso de pie—, los costos de reubicación de pacientes y cancelación de cirugías nos habrían costado el triple en un solo día —clavó la mirada en el directivo hostil.

El hombre pálido abrió la boca para replicar, pero Michael no se lo permitió.

—Nuestras enfermeras son la primera línea de este hospital —Michael apoyó las manos sobre la mesa—. Valorar al personal de salud no es un gasto, es el pilar de nuestro negocio. El acuerdo que logró Luisa es justo y brillante. Fin de la discusión.

Nadie se atrevió a cuestionar la palabra del CEO. Observé el perfil afilado de Michael mientras él volvía a sentarse. La mezcla de poder corporativo y compasión genuina por sus empleados resultó ser una combinación letal para mis defensas.

Me ajusté las gafas de armazón con dedos temblorosos, luchando por mantener una expresión neutra frente a la junta. Y lo estaba logrando, hasta que Michael puso su mano abierta encima de mi rodilla.

Bajé la vista hacia los documentos frente a mí, intentando concentrarme en los números impresos. El aire gélido de la sala

chocaba con el calor abrumador que irradiaba su mano.

Apreté el bolígrafo entre mis dedos, atrapada ante la presencia perturbadora del hombre sentado a escasos centímetros. No necesité pedirme que me quedara al terminar la junta para revisar otros puntos en la agenda.

“Bueno,” pensé. “Que esta sea otra última vez.”

Capítulo 18.

Michael

—Pasa, Matt —señalé una de las sillas de cuero frente a mi escritorio al verlo cruzar el umbral, aflojando el nudo de su corbata de seda con un movimiento cansado—. Tienes cara de necesitar algo más fuerte que el café de la sala de espera.

Mi hermano mayor cerró la puerta a sus espaldas con un clic sordo. Llevaba su habitual traje de negocios gris oscuro sin corbata, pero su postura carecía de la rigidez de costumbre.

Matt soltó una risa nasal, corta y grave, mientras se dejaba caer en el asiento. Apoyó los codos sobre los reposabrazos y se frotó la barbilla cubierta por una sombra de barba. Su mirada, siempre tan calculadora, rehuía el contacto directo. *“¿Está apenado? Lo he visto cerrar negocios de millones de dólares y coquetear con las mujeres más hermosas del mundo, ¿qué podría...?”*

—Vengo a buscar consejo —clavó sus ojos en los míos—. Un consejo médico, para ser exactos. Y confidencial, por supuesto.

Apoyé los antebrazos sobre la mesa y entrelacé los dedos. —Sabes que todo lo que se dice en este despacho se queda aquí —mantuve un tono de voz bajo y profesional—. ¿En qué te puedo ayudar, hermano mayor?

Matt tomó aire despacio, llenando sus pulmones como si se preparara para sumergirse en aguas heladas.

—Tiene que ver con Jessica —el nombre de su pareja suavizó las líneas de tensión alrededor de su boca—. Estamos hablando de futuro. De un futuro en serio. Y eso incluye la posibilidad de ampliar la familia.

Fui incapaz de mantener una expresión neutral. —Eso es fantástico, Matt —sonreí de oreja a oreja y asentí despacio—. Jessica es una gran chica.

—El problema es mi pasado —Matt se removió en la silla y se aclaró la garganta.

—No me digas que aquella—que—no—ha—de—ser—nombrada volvió del exilio.

Mi hermano rio. —Bianca sigue en Italia, y Marina sigue sin contestar sus mensajes.

—¿Entonces?

Matt respiró profundo. —Después de que naciera Marina, las cosas con Bianca ya estaban muy mal, así que tomé decisiones drásticas.

—¿Qué hiciste?

—Me hice una vasectomía —bajó la cabeza y negó despacio—. No quería correr el riesgo de tener otro hijo con una mujer que nunca dio indicios de ser una buena madre, ni siquiera estando embarazada o con una hermosa bebé recién nacida.

—Pero Jessica no es Bianca.

Matt sonrió. —Jessica no es Bianca.

Suspiré. —La vasectomía es una intervención común, sencilla y muy efectiva —me acaricié la barbilla mientras daba un vistazo al techo—. Una reversión es un animal muy diferente. Es una cirugía mayor.

Mi hermano se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. —Yo pensé que solo tendrían que reconectar mis...

Sonreí. —Eso es más fácil decir que hacer. Te tendrían que poner bajo anestesia general y usar un microscopio quirúrgico para encontrar tus tuberías cortadas, además de usar suturas más

delgadas que un cabello para volverlas a conectar. Y el tiempo de recuperación es mayor. Asumiendo que funcione.

—¿Después de todo eso podría no funcionar?

—Para eso se hacen estudios antes, bobo —apoyé la espalda en la silla—. ¿Cuánto hace de la operación?

—Diecinueve años —Matt soltó un suspiro pesado—. En aquel entonces, el urólogo que me atendió fue muy insistente en que era demasiado joven para tomar una decisión, y me convenció de guardar algunas muestras en un banco de esperma. Ya sabes, por si cambiaba de opinión en el futuro o si la vida me daba un giro inesperado.

—Congelación de esperma —asentí, reconociendo el protocolo—. Fue un consejo muy acertado por parte de tu médico. Eso facilita mucho las cosas si ustedes quieren tener hijos. Evitas el riesgo de una operación mayor si inician un tratamiento de fertilidad in vitro.

Matt esbozó una sonrisa cargada de alivio. —Menos mal que seguí pagando la cuota de mantenimiento anual. Ahora me doy cuenta de que fue la mejor inversión de mi vida.

—¿Bianca estuvo de acuerdo?

—Bianca nunca supo —Matt resopló—. Eso jugó a mi favor recientemente. Intentó atribuirme la paternidad de su nuevo bebé.

No aguanté la carcajada. —¡Qué bueno que sacaste a esa mujer de tu vida!

—Imagina si la hubiera embarazado por accidente.

Las palabras de Matt quedaron suspendidas en el aire estéril del despacho. "*Embarazo por accidente*," pensé, y exhalé el oxígeno de un solo golpe.

Un peso helado se formó en la boca de mi estómago y el aire acondicionado pareció congelar el sudor que brotó de golpe en mi

nuca. El corazón me latía como un tambor de guerra contra las costillas, bombeando ácido en lugar de sangre por mis venas.

Recordé el viaje a Nueva York. Los tragos en el Blue Note. La urgencia salvaje que llevábamos cultivando desde quién sabe cuándo.

Cero pensamiento lógico.

Cero barrera racional.

Cero precauciones.

"Eres un jodido idiota," pensé, apretando la mandíbula hasta que los dientes me dolieron. Había usado condones desde que regresamos y lo nuestro adquirió vida propia, ¿pero esa primera noche?

Mantuve los músculos faciales relajados. Tragué el nudo que me asfixiaba la garganta yforcé a mi cerebro a archivar la emergencia para más tarde. Necesitaba hablar de esto con Luisa. *"Quizá ella usa la pastilla o tiene un DIU,"* pensé. *"Quizá estaba en un momento poco fértil de su ciclo... Concéntrate, Michael. Ahora tu enfoque es tu hermano."*

Parpadeé, enfocando de nuevo la figura de Matt frente a mí, que parecía absorto en su propia esperanza.

—¿Entonces ustedes lo están considerando en serio? —logré que mi voz sonara estable y cálida, el tono perfecto de un médico comprensivo—. ¿Tener un bebé juntos?

Matt asintió con una firmeza que iluminó todo su rostro.

—Sí —la dureza de su mirada se derritió en pura ternura—. Queremos formar una nueva familia. Marina ya está en la universidad y Jessica tiene tanto amor para dar... No quiero que se pierda la oportunidad de ser madre. Y yo quiero vivir todo ese proceso con ella, esta vez haciendo las cosas bien desde el principio.

La sinceridad de su confesión me golpeó el pecho, apartando por un momento la presión en mis costillas. Una oleada de calor por mi hermano reemplazó el frío de mis venas. Me levanté de la silla, rodeé la mesa de caoba y le tendí la mano.

Él se puso de pie y me estrechó la mano con fuerza antes de tirar de mí para darme un abrazo rápido y contundente.

Nos separamos y me apoyé contra el borde de la mesa, cruzando los brazos sobre el pecho. —Habría que revisar la condición de tus nadadores —cogí el teléfono del escritorio—. Y Jessica tendrá que hacerse estudios de fertilidad.

Escuché el clic cuando mi asistente levantaba su teléfono. — Dígame, doctor.

—Investiga el teléfono de la doctora Georgina Ortiz —le dije—. Tiene su consultorio en el tercer piso.

—Enseguida, doctor.

Colgué y me dirigí a Matt. —Es una excelente ginecóloga y especialista en temas de fertilidad. Para ustedes solo lo mejor.

—Te lo agradezco, Michael —arranqué la hoja del cuadernillo y Matt la guardó en el bolsillo de la chaqueta—. Jessica está un poco nerviosa por todo esto.

—Es normal —le di una palmada en el hombro—. Además, mi colega es experta en el manejo de lo que en medicina catalogamos como embarazos geriátricos.

Matt levantó la vista y arqueó una ceja.

—¿Geriátricos? —soltó una carcajada áspera—. ¡Jessica solo tiene treinta y cinco años, por el amor de Dios!

Solté una risa ante la reacción protectora de mi hermano.

—Es la terminología médica, Matt, no me mires a mí con ganas de matarme —me encogí de hombros, divertido por la situación—. La

ciencia es implacable con la biología femenina. A partir de los treinta y cinco, el riesgo de complicaciones aumenta por estadística. Pero créeme, con esta doctora, estarán en las mejores manos. Solo asegúrate de que tú no uses la palabra “geriátrico” frente a Jessica si valoras tu vida.

—Puedes apostar tu fortuna a que no diré ni una palabra al respecto.

El sonido agudo de la puerta abriéndose nos interrumpió de golpe. Luisa cruzó el umbral con su característico paso firme y decidido. La tela de su traje sastre azul marino se ajustaba a su figura, proyectando una autoridad que dominaba el espacio de inmediato, pero que a mí solo me recordaba la suavidad y temperatura de su piel.

La visión de su cuerpo encendió de nuevo la alarma en mi cabeza. El vacío punzante por la falta de protección volvió a golpearme el estómago con la fuerza de un mazo.

—Siento la interrupción —Luisa se detuvo a medio camino al ver a Matt—. Tu secretaria no estaba en su puesto y pensé que estabas solo.

—No te preocupes, Luisa —dije, y Matt se giró hacia ella con una sonrisa afable y relajada—. Ya habíamos terminado nuestros asuntos. Solo estábamos charlando.

Ella le devolvió una sonrisa cortés.

—Hola, Matt —enderezó la postura, con voz clara y controlada—. Me alegra verte.

Matt la observó por un segundo, su mirada saltando de ella hacia mí. Una chispa de diversión peligrosa bailó en los ojos de mi hermano. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y se balanceó un poco sobre sus talones.

—Dime una cosa, Luisa —Matt ladeó la cabeza, con un tono cargado de falsa inocencia—. ¿Qué se siente trabajar todos los días

para tu mejor amigo?

Tensé los músculos como cuerdas a punto de romperse. Giré la cabeza hacia Luisa y cruzamos miradas en el aire. Noté la levísima rigidez en sus hombros tras los cristales de sus lentes. Fue un instante de comunicación silenciosa, pura telepatía forjada a base de años de amistad y el sudor frío de ser descubiertos.

—Ha sido interesante —dejamos salir las palabras al mismo tiempo, en un unísono perfecto.

El silencio que siguió fue absoluto. Luisa y yo nos quedamos paralizados, dándonos cuenta del ridículo de nuestra sincronía.

Matt nos miró por un segundo antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada atronadora que rebotó contra los cristales del despacho.

—Dios santo, ustedes dos son adorables —sacudió la cabeza con incredulidad entre risas. Caminó hacia la puerta y agarró el pomo de metal, deteniéndose justo antes de salir. Su expresión cambió, abandonando la burla para adoptar una seriedad implacable y directa—. Tienen que dejar de hacerse los tontos de una maldita vez y admitir que se quieren.

Antes de que ninguno de los dos pudiera emitir un solo sonido de protesta, Matt abrió la puerta, salió al pasillo y cerró tras de sí, dejándonos a solas por completo.

El ambiente en el despacho se volvió denso y asfixiante. Luisa soltó un jadeo tembloroso, girando sobre sus talones para mirarme. Toda su fachada de mujer de hierro se desmoronó en un abrir y cerrar de ojos. Ella se llevó las manos al puente de sus gafas, ajustándolas con un movimiento brusco y errático.

—Michael, ¿tú crees que lo sabe? —apretó los labios con un hilo de voz —¿Alguien nos vio? Según yo, hemos sido discretos, pero...

—Canela, mírame —acorté la distancia entre los dos, levanté las manos y le agarré los hombros con suavidad, frotando la tela de su

americana con mis pulgares para transmitirle calor y seguridad—. Respira. Concéntrate en mí.

Ella tomó aire por la boca, pero sus músculos seguían tensos bajo mis manos.

—Ni Matt ni nadie sabe nada de lo que pasó en Nueva York — utilicé mi tono de voz más grave y reparador—. Lo que acaba de decir es solo una provocación. Toda mi familia lleva años tratando de emparejarnos. Empezaron con esta campaña de acoso desde el maldito día en que Max conoció a Hannah y nos presentaron de manera oficial. No tienes de qué preocuparte.

Luisa dejó escapar un suspiro largo y pesado, relajando un poco la postura defensiva de su cuello.

Solté sus hombros y di un paso atrás, devolviéndole su espacio vital. Ella se cruzó de brazos, asintiendo sin prisa mientras recuperaba el control de su respiración.

La observé en silencio, analizando la curva de su rostro y la tensión residual en sus labios. Mi cerebro analítico procesó la reacción desmedida que tuvo.

Me quedé sintiendo latir mi corazón en mis sienes.

—Canela —me acerqué y le cogí la mano—. Hay algo que...

—¡Cierto! —Luisa levantó la mirada y me entregó un par de carpetas —Los nuevos contratos con las aseguradoras.

Parpadeé un par de veces. —¿Qué?

—¡Te hablé de ellos hace unas horas! Necesitas firmarlos.

Reí. —Hace unas horas estabas en mi sillón con mi cabeza entre las...

Me acomodó un puñetazo juguetón en el pecho. —¡Michael Spencer!

Suspiré y cogí las carpetas. —Vale, ya los firmo —las dejé en el escritorio, luego extendí las manos hacia sus caderas—, pero primero...

Ella rio y se alejó de mí, poniendo una mano en mi pecho. —Abajo, muchacho —negó con la cabeza—. Quedé de comer con Hannah y Jessica.

—Puedes llegar tarde —bajó la cabeza y me lanzó una mirada que me decía que eso no pasaría—. Vale. ¿Más tarde en mi ático?

—Apuesta por ello, vaquero —me guiñó el ojo, volvió hacia la puerta, y caminó con un bamboleó coqueto y exagerado de sus caderas.

Me mordí el labio al mirarla irse. La emoción creció al recordar el tema que quería hablar con ella.

"¿Sería tan malo?"

Capítulo 19.

Luisa

—¡Salud por los hombres Spencer! —dijo Hannah levantando una copa de vino rosado.

Ella brillaba con una luz casi radiante, desprovista de cualquier asomo de la rigidez que solía caracterizarla. Había hecho a un lado el moño alto y perfecto con el que siempre recogía su ahora libre y suelta cabellera rubia, la cual caía en suaves ondas doradas sobre sus hombros desprotegidos. En lugar de uno de sus impecables trajes de sastre, traía puesto un vestido casual de lino en tono verde oliva que parecía flotar con cada uno de sus sutiles movimientos. Sus hombros, antes tensos y erguidos, caían relajados, y parecía que ninguno de sus músculos conservaba el menor indicio de la pesada tensión que la rutina solía imponerle.

“Todavía no regresa a trabajar,” pensé con una sonrisa. *“En su cabeza sigue en la luna de miel.”*

—¡Salud! —Jessica a su lado levantó su copa con una mueca. Aunque por fuera mantenía las apariencias con un blazer estructurado azul marino sobre una blusa de seda pastel, la rigidez de su postura la delataba por completo, y una sutil línea de preocupación se dibujaba de entre sus cejas, revelando una inquietud que no lograba disimular.

—¿Ya ordenaron? —dejé caer el bolso sobre la silla vacía y me senté frente a mis amigas.

El camarero llenó mi copa con el mismo vino rosado. —Ya —dijo Hannah—. Te pedimos el salmón.

—¿Y de qué estamos hablando? —pregunté antes de darle un trago a mi bebida.

—Comparamos notas sobre los hombres Spencer en nuestras vidas —dijo Jessica—. Resulta que ambos les gusta estar en control de sus alrededores, a veces rayando en lo obsesivo, en especial cuando quieren cuidar de nosotras.

Le di un sorbo al vino. —No me imagino a Max siendo... dominante.

—Te sorprenderías —la sonrisa y rubor en las mejillas de Hannah la delataron por completo—. Estábamos en un bar de Bruselas y mientras Max fue al baño un tipo se acercó y no entendía que “no” es “no” —rio—, pero entendió muy bien cuando Max regresó, le puso una mano en el cuello, y le dijo que no volvería a respirar si se acercaba de nuevo a mí.

—¿Max le dijo eso? —Jessica no parecía convencida, y la verdad yo tampoco.

—No lo imagino poniéndole la mano en el cuello a nadie —dije.

Hannah se encogió de hombros. —Bueno, fue más bien en el hombro, y quiero *creer* que eso le dijo —rio—. Se lo dijo en alemán. Se oyó muy... —ella se estremeció con una sonrisa ridícula. Jessica y yo nos miramos y soltamos una carcajada al mismo tiempo.

“Tan bien portado y propio que se ve,” recordé mis propias experiencias con un Spencer. *“Supongo que corre en familia.”*

Jessica fue la primera en dejar de reír. Arquee una ceja y la miré. —¿Estás bien, Jess?

—Has estado rara desde que llegaste —dijo Hannah.

Ella suspiró. —Matt nos consiguió una consulta esta tarde con una especialista de fertilidad y no he podido dejar de darle vueltas al asunto.

—¿Van a tener un bebé antes de casarse? —preguntó Hannah.

Jess negó. —Digamos que Matt y yo... Júrenme que no dirán nada. No sé cuánto saben Max y Michael y no es algo que creo que

deban enterarse por otras personas —Hannah y yo nos miramos y asentimos con la seriedad que se merece—. Matt y yo nos vamos a casar, y acordamos que a ambos nos gustaría tener un bebé.

Hannah hizo un chillido alegre al mismo tiempo que aplaudía. — ¡Entonces el bebé será su regalo de bodas para sí mismos!

Jessica rio. —No exactamente —respiró profundo—. Matt se hizo una vasectomía después de tener a Marina, así que no podríamos embarazarnos de la forma común. Pero él tiene muestras de su... Ya saben...

—Se llama esperma —dije, aguantando el impulso de sonreír.

—Yo sé que así se llama —dijo Jessica entre gruñidos—. En fin, estamos viendo qué opciones tenemos. Él considera operarse para revertir su vasectomía, pero como solo queremos tener uno creo que sería más práctico y seguro que sea por...

—In vitro —dijo Hannah.

Jessica apretó los labios. —Me emociona la idea de ser madre, de verdad, pero tengo un miedo enorme de no poder hacerlo —cogió su copa de vino y le dio un trago—. Por eso vamos a consultar con una especialista que Michael nos recomendó.

“Conque de eso hablaban los hermanos,” pensé, recordando a Matt saliendo de la oficina de Michael.

Hannah suspiró. —Verás que todo bien —amplió su sonrisa—. ¡Ya lo imagino! Tú bebé y el mío siendo mejores amigos desde la cuna.

Ambas nos giramos hacia ella. —¿Estás...?

Hannah soltó una pequeña carcajada. —La verdad es que no hemos trazado un plan, pero tampoco lo hemos descartado —se encogió de hombros—. Además, no nos cuidamos mucho esta luna de piel. Olvidé tomarme la pastilla un par de días y él... Bueno...

—Ya es suficiente información, Hannah —dijo Jessica, negando rápido con la cabeza, luego ella se giró hacia mí—. ¿Y tú y Michael

para cuándo, Luisa?

Entré en pánico y abrí los ojos tanto que casi se me salen de las cuencas. —¡Para nunca, boba!

—¡Ustedes tendrían un bebé precioso! —Hannah soltaba chillidos de emoción —¡Con mejillas regordetes y unos rulos pelirrojos preciosos!

—¡Primero sobrevive a tener el tuyo! —le dije a Hannah entre risas —Un bebé de Max de seguro pesaría lo de un adulto pequeño.

Jessica casi se atraganta con su vino. —¡Dios, ni siquiera consideré eso!

—¡Las dos son las peores amigas del mundo! —Hannah negaba con la cabeza, pero aguantaba la risa.

La comida llegó a la mesa. El camarero colocó los platos frente a nosotras con movimientos ágiles y precisos. Incluía una colorida y abundante ensalada para Jessica. El olor del aderezo de la ensalada de Jessica me alcanzó al ser colocada en la mesa. Era una mezcla penetrante de vinagre balsámico, mostaza y algo amargo que estaba en proceso de identificar cuando una ola de náusea me invadió.

El calor y el ruido del restaurante chocaron con el ácido helado que me subió por la garganta. Mi estómago dio un vuelco brusco, llevé una mano a mi garganta y contuve la arcada.

“¿Qué demonios...?”

Me llevé la servilleta a la boca. —Perdón.

—¿Estás bien, Luisa? —Hannah se inclinó hacia adelante con preocupación.

—Me atraganté con el agua.

Pero la náusea volvió con mayor potencia. Forcé otra tos artificial, aparté la pesada silla hacia atrás con brusquedad, y caminé lo más

pronto que pude hacia el tocador cubriéndome la boca y aguantando la arcada.

Agradecí encontrarlo vacío. Cerré la puerta con seguro a mis espaldas justo cuando ya no pude contenerme más. El silencio del lugar se vio interrumpido solo por el zumbido de la ventilación y mis arcadas en el baño.

"¿Pero qué rayos?!" pensé, poniéndome de pie y respirando profundo. *"¿El aderezo? No, está delicioso. ¡Lo he probado! Eso no pudo..."*

Saqué mi móvil del bolso con movimientos erráticos. Apreté el metal del teléfono con torpeza y abrí la aplicación de calendario. Conté los días que habían pasado desde la noche íntima en Nueva York. El recuerdo vívido de aquella noche me asaltó de golpe, pero no reviví la pasión de esos momentos, sino repasé si habíamos tomado alguna precaución.

Levanté la mirada hacia el espejo y encontré mis ojos abiertos de par en par. —¿Olvidé tomarme las pastillas esos días? —murmuré, colocando una mano en la frente—. No, las olvidé en casa. ¿Michael usó...?

Reviví el momento en el que Michael me hizo suya.

"No," pensé. *"No usaba un condón. Mierda... ¡Mierda!"*

Deslicé el pulgar por los números del calendario, y mi estómago se apretó tanto que me sacó el aire cuando comprobé que estaba en mi periodo de ovulación cuando estábamos en Nueva York. Seguí contando las semanas y los días.

Se supone que estaba por iniciar mi periodo. Los cólicos debían estar por comenzar, y sí había estado más sensible, pero jamás me habían dado náuseas.

"Joder, ¿y si sí estoy...?"

—¡Luisa! —gritaron afuera del baño. Fue Hannah—. ¿Estás bien?

Un frío paralizante me invadió. El aire pareció desaparecer del pequeño baño. Levanté la vista del móvil con miedo de lo que encontraría al mirarme al espejo. La mujer que me devolvía la mirada mostraba una rabia sorda por perder el control. Apreté los puños contra el lavabo, sintiendo una extrema tensión muscular.

—Sí —le contesté—. Lo siento, creo que el desayuno me cayó mal.

Tragué aire en bocanadas cortas. Forcé a mis pulmones a trabajar a pesar del pánico.

—Menos mal que trabajas en un hospital —escuché a Jessica detrás de la puerta.

—Y para un doct... ¿Llamamos a Michael?

La sugerencia de Hannah me revolvió el estómago al punto que casi vomito otra vez. —¡Estoy bien! —dije —Denme un minuto.

“No estoy embarazada,” pensé, negando con la cabeza. “¡No puedo estarlo! Es el estrés. Sí, he tenido semanas caóticas, y ahora con la posibilidad de seguir con mi carrera política... Es la presión, sí. El cuerpo de una mujer siempre reacciona así, ¿no?”

Puse una mano sobre mi vientre. El simple roce de mi propia palma contra la tela de mi falda potenció mis peores dudas sobre las complicaciones que esto traería. Si antes me excluían por ser soltera, un embarazo sería el último clavo en el ataúd de mis aspiraciones políticas.

“No,” negué con la cabeza, quitando las manos de mi vientre. “¡No! ¡No puedo estar embarazada!”

Capítulo 20.

Michael

—Me voy temprano hoy —le dije a mi asistente al salir de la oficina—. Solo urgencias médicas al móvil. Todo lo operativo de Nova Vitalis puede esperar a mañana.

—Entendido —ella asintió—. Qué tenga buen día, doctor.

—Igualmente —le contesté con una sonrisa antes de alejarme.

Ajusté las solapas de mi chaqueta al salir al aparcamiento antes de sacar el móvil y escribir un mensaje de texto a Luisa.

—Ven a mi ático a cenar —escribí—. Hay algo que necesitamos hablar.

No pasó ni un minuto cuando recibí su contestación.

—Vale.

Fruncí el ceño. *“¿No va a preguntar qué llevaré de cenar? ¿Ni de qué necesitamos hablar?”* Me encogí de hombros. *“Ha de estar divirtiéndose mucho con las chicas.”*

Encontré mi Aston Martin, y a Adriana caminando hacia mí con ese porte impecable que la caracterizaba. Llevaba su bata blanca abierta que revelaba una blusa abotonada azul marino.

Antes ya habría estado imaginando cómo liberarle esa blusa con la boca y saborearla completa antes de empotrarla dentro del coche, pero no esa vez. Me detuve en seco y un pinchazo de acidez me subió por el esófago. Anticipé el guion de siempre: un comentario mordaz, una mirada cargada de intención, una sugerencia apenas velada para discutir temas urgentes que disfrazaban una propuesta indecorosa.

Me armé de valor. A ninguna mujer le gusta ser rechazada, y no tenía la mínima idea de cómo reaccionaría Adriana. La última vez que terminamos nuestro amorío ella estaba recién divorciada y yo me mudé a otra ciudad. La logística se encargó de la situación. Pero tenía a Luisa, y aunque ella estuviera dispuesta a compartirme, cosa que dudaba muchísimo, yo no tenía ni una pizca de deseo de estar con nadie más.

No habíamos coincidido en dos semanas, y no nos habíamos buscado. Adriana se detuvo a un metro de distancia, manteniendo una postura práctica y profesional. —Aquí estás —dijo con rostro serio y una voz carente de su habitual tono sugerente.

—Aquí estoy.

—Fui a comer —dijo, inclinando la cabeza un poco—. Recién llegué.

Estaba demasiado tensa. —¿Pasa algo?

Ella suspiró y se cruzó de brazos, mirando hacia el horizonte del aparcamiento.

—Necesitamos hablar —se giró hacia mí—. Fui a comer con mi exmarido y vamos a intentarlo de nuevo.

Parpadeé, procesando la información. *“Eso no lo vi venir.”*

—Nuestros hijos nos necesitan juntos, Michael —se acercó—. El mayor ya está en su último año del instituto, pero la menor apenas comienza. No podemos seguir fingiendo que este estilo de vida no les afecta, así que haremos un esfuerzo por el bienestar de la familia. Por eso...

—Nuestros encuentros deben llegar a su fin —terminé la frase por ella.

Sonrió. —Lo siento, Michael —me cogió las manos—. Quiero reconstruir mi vida sobre bases sólidas, y lo nuestro no...

Los músculos de mis hombros perdieron tensión de golpe. La carga de tener que terminar yo con ella se había disipado. “*Esto soluciona mi problema.*”

—Escucha, Adriana —levanté sus manos y la miré directo a los ojos—. Me alegro por ti. Mereces ser feliz, y si no es conmigo... Lo acepto —debía venderle que estaba un poco herido. Si hubiera mostrado lo mucho que me aliviaba terminar quizá me habría tachado de infeliz o algo así.

Ella puso la frente contra mi barbilla. —No seas así, por favor.

—¿Cómo?

—No finjas que lo nuestro tenía un futuro —me soltó las manos y dio un paso hacia atrás—. Ninguno de los dos buscaba nada real. Éramos un escape. Una distracción —soltó una risa corta desprovista de humor—. Una peligrosa distracción.

—¿Peligrosa?

—Eres el CEO de Nova Vitalis, y yo la directora general de uno de tus hospitales —ella sonrió—. Imagina el escándalo si saliera a la luz.

—A nadie le importa...

—*A mí me importa* —puso las manos en las caderas—. Michael, en este mundo las mujeres siempre pagamos un precio más alto por estos descuidos. Era más un riesgo para mí que para ti.

El comentario me golpeó como una bofetada física. Pensé en Luisa al instante, y me di cuenta que ese riesgo no era solo para Adriana, sino para cualquier mujer bajo mi mando.

—Menos mal que llegó a su fin —le dije con una sonrisa.

La mueca en su boca mostraba puro indicio de preocupación. —¿Estamos bien?

—Estamos perfectos, Adriana —asentí y sonreí—. En verdad te deseo lo mejor. No tenemos que portarnos raro en el trabajo ni

nada. Sigues siendo la doctora extraordinaria a quien le confío el mando de nuestro hospital más importante.

Su rostro recuperó algo de su orgulloso brillo habitual. —¿Te vas temprano?

Asentí. —Quiero dar seguimiento a un paciente en el Hogar San José, y después ya veré.

Me dedicó un asentimiento seco, dando por concluida nuestra interacción. —Nos vemos en la junta de mañana, doctor Spencer.

—Bonito día, doctora Lira.

Se dio la vuelta y siguió su camino hacia el hospital.

“*Estoy jodido,*” pensé, con una convicción que me heló la sangre en cuanto subí al coche. Apreté el volante hasta que mis nudillos blanquearon y mis uñas se hundieron en la piel de mis palmas. Nunca me importó que nos descubrieran porque jamás consideré lo que pasaría con Luisa. El peso de esa responsabilidad me presionó los hombros.

La mente se me disparó en un carrusel de escenarios catastróficos mientras conducía. Visualicé los titulares, las miradas furtivas en los pasillos de Nova Vitalis, el juicio implacable de la junta directiva y, sobre todo, la destrucción de la reputación que Luisa había construido con tanto esfuerzo.

Y eso era en el hospital. ¿Qué pasaría con sus aspiraciones políticas?

Adriana tenía razón, maldita sea. Yo podría sobrevivir a un escándalo con una reprimenda o una disculpa pública. ¿Pero ella? reduciría años de trabajo y logros a una simple cotilla.

“*¿Cómo lo arreglo?*”

Conduje hacia el Hogar San José envuelto en una neblina de frustración y el ruido constante de mis pensamientos tratando de encontrar una salida que no existía.

Entré al Hogar, saludé a las enfermeras en la recepción, y seguí mi camino hacia la habitación de Nora. Encontré la puerta entreabierta, y me asomé con sigilo.

Descansaba en su cama, con la respiración profunda y acompasada de una siesta reparadora. La luz de la tarde entraba por la ventana, iluminando las arrugas de su rostro con una suavidad que la hacía parecer frágil y eterna al mismo tiempo.

No la interrumpí. El sueño era la mejor medicina para su cadera en recuperación. Revisé su archivo médico, hice un par de notas, y lo regresé a su lugar antes de salir de la habitación.

Podría regresar por donde vine, pero la puerta hacia los jardines del hogar estaba abierta. Fui a asomarme, y encontré un motivo para quedarme un rato más que me apretó el estómago.

Crucé el sendero de piedra, y encontré a Doña Elena sentada en un banco, con una mascarilla puesta y conectada a un pequeño tanque de oxígeno móvil. Estaba rodeada de macetas de barro y el aroma dulce de las petunias.

Me acerqué despacio, intentando no sobresaltarla, pero ella giró la cabeza hacia mí y sonreí. —Doctor Michael, qué agradable sorpresa.

Me senté a su lado, dejando un espacio respetuoso entre los dos. La observé de reojo. Proyectaba una fragilidad física que me golpeaba el pecho, pero sus ojos, al volverse hacia mí, conservaban una lucidez punzante. Era la mirada de alguien que ya no tiene tiempo para trivialidades.

—Pasé a ver a Nora, pero se ha quedado dormida —le comenté, apoyando los codos en las rodillas.

Elena asintió, alisando la tela de su camión blanco con dedos temblorosos.

—El descanso es un lujo que uno aprende a valorar cuando los años pesan —respiró tan profundo como pudo—. En especial cuando sabes que las puestas de sol que te quedan están contadas —el

nudo en mi garganta se apretó. No había miedo en su voz, solo una aceptación pragmática—. Sé dónde estoy parada. Lo único que me quita el sueño es lo que dejo atrás.

—¿Luisa? —pregunté con una mueca —No tiene que preocuparse por ella, doña Elena. Es una mujer extraordinaria. Quizá es la persona más fuerte que conozco.

Ella soltó una risa suave, casi un suspiro. Se quedó mirando el vaivén de las copas de los árboles, perdida en sus pensamientos por unos largos instantes.

—Ese es el problema —Elena negó con la cabeza—. Se ha pasado la vida construyendo muros, Michael. Piedra sobre piedra, hasta que ha levantado una fortaleza tan alta que nadie se atreve a intentar saltarla. Los periódicos la apodaron la Fiscal de Hierro, y creo que ella piensa que la única forma de sobrevivir en este mundo es cumplir esa expectativa.

Se inclinó un poco hacia mí. El peso de su escrutinio me obligó a tensar la mandíbula.

—Ella cree que tiene que hacerlo todo sola —siguió—. Cree que pedir ayuda es una debilidad, cuando en realidad es el mayor acto de valentía. Mi mayor temor es dejarla en este mundo blindada, sin que nadie sea capaz de llegar a lo que hay debajo de esas paredes que levantó a su alrededor.

—Ella sabe que me tiene a mí —dije, y la frase sonó más como una súplica que como una afirmación.

Elena me puso una mano en el brazo.

—Ella necesita algo más que un buen amigo o un jefe bondadoso, Michael —dijo Elena, reacomodando con suavidad la cánula de oxígeno—. Necesita a alguien que no retroceda cuando ella intente apartarlo con esa frialdad que usa de escudo. Alguien con la fuerza suficiente —levantó su puño y lo apretó, mostrando una sorprendente determinación —para obligarla a descansar, para mirarla a los ojos y convencerla de que está bien soltar las riendas

—abrió despacio la mano —y dejar que otro sostenga el peso del mundo por ella un rato para que pueda respirar —me sostuvo la mirada—¿No conoces a nadie que pueda ser así para ella?

Me quedé mudo. Mi silencio no era falta de respuesta, sino el estallido de una revelación que me golpeó el pecho con la fuerza de un mazo.

“Yo soy ese hombre.”

Quería prometerle que la cuidaría con mi vida, que derribaría cada uno de esos muros, aunque me costara la piel en el intento. Pero la magnitud de lo que eso implicaba me dejó sin aire.

—Haré todo lo que esté a mi alcance, Elena —logré decir tras aclararme la garganta—. Le doy mi palabra.

—Lo sé, hijo —sonrió antes de cogerme la mano—. Lo sé.

Capítulo 21.

Luisa

—La comida tardó un poco —decía el mensaje de Michael cuando lo leí tras estacionarme en el aparcamiento subterráneo del edificio de su ático—. Sube y espérame. Ponte cómoda.

El emoticón del guiño de ojo seguido del de un diablito me sacó una sonrisa.

Me aferré a las correas de mi bolso con las manos empapadas en sudor frío. Yo también había llegado un poco tarde, pero por un motivo muy diferente: compré una prueba de embarazo.

Ajusté los anteojos en el puente de la nariz y entré al ascensor. Saqué la tarjeta para acceder a los ascensores privados, y luego puse el pulgar en el sensor que me identificó al instante. Cuando él me dio acceso un año atrás me incomodó un poco, pero en ese momento agradecí no tener que atravesar el vestíbulo y dialogar con nadie.

El silencio del ático me recibió con la frialdad de su aire acondicionado. Al dar los primeros pasos, desvié los ojos hacia los colosales ventanales de suelo a techo. Al otro lado del cristal, las imponentes siluetas de las montañas que rodeaban Ciudad del Sol se recortaban contra un cielo que se teñía de tonos crepusculares.

El espacio se desplegó ante mí en una fluidez impecable de concepto abierto. Sonreí al reconocer los muebles minimalistas en su sala que le ayudé a elegir unos meses atrás, y detrás de ellos estaba una cocina de alta gama que parecía más el decorado de una revista que un espacio habitado. Con las pulsaciones aceleradas y el bolso pesándome en la mano, caminé hacia la imponente isla de mármol

negro veteadado, cuyas líneas blancas cruzaban la piedra pulida como relámpagos sobre un cielo oscuro.

El olor a granos de café tostado y el leve aroma a madera cara no lograron calmar el temblor de mis rodillas. Mi pecho latía contra las costillas con una fuerza salvaje y descontrolada.

Miré de reojo a un lado y encontré abierta la puerta de la habitación principal. Tuve un pensamiento impulsivo de ir a esperarlo recostada en su cama, pero negué con la cabeza.

El bolso me pesaba en el hombro como si la prueba de embarazo fuera un yunque de plomo macizo. Lo dejé caer sobre la isla. El sonido seco y contundente resonó en el silencio abrumador del enorme ático.

Miré a mi alrededor y encontré junto a la cafetera un tarro de cristal elegante lleno de pequeñas gominolas de colores brillantes. Al acercarme noté que estaban cubiertas de azúcar, y se me hizo agua la boca. "*¡Como las que me compraba la abuela al salir de la escuela!*" pensé con una sonrisa.

Cogí el tarro y lo llevé a la isla. No me mentí a mí misma diciendo que me comería solo una. Sabía que, como mínimo, me comería unas cuatro o, quizá, cinco.

Desenrosqué la pesada tapa de metal con un giro brusco, cogí una gominola roja y me la metí en la boca sin dudarlo. El sabor a fresa dulce chocó con un regusto terroso y amargo que me inundó las papilas gustativas. "*No,*" pensé, masticando con rapidez, "*no son como las que me compraba la abuela.*"

Cerré el tarro, y escuché el timbre del ascensor abrirse.

—Yo sé que dije que compraría sushi —dijo al entrar a la cocina con un par de cajas en las manos—, pero tienes que probar estas chimichangas. Están de...

—¿Chimichangas? —le reclamé —Sí que sabes seducir a una mujer por la bo...

—¿Qué hace eso ahí? —dejó la caja en la isla.

Seguí su mirada hasta el tarro de gominolas. —¿El tarro?

—Estaba allá —apuntó al lugar de donde lo cogí—. No... —dirigió la mirada hacia mí, y aguanté la respiración al notar el pánico en su expresión—. ¿Cuántas te comiste?

—Una.

Él rio. —¿Esperas que te crea? Sé que no tienes autocontrol cuando de dulces se trata.

Me crucé de brazos. —Si el dulce *sabe rico*, no, pero esos saben raros. Ojalá que te regresen tu dinero.

—¿Entonces solo fue una?

Fruncí el ceño en un gesto de confusión. —¿Por qué?

Michael se frotó la cara con ambas manos. —Luisa, son comestibles de THC.

Parpadeé unos momentos. —¿THC? —el aire abandonó mis pulmones de un solo golpe violento. Una ráfaga de fuego me subió por el cuello hasta quemarme las mejillas. Agarré el borde afilado de la barra con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos y me dolieron los tendones.

—Dulces de mota.

—¡Sé lo que es el THC, Michael! —le grité —¿Es en serio? ¿Por qué diablos tienes drogas en la cocina como si fueran simples caramelos infantiles?

Michael levantó las manos frente a su pecho ancho. —No son ilegales —negó con la cabeza —Los tomo para el insomnio. Tengo una receta para ellos.

Un sudor frío y desagradable me empapó la nuca bajo el cabello pelirrojo. —¡Michael, voy a reunirme con la dirigencia de mi partido para lanzarme al Congreso!

—¿Cuándo pasó eso?

—Tuve una reunión con mi estrategia político hace unos días y está organizando una comida con la dirigencia.

—Me gustaría conocerlo.

—¡No me cambies el tema!

—Pensé que no querían a la Fiscal de Hierro porque estabas soltera.

—¡Pues resulta que sí! ¡¿Pero qué van a decir cuando se enteren que la Fiscal de Hierro se droga?!

—Estás exagerando esto demasiado —Michael rio—. No es como si te inyectaras heroína o aspiraras una fila de coca. ¡Es un puñetero comestible de mota, no LSD!

—¡Es una droga! ¡Bajo la definición en nuestro sistema legal es *una droga*!

Me llevé las manos temblorosas a la cabeza y tiré de los mechones de mi propio pelo. Mi respiración se volvió un jadeo corto y errático. —¿Tengo que ir al baño a vomitar? ¡Dime qué tengo que hacer como médico, Michael!

Él intentó acercarse un paso más, pero retrocedí de golpe como si su cercanía quemara. —Estarás bien, canela —la sinceridad en sus palabras encendió un fuego destructor en mis venas—. No te pasará nada grave desde el punto de vista médico, solo te relajarás bastante. Pero debiste preguntarme antes de coger algo de mi casa sin permiso alguno.

Le fulminé con la mirada. —¿Ahora resulta que es mi culpa por comer un maldito caramelo de la barra? —el pecho me subía y bajaba con una rapidez vertiginosa. Me crucé de brazos sobre el pecho y caminé por el salón. El sonido afilado de mis tacones resonaba en el inmenso espacio, y las luces nocturnas de la ciudad brillaban a través de los ventanales.

Quería estrangular al maldito. ¡Estaba sonriendo!

—¿Estás seguro de que nada me pasará? —le miré a los ojos.

Él asintió. —No vas a alucinar ni nada de eso —Michael sonrió—. No es un alucinógeno. Solo vas a relajarte bastante y...

—¿Y qué...?

Michael se encogió de hombros. —No te arruino la sorpresa.

El pecho me subía y bajaba con una rapidez vertiginosa, y busqué aire que no encontraba. Le apunté con un dedo acusador. —¡Eres un completo idiota, Michael Spencer! ¿Te estás riendo? ¡Deja de reírte! ¡Esto no es gracioso!

—Es un poco gracioso, canela —logró calmar la carcajada y respiró profundo.

Se giró hacia el tarro, lo abrió, y comió una gomita.

—¡¿Pero qué mierda estás haciendo?!

—No es justo que seas la única que se divierta esta noche.

—¡Eres un estúpido y...!

—Luisa —escuchar mi nombre salir de sus labios frenó en seco mis pensamientos—. Ya cálmate. Ven y come tu chimichanga.

Me acerqué a él y no le dirigí la palabra mientras sacaba el envoltorio de la caja que trajo. Gemí un poco al darle una mordida y saborearla. —Madre mía, esto está...

—¡Lo sé! —él sonrió.

Minutos después, los músculos rígidos de mi cuello se volvieron pesados. La temperatura de mi piel subió de golpe, y la visión se cerró, enfocándose solo en las manos de Michael y la curva de su boca. El pánico que me asfixiaba fue aplastado por una pesadez caliente en mis extremidades mientras caminaba alrededor de la isla.

Me detuve en seco frente al gran ventanal panorámico. Mis pulsaciones latían con un ritmo lento, grave y pesado. Un calor extraño y denso me envolvió.

“*Esto está raro,*” pensé. El silencio en mi cabeza me sorprendió. Apoyé una mano contra el vidrio helado. Las luces de Ciudad del Sol estallaron al otro lado del cristal con un brillo cegador.

Los faros de los coches formaban ríos de lava dorada en las avenidas. Los destellos de neón pulsaban con un ritmo hipnótico. El claxon lejano del tráfico y el zumbido del aire acondicionado se fundieron en una melodía baja. Un eco envolvente que me vibró directo en el pecho.

El contraste del cristal frío contra mis dedos calentó aún más mi sangre.

Michael se acercó por detrás con pisadas cautelosas y se detuvo a escasos centímetros. Detecté esa mezcla de sándalo y café tostado que le caracterizaba e inhalé profundo, llenando los pulmones con el olor.

La última gota de tensión abandonó mi espalda y mis músculos perdieron toda rigidez. Una burbuja densa e impenetrable se cerró a nuestro alrededor, bloqueando el ruido, las luces de la ciudad, y el miedo.

Segundos después, esa misma calma se transformó. Una chispa líquida y caliente bajó directo hacia mi vientre, el cual palpitaba con una fuerza pesada y una exigencia de fricción que me hizo apretar los muslos.

Cada centímetro de mi piel se volvió demasiado consciente de la proximidad de Michael.

Se acercó a mi oído izquierdo. —¿Cómo te encuentras?

Un escalofrío eléctrico me recorrió toda la columna vertebral. Se me erizó cada milímetro de piel expuesta.

Me giré despacio y arrastré los pies sobre la alfombra suave, pero el mundo pareció moverse un poco más de lo normal. Él me miró con preocupación, con una intensidad volcánica que me cortó la respiración de tajo cuando me sujetó del brazo, ayudándome a mantener el equilibrio.

Miré la alfombra y no dude ni un poco en sacar el pie derecho del zapato para luego pisar despacio. La textura me hizo demasiadas cosquillas entre los dedos del pie y solté una risita.

—Tu alfombra está rica —dije antes de soltar una carcajada. Me quité el otro zapato y suspiré con una enorme sonrisa mientras movía mis dedos.

—Vale, ya estás en el viaje —era claro que se aguantaba la risa.

Un calor espeso y punzante se esparció desde vientre hasta cada célula de mi cuerpo cuando lo miré a los ojos. “*¿No debería estar enojada con él?*” pensé. “*Estaba enojada con él, ¿no?*” estiré las manos y le apreté las mejillas. “*Dios, ¿no le duele estar tan guapo?*”

Relajé la mandíbula, di un paso decidido hacia él y acorté la distancia. —Estoy enojada contigo.

Michael me rodeó la cintura con sus brazos fuertes. —¿Sí?

—Sí —le acaricie la cara—. Mucho —sonreí cuando él torció los labios en una mueca—. Me enoja tanto que tu sonrisa me haga esto.

—¿Qué te hace mi sonrisa?

—Hace que me tiemblen las patitas —reí como boba tras decir eso, pero dentro de mí las cosas se salieron de control cuando él rio conmigo.

Le besé. No fue un roce suave. Fue un choque desesperado de bocas. El sabor a café y sándalo explotó en mi lengua con una intensidad que casi me mareó.

Un gemido ronco, que no reconocí como mío, vibró en mi garganta. Una sacudida eléctrica en el bajo vientre fue tan violenta

que me asusté por un segundo. ¿Cómo podía encenderme tan rápido? ¿Tanto? Era aterrador perderme a esa velocidad.

Pero el miedo duró un parpadeo. La pesadez deliciosa lo aplastó. El calor... No, el *infierno* que él despertó lo aplastó. Todo era espeso, lento, como moverse dentro de miel tibia. Sus labios sobre los míos eran lo único que existía en el universo.

Era demasiado intenso, demasiado lento, demasiado rico.

No quería que terminara nunca.

Él deslizó las manos hasta mi cintura. Me restregué contra su cadera con una necesidad cruda.

La tela de mi propia blusa me raspó la piel como una lija fina y ardiente. Mis pezones ya estaban duros, atrapados y castigados contra el encaje del sujetador con una sensibilidad que rayaba en el dolor que se desvanecía un poco cuando me movía contra él.

Un hilo de aire frío se coló bajo el dobladillo de mi falda. El soplo helado chocó directo contra la humedad espesa que ya empapaba mis bragas. Las rodillas me temblaron ante el brutal contraste térmico, y se me doblaron de pronto.

Menos mal que él me sujetaba las nalgas en ese momento. Dios, la presión de sus dedos enterrándose en mi piel solo añadió más leña al fuego.

—¿Ves? —le susurré entre rápidas lamidas que le daba a su labio inferior —Me tiemblan las patitas.

—Demonios, Luisa —Michael expandió sus dedos sobre mi culo.

—¿Qué?

—No debería...

—¿No deberías qué?

—Siento que me estoy aprovechando.

—No estás aprovechando nada —me mordí el labio inferior al dar un paso hacia atrás, apoyando la espalda contra el vidrio del ventanal—. Todavía no.

El cristal helado me robó el aliento. El contraste térmico me hizo arquear la columna y expulsar un jadeo.

Michael se quedó inmóvil. Sus ojos oscuros devoraban cada uno de mis movimientos con un hambre animal. Sus manos se cerraron en puños apretados a sus costados, conteniendo el impulso de abalanzarse sobre mí.

—Canela... —su voz áspera desató cosquillas exquisitas por todo mi ser.

Alcancé el cuello de mi blusa. La textura de los pequeños botones se sentía resbaladiza y desproporcionada bajo mis dedos pesados. Los desabroché uno por uno. Abrí la tela, y el aire frío de la habitación chocó con el sudor de mi escote. Un suspiro de puro alivio vibró en mi garganta al presionar el pequeño broche metálico en la parte delantera de mi sujetador de encaje.

El cierre cedió con un chasquido sordo. El peso de mis pechos cayó libre. La sensibilidad exquisita de la piel liberada me arrancó un jadeo profundo. Eché los hombros hacia atrás, exhibiendo mis tetas desnudas ante su mirada oscura.

—Ten —le sostuve la mirada cuando se acercó. Enredé los dedos en su nuca, tirando de él con una urgencia nueva. No lo guié hacia mi boca, sino hacia abajo, ofreciéndole lo que acababa de liberar.

Él entendió de inmediato. Su aliento caliente bañó mi piel sensible un segundo antes de que sus labios húmedos y expertos rodearan mi pezón.

—Prefiero este sabor a canela —murmuró antes de succionar.

Era demasiado, como si mis terminaciones nerviosas estuvieran a flor de piel y su lengua trazando círculos rápidos y ásperos sobre la punta endurecida envió un relámpago directo a mi clítoris. El placer

me golpeó con la fuerza de un tren de carga, arrastrándome al borde del precipicio mucho más rápido de lo que mi cerebro podía procesar.

Estaba a instantes de venirme ahí mismo, de pie contra la ventana fría. Y él se reía. “*¿Por qué se ríe?! ¿De qué se ríe?! ¡Dios!*” Las vibraciones de sus carcajadas contra mi piel me volaron la cabeza. — ¡Michael, voy a...!

Michael atrapó mis muslos con sus manos grandes para evitar que colapsara. Sus dedos calientes y ásperos se hundieron en mi piel desnuda. “*¿En qué momento se me subió la falda?*” pensé.

Él apretó su agarre contra la cara externa de mis piernas con una firmeza implacable. Ese anclaje brutal detonó el límite de mi control.

Una ola de calor espeso y punzante estalló en mi bajo vientre y se expandió por mis venas como lava tibia, en cámara lenta... No, lenta, no. Eterna, y exquisita.

Arqué la columna contra el vidrio helado. Mis cuerdas vocales se paralizaron. Un grito mudo, crudo y salvaje se me atoró en la garganta abierta por un instante de tortura deliciosa antes de escapar en un sonoro anuncio de mi llegada al cielo.

Las contracciones me sacudieron sin piedad. Exprimieron cada nervio de mi cuerpo, dejándome ciega, sorda y fundida en un éxtasis que pareció infinito.

—Dios, canel... —dijo Michael entre risas.

—Cállate —tiré de su camisa, obligándolo a ponerse de pie frente a mí.

Las secuelas del orgasmo aún sacudían mi bajo vientre en oleadas cálidas y espesas. Saboreé cada espasmo residual. La contracción involuntaria de mis músculos multiplicó la urgencia cruda de sentirlo dentro de mí. Peleé contra su pantalón con dedos torpes, pero logré abrir la hebilla de su cinturón y bajarle la cremallera con un tirón

desesperado. Lo liberé por completo y sonreí con un suspiro al verlo listo para mí.

Sostuve su mirada encendida por un segundo eterno. “*No necesito explicarte nada, ¿verdad?*” pensé, como si él pudiera escuchar lo que está pasando por mi cabeza.

Me giré con la deliciosa lentitud de mi realidad alterada. Apoyé las palmas abiertas y los antebrazos contra el vidrio helado del ventanal. El cristal frío contra mi piel sudorosa me arrancó un suspiro largo. Arqué la zona lumbar y alcé mis caderas hacia él en una invitación directa.

Michael cogió mis caderas y se hundió en mí de un solo golpe implacable.

Solté todo el aire de los pulmones al sentir la invasión. Su cuerpo me llenó por completo. Estiró cada nervio y un fuego líquido fulminó mis entrañas.

No esperé inerte sus movimientos. Apreté las palmas sudorosas contra el cristal helado para ganar tracción y empujar mi cadera hacia atrás.

Choqué con sus embestidas con mi propia fuerza bruta en un ritmo frenético. No sabía quién lo imponía, pero no me importo en lo más mínimo. Arqué más la zona lumbar. Busqué desesperada el ángulo perfecto de fricción. Moví la pelvis en círculos cortos contra su cuerpo duro.

Alcancé el punto exacto. El roce directo y profundo me hizo detener el corazón por una fracción de segundo. Una descarga eléctrica brutal me atravesó la columna.

—¡Dios, Michael, sí!

La explosión de placer en mi centro me nubló la vista en un instante. Enterré las uñas en el marco de la ventana y me dejé arrastrar por la avalancha de sensaciones hasta perder la fuerza de

las rodillas. Si Michael no estuviera sujetándome de la cintura en ese momento me habría desplomado.

Abrí los ojos de golpe al sentir la fuerza brutal del clímax. La intensidad del placer rompió cualquier barrera racional que me quedara. Solté un grito ronco, áspero y salvaje. El aire me faltó en los pulmones y una risa cruda, temblorosa e histérica se mezcló con mis gemidos. Cada contracción en mi bajo vientre me sacudía entera, exprimiendo hasta la última gota de energía de mis músculos.

Apreté la frente contra el cristal helado del ventanal. Las luces doradas y rojas de Ciudad del Sol estallaron ante mis pupilas dilatadas. Parecían latir con vida propia. Pulsaban con un brillo encefaleador, formando estrellas fugaces que nacían y morían al mismo compás frenético de los espasmos que me destrozaban por dentro.

—Me haces ver estrellas, canela —escuché a Michael detrás de mí entre gruñidos, perdido en un ritmo exquisito que se rehusaba a liberarme del éxtasis en que me tenía sumida.

—Sigo enojada contigo —mis jadeos delataron que eso fue una mentira descarada—. ¡No pares, dios mío!

La pesadez química en mi sangre amplificó cada roce y cada destello, ahogándome en una sobrecarga sensorial perfecta.

—¡Joder, canela! —gruñó —¡Olvidé ponerme condón! ¡No puedo detenerm...!

—¡No pares! —grité —¡No importa! ¡Creo que estoy embarazada, así que no importa! ¡No pares! ¡Madre mía, sigue!

Michael se tensó contra mi espalda. Un gruñido profundo y gutural le rasgó la garganta. Se hundió en mi centro con un empuje final y definitivo. El calor espeso y abrasador de su simiente me inundó por completo.

Esa invasión ardiente detonó una reacción en cadena. Una mezcla del alivio que su calor esparció en mi interior y el fuego líquido en mis entrañas provocó un cortocircuito total en mi sistema nervioso.

Un calambre eléctrico subió por mi espina dorsal y me vació los pulmones.

Mis piernas fallaron por completo. Mis músculos internos se contrajeron alrededor de él en espasmos bruscos e involuntarios, exprimiéndole sin piedad, atrapando su dureza y estirando cada sacudida de placer hasta volverla eterna.

Él me rodeó la cintura con sus brazos anchos. Sostuvo mi peso muerto contra su pecho sudoroso para evitar que me desplomara. Un rastro líquido y caliente resbaló por la parte interna de mis muslos desnudos. Mi cerebro anestesiado fue incapaz de distinguir si era la humedad de mi propio deseo o la evidencia cruda de su posesión.

—Canela —Michael susurró a mi oído.

—No quiero que esto pare nunca.

—¿Dijiste que estabas embarazada?

Respiré profundo, cerré los ojos, y asentí.

—Sí —dije—. Creo que sí.

Capítulo 22.

Michael

—Faltan tres minutos —dijo Luisa con una voz que amenazaba con romperse.

Caminaba de un lado a otro frente a la isla de la cocina mientras esperábamos la cuenta regresiva del móvil. Cuando se detuvo, estiró los dedos de los pies entre la alfombra mientras trataba de abotonarse la blusa con torpeza.

Yo estaba sentado en uno de los bancos con los primeros pantalones deportivos que saqué de mi armario, sonriendo de oreja a oreja.

“*Un bebé,*” pensé, y una sacudida de adrenalina me recorrió el pecho. La idea de ser padre me encendió la sangre con ilusión. Imaginé a un niño correr alrededor de esa misma isla y a Luisa con él en brazos. El corazón me dio un vuelco.

Quería rodearle la cintura con mis brazos, enterrar el rostro en su cabellera pelirroja y jurarle que todo estaría bien. Pero ella, al parecer, no compartía mi ilusión. Los efectos de los comestibles seguían fuertes, pero mientras que yo estaba feliz en mi viaje con la ilusión, tras el orgasmo pareció que le cayó una avalancha emocional a Luisa.

Estaba aterrada. Se detuvo en seco frente a la isla de la cocina y se ajustó las gafas oscuras sobre el puente de la nariz con un movimiento brusco. Apretó los bordes de sus propios brazos hasta que sus nudillos palidieron. Su pecho subía y bajaba de forma errática y superficial que parecía acelerarse con cada segundo que ese estúpido temporizador no terminaba.

Tragué saliva y obligué a mi mandíbula a relajarse. Aplasté mis propias expectativas en lo más profundo del estómago. Mi deber principal en ese momento era ser su roca, su ancla de seguridad, no agregar a su estrés con mis ilusiones.

—Siéntate, canela —le pedí con el tono más suave que pude extraer de mi garganta. *“¿Acaso lo dije muy lento? ¿O muy rápido? Mierda, este no es el momento para lidiar con este problema.”*

Ella giró la cabeza hacia mí y me clavó una mirada afilada.

—No me pidas que me siente, Michael —dijo con los dientes apretados y un tono demasiado explosivo. Acortó la distancia entre nosotros con dos pasos bruscos—. Un embarazo no entra en mis planes. En absoluto. No, no puede suceder.

La contundencia de sus palabras me golpeó como un impacto físico en el centro del pecho. Me puse de pie y mantuve las manos a los costados en una postura abierta.

—Lo afrontaremos juntos, sea cual sea el resultado —dije con calma.

—¡No hay nada que afrontar porque esto no puede estar pasando! —su voz rebotó contra las paredes del ático. Luisa movió las manos en el aire con desesperación al mirar el móvil —¿Cómo es posible que apenas haya sido un minuto?!

—Sientes el tiempo más lento de lo normal, canela —dije, pero ella pareció no escucharme.

—¡Mi carrera! —elevó aún más el tono —¡Me costó años de sangre y sudor adquirir mi reputación! ¡Y un embarazo en este momento...! ¡No, no puede estar pasando!

Las facciones contraídas de su rostro me revolvieron el estómago.

—Una familia no significa el fin de tu carrera profesional, Luisa —di un paso cauteloso hacia ella—. ¿No es lo que te habían...?

—¡Para un hombre no! —retrocedió para mantener la distancia —
¡Pero para mí sí! ¿Qué van a decir? ¡Que no sé mantener las piernas
cerradas!

Luisa se frotó las sienes con las yemas de los dedos y cerró los
ojos con fuerza.

—¿Qué le diré a la dirigencia del partido? —habló mucho más
rápido, casi tropezando con las palabras —Me van a ofrecer esa
candidatura al congreso, Michael. Y un bebé fuera del matrimonio...
Una madre soltera en medio de una campaña conservadora... Me
van a destrozar.

—Yo estoy aquí —intenté proyectar toda la seguridad del mundo
en esas tres palabras.

—¡Nunca me he visto a mí misma como una mamá!

Un nudo áspero se me formó en la garganta y me bloqueó el paso
del aire por un segundo.

*“No quiere a nuestro hijo,” una punzada me atravesó la carne,
pero sacudí la cabeza e invoqué mi entrenamiento médico. “Es solo
el miedo hablando. Siente que está perdiendo el control de su
cuerpo y de su futuro. Ya hablaremos de esto cuando pase el efecto”*

El pitido agudo e intermitente del temporizador en mi móvil
estalló en la sala como el explotar de una granada. Luisa giró el
cuello fijó la vista en el pequeño dispositivo de plástico blanco que
descansaba bocabajo sobre el mármol negro de la encimera.
Ninguno de los dos hizo el amago de acercarse durante varios
segundos.

—No puedo —se abrazó el vientre.

Di un paso al frente con la intención de ahorrarle el sufrimiento de
mirarlo primero, pero Luisa se me adelantó con un movimiento
rápido y torpe. Alargó la mano derecha y cogió la prueba de
embarazo. Temblaba de una forma tan violenta que hizo repiquetear
el plástico contra la superficie antes de levantarlo.

Le dio la vuelta al dispositivo.

El último rastro de color abandonó sus mejillas y sus labios, dejándola con un tono pálido y cenizo.

—¿Luisa? —pregunté con un hilo de voz.

El latido de mi propio corazón retumbaba contra mis tímpanos. Ella levantó la vista muy despacio y me miró a través de los cristales de sus lentes.

—Positivo —susurró.

El calor me detonó en las entrañas y subió hasta la garganta. "*Voy a ser papá.*"

Un impulso pugnó por asomar a mis labios en forma de sonrisa. Quería levantarla en brazos. Quería gritar. Pero la expresión petrificada en el rostro de Luisa me frenó en seco.

Ella dejó caer la prueba de embarazo sobre la encimera. El pequeño objeto de plástico rebotó una vez y se quedó inmóvil. Luisa dio dos pasos hacia atrás y se alejó de la cocina.

—No puedo con esto —dijo, y se llevó una mano temblorosa a la boca—. Necesito... Tengo que pensar en lo que voy a hacer.

La frase me cortó la respiración. El pronombre singular me atravesó el pecho. —¿En lo que vas a hacer? —me acerqué a ella —Luisa, es nuestro bebé. Estamos juntos en esto.

Ella negó con la cabeza de forma errática e ignoró mis palabras por completo. Se giró sobre sus talones y caminó hacia la entrada del ático. Sus movimientos eran mecánicos y apresurados. Cogió su bolso de la silla más cercana y se lo colgó al hombro con un tirón brusco.

—Necesito espacio, Michael —dijo con voz ahogada, y mantuvo la mirada clavada en la puerta del ascensor.

—Canela, espera —el impulso de cruzar la sala, retenerla, sostenerla por los hombros y exigirle que me dejara cuidarla me quemaba las palmas de las manos. Quería solucionarlo todo para ella allí mismo. Pero todo de ella irradiaba rechazo—. No tienes que huir de mí —le dije desde el centro de la sala, y apreté los puños a los costados hasta clavar mis uñas en las palmas—. Además, no puedes ir a ningún lado.

Luisa presionó el botón del ascensor. —Tengo que pensar en lo que voy a hacer —dijo una y otra vez.

—¡Espera, maldita sea! —grité, y ella se quedó congelada — Luisa... Solo tienes tu blusa puesta.

Ella se giró y me lanzó una mirada confundida antes de bajar las manos y sentirse los muslos desnudos. —¿Solo me puse la blusa?

—Sigues bajo los efectos de la gomita —le expliqué con un nudo en la garganta—. No puedes siquiera salir bien del ático. Mucho menos conducir un coche.

—Michael —ella me miró con ojos llorosos—. No puedo... No puedo estar aquí.

Estiré la mano hacia mi habitación. —Quédate —dije—. Duerme en mi cama. Yo puedo usar una de las habitaciones para huéspedes si no soportas verme en este momento. Por favor, no quiero que te pase nada. Hablamos con calma al respecto después de dormir.

Me quedé inmóvil. El silencio zumbaba en mis oídos y el frío de las rejillas del aire acondicionado me caló la piel del rostro mientras ella me observaba con labios temblorosos.

—Está bien —dijo asintiendo.

Saqué una segunda chimichanga de la caja que, por suerte, seguía tibia, y un refresco de lata de mi refrigerador. —Vas a tener hambre en un rato —dije antes de dejarlas en mi mesita de noche—. Estoy a un grito, canela.

Traté de cogerle el brazo para acercarme y darle un beso, pero ella se estremeció e hizo a un lado. Respiré profundo para tragarme el orgullo, salí de mi habitación y cerré la puerta detrás de mí.

Caminé hacia la isla de la cocina. Bajé la vista hacia la prueba de embarazo, y miré esas dos líneas de color rosa marcadas. Extendí la mano derecha y rocé el plástico con la yema del dedo índice.

Una ola de ternura me inundó el pecho y apretó mis pulmones. El eco de la voz de Luisa regresó a mi cabeza. "*Tengo que pensar en lo que voy a hacer.*"

Apreté las mandíbulas y retiré la mano de la prueba.

—¿No debería ser lo que *vamos* a hacer? —mi voz sonó áspera en el ático vacío.

Me excluía de la ecuación más importante de nuestras vidas. Me dejaba de lado y me trataba como a un simple espectador de un problema exclusivo de ella. La punzada del rechazo se clavó en mi esternón. Estaba drogada, claro, pero eso no lo justificaba.

Tragué grueso y saboreé la bilis amarga en la parte posterior de mi boca. Inhalé y empujé esa frustración hacia el fondo de mi mente. "*Eres un egoísta, Michael,*" sacudí la cabeza con fuerza. "*Ella es la que tiene que poner el cuerpo. Ella es la que tiene todo que perder en su carrera. Su reacción sí está justificada.*"

Me froté el rostro con ambas manos para disipar la neblina y dar paso al análisis. Si había una ventaja que el TCH podía darme en ese momento era poder concentrarme en una tarea en particular y cerrarme al mundo mientras lo hacía.

Me apoyé contra el borde de la encimera de mármol y crucé los brazos sobre el pecho. Las piezas del rompecabezas encajaron en mi cabeza. "*El matrimonio.*"

Sonreí al considerarlo. ¡Eso resolvería cualquier justificación que pudieran echarle en cara! Si nos casáramos de inmediato, el escándalo potencial se desintegraría.

"Además," amplíé la sonrisa. "Soy un Spencer. Ser parte de mi familia apaciguaría a los sectores conservadores del partido. ¡Joder, elevaría su imagen pública!"

Me despegué de la encimera. La idea de convertir a Luisa en mi esposa adquiriría más mérito en mi cabeza. Tanto que por poco corro a la habitación para proponérselo.

"No seas tonto," me detuve y respiré profundo. "¿Qué chica quiere que le propongan matrimonio estando drogada y después de enterarse que está embarazada?"

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué el móvil. Abrí el navegador web y tecleé en el buscador tres palabras que lo resolverían todo: Anillo de compromiso.

Capítulo 23.

Luisa

—Dios, esto no puede estar pasando —murmuré al pisar el acelerador del coche como si estuviera huyendo de Michael.

“No te engañes, Luisa,” pensé. “Eso es exactamente lo que estás haciendo.”

Cuando desperté esa mañana lo encontré dormido en la sala con su portátil en el regazo, y lo primero que pensé fue en irme. Lo adulto... Lo correcto habría sido despertarlo, poner la cafetera, y hablar. Íbamos a ser padres, después de todo. ¡Padres!

La idea me retorció el estómago y presionó el pecho más que cuando presenté mi examen para ejercer como abogada, o cuando me paré frente a un juez por primera vez, o cuando... Joder, nunca en mi vida había experimentado una mezcla tan potente de ansiedad, nervios y, un poco, de emoción.

No estaba en contra de la idea de ser mamá, pero *no en ese momento*. Había demasiadas cosas sucediendo que necesitaban mi atención, y un bebé sería, en el mejor de los casos, una distracción.

“Y eso es precisamente por qué no puedo ser mamá,” pensé. “Un bebé jamás debe ser visto como una distracción.”

Volví a casa y me refugié en mi rutina habitual de todas las mañanas, haciendo las cosas que sí estaban dentro de mi control. Me duché, desayuné, lavé los dientes, me puse un traje gris carbón, y me detuve en la entrada cuando sonó el móvil.

Era Michael. *“Joder, no estoy lista,”* pensé, enviando la llamada al buzón de voz. Lo guardé en el bolso, pero en lugar de salir de la casa me quedé parada. *“Si no le contesto comenzará a llamar.”*

Dicho y hecho, Michael insistió, y volví a negar la llamada.

—Volví a casa a cambiarme —le escribí en un mensaje de texto, y me mordí el labio—. Estoy conduciendo y no puedo contestar. Nos vemos más tarde en la oficina.

Lo envié, y cuando subí al coche el móvil volvió a timbrar.

—Debiste despertarme. Tenemos muchas cosas qué hablar.

Respiré profundo, y mis ojos se llenaron de lágrimas. —Lo sé —escribí, e hice una pausa para cerrar fuerte los párpados para no arruinarme el maquillaje—. Más tarde.

Estaba por meter el móvil en las manos cuando timbró. La notificación no fue de un mensaje, sino un recordatorio: Pago de mensualidad Hogar San José.

Podría haber hecho una transferencia rápida, pero la vorágine de emociones en mi cabeza se calmó cuando pensé en mi abuela.

“Puedo hacer el pago en persona,” pensé, poniendo en marcha el coche. *“Me vendría bien ver a mi abuela.”*

No me tomó mucho tiempo llegar al Hogar San José. Cuando lo miré a lo lejos sentí lo que han de haber sentido los marineros al divisar tierra firme luego de una tormenta en el mar. Miré alrededor del aparcamiento. *“¿Estoy buscando el coche de Michael?”* pensé, y el alivio al no encontrarlo me cayó como una brisa fresca en un día soleado.

—Buenas días —saludé a la enfermera detrás del mostrador—. Vengo con mi abuela, pero quiero abonar la cuota mensual.

La enfermera, una mujer que no había visto antes, de mediana edad con un uniforme impecable y olor a lavanda, levantó la vista de la pantalla del ordenador.

—¿A nombre de qué residente, por favor? —preguntó mientras ella mantenía los dedos suspendidos sobre el teclado.

—De Elena Mendoza —traté de que mi voz no delatara el temblor que me sacudía las rodillas.

—Ah, doña Elena —su expresión se suavizó y tecleó con rapidez—. Es una mujer encantadora. Le hemos cogido mucho cariño en el tiempo que ha estado con nosotros.

—Me alegra mucho escucharlo —forcé una cordialidad que me costaba un mundo mantener. “*¿No puede teclear más rápido?*”

—Tuvimos que pasar a diuréticos intravenosos —dijo al girar hacia mí—. Pero nada parece bajarle el ánimo, en especial cuando nos habla de su nieta, la Fiscal de Hierro. Su entusiasmo es contagioso.

—Sí, ella siempre ha tenido ese don —asentí, aguantando el escalofrío intenso al pensar en la medicina que le inyectaron.

“*Está empeorando,*” pensé, y mi garganta se cerró un poco.

—Qué curioso —dijo la enfermera, mirando la pantalla.

Giré rápido hacia ella. —¿Qué?

—Según veo en el sistema —ella se giró hacia mí —la cuenta está pagada.

El aire se me atascó en la garganta. Una descarga helada me recorrió la columna vertebral y erizó el vello de mis brazos.

—¿Cómo? —parpadeé negando con la cabeza—. ¿Se refiere a la cuota de este mes?

“*¿Acaso la hice y lo olvidé?*” pensé.

—No solo la de este mes —amplió su sonrisa y mostró unos dientes blanquísimos que destellaron bajo la luz artificial del vestíbulo—. La cuenta del año completo ya ha sido cubierta en su totalidad, y el paquete de cuidados fue actualizado al máximo nivel que ofrecemos.

El mundo se congeló a mi alrededor y se convirtió en una fotografía estática y carente de sentido.

—Yo no hice ese pago —el suelo se volvió inestable bajo mis pies, pues tenía una idea de quién lo pudo haber hecho—. ¿Sería tan amable de revisar quién lo hizo?

Le tomó a la enfermera unos segundos buscarlo en el ordenador. —Fue realizado esta misma mañana por el doctor Spencer.

Una fuerza asfixiante me comprimió el pecho hasta hacerme daño. No hubo ni un solo atisbo de alivio financiero ante la noticia, ni una gota de gratitud por la carga que acababa de desaparecer de mis hombros. Un ácido abrasador me subió por la barriga y quemó cualquier rastro de la vulnerabilidad que traía conmigo.

“No me preguntó,” pensé, apretando la mandíbula. “Ese hijo de... ¿Quién se cree que es?” el latido desbocado de mi corazón golpeó con violencia contra mis costillas, como un animal atrapado. “Típico de alguien con dinero de sobra que cree que arrojar dinero a los problemas es una solución universal.”

Apreté los puños sobre el mostrador hasta dejar los nudillos blancos, pero me obligué a relajar las manos antes de que la enfermera notara el temblor que me sacudía los dedos. Fingí una sonrisa que me tiró de los músculos de la cara con una tensión dolorosa, como una máscara de normalidad que pesaba toneladas.

—Muy bien —la voz me salió monótona y carente de emoción—. Muchas gracias por la información. ¿Sabe si mi abuela ya está despierta?

—Debe estar desayunando en su habitación.

Me di la vuelta y caminé por el largo pasillo. Las paredes se cerraron sobre mí a cada paso. El sonido rítmico de mis tacones contra el suelo de linóleo me taladraba el cráneo, avisando la llegada de un dolor de cabeza. El olor a desinfectante floral y ropa limpia se coló por mi nariz y me revolvió el estómago con violencia, provocando una oleada de náuseas que me subió por la garganta.

"¿Cree que no puedo cuidar a mi abuela yo sola? ¡No necesito su caridad!" tragué saliva para contener las ganas de vomitar en el pasillo alfombrado.

De seguro pensaba que al pagar la residencia de mi abuela estaría quitándome un peso de encima y que yo estaría en deuda con él para siempre. Me detuve un instante frente a la puerta de madera clara de la habitación de mi abuela e intenté recuperar el aliento que parecía haberme abandonado.

Inhalé hondo y me froté el puente de la nariz por debajo de los lentes antes de alisar los pliegues de mi chaqueta.

Empujé el pomo metálico de la puerta y entré en la habitación con un movimiento suave pero decidido. La luz de la mañana se filtraba por la ventana y bañó la cama en un tono dorado y melancólico que acentuaba la quietud del ambiente. Mi abuela estaba recostada contra las almohadas, arropada hasta el pecho con una manta delgada de color crema que parecía demasiado pesada para ella.

Tenía un catéter en la muñeca que la conectaba a una bolsa de medicamentos junto a la cama, a un lado de la mesita móvil con lo que quedaba de su desayuno.

La fragilidad de su figura me dejó sin defensas por un momento. Ella solía ser más grande, más brillante. Se notaba cuando ella estaba en la habitación. Traté de recomponer mi expresión antes de que ella abriera los ojos, pero su instinto siempre había sido más rápido. Mi abuela giró la cabeza hacia mí y me clavó esa mirada de lucidez punzante que me desarmó al instante, y leyó en mi rostro lo que yo intentaba ocultar.

—Lulú —la voz le salió rasposa, débil pero cargada de una agudeza impecable que cortaba cualquier pretensión—. Traes la misma cara que pusiste cuando te quitaron tu muñeca en cuarto de primaria.

Un nudo doloroso y caliente se me formó en la base de la garganta y me impidió hablar durante unos segundos que parecieron eternos. Me acerqué a los pies de la cama y esboqué una media sonrisa que no me llegó a los ojos. La cara se me agrietó por el esfuerzo.

—No es nada, abuela —dije con un hilo de voz que apenas era audible sobre el suave zumbido de la ventilación—. ¿Por qué no te comiste la fruta?

—Sabes que no soporto el melón.

Sonreí. —Te hace bien.

Me senté en la silla acolchada junto a su cama y cuando le cogí la mano volví a ser esa niña pequeña que había perdido a sus papás. Su piel estaba fría y delgada como el papel de seda bajo mis dedos, y contrastaba con el calor febril que me ardía en las palmas y parecía recorrer todo mi cuerpo.

La observé con detenimiento y tracé con la mirada las nuevas líneas de dolor que se marcaban alrededor de su boca y que no estaban allí la última vez que vine. Tenía los ojos hundidos en cuencas oscuras y la respiración le silbaba en el pecho en cada inhalación, un sonido que me desgarraba por dentro.

Levantó la otra mano y apuntó a la mascarilla de oxígeno colgada en el tanque junto a la cama.

—Te veo más cansada de lo normal —murmuré, poniéndosela con tanta delicadeza como pude.

Ella soltó un suspiro pesado y cerró los ojos.

—Tuve una crisis anoche, mi niña —apretó los labios con una pesadez que me encogió el estómago.

El aire se me atascó en los pulmones. Una punzada de frío cortante me atravesó el pecho y provocó que mis propios problemas quedaran en segundo plano.

—No, abuela —negué con la cabeza, aferrándome a su mano—. No me dejes ahora. No estoy lista para...

Ella sonrió, y acarició el dorso de la mano con su pulgar. —Todavía no, cariño.

Cerré los ojos y traté de respirar. Pude, pero apenas una fracción de lo que mi cuerpo necesitaba. La presión en el pecho me impedía llenar los pulmones del aire que necesitaba, y mi corazón se aceleró tanto que creí que intentaría atravesarme las costillas y salir disparado de ahí.

—No puedo —las palabras me salieron sin aire—. Abuela, no sé si...

Me sorprendió la fuerza con que tiró de mi mano y de mí para luego envolverme en sus brazos. Sus brazos huesudos fueron como aquella cobija donde me refugiaba de pequeña para que los monstruos de mi armario no me comieran.

Tarareó. Al principio mi ansiedad no me dejó concentrarme, pero luego de unos segundos reconocí la canción. La misma que me cantaba cuando era pequeña y me levantaba el ánimo sin falla. Sonreí y cerré los ojos mientras mi abuela tarareaba *Let it be*.

Antes la hubiera cantado a todo pulmón, pero el tarareo bajo de las notas de la canción fue más que suficiente para alejar, aunque fuera por unos instantes, los tormentos que agredían mis pensamientos.

Sabía que tendría que enfrentarlos tarde o temprano. Mientras tanto, me permití ser otra vez una niña pequeña en los brazos de su abuela.

Capítulo 24.

Michael

—¿Pero qué mierda...?! —dije al leer el mensaje de texto de Luisa.

—Trabajaré desde casa el día de hoy —lo volví a leer y me retorcí por dentro otra vez—. Necesito espacio.

—¿Espacio? —murmuré al caminar por los pasillos del hospital — ¡Si no eres un puñetero astronauta!

Negaba con la cabeza. Mi corazón amenazaba con molerme las entrañas de lo fuerte que palpitaba debido a las cuatro o cinco tazas de café que ya había tomado y la actitud de esa mujer.

Apenas había dormido un par de horas luego de pasar toda la maldita noche perdido en mi investigación de anillos de compromisos. ¿Por qué usan el abecedario para definir el color cuando ya tenemos palabras para ellos? ¿Color Z? ¡Se llama amarillo! Se supone que un diamante es transparente, ¿qué carajos quieren decir con “claridad”? ¿Y los engastes? ¡Basta con que no se salga la piedra!

“Joder, es un puto anillo,” pensé. “No es como si quisiera resolver un misterio médico. Solo quiero que sea brillante y que ella diga que sí. ¿No basta con que sea bonito y caro?”

—Necesitas comer —le escribí, sintiendo que casi atravieso el móvil con la fuerza de mis dedos golpeando la pantalla—. Llevaré sushi a la hora de la comida.

Seguí caminando hacia la oficina. Mi asistente levantó la cabeza, pero recibí otro mensaje cuando estaba por hablarle.

—Me haré un sándwich, estaré muy ocupada. No vengas.

—¿Cómo carajos no?! —dije en voz alta.

“Voy a ayudarlo, aunque tenga que...”

—Doctor Spencer —el llamado de mi asistente me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué? —ella dio un brinco.

Respiré profundo y cerré los ojos un momento. *“Tranquilízate. Ella debe seguir alterada, y sabes bien que es perfectamente normal que a alguien le tome tiempo asimilar una noticia así. ¿Por qué mi asistente me está mirando...? Joder, quizá le levanté mucho la voz.”*

—Lo siento —me froté los ojos con el pulgar e índice de mi mano derecha—. No dormí bien anoche, pero no debí gritarte. ¿Qué sucede?

—Su padre está en su oficina.

Un leve cosquilleo de desconcierto me erizó la nuca. —¿Mi padre? —fruncí el ceño —¿Qué hace mi papá aquí?

—Recuerde que hoy tenía una cita agendada con él —me dedicó una sonrisa profesional—. Tenía que acompañarlo a su revisión cardiológica mensual hace media hora.

Maldije para mis adentros con una intensidad silenciosa que me quemó la garganta. *“¡Eres bárbaro, Spencer!”*

Empujé la puerta de mi despacho, esperando encontrar a mi papá impaciente. Me quedé clavado en el umbral al pillarlo frente a mi escritorio, iluminado por la cruda luz blanca de los ventanales, inclinado sobre mi sillón de cuero, con las dos manos apoyadas en la madera y la mirada fija en la pantalla encendida de mi ordenador.

Una punzada caliente me subió por la columna vertebral. *“¿Dejé el navegador abierto?”* traté de recordarlo antes de notar la hora e ir a buscar a Luisa a su oficina. *“¡Mierda, estaba investigando anillos!”*

Avancé hacia el interior de la oficina con pasos largos y pesados, cerrando la puerta tras de mí con un golpe seco.

—¿No te enseñaron de niño que es de muy mala educación ser un metiche con las cosas ajenas, papá? —me crucé de brazos a escasos metros de él.

El viejo no se sobresaltó en lo absoluto. Se incorporó con la lentitud y la gracia de un hombre que jamás ha tenido prisa por nada en su vida. Se giró hacia mí, luciendo su impecable traje gris hecho a medida, y me dedicó una sonrisa afable.

—Me aburrí de esperar, Mike —se encogió de hombros con una tranquilidad que solo consiguió exasperarme un poco más—. En especial cuando tu nueva asistente no regala ni una sonrisa ante mis encantos.

—Viejo libidinoso —sonreí al acercarme y darle un abrazo—. No eres su tipo.

—¿A qué mujer no le gusta un caballero distinguido?

—A ella no le gustan los caballeros...

Abrió la boca y los ojos le brillaron con entendimiento.

Una piedra densa de pura culpa se instaló en el fondo de mi estómago. —Mierda, lo siento muchísimo, viejo —negué con la cabeza—. Se me pasó por completo.

Mi padre soltó una carcajada ronca que rebotó en los amplios ventanales de la oficina.

—No te preocupes, Mike —agitó una mano en el aire—. Administrar un hospital no es tarea sencilla, y tu manejas una compañía que administra varios. Además, tú y los muchachos ya son hombres con sus propias vidas y familias. No me molesta que me pongan en segundo plano... Bueno, *tus hermanos* ya tienen sus propias familias —inclinó la cabeza hacia el ordenador y me ofreció

una sonrisa pícar— Espero que tú te unas al club de los casados próximamente.

“Joder, sí dejé el navegador abierto,” pensé, tratando de aguantar la risa.

—No estás en segundo plano, papá —elevé el tono de voz por la urgencia que me asfixiaba—. Me tocaba a mí esta vez asegurarme de que llegues a esa cita médica a tiempo.

—Estoy seguro de que podemos sobornar a su asistente de que nos abra un hueco —amplió su sonrisa y puso una mano pesada y cálida sobre mi hombro—. Le prometí a Xiomara que probaríamos el soufflé la próxima vez que saliéramos a cenar.

—Perdiste su número, ¿verdad?

—Por supuesto que no —se enderezó y ajustó las solapas de su chaqueta—. Solo... Lo guardé demasiado bien. Además, una llamada o un mensaje de texto es frío y distante. Nada como cortejar a una mujer en persona.

Reí, negando con la cabeza. *“Si no puedo cuidar de mi propio padre, ¿cómo voy a cuidar de Luisa y de un bebé?”* el pensamiento me taladró el cerebro con una ferocidad inaudita.

Me pasé las manos por el rostro, frotándome los ojos con fuerza en un intento inútil por borrar la desesperación que me invadía.

—Vale, pongamos a prueba tus encantos —mi voz sonó algo ronca—. De nuevo, lo siento, papá. He estado distraído toda la mañana.

Caminamos hacia la puerta de mi oficina. —Es muy comprensible —su tono de voz era suave, muy distinto al tono autoritario al que me acostumbre a escuchar mientras crecíamos—. Buscar anillos de compromiso es una empresa delicada que requiere toda tu atención.

El corazón me dio un vuelco brutal contra las costillas y me quedé sin aliento.

—Dejaste la página abierta a la vista de cualquiera, Michael — esbozó una sonrisa astuta—. Ni siquiera tenías el ordenador bloqueado. Tu asistente también lo vio.

Salimos de la oficina y encontré a mi asistente revisando unos papeles. —Sí, pero ella sí sabe ser discreta.

—Me ofende que impliques que yo no puedo ser discreto —le miré mientras caminábamos y el viejo estaba sonriendo de oreja a oreja— ¿Es alguien que yo conozca?

—Yo no implico nada —pulsé el botón del ascensor—. Lo digo abierta y descaradamente: eres el peor cotilla que conozco.

Mi padre asintió y soltó una sonora carcajada que me contagió. Reí más de lo que esperaba. Estaba tan tenso que el breve humor me proveyó un alivio casi instantáneo.

—Soy tu padre, Mike —la voz del viejo adquirió una gravedad emocional que me obligó a mirarlo a los ojos—. Te amo. Y quiero que tengas muy claro que cuentas conmigo para lo que sea. Tienes a tu disposición todos mis años de experiencia en el tema, en especial cuando de mujeres se trata.

Una presión inmensa me estrujó el centro del pecho al recibir su declaración de apoyo incondicional.

—El que te hayas casado múltiples ocasiones no significa que seas un experto en el tema.

Siguió riendo. —Quizá no he sido el mejor esposo, o no he sabido elegir bien a mis parejas.

—O ambas —añadí con una mueca.

—O ambas —negó, pero siguió riendo—, pero ninguna de mis bodas ha sido aburrida, y ciertamente jamás me han dicho que no cuando propongo matrimonio. De *ese tema* sí conozco.

—Vale —entramos al ascensor cuando las puertas se abrieron—. ¿Y qué pepita de sabiduría me ofreces, viejo?

—Jamás vas a encontrar el anillo ideal en una página de internet —dijo sin titubear.

—Necesito una solución rápida y eficiente —la urgencia de mi plan original pulsó de nuevo en mis sienes—. Pero también quiero que sea espectacular. Lu... *Ella* necesita... No, *merece* garantías ahora mismo. No tengo tiempo para una larga excursión por todas las joyerías de la ciudad.

Guardamos silencio mientras el ascensor bajaba al piso donde el cardiólogo tenía el consultorio.

—Lo que *Lu* necesita que hagas las cosas con el corazón —se giró hacia mí—, no con una tarjeta de crédito. Un anillo de compromiso no es un trámite que se resuelve con un par de clics, hijo. Es una promesa que no debe tomarse a la ligera.

Me crucé de brazos. Una punzada de impaciencia me tensó la mandíbula.

—No lo estoy tomando a la ligera —murmuré cuando salimos al pasillo—. Pero no sé ni por dónde empezar.

—Déjame a mí —él sacó su móvil de la chaqueta—. Te llevaré con mi joyero de confianza en cuanto terminemos con esa revisión médica. Él sabrá qué es lo que necesitas.

Una risa irónica brotó de mis labios ante su insistencia.

—¿Me estás diciendo en serio que me vas a llevar con el joyero al que le compraste los anillos de tus últimas esposas? —arqueé una ceja.

El viejo borró su sonrisa de inmediato. Su expresión se tensó en una máscara de extrema seriedad que me dejó helado.

—No —su tono serio me cortó la respiración—. Te llevaré con el joyero al que le compré el anillo de tu madre.

Un punzón afilado me atravesó el alma. El mundo entero se detuvo en ese preciso instante. El recuerdo arrollador de mi madre

se materializó ante mis ojos con una claridad dolorosa que no esperaba.

Recordé la calidez de sus manos y sus últimos días consumiéndose en la enfermedad mientras yo intentaba ser fuerte.

La perfecta coraza protectora que yo había construido con empeño durante toda la mañana se agrietó sin remedio, y yo solo sonreí y asentí.

Capítulo 25.

Luisa

—¿Pero qué...? —dije cuando aparqué el coche frente a mi casa, un poco más atrás de lo que acostumbraba debido a un Aston Martin que conocía demasiado bien.

Gruñí y cogí la bolsa de comida a mi lado como si la quisiera arrancar del asiento. La hamburguesería no estaba lejos, pero cinco minutos con esos aromas fueron suficiente para que la fiera dentro de mi barriga comenzara a ronronear.

Salí del coche y me detuve a varios pasos de mi porche, donde Michael estaba sentado.

Traía un traje elegante, más de lo que acostumbraba a usar en el día a día del trabajo. Hasta la corbata estaba en su lugar, y peinado a la perfección.

Pero su rostro carecía de la mueca alegre y juguetona a la que me había acostumbrado. Traía el ceño fruncido, los labios apretados y la mandíbula tensa.

—¿Dónde estabas? —su pregunta salió más como un gruñido.

—Te dije que no quería salir.

—Yo insistí.

—Y yo no acepté.

—No contestaste —me miró a los ojos—. No es lo mismo que no aceptar.

Ignoré el escalofrío que recorrió mi espalda. —No contesté porque estaba demasiado ocupada —mentí, no quería discutir por mensajes.

Michael sacó el móvil de su chaqueta, deslizó el dedo sobre la pantalla y escuché en altavoz el mensaje automático que anunciaba el desvío inmediato al correo de voz. —¿Le pasa algo a tu móvil?

—¿Sabes qué...? —cerré los ojos y me apreté el puente de la nariz con los dedos —Bien, bloqueé tu número porque no dejabas de molestar después del horario de oficina. Necesitaba paz, Michael. Te pedí espacio. *Espacio*.

—Espacio —guardó el móvil—. ¿Sabes dónde estaba?

—Asumo que...

—En el restaurante —me interrumpió, levantando la voz—. ¿La Terraza del Olivo? Es uno de tus restaurantes favoritos. Lo sé porque nunca paras de hablar de su pollo a la parmesana —se puso de pie—. Llamé y pagué todas las mesas de esta noche para asegurar queuviéramos el lugar para nosotros. Llené el lugar de velas y flores. ¿Tienes idea de lo complicado que es encender cientos de velas para iluminar todo un salón de un restaurante? Y el calor. El puñetero calor.

—Yo te dije que...

—Cada mesa alrededor de la que usaríamos nosotros tenía flores —sus palabras estaban cargadas con aún más furia—. Orquídeas blancas, peonias, y lirios del valle. Tus flores favoritas porque no te decides cuál de ellas prefieres más. No había ni una sola rosa roja porque sé que las odias.

—Michael...

—Se me subió la glucosa de lo dulce que olía ahí adentro.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que yo no...?

No me interrumpió con palabras, sino sacando del bolsillo de su chaqueta una cajita aterciopelada y abriéndola, dejándome ver el anillo más hermoso que había visto en mi vida. Varios diamantes pequeños rodeaban a uno grande, pero no masivo. El aro plateado

resplandecía de lo pulido que estaba. Conociendo a Michael, esas piedras eran reales, y el anillo no podía ser simple plata. Debía ser platino o algún metal más caro.

No me habría sorprendido si esa joya costara más que mi casa.

—Madre mía... —dije sin pensar.

—Te esperé por dos horas —murmuró—. Yo llamaba y llamaba, y cuando comenzó a enviarme directo al buzón de voz temí que algo te había pasado. Que tú y el bebé...

Cerré los ojos y aguanté las lágrimas. —No fue mi inten...

—Lo hecho, hecho está —dijo, girándose hacia mí. Se arrodilló y elevó la cajita aterciopelada a la altura de su cara—. Cástate conmigo, Luisa Jiménez.

No había nada de amor en su mirada, ni siquiera lujuria o rastros del brillo en sus ojos cuando me hacía el amor, o cuando estábamos riendo juntos.

El aire se me atascó en la garganta. Un escalofrío me recorrió la columna, y la bolsa de comida en mi mano de pronto pesaba una tonelada.

Un zumbido sordo me inundó los oídos, silenciando los latidos de mi propio corazón que tronaban en mi pecho.

“*Esto está mal,*” pensé, mirando el anillo y luego su rostro. Quería encontrar esa conexión eléctrica habitual al roce de nuestras pieles.

En su lugar solo encontré... Desprecio.

Un nudo de bilis me subió por la garganta. Un calor abrasador me subió por el esófago y me quemó hasta dejarme sin palabras coherentes que decir.

Retrocedí un paso.

—Levántate, Michael —mi voz sonó quebrada y tensa.

Él no se movió. Mantuvo la caja extendida hacia mí. —Te hice una pregunta, Luisa —insistió con un tono más relajado y neutro—. Me gustaría una respu...

—Te estoy pidiendo que te pongas de pie y dejes de montar este espectáculo —apreté los dientes. El calor me subió a las mejillas—. Por favor, Michael, no sigas con esto.

Él cerró la caja de un solo golpe seco que sentí como una bofetada en la cara. Se puso de pie y guardó el anillo en el bolsillo de su chaqueta con un gesto mecánico y frío.

Su altura me obligó a inclinar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

—No deberíamos casarnos por obligación —mis palabras sonaron quebradas, delatando el esfuerzo por no soltarme llorando en ese momento—, sino porque nos amamos y deseamos construir algo juntos.

Él frunció el ceño aún más. Un destello de incompreensión pura cruzó sus ojos oscuros. Luego, su expresión se tensó.

—¿Obligación? —repitió la palabra como si fuera un insulto personal. Dio un paso decidido hacia mí—. Te estoy ofreciendo mi vida, Luisa. Te estoy ofreciendo un futuro.

—¿Un futuro? —di un paso hacia atrás. El calor bombeó hacia mis mejillas. Mis músculos se tensaron, y recuperé la firmeza necesaria para no derrumbarme allí mismo.

—Estás esperando un hijo mío —elevó la voz—. Yo sé que tienes miedo. Yo sé que arruina tus planes políticos o lo que sea que te aterra tanto, pero no tienes que lidiar con esto tú sola.

Apreté los molares hasta que me dolió la mandíbula.

—¡Lo vas a hacer lo quiera o no! —clavé mi mirada en la suya y alcé la barbilla.

—¿Qué quieres decir con...?

—¡Pagaste los cuidados de mi abuela en el hogar! —le grité.

—¡Por supuesto que lo hice! —gritó casi tan fuerte como yo —
¡Fue lo primero que se me ocurrió hacer! ¡Sé bien lo difícil que es...!

—No tenías ni un derecho —me acerqué a él, apuntándole el dedo índice a la cara—. ¡Ni uno! ¡Es mí asunto personal y no necesitaba que...!

—¡Soy el padre de ese bebé! —rugió —¡Claro que tengo el derecho y el deber de cuidar de ustedes! ¡Acabo de quitarte ese peso de encima! ¡La palabra que debería estar saliendo de tus labios es "Gracias"! ¡De nada!

Poco me faltó para darle una bofetada.

—Dejemos claros una cosa, Michael Spencer —mi sangre hervía al hablarle—: No necesito un salvador. No necesito tu dinero, ni tu nombre, ni nada de ti. ¿Entiendes eso? ¡No necesito nada de ti!

Michael tensó los hombros y cuadró la espalda. La vena en su frente parecía a punto de reventar.

—¿No aceptaste el trabajo que te ofrecí porque necesitabas el dinero para cuidarla?

—¿Sabes qué? —me giré hacia la puerta de la casa —Yo no soy proyecto de beneficencia de nadie. ¡De nadie! Métete ese trabajo por el culo. Renuncio.

Caminé estampando los pies en el suelo hasta llegar a la puerta, pero no la abrí. Me quedé ahí parada, saboreando bilis y sangre por la mordida que me metí en los labios.

Una punzada de náusea me recorrió el estómago.

—Eres una egoísta, Luisa —dijo al fin. Su tono fue bajo y áspero. Mi pecho se contrajo.

Me volví hacia él. —¿Egoísta?

—Sí, egoísta y soberbia —acortó la distancia entre nosotros—. Siempre tomas todas las decisiones tú sola. Entiendo que es tu cuerpo y tu decisión, ¿pero no merezco tan siquiera un poco de consideración por lo que estoy sintiendo? ¿Te has puesto a pensar en lo que yo deseo? Por supuesto que no. Lo único que importa es cómo esto te afecta *a ti*.

Apreté la mandíbula para que mi voz no temblara. —Lo que tú sientes es una mezcla de culpa por el embarazo y lo que deseas es satisfacer esa necesidad patológica de controlarlo todo.

—¡Eso es una soberana estupidez y lo sabes! —levantó las manos al aire en un gesto de exasperación y se dio la media vuelta. Se pasó una mano por el cabello, destrozando su peinado perfecto —Te ofrecí un puesto en Nova Vitalis porque eres la mejor abogada que conozco —habló hacia la calle—. Eras mi mejor amiga. Quería tenerte cerca, quería que formaras parte de mi mundo. Explícame cómo eso es algo malo.

—¡Dios mío! —un pinchazo agudo atravesó mi estómago —¿No te duele la espalda por cargar ese puñetero ego?

—Y ahora te ofrezco una boda para que tu imagen pública no se hunda cuando se sepa que la 'Fiscal de Hierro' va a ser madre soltera —se giró para encararme. Su rostro estaba enrojecido y tenso—. Casarte conmigo te solucionaría eso. ¡Caray, casándote conmigo no importaría si estás embarazada o no!

Un sabor metálico cubrió mi paladar. Saliva áspera y resequedad.

—¿Piensas que soy alguien que se casaría por que le conviene? —le pregunté, tratando de controlar el temblor de mi labio inferior y mi mandíbula —¿Tan poca integridad crees que tengo? ¿Así es como me ve mi supuesto mejor amigo?

Él quedó boquiabierto, y parecía que no sabía si caminar hacia enfrente o alejarse de ahí.

Me ajusté los anteojos con un movimiento mecánico. Enderecé la espalda y mi postura se volvió rígida cuando levanté el mentón y le facilité la decisión.

—Lárgate de aquí, Michael.

—Canela, por...

Cerré los ojos y negué con la cabeza. —No vuelvas a decirme así. Vete —abrí los ojos, y él seguía ahí—. ¡Que te vayas!

El brillo en su rostro se apagó por completo. Su mirada se volvió vacía, y el hombre que me hacía reír desapareció ante mis ojos.

—¿Qué hay del bebé? —preguntó con una voz carente de cualquier emoción.

Negué con la cabeza. —Qué tan poco me conoces si tienes que preguntarme eso.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me haré cargo —dijo—. Nada le faltará... Pero tú y yo...

Tragué saliva con dificultad. Un nudo duro y pesado se instaló en mi estómago.

—Puedes enviarme por correo electrónico tu renuncia —se giró y caminó a su coche—. No te presentes mañana.

Las palabras me golpearon. Me quedé sin aliento y apreté los puños. La respiración me fallaba cuando subió al coche y se alejó tras un acelerón repentino.

La adrenalina que me había mantenido en pie se desvaneció, dejando los músculos laxos y un peso muerto sobre los hombros. Cerré los ojos con fuerza y lloré.

Capítulo 26.

Luisa

—Así que tú eres la famosa Fiscal de Hierro —dijo Don Alfonso Ruiz al ponerse de pie cuando me acerqué a la mesa donde él y Tomás me esperaban.

Era el dirigente máximo del partido y me observaba con los labios tensos en una línea recta que no modificaba la frialdad geométrica de su rostro. Tenía unos sesenta años con el pelo completamente blanco y cortado a la perfección, vestía una americana de seda azul, y apestaba a colonia de lujo.

—Encantada de conocerlo, don Alfonso —estreché su mano con una firmeza que no supe de dónde saqué. Quizá de la rabia que todavía borboteaba en mi interior al recordar lo sucedido con Michael—. He escuchado mucho de usted.

—Nada bueno, espero —el viejo sonrió cuando nos sentamos. Aunque la mesa fuera circular, parecía que las sillas estaban acomodadas de tal manera que Tomás y yo estábamos un poco más de frente hacia él.

Mis párpados pesaban como plomo bajo la luz opresiva y deslumbrante de las lámparas de cristal. Me removí en la silla de cuero y oculté el temblor de mis manos entrelazando los dedos sobre mi regazo. “Mucho café,” pensé al beber un sorbo de agua helada. El líquido bajó como una cascada de agujas por mi esófago.

Habían pasado cuarenta y ocho horas. El nudo en mi tráquea seguía intacto. Repasé los techos altos y la decoración ostentosa del restaurante.

La Terraza del Olivo.

“No volveré a pisar este maldito lugar en mi vida,” pensé, apretando la mandíbula hasta que me crujieron los dientes.

Llevaba mi traje gris más rígido. Una armadura abotonada hasta el cuello. Miré a Tomás. Luego al hombre que presidía la mesa con su americana impoluta y el murmullo ensordecedor de los comensales adinerados a sus espaldas.

Visualicé las mesas a nuestro alrededor vacías con una vela encendida en cada una de ellas siendo la única fuente de iluminación del hermoso lugar, como si estuviéramos encerrados en una cueva del mediterráneo. Imaginé el aroma de las orquídeas, lirios y peonías que nos envolvería. Casi vomito en ese instante, pero sacudí la cabeza y volví a la realidad.

—¿Estás bien? —me preguntó Tomás con voz baja mientras el camarero tomaba la orden de don Alfonso.

—Estoy perfectamente —mi contestación fue en automático.

—Te ves un poco pálida.

Recoloqué mis gafas sobre el puente de la nariz con un gesto mecánico. —Sigamos con esto.

El ruido de los cubiertos chocando con la porcelana me taladraba los tímpanos. Deseaba arrastrarme hasta mi cama y dormir durante días.

—¿Y para usted, señor? —le preguntó el camarero a Tomás.

Éste me miró de reojo y sonrió. —Nunca te callas sobre el pollo a la parmesana de este lugar —asintió al mirar al camarero—. Veamos si está a la altura de su fama.

La garganta se me cerró, conteniendo el fuego que me explotó en mi interior. Me obligué a mí misma a sonreír y mirar al camarero. —Yo también, por favor.

Miré el móvil boca abajo sobre el mantel blanco. Deslicé el pulgar por la pantalla oscura. El cristal devolvió mi reflejo bajo la luz

hiriente del local.

Ni una sola notificación.

—El congresista Ortiz ha resultado ser un completo idiota sin el menor instinto de supervivencia política —Don Alfonso saboreó su vino tinto y dejó la copa sobre la mesa de un golpe seco—. Han encontrado una serie de transferencias bancarias para pagar las reformas de varias casas de lujo que regaló a sus amantes, todas ellas exempleadas.

—Y ya tenemos fotos comprometedoras de tu rival en las elecciones en un yate privado a solas con la esposa del secretario de turismo.

—Nada me da más asco que una persona incapaz de controlar sus propios impulsos —el dirigente chasqueó la lengua—. Confío que tienes mejor control sobre ti misma. Tu ética de trabajo es tu carta de presentación —Don Alfonso entrelazó sus dedos sobre la mesa—. Si tienes esqueletos en tu armario, ahora es el momento de decírnoslos.

Escuché cada palabra. Recordé cuando revisé mi cuenta bancaria aquella mañana y respiré aliviada. “Por lo menos tengo mi propio dinero para salir de aquí si esto explota,” pensé, tomando otro trago de agua helada. *“Con los cuidados de mi abuela asegurados, no tengo nada de qué preocuparme.”*

—Estoy lista para empezar la campaña —cuadré los hombros bajo la chaqueta de mi traje.

Tomás sonrió. El dirigente del partido asintió con un movimiento de cabeza lento, dándome el visto bueno definitivo.

Un calambre me dobló el estómago y la bilis me quemó la garganta. Tragué saliva con dificultad para contener la arcada, y un hormigueo en mi vientre me recordó el origen de esos malestares.

—Hay una condición previa que deben conocer antes de que hagamos cualquier anuncio oficial a los medios de comunicación —

apreté los puños debajo de la mesa—. Estoy embarazada de unas cuantas semanas.

Sus miradas se fijaron en mi rostro. La luz del restaurante de repente parecía quemar mi piel, tan intensa como el foco de una sala de interrogatorios.

La sonrisa del rostro de Tomás se desvaneció, y sus ojos se llenaron de pura rabia.

Pero Don Alfonso no mostró ningún cambio en su semblante. —¿Tienes una relación sentimental con el padre del niño?

—No —contesté al instante.

—¿Sería posible convencerlos de que se casaran? —preguntó Tomás, y la mirada que le lancé fue toda la negativa que necesitó.

Mantuve la mirada fija en Don Alfonso. Podría haberle mentido, pero era algo que saldría a la luz tarde o temprano. Quizá luego estarían obligados a apoyarme, pero aquello habría roto toda confianza que el partido tendría en mí. El dirigente se echó hacia atrás en su silla y tamborileo sus dedos sobre la mesa.

—Dijo que ahora era el momento de sacar los esqueletos de mi armario —dije.

—Eso es más que un...

—Guarda silencio, Tomás —don Alfonso le interrumpió sin quitarme la mirada de encima, luego sonrió—. Conoces bien los valores conservadores de nuestro partido.

—Sí.

—Y aun así optaste por ser honesta, a sabiendas que eso justificaría una búsqueda por otro candidato.

—Mi integridad es mi carta de presentación —le sostuve la mirada a los ojos—. Para bien, o para mal.

Don Alfonso asintió, luego sonrió. —Qué par de cojones cargas, mujer —respiró profundo, le dio un trago a su vino, y alzó las cejas—. Podemos venderlo a la opinión pública como la victoria de una mujer que no necesita a nadie para triunfar. La imagen de madre soltera y luchadora podría ser un activo muy valioso. Caray, quizá sea suficiente para atraer el voto de los sectores más progresistas de la ciudad. Sí, serás una candidata perfecta.

Mi piel se erizó. Una etiqueta con un código de barras acababa de estamparse en mi frente, y en lugar de estar brincando de la emoción por dentro solo quería gritar. No sé cómo aguanté tanta tensión en mi rostro esforzándome por mantener la sonrisa ante ese hombre.

—¿El padre del bebé va a suponer algún problema? —preguntó Tomás.

Un pinchazo gélido me taladró la base del cráneo y bajó por toda mi columna vertebral.

“*Me haré cargo,*” recordé sus palabras, y cada una me golpeó el alma, dejándome un adormecimiento nauseabundo que casi me provoca una arcada. “*Nada le faltará.*”

—El padre estará presente en la vida del niño y cumplirá con sus obligaciones —alcé la barbilla—. Es un buen hombre, eso lo puedo asegurar.

—¿Podrías decirnos de quién se trata? —preguntó Tomás.

Abrí la boca para decirles, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta como cristales rotos. En mi mente, el decorado del restaurante y los rostros expectantes de don Alfonso y Tomás se difuminaron, siendo reemplazados por el recuerdo de esa noche con Michael.

Recordé su mirada vacía, desprovista de cualquier rastro del brillo que solía iluminar sus ojos. Recordé el tono cortante de mis propias palabras, mi arrogancia al decirle que no lo necesitaba, como si

fuera una pieza de ajedrez prescindible que no encajaba en mi tablero.

Esa misma convicción me supo a veneno irónico. Tendría que buscarle para pedirle que colaborara, que aceptara un papel en el teatro que acababa de aceptar protagonizar.

No podía aceptar por él. ¿No fue por eso mismo que me enojé con él? ¿Hacer algo que le afectaría sin su conocimiento ni su aceptación? La magnitud de semejante hipocresía me provocó unas náuseas casi intolerables. *“No le puedo hacer lo mismo.”*

—No —les dije a ambos—. No puedo decirles quién es todavía. Necesito hablar con él primero. Solo sé que se hará responsable, pero nada más.

Don Alfonso y Tomás compartieron una mirada. —Podemos trabajar con lo que tenemos por ahora —dijo el dirigente.

El almuerzo siguió, pero yo apenas probé bocado. La comida tenía textura de cartón en mi boca seca. Yo solo quería largarme de ahí y encerrarme en mi habitación. Me despedí de los dos hombres con un apretón de manos firme, rápido, gélido.

El aire de la calle impactó contra mi rostro. Saqué el móvil de mi bolso y mis dedos torpes buscaron el contacto de Michael mientras caminaba hacia mi vehículo.

Su nombre brilló en la pantalla.

Parpadeé rápido para disipar la humedad que emborronaba mis ojos. Tuve el pulgar encima del ícono para llamarle. Solo había milímetros separándolo de la pantalla. Milímetros que bien podrían haber sido una placa metálica. Fui incapaz de hacerlo.

Bloqueé el dispositivo y lo arrojé en el bolso. Subí al coche y cerré la puerta de un portazo, aislándome del ruido exterior. Sujeté el volante hasta que mis nudillos palidecieron.

Debería estar feliz. Mi carrera política estaba avanzando a pasos

agigantados rumbo al congreso. La meta estaba a la vista.

Lo único que quería hacer era echarme a llorar.

Capítulo 27.

Michael

—...*I'm still standing better than I ever did, looking like a true survivor, feeling like a little kid...* —canté, golpeando las teclas del piano con una fuerza desesperada que hizo vibrar la madera vieja del piano. —*I'm still standing! Yeah yeah yeah!*

El acorde final resonó en el aire cargado de humo y olor a bourbon, mezclándose con mi respiración agitada. Un sudor frío empapó mi camiseta bajo los focos abrasadores del escenario. La tela se pegó a mi piel y un dolor punzante oprimió mi esternón.

El público estalló en aplausos y silbidos, un ruido ensordecedor que zumbaba en mis tímpanos. Pasé el dorso de mi mano por mi frente empapada y levanté la vista hacia las mesas sumidas en la penumbra del local.

—Muchas gracias, público querido —dije al micrófono con una sonrisa antes de ponerme de pie. Me dirigí a la barra, y en el camino varios comensales estrecharon mi mano o levantaron su cerveza brindando a mi salud.

Nada de eso cubría el agujero dentro de mi pecho, donde debía estar mi corazón.

Llegué a la barra y el encargado del bar ya me tenía listo un vaso con agua mineral y limón. —Hoy estás inspirado, chico.

"Realmente debería preguntar su nombre," pensé antes de beber. *"Joder, debería preguntar el nombre de este puñetero lugar."*

Jugué con la idea de coger un vuelo a Nueva York y refugiarme en el Blue Note hasta que desapareciera el maldito dolor que me

retorcía las entrañas y se aferraba a ponerme a Luisa por encima de cualquier otro pensamiento.

No podía dirigir Nova Vitalis así.

No podía ser médico así.

Giré hacia el escenario y miré el viejo piano, la mejor terapia del mundo.

Traté de dar otro trago a mi vaso, pero encontré que ya lo había bebido todo. Reí, miré al camarero y levanté el vaso, indicándole que necesitaba un relleno.

—Más te vale que no estés pensando manejar —escuché detrás de mí.

—Amigo, eso no es de tu... —giré hacia la voz, y tuve que levantar la vista hacia arriba.

Muy arriba, por encima de unos pectorales enormes imposibles de ocultar detrás de un traje hecho a la medida hacia el rostro de mi hermano mayor.

—Michael —me saludó Max.

—¿Qué demon...?

—Este lugar es encantador —escuché detrás de mí. Giré para encontrar a Matt de espaldas a la barra y apoyando los codos en ella—. Aunque creo que estamos demasiado arreglados para este lugar.

Me atraganté con el aire. Una punzada de tensión me recorrió la columna, erizando el vello de mi nuca. Un latido brutal golpeó contra mis costillas. La sangre zumbó en mis oídos.

Matt no se equivocaba. Tanto él, como Max, como mi padre, que estaba a un lado de Matt! venían con trajes de negocios. Yo solo traía unos vaqueros y una camisa negra sin estampado.

—No creo que eso importe, papá —miré detrás de Max y encontré a Marina cogiendo mi vaso y oliendo el interior—. No estás tomando.

Todavía tienes mi respeto, tío Mike.

—¿Qué carajos hacen todos ustedes aquí?! —les grité.

Max me miró con los brazos cruzados y una expresión analítica. — No contestas tus llamadas ni tus mensajes.

—Y tu asistente me dijo que estabas enfermo —dijo Matt—. Pero tú siempre nos contestas. Nos preocupaste, zopenco.

Papá se acercó y me clavó la mirada. —Hijo, tienes un talento increíble —dijo con una voz profunda—. Me has dejado sin palabras.

—El viejo tiene razón, Michael —Max descruzó los brazos y asintió—. Tocas como un auténtico profesional.

—Es alucinante —Matt le dio un sorbo a un vaso con lo que supuse era whisky—. Sabía que podías tocar varios instrumentos, pero eso... —levantó el vaso hacia el escenario.

Marina levantó la vista de la pantalla brillante de su móvil y me dedicó una sonrisa cargada de arrogancia juvenil. —Es bastante genial.

Tragué una bilis ácida que me quemó la garganta. La visión de túnel oscureció los bordes de la sala por una fracción de segundo. Cerré los puños con fuerza y tensé los hombros hasta que los músculos de mi espalda protestaron por el esfuerzo.

—Gracias por los cumplidos —dije, tragando saliva para deshacer el nudo de alambre de espino que asfixiaba mi garganta—. ¿Cómo me encontraron?

Marina rodó los ojos con diversión y me mostró su móvil. —Un truquito que aprendí en la facultad de informática, tío.

Un sabor metálico y amargo me inundó la boca. "*Voy a tener que encontrar otro lugar,*" pensé, incapaz de decirles que estaban invadiendo un espacio que consideraba personal.

Papá se inclinó hacia delante y clavó sus ojos en los míos. —

¿Cómo te fue con la propuesta de matrimonio?

El impacto de sus palabras golpeó mi pecho y expulsé todo el oxígeno de mis pulmones. Me quedé boqueando en silencio con un dolor agudo clavado en mi esternón.

La imagen de Luisa asaltó mi memoria con crudeza. Sus ojos llenos de furia alimentaron la mía. Sus reclamos, su indignación, su puñetera soberbia. Todo volvió a mí como si hubiera sucedido minutos atrás.

Me enderecé, apartando las manos de la barra como si la madera estuviera al rojo vivo. —No —usé un tono tan cortante y defensivo que Max parpadeó con sorpresa.

Papá frunció el ceño. —Hijo, solo quiero saber si...

—He dicho que no —alcé la voz por encima del murmullo general del bar—. No voy a hablar de eso aquí. Ni hoy, ni nunca. No hay nada de qué hablar.

Matt dejó su vaso en la mesa y me miró con compasión. —Michael, si las cosas no salieron bien, nosotros podemos...

—Ella dijo que no, y es todo lo que necesitan saber —apreté la mandíbula hasta que mis dientes rechinaron por la tensión—. Este bar es el único sitio donde puedo... Donde podía desaparecer... Y ahora...

Ninguno de los cuatro dijo una sola palabra. El silencio chocó con las carcajadas y la música de fondo del local. La presión en mis sienes aumentó y una punzada de dolor latió detrás de mis ojos.

Levanté la mano. Le hice una seña seca al encargado. Él me observaba desde detrás de la barra, frotando un trapo contra un vaso de cristal. —Pon todas las bebidas de mi familia en mi cuenta —grité por encima del ruido. Él asintió.

Di media vuelta sin esperar respuesta de mi padre ni de mis hermanos. Necesitaba huir de sus miradas de lástima, escapar de

esa compasión que me volvía más inútil y roto.

Caminé de regreso hacia el escenario. Ahí arriba solo estaba yo y el instrumento.

Subí los escalones arrastrando los pies. Los focos de colores me quemaron las retinas. Me dejé caer de nuevo en el taburete y acerqué el micrófono a mi rostro antes de rozar la superficie lisa y fría de las teclas.

—¿Qué quieren escuchar ahora? Acepto peticiones.

Un coro caótico de voces borrachas entonó nombres de diversas canciones. Cerré los ojos, poniendo atención a cuál de todas ellas tiraba de mi alma y me inspiraba a tocar.

La que menos esperaba se alzó por encima de todas.

—iOpen Arms de Journey! —gritó la inconfundible voz de mi padre.

Dejé de respirar. La garganta se me cerró por completo y mis músculos se bloquearon. Abrí los ojos de golpe y busqué a mi papá. La familia había encontrado una mesa circular a algunos metros del escenario, a suficiente distancia como para encontrar un brillo de ilusión en los ojos de mi padre.

Open Arms fue la canción que bailó con mi mamá en su boda. Por obvias razones era la canción que él apreciaba más en su corazón.

Pero también fue la canción que canté para ella la tarde que ella murió... Joder, fue lo que escuchó en sus últimos momentos.

—Tócala para mí, Mickey —recuerdo que me dijo con una sonrisa.

Por supuesto que lo hice. Instalé mi viejo teclado Yamaha a un lado de la cama, toqué y canté para ella, pensando que estaba descansando.

De cierta manera, lo estaba.

Papá no lo sabía. Ninguno de ellos lo sabía. Solo sabían que ella falleció mientras yo la cuidaba. Escuché sin querer al médico que la revisó decirle a mi papá que debía estarle faltando el aliento durante horas, que podrían haberle dado otro par de semanas, quizá un mes, si la hubiéramos llevado al hospital.

Yo no sabía. Era un chico que quería ver a su mamá enferma descansar. Pero ese día me prometí que no volvería a sucederme algo así. Si podía ayudar a un ser querido, lo haría.

El estómago se me revolvió. No pude negarme a mi mamá cuando me pidió su canción, no podía hacerlo con mi papá.

Posé las manos sobre las teclas. El marfil helado raspó las yemas de mis dedos, y toqué.

Un calambre recorrió mis antebrazos hasta clavarse en mi pecho mientras cantaba con los ojos cerrados. La melodía fluyó con precisión técnica. Nadie se daría cuenta que llevaba años sin tocar esa canción. Un peso sofocante oprimió mis costillas en cada nota, ayudándome a expulsar los sentimientos que exigían escapar de mi alma.

Canté la primera estrofa con un hilo de voz. Las palabras rasparon mi laringe seca, y volví a ser ese chico adolescente tocando en su teclado a un lado de la cama de su madre moribunda.

—*Now I come to you with open arms!* —la imagen de Luisa afuera de su casa exigiéndome que me marchara de su casa avivó la energía de mis palabras —*Nothing to hide! Believe what I say!* —el mismo sentimiento que motivó mi promesa forzada de que me haría cargo del bebé explotó junto con mi canto.

—*So here I am with open arms!* —ya no cantaba, gritaba desde el fondo de mi alma al mismo tiempo que golpeaba el piano con todo el coraje, tristeza y anhelo que llevaba días saboreando. —*Hoping you'll see what your love means to me.*

Mi garganta estaba desgarrada. Aplasté las teclas por última vez, y el acorde menor se desvaneció en la acústica del local. El mutismo invadió el bar durante un par de segundos antes de estallar en una ovación frenética.

Exhalé un suspiro tembloroso, vaciando el aire de mis pulmones. Miré a mi familia y todos estaban aplaudiendo. Papá lloraba con una enorme sonrisa en su rostro.

Me puse de pie. Mis piernas apenas sostenían mi peso y mis rodillas temblaron.

Bajé del escenario y caminé hacia la puerta de salida, esquivando las mesas, negándome a mirar atrás. Empujé la puerta del local con ambos brazos y salí a la calle.

—¡Michael! —gritaron detrás de mí, pero no me detuve. No miré hacia atrás. Seguí hasta mi coche, subí y me largué de ese lugar.

Capítulo 28.

Michael

—Adelante —forcé un tono de voz firme y desprovisto de emociones mientras trataba de hallarle sentido al reporte de gastos que tenía enfrente.

El zumbido constante del sistema de ventilación era el único sonido que habitaba mi despacho en el Centro Médico Horizontes, donde la luz blanca, cruda y estéril de los fluorescentes me taladraba las pupilas.

Di gracias por haber nacido en una familia perspicaz pues ninguno de ellos volvió a tocar el tema de mi propuesta fallida cuando hablamos. Papá solo me dijo una cosa: Cuando estés listo, aquí estaré.

"Fui un imbécil de primera," pensé. Al menos ya había vuelto a la oficina, y la preocupación por tener tiempo libre para que mi mente divagara hacia Luisa desapareció en cuanto mi asistente me soltó el número obsceno de pendientes que debía atender.

No ayudaba que mi insomnio había empeorado. La presión en mi pecho no había cedido ni un solo milímetro desde la noche en el bar. Luisa y nuestro bebé atormentaban mis noches con sueños que cada día me parecían más lejanos.

La pesada puerta se abrió con suavidad. Levanté la mirada y encontré a Adriana cruzando el umbral de la oficina. Me extrañó que no llevara su bata blanca, solo una blusa morada abotonada y una falda lápiz que delineaba su figura con elegancia profesional. Su cabello estaba recogido en un moño estricto, sin un solo mechón fuera de su sitio.

"Lástima que volvió con su ex," me mordí el labio a propósito, tratando de evocar una lujuria que ya no estaba ahí, y sonreí. "Aunque no haya vuelto, no me siento en condiciones de nada en este momento."

—He visto residentes luego de un turno desastroso con mejor apariencia que tú.

Reí. —No he podido dormir bien últimamente.

Su lenguaje corporal me pareció... raro. *"¿Está nerviosa? ¿Incómoda?"* No esperaba que Adriana se moviera con la cadencia seductora del pasado, pero sus pasos eran tiesos y rápidos, como si no quisiera estar ahí. Su rostro estaba desprovisto de cualquier rastro de coquetería, reemplazada con una serenidad profunda que me descolocó por completo.

Se acercó hasta quedar frente a mi escritorio y se detuvo.

Noté el sobre que traía en la mano hasta que me lo ofreció. Mantuve la vista en el sobre durante unos segundos y luego levanté los ojos hacia ella. —¿Qué es esto?

Ella tomó aire despacio, se sentó en la silla frente a mi escritorio y cruzó las piernas con elegancia.

—Es mi renuncia formal, Michael —dijo con una voz clara y carente de dudas.

El aire se me atascó en los pulmones por un segundo. *"A la mierda, lo que me faltaba,"* la frase me golpeó el estómago con la fuerza de un puñetazo físico.

—¿Tu renuncia? —me incliné hacia delante y apoyé los codos sobre el escritorio—. Adriana, acabamos de evitar el desastre de la huelga con el personal de enfermería, y tenemos varios proyectos de expansión de este hospital. Además —bajé el tono de voz, como si hubiera alguien que pudiera escucharnos —Pensé que nuestra... relación había quedado resuelta de forma profesional.

—No tiene nada que ver con nosotros, Michael, ni con el hospital —ella relajó los hombros—. El trabajo aquí ha sido... *Es fenomenal.*

—Entonces no entiendo lo que está pasando —cogí el sobre blanco y sopesé su peso entre mis dedos—. Eres brillante en lo que haces. Nova Vitalis... No, *yo te necesito* aquí al mando de Horizontes. Si es una cuestión de salario o de presupuesto...

El pecho de Adriana vibró con un sonido suave y genuino.

—No es una cuestión de dinero, Michael, ni de prestigio profesional —se inclinó un poco hacia delante. Apoyó las manos en su regazo—. Julián acaba de recibir una oferta de trabajo irrenunciable.

"El ex. Parece que la cosa va muy en serio."

—¿Una oferta de trabajo?

—Sí —sus pupilas se dilataron con una chispa vital y luminosa—. Lo han contactado para un puesto directivo muy importante... En San Francisco.

Me recosté en la silla de cuero. La tensión abandonó mis músculos poco a poco.

—San Francisco está lejos.

—Lo sé —las comisuras de sus labios se elevaron. Esa expresión transformó su rostro de una manera que jamás apareció durante nuestros encuentros casuales—. Me ha pedido que le acompañe. Que nos mudemos todos juntos como una familia.

Una tranquilidad ajena a la oficina inundó mi pecho al escuchar la firmeza y la esperanza en su tono de voz. Mi postura rígida y distante se disolvió en el acto. Dio paso a una alegría sincera por la mujer que tenía enfrente. Solté el sobre sobre el escritorio y mantuve el contacto visual con total honestidad.

—Adriana, eso es... —mis propios labios se curvaron de forma espontánea—. Maravilloso. De verdad me alegro muchísimo por ti.

Por ustedes.

—Gracias, Michael —era la primera vez que la miraba sonreír así. Podía notar la ilusión en su rostro—. Significa mucho.

Me quedé en silencio durante un momento, analizando la paz que irradiaba su postura. La curiosidad, impulsada por mi propia desesperación interna, me obligó a hacer la pregunta que me rondaba la cabeza.

—Adriana —medí mis palabras con cuidado—. Si no te molesta que te lo pregunte... ¿por qué se divorciaron en primer lugar? Es obvio que tú y Julián se aman.

Sabía que era entrar en terreno personal, pero necesitaba entender cómo dos personas podían romperse y luego reconstruirse. Ella no pareció ofenderse ni incomodarse. Al contrario, exhaló de manera profunda y desvió la mirada hacia el ventanal de mi oficina por unos instantes.

—Éramos jóvenes y estúpidamente ambiciosos —su voz suave acompañó el brillo en su mirada al recordar—. Estábamos demasiado concentrados en nuestras carreras. Queríamos comernos el mundo, demostrar que éramos los mejores en nuestros respectivos campos.

Asentí despacio.

—Y luego llegaron los niños —Adriana volvió a mirarme—. Toda nuestra energía se dividió entre escalar en el trabajo y la crianza de nuestros hijos.

—No quedó nada de tiempo ni de espacio para la pareja —las estadísticas frías que siempre leía sobre el personal médico acudieron a mi memoria.

—Eso creíamos nosotros —Adriana me miró con una intensidad que me clavó en la silla—. Pero recientemente nos sentamos a hablar. Hablar de verdad. ¿Sabes? Honesta y transparentemente, sin reproches ni rencores.

Tragué saliva. Un nudo invisible se formó en mi garganta.

—¿Y a qué conclusión llegaron?

—A que el trabajo y los niños fueron solo la excusa perfecta —ella apoyó las manos sobre el borde de mi escritorio—. El verdadero motivo fue que creíamos que nuestros caminos eran distintos por trabajar en ramas distintas. Yo en la medicina, y él en la tecnología.

—Cada quién a lo suyo.

—En nuestro deseo de que todo fuera perfecto —hablaba despacio, como si cada palabra le costara trabajo—, tratamos de ser parte del mundo del otro. Yo quería que él fuera el marido ideal, —rodó los ojos y sonrió —él quería que yo fuera la esposa impecable, y creo que ambos queríamos que así fuera. Pero nunca nos sentamos a comunicarnos y encontrar la manera de hacerlo. Yo hacía lo que creía que él necesitaba, y él hacía lo que creía que yo necesitaba —ella rio—. Rara vez acertábamos.

El aire desapareció de mis pulmones como si alguien hubiera abierto una válvula de escape en mi pecho. Un calambre helado me recorrió la columna vertebral y erizó el vello de mi nuca.

“Nunca nos sentamos a comunicarnos y encontrar la manera de hacerlo...” sopesé las palabras de Adriana.

Sonreí. —Leer mentes no es uno de tus muchos talentos —dije.

Ella suspiró. —Ni de Julián —me apuntó con el dedo índice—. Eso es exactamente lo que pasó. Y eso mata cualquier tipo de amor, Michael.

El ácido estomacal se me revolvió, dejando un sabor a bilis y a remordimiento en la parte posterior de la lengua.

“Yo creía que la estaba ayudando,” la imagen de Luisa mandándome al carajo asaltó mi mente, y pude notar por primera vez que no estaba furiosa. No en realidad. Estaba aterrorizada, ahogándose, siendo tirada bajo el agua por el peso de su embarazo,

y yo le arrojaba un salvavidas en lugar de tirarme al agua con ella y ayudarle a cargar ese peso.

"No soy proyecto de beneficencia de nadie," me gritó Luisa, y tenía toda la puñetera razón del mundo.

—Michael —la voz de Adriana rompió el trance en el que había caído.

Parpadeé rápido. Enfoqué la vista en su rostro. Mis manos estaban aferradas a los reposabrazos de mi silla con una fuerza desmedida y mis nudillos lucían completamente blancos. Aflojé el agarre de inmediato y solté el aire retenido en una exhalación temblorosa.

—Lo entiendo, Adriana —mi propia voz sonó ronca—. Y te deseo de todo corazón lo mejor. Te lo mereces.

—Gracias —ella me escrutó con sus ojos oscuros. Incluyó la cabeza hacia un lado, y su expresión profesional dio paso a una genuina preocupación—. Michael, ¿estás bien?

Aflojé el nudo de mi corbata con brusquedad y exhalé por la boca manteniendo la mirada firme en sus ojos.

—Me acabo de dar cuenta de que tengo que pedirle una disculpa a alguien —pronunciar esas palabras fue como inyectar oxígeno puro directo en mis venas.

Los párpados de Adriana se elevaron de golpe por la sorpresa antes de que sus labios se curvaran.

—Entonces no pierdas ni un solo segundo más aquí, Michael —se puso de pie.

Me levanté de la silla de cuero para despedirla. El cuerpo entero me vibraba de energía contenida. Rodeé el escritorio y me acerqué a ella.

Adriana y yo extendimos nuestras manos al mismo tiempo para un apretón de manos, pero ambos reímos ante lo ridículo del gesto.

Acortamos la distancia entre nosotros, ella me dio un beso afectuoso y sonoro en la mejilla, y nos dimos un fuerte y cálido abrazo.

—Creo que Nova Vitalis buscará expandir operaciones hacia el oeste en los próximos años —dije al separarnos.

Adriana levantó las cejas. —Contáctame cuando eso suceda.

—Suerte en San Francisco.

—Suerte con ella, Michael —se giró hacia la puerta—. Y recuerda... Sé lo que ella necesita, no lo que crees que necesita, y dile a ella lo que necesitas.

Me quedé de pie en el centro de la oficina. La claridad mental que me embargaba era absoluta y embriagadora.

Tenía que encontrar a Luisa y, primero que nada, ofrecerle la mayor disculpa en la historia de las disculpas. Se me ocurrieron mil cosas que podría hacer por ella, pero un sonido agudo y estridente rompió la atmósfera de la oficina: El pitido de alerta médica del móvil.

Mi pulso enloqueció y golpeó con fiereza mis costillas. Me giré de golpe hacia el escritorio y encontré el aparato vibrando y pitando.

Cogí el móvil y leí el mensaje de texto que acababa de entrar.

El aire abandonó mis pulmones.

URGENTE – Hogar San José

Capítulo 29.

Luisa

—Voy a cortarle los huevos a Matt —dijo Jessica antes de darle una enorme mordida a su panecillo—. ¡De todos modos ya no los necesita!

—¿Los tratamientos de fertilidad van... bien? —preguntó Hannah como si estuviera tratando de desarmar una bomba.

—¡De maravilla! —Jessica todavía masticaba el pedazo de pan — ¡Es una experiencia diez de diez que recomiendo ampliamente a todas las mujeres que disfrutan su síndrome premenstrual!

Jessica parecía a punto de desmoronarse sobre el mantel. Tenía unas ojeras oscuras bajo los ojos, signos de múltiples noches en vela y un cansancio que trascendía lo físico. La palidez de su rostro me encogió el estómago.

Solté una pequeña risa seca y la garganta me raspó. Acomodé mis anteojos sobre el puente de la nariz. La tela rígida de mi traje azul marino de pronto apretaba, como una armadura de hierro que me quedaba más apretada y cortaba mi respiración.

—Ya solo te quedan tres días de tratamiento, ¿no? —pregunté en voz muy baja y me incliné sobre la mesa para ofrecer un mínimo de consuelo —Ánimo.

Jessica levantó la mirada hacia mí con una lentitud penosa, como si el simple acto de mover los músculos del cuello requiriera un esfuerzo titánico. —Que te den —ambas sonreímos. Sus ojos castaños estaban inyectados en sangre, carentes de su habitual chispa como maestra de instituto—. Las hormonas me están metiendo una paliza —se frotó los brazos por encima de las mangas largas de su blusa y se abrazó a sí misma como si el aire

acondicionado del restaurante le calara hasta los huesos—. Ando sensible por todos lados —hizo énfasis en sus pechos—, tan hinchada que parece que me desayuné una pizza familiar yo sola, y los cambios de humor... Siento que vivo en el cuerpo de una extraña.

Hannah estiró la mano sobre el centro de la mesa y cubrió los dedos fríos y temblorosos de Jessica con los suyos. Yo hice lo mismo. La calidez del gesto me provocó un ardor repentino en ojos.

—Las amo, chicas —Jessica cerró los ojos y sonrió—. Me hacía falta una tarde con ustedes.

—¿Matt te está ayudando? —Hannah sonrió —¿O sí se está ganando que le cortes los huevos?

—En realidad no se los quiero cortar —Jessica hizo un puchero—. Son huevos muy lindos.

—No necesitábamos saber eso —murmuré.

Hannah y Jessica rieron. —Matt es un auténtico santo en todos los sentidos posibles —Jessica esbozó una sonrisa débil—. Es tan... Molesto. Él hace todo lo que puede y más para apoyarme. Me prepara té, me escucha llorar sin razón, y se sienta conmigo para ver esos dramas coreanos a los que nos hemos vuelto adictas. ¡Hasta parece que los disfruta! Me enoja no tener por qué enojarme, ¡y me enoja no saber por qué eso me enoja! ¿Entienden?

Hannah se encogió de hombros. —Max es igual —amplió la sonrisa—. Hace unos días cuando me resfríe él no me dejaba hacer nada en la casa más que estarme sentada en la cama o el sillón. ¡Incluso se ofreció a llevarme cargando de la cama a la sala para que viera televisión más cómoda! Y creo que también lo he vuelto adicto a esos dramas coreanos. Él dice que no, pero estoy segura de que el otro día lo pillé viendo un capítulo sin mí.

—Parece que corre en familia esa necesidad patológica de arrollar con sus ayudas —hablé con tanto humor como pude, aunque no encontré una posición que aliviara la tensión de mis músculos. Noté el cojín aterciopelado de la silla duro como una losa bajo mi peso.

Una presión invisible y brutal me aplastó el centro del pecho, comprimió mis costillas, y el aire se me atascó en los pulmones.

—Es cómo expresan su amor —dijo Hannah—. Y cuando los recompensas...

—Matt va a tener que esperar para eso —Jessica soltó una carcajada ronca, desprovista de cualquier rastro de humor—. Yo creía que todas esas benditas hormonas en la sangre me iban a volver una ninfómana que lo tendría amarrado a la cama durante el tratamiento. Pero en lo que menos pienso es en tener sexo. Mi libido está muerta y estoy tan sensible que...

Escuchamos el llanto de un bebé a lo lejos. Las tres giramos y miramos a varias mesas de nosotras a una mujer cargando a su cría. Los gritos pararon de inmediato. Ella lo tuvo en sus brazos varios momentos hablándole, sonriéndole, haciéndole cariños con su mano libre. Alcancé a notar una manita alzándose y tratando de tocarle la cara.

Me pasé la lengua reseca por los labios agrietados y saboreé el matiz salado metálico de mi propia ansiedad.

—¿Saben qué? —escuché a Jessica sin dejar de mirar a aquella madre y bebé —Valdrá la pena cada maldito segundo de dolor. Voy a tener un bebé con Matt. Voy a tener una familia con el hombre que amo con locura... Saber eso le da sentido a la tortura.

—Tener a alguien lo cambia todo en esta vida —Hannah apoyó el codo en la mesa, y la mejilla en la mano—. Saber con certeza que no tienes que estar sola cuando una tormenta te rodea te da una paz mental que no puedo ni describir.

—A cambio de tu independencia —dije al sostener mi vaso, pero sin darle un trago.

Jessica chasqueó los labios y negó con la cabeza. —Yo diría que a cambio de tu soledad.

La miré con ojos entrecerrados. —¿A cambio de mi...?

—Piénsalo —Jessica se giró hacia mí—. Sí, entregas parte de tu sacrosanto control. Decisiones que antes necesitabas tomar por tu cuenta ahora tienen que pasar por otra persona. Pero lo que recibes a cambio... —ella sonrió, y cuando miré de reojo a Hannah la encontré también sonriendo de oreja a oreja—. Un compañero de vida incondicional, alguien que va a estar ahí en tus días buenos y en tus días malos...

—En especial en tus días malos —dijo Hannah con una mueca nostálgica.

Jessica negó con la cabeza y suspiró. —Creerías que tu mundo se reduciría a tu parte en la relación, pero la realidad es que se expande más allá de lo que te imaginas —ella rio y apuntó a su vientre—. Jamás habría considerado ser una madre si Matt no estuviera en mi vida. Caray, ni siquiera habría considerado que podía tener algo más en mi vida hasta que ese hombre me metió de lleno en su caos.

—Y yo no creía que merecía ser amada por solo ser yo antes de conocer a Max —Hannah suspiró—. Antes el amor necesitaba tener un precio. Max me ha demostrado que me ama porque sí, no por lo que *pueda o deba* aportar a la relación.

La bilis me subió de golpe por la garganta con un sabor amargo y espeso. Apreté mis manos bajo el mantel de la mesa con tanta ferocidad que clavé mis propias uñas en la carne de mis palmas y utilicé el escozor del dolor físico como un ancla.

El recuerdo de Michael impactó contra mi memoria como un puñetazo directo al rostro. Su sonrisa cálida y protectora bajo las luces de Broadway y su voz llenando el Blue Note se dibujó en mi cabeza. Luego recordé sus ojos llenos de preocupación cuando vio la prueba positiva de embarazo en sus manos.

“*No era preocupación,*” pensé al visualizar su expresión que en ese momento estaba demasiado metida en mis emociones para notarla. “*Era determinación.*”

Él quería estar en esta trinchera conmigo.

Él me ofreció todo.

Y yo lo rechacé de la manera más cruel.

Joder, estaba convencida de que si yo no conseguía algo por mi cuenta en esta vida nadie me lo daría. Si yo no defendía lo que valoraba en la vida, nadie más lo haría. Si yo no resolvía mis problemas por *mi cuenta*, nadie más lo haría.

Quizá por eso nunca me enamoré: porque el amor es algo que no me puede pertenecer, y las personas que me lo han dado en la vida me han dejado, comenzando con mis papás al morir y dejarme sola en el mundo.

Una ráfaga de calor abrasador me inundó las mejillas, encendió mi rostro en rubor, y el pánico se instaló en mi pecho y rasgó mi respiración. Mi bebé... No, *nuestro bebé*, crecía en mi interior.

"Es como expresan su amor," repetí las palabras de Hannah en mi cabeza, y no pude evitar pensar en Michael y todo lo que había intentado hacer por mí.

Miré a Jessica de nuevo y admiré el coraje silencioso que residía en su rostro cansado. Ella estaba dispuesta a sufrir dolores musculares diarios y alteraciones hormonales atroces por el simple hecho de amar a Matthew Spencer.

"Y tú huiste en el instante exacto en que Michael intentó demostrarte que no tenías que estar sola."

El nudo de culpa en mi estómago se apretó con tanta violencia que una fuerte oleada de náusea subió hasta mi paladar. Tragué saliva con muchísima dificultad y forcé los tensos músculos de mi garganta para bajar la bilis.

—¿Luisa? —la voz dulce de Hannah rompió mi trance.

Levanté la vista con el cuello rígido, adolorido y pesado. Ambas me miraban.

—Estás muy pálida —Jessica apartó su plato de ensalada hacia un lado para prestarme toda su atención—. ¿Te encuentras bien? Pareces a punto de desmayarte.

El calor sofocante de la culpa, el arrepentimiento y la desesperación me envolvió y me asfixió como una gruesa manta de lana en pleno verano.

Necesitaba soltar este enorme peso antes de que me aplastara.

Necesitaba a mis amigas.

Lo necesitaba a él.

Abrí la boca, pero las palabras se me quedaron atascadas en la laringe y formaron un tapón doloroso y seco de puro terror. Tomé una bocanada de aire profunda y ruidosa yforcé a mis pulmones constreñidos a expandirse bajo la presión aplastante de mi angustia acumulada.

—Chicas —decir esa simple palabra me costó esfuerzo—. Tengo que decirles algo muy...

El timbre agudo y metálico de mi móvil rompió el silencio con la fuerza ensordecedora de un disparo a quemarropa. Di un respingo tan violento en mi silla de madera que casi la vuelco hacia atrás.

Tanto Hannah como Jessica bajaron la mirada junto conmigo.

La pantalla de llamada entrante decía “Hogar San José.”

Capítulo 30.

Luisa

—¿Dónde está la habitación de Elena Mendoza? —exigí a la enfermera de recepción con la respiración quemándome en la garganta.

La chica dio un salto en su silla y tecleó a toda prisa en su ordenador. Las luces fluorescentes del Centro Médico Horizontes me cegaban la vista. Un sudor frío me empapaba la nuca y me pegaba la blusa a la piel.

—Planta cuatro, habitación cuatrocientos doce.

No esperé a escuchar nada más. Eché a correr hacia los ascensores con el pulso martilleándome los tímpanos. Las suelas de mis zapatos repicaban contra el suelo de linóleo pulido.

El ascensor tardaba en bajar, apenas dándole tiempo a Hannah y Jessica para que me alcanzaran.

—Esta porquería es muy lenta —murmuré antes de que dijeran algo, girando hacia las escaleras. Subí los cuatro pisos de dos en dos escalones. Los pulmones me ardían y mis piernas temblaban cuando salí al pasillo.

“No me dejes todavía, por favor,” pensé.

El peso de mi propio embarazo me provocó una punzada aguda en el vientre bajo. *“Ni siquiera le dije que sería bisabuela.”* Ignoré el dolor y tiré de la pesada puerta cortafuegos para salir al cuarto piso. El olor antiséptico a yodo y alcohol me inundó las fosas nasales, revolviéndome el estómago.

—Se va a hacer lo que pide el Testamento Vital —escuché una voz familiar cuando giré en el pasillo.

Michael estaba ante un par de médicos y las enfermeras del piso. Traía su traje puesto y una expresión de autoridad implacable en el rostro.

—No tomaremos ninguna medida para prolongar su vida —ordenó con una voz grave que hizo vibrar el aire del pasillo—. Solo cuidados paliativos para garantizar que no sufra ningún dolor y pase sus últimos momentos con paz y dignidad.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Una presión fría me oprimió el pecho y me dejó sin aire cuando Michael giró la cabeza y clavó sus ojos en los míos.

La expresión severa en su rostro se esfumó en una fracción de segundo.

Se apartó de los médicos con pasos rápidos y largos. Cerró la distancia entre nosotros antes de que yo pudiera dar un solo paso más, me cogió por el codo con suavidad, y el calor de sus manos traspasó la tela de mi chaqueta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con voz rasposa y quitarle mi brazo. La tensión acumulada en mis hombros me hizo apretar la mandíbula con tanta fuerza que me dolieron los dientes —Mi abuela no es paciente tuya —crucé los brazos sobre mi pecho.

Michael no retrocedió ni un milímetro. Me sostuvo la mirada con una intensidad que me hizo soltar una exhalación temblorosa.

—Es tu abuela —respondió con una firmeza absoluta y compasiva—. Por eso estoy aquí.

—¿A decirme lo que debo decidir respecto a...?

—No —me interrumpió—. ¿Qué quieres hacer?

La tensión de mis hombros desapareció, y una presión insoportable me aplastó la garganta.

—¿Qué sucedió?

Michael levantó la cabeza y miró detrás de mí. No necesité girar para saber que Hannah y Jessica ya habían llegado. Respiró profundo, y volvió su atención a mí. —Le estaban ajustando una bomba de infusión para administrarle medicamentos de manera continua, pero éstos no hicieron efecto y decidieron trasladarla aquí para prevenir un edema agudo de pulmón.

—Entonces estará bien —me acerqué a él—. La trajeron a tiempo... ¿verdad?

Michael apretó los labios. —Luisa, los medicamentos no están funcionando. El corazón de Elena... Ya no tiene fuerzas.

Hannah, o Jessica, soltó un gritillo detrás de mí, y una de ellas puso una mano en mi hombro.

“El doctor nos advirtió que llegaría este momento,” pensé, cubriéndome la boca. “Joder, pensé que tendríamos más tiempo.”

—¿Qué es lo que quieres hacer? —me preguntó en un susurro, acercando su rostro al mío.

Perdí toda la fuerza en las piernas. Temblé de las rodillas con violencia y estuve a punto de desplomarme contra el suelo del pasillo. Michael me rodeó la cintura con sus brazos fuertes y me pegó contra su pecho.

El aroma a sándalo y especias de su colonia me envolvió por completo. Hundí la cara en su corbata y dejé escapar un sollozo.

—No puedo hacer esto —empapé la solapa de su chaqueta con mis lágrimas—. No puedo... Michael.

Un temblor incontrolable me recorrió la columna vertebral. Mis dientes castañearon al pensar en un mundo vacío y sin ella.

Michael me acarició el cabello con una mano firme y segura.

—Mírame, Luisa —me ordenó con voz suave. Levanté la cabeza y parpadeé para apartar las lágrimas que me nublaban la vista a través de mis anteojos —Eres la mujer más fuerte que he conocido

jamás —me aseguró, limpiándome una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Tienes la fuerza necesaria...

Negué con la cabeza. —No...

—Puedes hacer est...

—¡No!

—Canela —puso ambas manos en mis mejillas, me miró a los ojos y habló despacio—. No tienes que hacer esto sola si no quieres.

La taquicardia disminuyó al escuchar sus palabras. Un calor nuevo y reconfortante me subió por la nuca al darme cuenta de que él no tenía que decirme que entraría conmigo si yo se lo pedía.

Asentí despacio, tragando el nudo que me estrangulaba la garganta. Me aferré a su mano con fuerza desesperada, entrelazando mis dedos con los suyos.

Michael apartó a los médicos del umbral con un simple gesto de la cabeza. Entramos juntos en la penumbra de la habitación.

El ambiente allí dentro olía a medicamentos fuertes, a sábanas limpias y aire reciclado. El sonido estridente del monitor cardíaco llenaba cada rincón del cuarto con pitidos lentos e irregulares. Era un sonido constante que me taladraba los oídos y me aceleraba el pulso.

Mi abuela estaba postrada en la cama de hospital. Su piel lucía pálida y translúcida, y ella parecía más pequeña de lo que la recordaba, y frágil. Dios, qué frágil se miraba.

Me acerqué al borde de la cama y me dejé caer en la silla de visitas. Michael se quedó de pie justo detrás de mí, apoyando una mano cálida y pesada sobre mi hombro izquierdo.

Cogí la mano de mi abuela entre las mías. Su piel estaba gélida al tacto y temí que ya había llegado tarde, pero sus dedos apretaron mi mano.

—Hola, abuela —susurré con un hilo de voz.

Giró la cabeza muy despacio hacia mí. Abrió los ojos a medias y formó una sonrisa débil con sus labios secos.

—Lulú —un suspiro ronco y cansado escapó de su boca.

La máquina que emitía aquel pitido infernal se volvió loca. Un segundo pitido más intenso y molesto me sacudió completo, y me aferré a la mano de mi abuela.

Michael suspiró, se acercó a la máquina, presionó un par de botones y ésta dejó de emitir ruido, aunque el monitor aún mostraba la línea con picos que representaban su pulso.

El valle entre los picos era cada vez más grande.

Mi abuela gimoteaba... No, no eran quejidos de dolor, estaba tarareando. La miré. Tenía los ojos cerrados y fruncía el ceño, pero estaba sonriendo mientras producía una melodía baja, lenta, y arrastrada.

Tardé un par de segundos en reconocerla: *Let it be*.

Una presión punzante me oprimió el esternón. Aun en sus últimos momentos trataba de consolarme como cuando era una niña asustada y triste.

Respiré profundo. Yo era quien debía consolarla a ella.

Contraje el estómago en un espasmo doloroso. Abrí la boca para seguir la letra de la canción y cantar con ella.

Intenté articular las palabras, pero enmudecí en el primer intento. Un sollozo fuerte me sacudió los hombros. Me tapé la boca con la mano libre mientras las lágrimas caían por mi rostro caliente.

—No puedo —jadeé con dificultad para respirar—. No puedo hacerlo.

Michael me apretó el hombro con una firmeza reconfortante. Se inclinó hacia delante hasta que su boca rozó mi oreja.

—Puedes hacerlo, Luisa —me susurró con un tono suave que me hizo ceder la tensión de la espalda—. Déjame ayudarte.

Colocó ambas manos sobre mis hombros. Respiré hondo, absorbiendo su fuerza a través del contacto físico.

Me aclaré la garganta. Miré el rostro sereno de mi abuela y me obligué a abrir la boca de nuevo.

—*And when the night is cloudy there is still a light that shines on me* —temblé en cada sílaba, con un tono frágil pero lleno de amor. Michael unió su voz grave a la mía en un susurro bajo y melódico—. *Shine on 'till tomorrow, let it be* —cantamos juntos para ella, llenando el vacío de la habitación con una armonía improvisada y rota.

Mi abuela abrió los ojos despacio.

—*Let it be* —seguí cantando entre sollozos, y ella cerró los ojos con lentitud.

Su pecho adoptó un ritmo de subir y bajar cada vez más superficial y pausado. Y un instante antes de que terminara la canción dejó de apretarme la mano.

No detuve la melodía ni siquiera cuando ella aflojó el agarre por completo y dejó la mano inerte entre las mías.

El silencio absoluto reclamó la habitación cuando terminamos el último verso.

Su pecho ya no se movía, y el monitor mostraba una delgada línea sin picos.

Apreté la mano sin vida de mi abuela contra mi frente y cerré los ojos con fuerza.

Escuché a Michael rodear la cama en completo silencio. Abrí los ojos y lo miré levantando la muñeca de la otra mano con delicadeza al mismo tiempo que colocaba dos dedos en el cuello pálido de mi abuela.

Mantuvo la mirada fija en el reloj de pared encima de la cama. Su rostro no mostraba la frialdad clínica de un médico, sino un respeto profundo y humano.

—Hora de la muerte —declaró Michael con voz suave—, seis de la tarde con cuarenta y dos minutos.

Solté la mano de mi abuela y me eché hacia atrás en la silla. Me quité los anteojos con dedos temblorosos y me cubrí el rostro con ambas manos.

Un espasmo me contrajo el diafragma y expulsé un gemido agudo, encogiéndome sobre la silla.

Sentí a alguien pararse frente a mí. Cuando abrí los ojos y encontré a Michael arrodillándose frente a mí. Le rodeé con los brazos y me hundí en su pecho. Me aferré a su camisa con los puños, mientras él acariciaba mi espalda.

Capítulo 31.

Michael

—¿Necesitas algo más? —dije a su oído tras abrazarla por la espalda.

La casa de Luisa nos recibió con un silencio denso y un olor a cera antigua, como si ella también estuviera de luto.

Luisa se quedó inmóvil en el centro del recibidor. Su vestido negro parecía absorber la poca luz que entraba por las ventanas cerradas.

Enterré el rostro en su cuello. Su piel estaba tan fría que me provocó un pinchazo en el pecho.

Luisa exhaló el aire de forma temblorosa cuando dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó en mi hombro. Su cuerpo perdió esa rigidez de hierro en una fracción de segundo. La tensión de sus hombros desapareció.

—No —se acurrucó contra mí—. Esto es todo lo que necesito en este momento.

—Lo tienes, canela —apreté mi abrazo, brindándole todo el calor de mi ser.

Ella soltó una risa muy leve. —Eres el primer chico que meto en esta casa.

Apreté un poco más mi agarre alrededor de ella.

—No me digas que soy tu primer novio —dije con una sonrisa.

Luisa rio un poco. Era la primera risa que le sacaba desde la muerte de doña Elena. Escucharlo se sintió como un coro de ángeles entonando la melodía más hermosa jamás creada.

—Siempre me veía con mis novios y mis otras parejas en otros lados —seguía riendo—. En sus casas, en otros lados. Nunca aquí.

—¿No querías que vieran lo desordenada que realmente eres?

—Yo no soy desordenada —suspiró—. No, era por respeto a mi abuela. Le hablaba de los hombres en mi vida, pero... Creo que eres el único que ella conoció.

—Me siento honrado —dije contra su piel.

La giré despacio entre mis brazos. Ella levantó el rostro y me miró a los ojos a través de los cristales de sus anteojos. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto del funeral. Las ojeras le marcaban el rostro con una sombra de puro agotamiento.

Me incliné hacia delante y la besé en los labios. Fue un roce suave. Busqué transmitirle toda la paz que a mí me faltaba.

Me separé unos milímetros. Mantuve mi frente apoyada contra la suya.

—Gracias, Michael.

—¿Por qué?

—Por estar aquí —se encogió de hombros—. Por acompañarme. A pesar de...

Suspiré con tanto aire como mis pulmones pudieron almacenar.

—Fui un completo imbécil, canela—le sostuve la mirada con intensidad—. Lo siento muchísimo.

Ella parpadeó. —No, Michael, yo...

Una lágrima nueva resbaló por su mejilla que le limpié con el pulgar. —Debí respetar tu autonomía —le interrumpí con la voz ronca—. Tu independencia. Me dejé llevar por el pánico y quise arreglarte la vida sin consultarte. Hiciste bien en mandarme al diablo. Lo merecía.

—Pude haberlo manejado mejor... —apretó los labios —*Pudimos* haberlo manejado mejor.

Tragué saliva a pesar del nudo en mi garganta. —Te amo, canela —el nudo en mi garganta parecía una piedra solida atascada—. Y puedo quedarme aquí contigo, o puedo irme si es lo que...

Ella negó rápido con la cabeza. —No te vayas.

Asentí. —Me quedaré todo el tiempo que necesites.

Luisa cerró los ojos y su rostro se contrajo en una mueca de dolor puro.

—No sé qué hacer —se aferró a las solapas de mi chaqueta oscura y tiró de la tela con ambas manos.

La pegué a mi pecho, y ella escondió el rostro en mi corbata antes de soltar el llanto.

—Está bien, canela.

—No sé qué hacer —su voz se ahogó en llanto.—. No sé si quiero seguir teniendo una carrera política. Ni seguir siendo una abogada. No sé...

Acaricié su cabello. —Está bien.

—Tampoco sé si quiero seguir contigo —su voz se rompió—. No sé cómo voy a ser madre.

La sostuve más fuerte. —Está bien.

—No sé cómo voy a seguir viviendo en un mundo sin mi abuela —apretó los puños contra mi pecho—. Siento que todo se está desmoronando a pedazos.

Recordé una conversación que tuve con doña Elena. "*Necesita que otro sostenga el peso del mundo un rato para que pueda respirar;*" quizá no eran las palabras exactas, pero la idea era la misma. "*¿No conoces a nadie que pueda ser así para ella? Por supuesto que sí. Yo puedo serlo.*"

La guie con suavidad hasta el viejo sofá de la sala de estar. Nos sentamos juntos y la mantuve refugiada entre mis brazos.

Apoyé la barbilla en la parte superior de su cabeza. —Cuando murió mi madre —aquella vieja herida en mi alma tiró de mis interiores en protesta—, yo también me perdí.

Un escalofrío me recorrió la nuca al recordar cuando se la llevaron de su cama. Parecía como si estuviera dormida, y quise gritarles a aquellas personas, quizá eran los paramédicos o los de la funeraria, que la dejaran descansar en paz.

—Tenía quince años y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies —froté su brazo para darle calor—. Seguí en piloto automático durante años. Tengo muy pocos recuerdos de mi tiempo en el instituto y mi primer año en la facultad de medicina.

Luisa me escuchaba en silencio. Su respiración se fue calmando muy despacio.

—Fingía que todo estaba bien —solté una risa corta—. Iba a clases, sacaba buenas notas, incluso salía con chica y fingía que me divertía... pero por dentro estaba vacío.

Hice una pausa para coger aire. El peso del pasado todavía me oprimía el centro del pecho.

—No fue hasta que me emborraché en el bar de Rusty que logré reaccionar —esbocé una sonrisa—. Me había escapado de una fiesta ahí cerca, y entré allí por la música. Supuse que era un buen lugar para ahogarme en whisky.

—¿Qué pasó? —preguntó ella con un tono ronco.

—Rusty me dijo una cosa... —negué con la cabeza—. No, más bien me hizo una pregunta. Una sola pregunta que me hizo salir de mi estupor.

Luisa se acomodó un poco mejor en mi pecho. —¿Cuál fue la pregunta?

La miré a los ojos. El brillo de sus lágrimas reflejaba la poca luz de la lámpara de la sala.

—Me dijo que las únicas personas que ha visto en mi estado han sido los que han perdido a alguien —sonreí al recordar aquella conversación —¿Querrían verte feliz, o lamentándote y haciendo las tonterías que estás haciendo? —repetí con una claridad absoluta.

El silencio de la casa amplificó el peso de mis palabras.

Luisa se quedó muy quieta, procesando la frase durante unos largos segundos. Una pequeña y frágil sonrisa se dibujó en sus labios. El alivio cruzó por sus ojos, disipando un poco la oscuridad del luto.

—Yo no tengo el lujo de pasarme un par de años deprimida —bajó una mano y se acarició el vientre—. No con este bebé en camino.

—Eres la mujer más fuerte que conozco, canela —le aparté un mechón de pelo de la cara—. Pero nadie puede ser fuerte todo el tiempo. Todos necesitamos un respiro de vez en cuando. Tómame el tuyo —le cogí la mano y entrelacé mis dedos con los suyos—. Tómame el tiempo que necesites para llorarla y para sanar. Y cuando estés lista, tendrás tu trabajo esperándote.

—¿Y a ti? ¿Te tendré a ti?

Apreté su mano con suavidad. —Siempre, canela.

Luisa cerró los ojos y dejó escapar todo el aire de sus pulmones. —Respira conmigo —me pidió dejando salir el aire.

—Vale —respondí.

Inhalamos juntos el aire encerrado de la sala, y exhalamos al mismo tiempo. El compás de nuestras respiraciones se sincronizó en la penumbra.

La tensión se desvaneció de mis músculos y sonreí. Metí la mano libre en el bolsillo del pantalón y saqué mi móvil.

—¿A quién vas a llamar?

Desbloqueeé la pantalla. —Voy a llamar a Matt para avisarle que usaremos el jet.

—¿El jet?

—Sí —asentí con rapidez—. Podemos irnos a la villa en Nassau, o a Nueva York, o fuera del país. A donde tú quieras. Lejos de todo esto para que puedas desconectar de verdad.

Luisa puso su mano sobre la mía y bajó el móvil con una suavidad absoluta que detuvo mi impulso. Me miró a los ojos y una sonrisa genuina le iluminó el rostro.

—No quiero correr, Michael —me dijo con una seguridad que me dejó sin aliento.

Guardé el móvil en el bolsillo sin rechistar. —¿Qué quieres hacer entonces?

Ella amplió su sonrisa y dejó asomar un brillo juguetón en su mirada.

—¿Alguna vez has jugado “Horizon”? —preguntó de la nada.

Parpadeé, desconcertado por el cambio de tema.

—¿El videojuego? —fruncí el ceño, y ella asintió —¿A cuál de los dos te refieres?

Luisa soltó una carcajada limpia y abierta. El sonido de su risa inundó la casa vieja.

—El segundo.

Negué y reí contagiado por su carcajada. —No, los osos del primero me dejaron traumatado y no he tenido el valor para comprarlo.

—También salen en el segundo —había algo de brillo de nuevo en su mirada—. Tienen un truco para enfrentarlos.

Me incliné hacia ella y le deposité un beso prolongado en la frente. —Vete a cambiar de ropa —le dije con un tono cargado de afecto y cariño—. Ponte algo cómodo.

—¿Algo cómodo? —arqueó una ceja para acompañar la sonrisa demasiado seductora en su rostro.

Reí al levantarme del sofá y quitarme la chaqueta del traje. —No me refería a eso. ¿Acaso solo soy un cuerpo para ti, canela?

—Es un cuerpo muy bonito.

—¿Bonito? —dejé la chaqueta en una silla cercana —Bonitos los cachorros y gatitos. Yo soy —me giré con demasiado dramatismo en mis movimientos, arqueando la espalda para acentuar mi trasero y darme una nalgada —sensual.

Luisa soltó una carcajada que duró largos momentos, culminando en una sonrisa tierna. —Michael, yo... —amplió la sonrisa, luego bajó la mirada—. No sé si esté lista para...

—No te preocupes —me acerqué y le levanté la barbilla con tanta suavidad y ternura como pude, clavando mi mirada en sus ojos—. No estoy aquí para eso. Tú eres más que un cuerpo para mí —lo dije en tono de broma, sacándole otra risita.

—¿Qué vas a hacer?

Me aflojé el nudo de la corbata y me arremangué las mangas de la camisa.

—Voy a ir a la cocina a preparar algo de comer mientras te vas a cambiar —le guiñé un ojo—. Tenemos toda la tarde por delante.

—¿Solo la tarde?

—Todo el tiempo que quieras.

Luisa asintió y se levantó con una energía que no tenía hace apenas unos minutos.

—Todo el tiempo que *queramos* —se acercó y plantó un tierno beso en mis labios.

Capítulo 32.

Luisa

—Sigo sintiéndome culpable —dije cuando el taxi frenó frente a la acera iluminada por las luces de neón del Blue Note.

Apreté el asa de mi bolso con las dos manos. El aire frío de la noche neoyorquina se coló por la ventana semiabierta, trayendo el olor a asfalto mojado y humo.

—Estará bien, canela —Michael me acarició el dorso de la mano con el pulgar—. Hannah y Max saben lo que hacen.

—Eli es una bebé muy inquieta, Michael —la culpa me oprimía el pecho—. Es la primera vez que pasa la noche lejos de nosotros. ¿Y si llora todo el tiempo?

—Entonces la calmarán —abrió la puerta del coche. Esperé a que me abriera la puerta pasando frente al taxi. Estaba tan acostumbrada a mirarlo con traje de negocios que cuando se ponía vaqueros y camiseta sencilla que se ajustaba a su torso se me hacía agua la boca y me era imposible mirar a otro lado—. Además, van a necesitar toda la práctica que puedan conseguir.

El claxon de un camión resonó en la gran avenida mientras consideraba las palabras que acababa de escuchar.

Me detuve frente a la puerta del local. El corazón me dio un vuelco contra las costillas al procesar lo que acababa de decir. La imagen de Hannah, con su insistencia en cuidar de Eli todo el fin de semana, encajó de golpe en mi cerebro.

—Hannah está embarazada —dije sin poder aguantar los pequeños brincos de emoción.

Michael mostró los dientes. —Y Jessica también —soltó de golpe.

El aire abandonó mis pulmones en un chillido que me salió del alma.

Michael ahogó un grito y se tapó la boca con la mano como un niño pequeño al que acaban de pillar robando dulces.

—Soy pésimo guardando secretos —murmuró por detrás de los dedos.

—Más te vale que sea solo de mí.

—Por supuesto que solo de ti.

—Entonces vete acostumbrando —solté una carcajada. La tensión y la culpa que arrastraba desde que subimos al avión se evaporaron. Me acerqué a él y le aparté la mano de la boca—. Cuando nos casemos, no habrá secretos entre nosotros —le di un beso rápido en los labios—. Dios, nos vamos a casar.

—Ambos me pidieron guardar el secreto hasta que regresáramos a Ciudad del Sol —suspiró él, rodeándome la cadera con un brazo—. Así que finge sorpresa cuando te lo digan. Solo quería que dejaras de preocuparte por Eli para que disfrutaras esta noche.

Asentí. El calor de su cuerpo me reconfortó del frío cortante.

—Lo sé —dije, apoyando la cabeza en su hombro, pensando en mi pequeña Elena. Mi Eli.

Un nudo me apretó la garganta al recordar a mi abuela. Pensar en ella ya no me sofocaba. El vacío que dejó su partida seguía ahí, y supuse que jamás se iría. Creo que uno nunca supera por completo la pérdida de quien te crio, amó, y te guio hasta la adultez. Pero aprendes a vivir con ello.

—Y más vale que la disfrutemos —Michael me acarició el rostro—. Antes de que te vuelvas la Congresista de Hierro.

—Todavía me cuesta creer que gané las elecciones —suspiré, apoyando mi peso contra él—. Si Tomás se entera que me escapé a Nueva York contigo sin consultarlo con él...

—Que se joda —Michael me apretó la mano—. Ya te tuvo para la celebración pública, los brindis con los donantes y los discursos ante la prensa —sujetó con una suavidad firme mi barbilla mientras me miraba a los ojos—. Esta noche eres mía.

Respiré profundo y se me erizó la piel al escucharle. Me mordí el labio inferior antes de sonreír. —Entremos.

El Blue Note olía a madera vieja y a whisky. Las notas de un bajo y una guitarra eléctrica flotaban en el ambiente. Caminamos hacia la barra de madera, esquivando las mesas circulares. Rusty estaba de espaldas hacia nosotros, limpiando unos vasos de cristal al otro lado del mostrador.

Michael cogió una servilleta, la hizo una bolita, y la arrojó a la espalda del camarero.

Rusty se giró. —¡Mickey y Canela! —gritó al dejar caer la toalla sobre la barra—. ¡Qué enorme sorpresa!

El sonido de aquellos viejos seudónimos me disparó un relámpago por la columna, y miré de reojo la puerta junto a la barra que daba hacia el almacén, que daba hacia esas escaleras de metal, hacia la habitación encima del Blue Note donde...

Michael me sacó de mi cabeza apretándome la mano.

—Estás más delgado —le dijo Michael.

—Que te ven —Rusty se dio una palmada en la barriga—. ¿Tienes idea del trabajo que cuesta mantener esta figura? El monumento de mujer que traes del brazo te puede confirmar que la belleza cuesta.

—Es una losa muy pesada, mi amor —le dije a Michael con un puchero exagerado antes de roír.

—¿Qué van a tomar? —preguntó Rusty.

—Una cerveza muerta, por favor —dijimos al unísono. Soltamos una carcajada.

—¡Son adorables! —Rusty sacó dos botellas cubiertas con una delgada capa de escarcha.

Michael sacó un sobre blanco del bolsillo de su chaqueta y lo deslizó sobre la madera hacia el barman.

—Esto es para ti, Rust —dijo Michael con voz grave.

El camarero cogió el sobre, lo abrió y sacó una tarjeta con relieve y letras doradas.

—Es una invitación a nuestra boda —dije.

—¡Puedo ver eso! —Rusty carraspeó con una mueca mientras leía los detalles del enlace. Levantó la vista hacia nosotros y asintió—. Me honran.

—No faltarás por nada del mundo —dijo Michael—. Avión, transporte, incluso puedo cubrir lo que ganas aquí si necesitas cerrar. No tienes excusa.

—¿Cómo negarme a unas vacaciones pagadas? —Rusty rio — Considérame una asistencia segura, Mickey.

Nos sentamos en los taburetes de cuero desgastado. El calor de la pierna de Michael me quemaba, y me lamí los labios. "*Fue buena idea ponerme esto,*" pensé al pasar la mano encima de la tela de mi vestido favorito azul zafiro.

Un hombre con un estuche de guitarra a la espalda pasó caminando por detrás de nosotros. Se detuvo en seco y retrocedió un par de pasos hacia nuestro espacio.

—¿Mickey Swann? —preguntó el hombre, entrecerrando los ojos bajo la escasa luz del bar.

Michael giró el rostro. —El mismo que habla y baila.

Me aguanté la risa.

—¡Soy Charlie!

Los ojos de Michael se abrieron de par en par antes de ponerse de pie y envolver al sujeto en un cálido abrazo.

—¡Qué demonios, Charlie! —dijo Michael con una sonrisa de oreja a oreja —¡Te ves muy bien! Sigues oliendo a trapo mojado, pero...

El hombre rio y me miró. —Y tú sigues teniendo un gusto exquisito.

—¡Eh! —Rusty le gritó desde atrás de la barra —Compórtate.

—Tienes que subir a tocar algo con nosotros —el músico señaló la tarima de madera al fondo del local.

Michael negó con la cabeza sin dudar.

—Te lo agradezco mucho —Michael levantó una mano defensiva—. Vengo con mi mujer. Solo queremos disfrutar de la velada —una punzada de amor me golpeó al oírle llamarme “mi mujer.”

—Venga, amigo —insistió el músico, dando un pequeño paso al frente—. Solo un par de canciones. ¡Una, si quieres! Por los viejos tiempos.

Giré mi taburete hacia Michael y le puse la mano en el lado izquierdo del pecho. El latido de su corazón golpeó contra mi palma a través de la fina tela de algodón de su camisa.

Acerqué mis labios a su oído. —Hazlo, Mickey —susurré con tono consentido y seductor. Su mirada me hizo temblar—. Cántame algo sexy —le dije un poco más alto, casi como un gemido ligero, rozando su lóbulo con mis labios antes de separarme un poco.

Michael soltó un suspiro largo. Sus ojos brillaron con entusiasmo. —¿Cómo le digo que no a eso? —Michael miró al músico con determinación.

El hombre le palmeó la espalda y caminó hacia el escenario para avisar a la banda.

Michael me besó la frente y se levantó, pero le cogí la corbata y tiré de ella antes de que diera ese primer paso para acercarlo de nuevo.

Estrelló su boca contra la mía con una urgencia que me cortó la respiración. Su lengua se abrió paso, inundando mi paladar con el sabor áspero de la cerveza. Una de sus manos me agarró por la nuca, enredando los dedos en mi cabello, mientras la otra me sujetaba por la cadera para pegar mi cuerpo al suyo.

Le devolví el beso con furia, mordiéndole el labio inferior con fuerza hasta arrancar un gemido sordo de su garganta.

Lo observé sentarse frente al piano luego de hablar un poco con la banda. La luz de un foco cayó sobre su figura, resaltando los contornos de su rostro.

Los primeros acordes frenéticos de Good Golly, Miss Molly reventaron los altavoces del local. Michael aporreó las teclas del piano con una energía salvaje, totalmente desatado. Su voz profunda emuló el aullido crudo de Little Richard y me caló directo hasta los huesos.

Le di un trago a mi cerveza. El líquido bajó por mi garganta con un sabor áspero, pero el alcohol no hizo nada para apagar el incendio que me quemaba las entrañas. Verlo transpirando bajo el foco, dominando a la multitud, dejando el alma en las teclas y el micrófono me disparó el pulso hasta zumbarme los oídos. Una punzada de calor pesado se me acumuló en el bajo vientre con cada nota que él golpeaba.

Apreté los muslos bajo la tela del vestido y mi respiración se volvió superficial conforme el magnetismo brutal entre nosotros me deshacía por dentro con cada segundo que pasaba.

Clavé mi vista en Rusty y una idea audaz tomó forma en mi cabeza.

—Rusty —el camarero se inclinó por encima de la barra—. ¿Aún tienes libre la habitación de atrás? —pregunté sin apartar la mirada de la suya.

Rusty se quedó inmóvil un instante antes de dibujar despacio una mueca en su rostro. Soltó una carcajada ronca, pero no lo escuché bien por los acordes del piano de Michael.

—Para ustedes dos, siempre habrá espacio aquí —Rusty dejó sobre la barra una llave vieja atada a un cordón oscuro.

El corazón me dio un salto dentro del pecho al cerrar los dedos alrededor del metal frío. Le guiñé el ojo, y él hizo una reverencia exagerada.

La voz rasgada de Michael resonó a través de los altavoces llenando cada rincón del Blue Note. Terminé mi cerveza y caminé entre la gente hasta quedar a escasos metros del escenario. Me apoyé contra una columna que parecía vibrar con la música.

Michael abrió los ojos en la mitad del puente de la canción y cruzó su mirada con la mía.

Una corriente me quemó la columna vertebral de arriba a abajo al sostenérsela. Levanté la mano con la que sujetaba la llave a la altura hasta mi pecho y arqueé una ceja.

Michael soltó el aire por la nariz y una sonrisa se dibujó en sus labios. Siguió tocando de forma impecable, pero la nota aguda que salió de su garganta fue desafinada. Un quiebre vocal que delató su distracción y me sacó una risita ahogada.

No apartó la vista de la mía. El fuego oscuro en sus pupilas me golpeó como un latigazo físico. El corazón me retumbó contra las costillas, bombeando un calor espeso directo a mi bajo vientre. Apreté los muslos y noté que ya tenía empapada las bragas. Tragué saliva a duras penas para deshacer el nudo que me asfixiaba la garganta.

Golpeó las teclas del piano con fuerza al terminar la última estrofa y el bar estalló en aplausos y chiflidos. Michael se levantó del taburete e ignoró los aplausos y gritos de todos al saltar de la tarima y caminar hacia mí con zancadas largas.

—Eres peligrosa, canela —dijo con la respiración agitada al llegar frente a mí.

—Te pedí una canción sexy —le respondí con un susurro—. No una que me pusiera así.

—¿Es queja?

—Solo si no haces algo al respecto.

Michael no pronunció palabra al mirarme a los ojos. Me cogió de la mano y tiró de mí con fuerza deliciosa y posesiva, dirigiéndonos al almacén del bar en la parte trasera. El ruido se atenuó al subir por la escalera de metal.

Nos detuvimos frente a la puerta de madera. Metí la llave en la cerradura y mis manos temblaban al girarla. La puerta cedió con un quejido agudo.

Michael me alcanzó antes de que pudiera girarme. Me sujetó las caderas por detrás, pegándome a él. Un calor espeso me subió la nuca al sentir la fricción de su cuerpo y su aliento cálido contra la piel de mi cuello.

—Me vuelve loco este vestido —dijo al subir las manos por mi abdomen, trazando el contorno de mi prenda.

—¿Por qué crees que lo elegí? —eché la cabeza hacia atrás y gemí cuando me apretó los pechos y masajeó con una fuerza desesperada y exquisita.

—Eres mala, canela.

Arqueé la espalda y restregué mi cuerpo contra el suyo, y me estremecí con una sonrisa al comprobar que su cuerpo respondía al mío como es debido.

—¿Es queja? —el gruñó al tirar de los tirantes del vestido hacia abajo. El aire gélido de la habitación chocó con mis pechos desnudos, pero él los reclamó de inmediato —Dios, Michael —me estremecí cuando atrapó mis pezones y los pellizcó. Un gemido roto me desgarró al escapar de mi garganta junto al pinchazo de dolor mezclado con el más puro placer.

Bajó su otra mano y la coló bajo los pliegues del vestido. Mis bragas ya estaban empapadas por la anticipación cuando frotó el centro de mi humedad con la yema de su dedo medio.

Él aceleró el ritmo y mi respiración se volvió errática. El hijo de puta ya tenía un año de experiencia volviéndome loca, pero ese momento tenía algo especial. Sentí su inspiración en su aliento y sus caricias.

La sangre me martilleaba en los oídos y la tensión se acumuló bajo mi ombligo. Me llevó al punto de romperme, de gritar, y reí dándole la bienvenida al clímax con desesperación ciega.

Él detuvo el movimiento de golpe.

El vacío me sacó un quejido agudo de pura frustración y gozo. Jadeé por aire en medio de la penumbra.

Me giré entre sus brazos y dejé caer la tela del vestido por completo al suelo de madera. Di un paso atrás y me dejé caer de rodillas en la tela suave, usando el vestido como un cojín contra las tablas duras del cuarto.

Miré hacia arriba, encontrando sus ojos cuando le desabroché el cinturón y bajé la cremallera del pantalón. Me lamí los labios al tirar de su ropa interior hacia abajo y liberarle.

—Eres un malvado —hice mi voz sonar lo más consentida y coqueta como pude—. Me dejaste a punto de gritar.

—¿Y piensas vengart...? ¡Dios!

Envolví su base con los dedos. Apreté con fuerza al masajearle, y un gruñido sordo brotó de su garganta. Sonreí al abrir la boca y tomarlo entero. El sabor salado y almizclado inundó mi paladar, y succioné con un ritmo rudo y constante que lo hizo doblar las rodillas en más de una ocasión.

Michael presionó sus manos contra mi cabello. Trazó círculos en mi nuca y yo aceleré el ritmo. La tensión en sus muslos delataba su propia urgencia reprimida. Saboreé cada contracción de sus músculos bajo mi lengua.

—Me vas a matar, canela —dijo casi gruñendo.

Emití mi propio gruñido negándome a hacerle caso, e intensifiqué mis acciones, tomándolo todo en mi boca.

Él retrocedió un paso brusco. Me tomó por las axilas y me levantó del suelo de un tirón. Me rodeó la cintura con sus brazos y me miró a los ojos.

—Ya estamos a mano —dijo con una mueca traviesa, y una risa floja salió de ambos.

Escuchamos un chillido, y cuando miré detrás de Michael encontré la puerta a medio abrir. No como si alguien la hubiera abierto, sino como *alguien* no la hubiera cerrado bien.

—Ups —dijo Michael con una sonrisa apenada.

—¡Michael Spencer! —le reclamé sin poder aguantar la risa al mismo tiempo que le acomodaba manotazos en el pecho antes de que se alejara con pasos cortos por los pantalones en los tobillos para, ahora sí, cerrar bien la puerta —Eres un idiota.

—Soy *tú* idiota —su expresión se volvió más seductora que juguetona cuando se dio la media vuelta.

Michael sacó los pies del pantalón y se quitó los calcetines sin dejar de mirarme, manteniendo un contacto visual que me hizo humedecerme los labios.

Cuando tiró de su camisa hacia arriba quedó expuesto para mí, revelando el torso definido que tanto amaba recorrer con los dedos. La piel, bronceada y marcada por la luz tenue, brillaba con un sudor sutil que me hizo anhelar el roce de nuestras pieles.

Mi estómago dio un vuelco, y me sorprendí a mí misma deslizando las bragas hasta que la gravedad se encargó de llevarlas al suelo.

Caminó a zancadas largas hacia mí, haciéndome retroceder hasta tener que sentarme en la cama. No perdió un solo segundo. Se hincó en el borde de la estructura de metal. Apartó mis muslos con ambas manos, bajó el rostro y hundió la lengua directo en mi centro húmedo.

Me arqueé y abrí los ojos de par en par ante la repentina intensidad de su devoción. Clavé los talones en el colchón y él sujetó mis caderas con sus manos para anclarme en mi sitio.

—Si me vuelves a dejar a punto de... —trazó círculos precisos y urgentes con la lengua. No le tomó ni un instante encontrar el punto exacto. Chupó con una fuerza abrumadora y nuestras risas se mezclaron con gemidos que cada vez salían a mayor volumen de mis labios.

—Tranquila —murmuró sin despegar los labios de los míos—. No pienso detenerme hasta que explotes.

La tensión acumulada estalló sin previo aviso, sacudiendo cada una de mis terminaciones nerviosas. —¡Michael! —temblores espasmódicos sacudieron mis piernas enteras, desde los dedos hasta las caderas, y las sacudidas se extendieron más allá.

Subió gateando por el colchón y se posicionó entre mis piernas abiertas. Me admiró mientras recuperaba el aliento, paseando sus manos sobre mis piernas.

—Mía.

Cogió mis tobillos y enganchó mis corvas sobre uno de sus hombros. Incluyó el torso hacia delante y su dureza rozó mi entrada

empapada. Nos miramos a los ojos en medio de la poca luz, sin duda ardían con esa pasión feroz que habíamos dejado que nos consumiera una y otra vez.

Extendí mi mano y le masajee su dureza. Sonreí cuando se estremeció.

—Mío.

Le dirigí a mi entrada, y él empujó con las caderas al mismo tiempo que yo las mías. La fricción de su carne contra la mía estiró mis paredes y llenó cada espacio vacío en mi interior, sacándome un jadeo roto.

Retiró su cuerpo casi por completo antes de volverme a embestir, una y otra vez. Los impactos hicieron rechinar las patas de la cama contra las tablas.

Él bajó sus manos hasta mis nalgas. Apretó mi piel y me levantó un poco más para asegurar el ángulo perfecto de penetración. ¡Cómo amaba cuando hacía eso! Cada estocada rozaba mi punto más sensible con una presión enloquecedora.

El ritmo se volvió salvaje. No rompimos el contacto visual ni por un milisegundo. Podía palpar la conexión cruda y visceral que iba mucho más allá del simple roce de nuestros cuerpos desnudos.

La presión en mi bajo vientre regresó con el doble de intensidad que antes. Agarré las sábanas con los puños y me retorcí, provocando que las embestidas de Michael se volvieran más rápidas.

Más cortas.

Más rápidas.

Más bestiales.

El aire abandonó mis pulmones en un grito largo y ahogado. La ola de placer estalló en mi sistema nervioso como una descarga eléctrica que fulminó mis terminaciones, y las paredes de mi sexo se contrajeron alrededor de él. Apreté los ojos con fuerza,

deleitándome con las contracciones que duraron varios segundos eternos, robándome el aliento y la poca cordura que su pasión me permitía tener.

El eco de mi orgasmo aún me hacía temblar las extremidades. Apoyé mis manos contra su pecho resbaladizo por el sudor y lo empujé hacia un lado con toda la fuerza que me quedaba.

Michael se dejó caer de espaldas, y trepé sobre su cuerpo caliente. Me acomodé a horcajadas sobre él, cogiendo el control absoluto del ritmo. Me erguí, alzando el torso y apoyé mis rodillas a los costados de su caja torácica.

Lo miré desde arriba. Él recorrió con sus ojos mis pechos desnudos que subían y bajaban, examinando mi abdomen bañado en una fina capa de sudor brillante. El deseo en su expresión facial era el mejor afrodisíaco del mundo.

—¿Así? —elevé las caderas. Me dejé caer con fuerza de gravedad. Lo engullí por completo en un solo movimiento fluido y denso.

Michael soltó un gruñido áspero desde el fondo del pecho. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, hundiendo la nuca en la almohada plana. —Dios, sí.

Subí y bajé con un ritmo constante, rozando mis muslos contra sus costados y llenándome de él una y otra vez en un ritmo lento, fuerte, pronunciado. Deslicé mis palmas por su pecho caliente y tracé las líneas de sus músculos tensos y definidos.

—No —me detuve un momento antes de bajar el ritmo, para luego inclinarme hacia atrás y bajar con fuerza tomando hasta el último milímetro de él en mis profundidades—. Así.

—Luisa —Michael subió sus manos grandes por mis muslos temblorosos. Agarró mis caderas con posesividad y me ayudó a marcar el ritmo desde abajo. Hundió sus dedos largos en mi carne, sin duda dejando marcas rojas de presión—. Joder, eres increíble.

Los músculos de mis piernas ardían por la tensión acumulada. El sudor me corría por la frente y goteaba sobre el pecho de Michael. Mi respiración se volvió rota y ruidosa cuando llegué a mi límite otra vez.

Aceleré los rebotes. Solo importaba la fricción, el calor y la dureza de su carne estirándose sin piedad.

Michael empujó hacia arriba para encontrarme a mitad de la caída. El choque de nuestras pelvis me sacó el aire de los pulmones a golpes, dejándome sin aliento para gritar cuando el orgasmo me atropelló como un tren de carga sin frenos.

Las contracciones me destrozaron por dentro en oleadas cálidas. Mi cuerpo entero se rindió ante la sobrecarga sensorial, robándose las fuerzas de mis brazos y piernas.

Apenas recuperé una brizna diminuta de oxígeno en los pulmones cuando Michael me rodeó con sus brazos. Nos giró a los dos sobre el colchón hundido en un solo movimiento fluido. Terminó encima de mí, pero luego él se hincó en la cama, mirándome con una mueca traviesa y un hambre en la mirada de más.

Tiró de mis caderas con rudeza, girándome, luego me puso a gatas frente a él. Apoyé los antebrazos en el colchón para sostener mi peso inerte.

Enredó su mano en mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello al aire frío. Pegó su torso empapado contra mi espalda encorvada y me penetró de una sola embestida larga y poderosa.

La profundidad extrema del impacto me arrancó un alarido gutural. El choque de su pelvis contra mis nalgas sonó como un latigazo en medio del silencio.

Su ferocidad fue tan animal, tan primitiva e incontrolable que borró el resto de mi universo. Cada estocada era un golpe de

martillo en mis cimientos. Mis brazos temblaban sin control, igual que mi vientre, mis muslos, mis entrañas.

Otra embestida demoledora me sacudió.

Otra.

Y otra.

El colchón se quejaba de dolor bajo su embate salvaje. La estructura metálica de la cama entera golpeaba contra la pared en el ritmo exquisito de nuestra pasión.

Mi resistencia física se quebró y me desplomé hacia delante sin poder evitarlo.

Terminé acostada por completo sobre mi estómago húmedo, mi pecho aplastado contra las sábanas y mi mejilla presionada de lado contra la almohada.

La nueva postura no frenó a Michael en absoluto.

Al contrario.

El ángulo de entrada se cerró aún más, desatando la locura en mi interior cuando me invadió, secuestrándome los sentidos para depositarme en el mismísimo cielo. La fricción de su cuerpo se volvió una tortura exquisita. Un roce directo y despiadado contra el punto más profundo de mi ser.

—¡No pares! —dije entre gemidos —¡Así!

—¿Así?

—¡Joder, sí! —Él soltó mi cabello al fin —¡Michael, sí!

Deslizó su mano por la curvatura de mi columna vertebral. Presionó mi espalda baja con la palma extendida para anclarme con fuerza contra el colchón hundido.

Sus embestidas pesadas me sacudían entera, desde los dedos de los pies hasta la nuca. Mi cuerpo se deslizaba unos centímetros hacia

delante por la cama con cada golpe profundo, y él volvía a arrastrarme hacia atrás por las caderas sin detener el ritmo salvaje.

—¡Voy a...!

—¡Hazlo!

Michael gruñó, y una contracción brutal lo paralizó por completo al inundarme. La descarga en mi núcleo me empujó por el último precipicio. Mi clímax estalló al unísono del suyo, fundiendo nuestros gritos agotados en el aire denso de nuestra pasión.

Su peso aplastó mi espalda. El sudor enfrió nuestra piel pegada mientras nos quedábamos inmóviles, atados por el silencio y nuestra respiración compartida.

Él se rio, y yo también. Me giré entre sus brazos y pegué mi frente a la suya.

Michael exploró mi espalda con las puntas de sus dedos, prolongando los escalofríos que aquel último orgasmo dejó como secuelas. Un calor distinto, uno de ternura y cariño, brotó en mi pecho cuando trazó círculos encima del parche anticonceptivo que llevaba en la espalda baja.

—¿Estás más cómoda con este? —preguntó.

—Mucho —me acurruqué—. Me he sentido mucho mejor que con las pastillas.

—Me alegra —levanté la mirada y lo encontré sonriendo—. Te amo tanto, canela.

Nos besamos. Ya sin miedo, ni preocupaciones, ni obstáculos entre nosotros.

—Te amo, Michael.

Epílogo

Marina

—¡No puedes alcanzarme! —Eli corrió alrededor de la mesa de centro de cristal. Sus piecitos veloces rechinaban por las zapatillas rosas que me presumió con tanto entusiasmo —¡Me he vuelto un rayo!

—¡Eso ya lo veremos, renacuajo! —me lancé en una persecución a cámara lenta, sacándole una carcajada cuando estaba a punto de cogerla.

María soltó una carcajada sonora y me agarró de la pierna del pantalón para detenerme. —¡Huye, Elena! ¡Huye!

—¡Traicionada por mi propia hermana! —si los ordenadores y la ciberseguridad no me resultan, tendría un futuro asegurado como actriz.

“*Eso le encantaría a mi madre,*” aquel pensamiento me dejó un mal sabor de boca.

—¡Las tengo! —me agaché y levanté a ambas niñas en mis brazos como si fueran dos barriles, haciendo que chillaran de emoción y patearan el aire. El inconfundible olor a antiséptico y a café quemado de máquina inundó mis fosas nasales al respirar hondo.

Miré de reojo hacia los “adultos”, que nos miraban con una sonrisa. Incluso mi papá, que debería ser el más nervioso del grupo, parecía encontrar algo de alivio con nuestras tonterías.

Llevábamos horas esperando noticias de Jessica. Estaba en la sala de partos a punto de traer al mundo a mi nuevo hermano, pero la cosa se complicó y debieron meterla al quirófano.

El suave murmullo de los noticieros matutinos en las televisiones de la pared eran el único ruido de fondo constante. Teníamos todos los lujos que pudiéramos querer en la sala de espera VIP del hospital, pero no hay comodidad que valga cuando un ser querido está en cirugía.

Dejé a las niñas en el suelo con suavidad y les di un toquecito en la nariz a cada una. María salió corriendo detrás de Eli, reanudando su juego de persecución y llenando la sala con sus risas agudas.

Me senté en uno de los sillones, apoyé la espalda contra el respaldo y descansé la cabeza mirando el techo. A pesar del estrés del inminente nacimiento, una sensación de unidad indisoluble entre todos nosotros me calentaba el pecho.

Un bufido molesto a mi derecha rompió la calma. Mi tía Luisa se puso de pie de un salto, apretando el teléfono móvil contra su oreja con fuerza.

—No, escúcheme bien —joder, no quisiera ser el tipo con el que estaba hablando—. Les dije que el comité no aprobaría esa enmienda si no presentaban el presupuesto corregido... Sí, está mal... Dile al senador que no será agradable para nadie si yo... —se alejó demasiado para seguir escuchándola.

“La Congresista de Hierro,” me encantaría una reputación como la de ella. Su voz, aunque contenida para no alterar a las niñas, destilaba autoridad incuestionable. Se ajustó sus gafas de armazón oscuro con el dedo índice, un gesto que delataba su nivel de frustración.

Mi tío Michael, que había estado sentado a su lado con las piernas estiradas y una postura relajada, se incorporó de un salto. El cansancio en sus ojos desapareció, reemplazado por una atención devota hacia su esposa.

Caminó hacia ella con pasos silenciosos, deteniéndose a unos metros a esperar a que terminara la llamada.

—Para eso te pago, Tomás —dijo Luisa antes de colgar y soltar un suspiro tembloroso.

El tío Michael le cogió de los codos y la guio hacia sus brazos. — ¿Problemas en el paraíso político? —preguntó, deslizando las manos sobre la espalda de ella.

Ella apoyó la cabeza contra el pecho de mi tío. Cerró los ojos con fuerza y soltó otro suspiro largo que pareció vaciarla de toda la tensión acumulada.

—Solo abrázame —murmuró ella con una voz tan suave que casi se perdía por encima del noticiero—. Estas siguientes llamadas no van a ser fáciles.

Una sonrisa ladeada, llena de ternura y complicidad, iluminó el rostro del tío Michael cuando la cogió por la cintura.

La besó con profundidad y pasión, ignorando que estábamos en la sala de espera de su propio hospital. ¡Demonios, tío! ¡Hay niños presentes! Fuera de envidias, era un beso que demostraba un amor consolidado, de miedos enfrentados juntos y de una entrega absoluta que no pedía disculpas a nadie.

—Eres la maldita Congresista de Hierro —le dijo el tío Michael contra los labios, acariciando su mejilla con el pulgar—. Ve y dales infierno, canela.

Luisa sonrió, una sonrisa genuina que le llegó a los ojos y borró cualquier rastro de la implacable política que el mundo conocía. Se separó de él a regañadientes y se alisó la chaqueta del traje con las palmas de las manos.

—Lo siento, familia —Luisa nos dirigió una mirada de disculpa—. Tengo que hacer un par de llamadas urgentes. No tardo.

Se alejó por el pasillo, con sus tacones resonando contra el suelo brillante. Un nudo de anhelo se formó en mi garganta y bajé la mirada hacia mis manos.

Era imposible no envidiar lo que ellos tenían. Quería eso para mí misma, esa seguridad abrumadora de tener a alguien para sostener mi mundo cuando se cayera a pedazos.

“¿Conoceré a alguien que me mire con la misma intensidad devota con la que el tío Michael mira a Luisa?” miré a mi papá, que algo murmuraba con el abuelo, que parecía estarlo consolando. “¿O que se preocupe tanto como mi papá por Jessica? ¿O me cuide tanto como el tío Max a Hannah?”

—Papi, ¿a dónde va mamá? —preguntó Eli, tirando del bajo de la camisa del tío Michael.

Él se agachó para quedar a la altura de su hija y le apartó un rizo rojizo de la frente. Abrió la boca para responderle, pero las palabras nunca llegaron a salir.

Las luces se apagaron de golpe, y la luz de emergencia se encendió al instante. Un crujido eléctrico sordo resonó, y las dos pantallas de televisión de la pared parpadearon antes de que las imágenes del noticiero se desvanecieran. El monitor de la estación de enfermería emitió un pitido agudo y la pantalla se tiñó de negro.

Un escalofrío me recorrió la nuca. El silencio sepulcral sustituyó al ruido constante de las noticias y los datos hospitalarios.

—¿Qué demonios...? —murmuró mi padre, deteniendo su frenético caminar por la sala junto con el abuelo.

Líneas de código verde fosforescente bajaron a toda velocidad por las pantallas negras. El corazón me dio un vuelco al ver el patrón de una calavera pixelada en el centro de los monitores.

Las puertas de la sala de espera se abrieron de golpe a nuestras espaldas. El tío Max y Hannah entraron a toda prisa, arrastrando a su hijo Héctor de la mano.

Hannah lucía relajada y sonriente, ajena al caos. La postura de Max se tensó de golpe ante la atmósfera pesada de la sala.

—¿Llegamos tarde? —preguntó Hannah, soltando la mano de Héctor, quien corrió para reunirse con Eli y María—. El tráfico estaba imposible.

—Llegan justo a tiempo para el desastre —respondió Michael con el ceño fruncido, caminando a grandes zancadas hacia el ordenador de la estación.

Mi tío presionó un par de teclas, pero el ordenador emitió un sonido de error ensordecedor. Su rostro palideció y apretó los puños contra el borde del escritorio con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—Es un ciberataque —dijo con voz ronca—. Un *ransomware*. Han bloqueado todo el sistema del hospital.

La sangre me hirvió en las venas. Apreté los dientes. Una furia abrasadora me ardió en el pecho. Ya era bastante despreciable que atacaran un hospital lleno de pacientes vulnerables, pero decidieron hacerlo el día que mi nuevo hermanito o hermanita estaba por nacer.

—Exigen cinco millones en criptomonedas para liberar los servidores —dijo el tío Michael, leyendo el texto que parpadeaba bajo la calavera.

—¿Tiene instrucciones para pagarlos? —preguntó mi papá.

—¡No les paguen nada! —el tío Max dio un paso al frente con el móvil en la mano—. Esto una extorsión. Llamaré a la división de delitos informáticos ahora mismo y ellos...

—¿Estás loco? —le gritó mi padre, con los ojos muy abiertos y el pánico tiñendo su voz—. ¡Jessica está en cirugía! Los sistemas de monitoreo, los equipos de emergencia... todo está conectado a la maldita red!

—Matt tiene razón —el tío Michael se pasó una mano temblorosa por el pelo—. Si no restauramos el sistema rápido, la vida de los pacientes corre peligro. Quizá la opción más rápida sea pagar.

—¿Y qué garantía tienen de que les devolverán el acceso tras pagar? —el tío Max se plantó ante sus hermanos con los brazos cruzados—. Denme un par de horas para que mis técnicos rastreen el origen.

—¡No tenemos un par de horas! —aunque el tío Max era mucho más alto que él, pareció achicarse ante el estallido de mi papá—. Cinco millones no es nada. ¡Mi mujer está dando a luz!

La discusión de los adultos degeneró en un griterío ininteligible. Cogí mi mochila y caminé con paso firme hacia la estación de enfermería. Ninguno de ellos pareció darse cuenta de que me había sentado. Creo que ni la enfermera ahí lo noto. Saqué mi portátil, la cual se encendió en cuanto abrí la pantalla, y un cable red que conecté a uno de los puertos debajo del escritorio.

Los tres niños, alertados por mi movimiento, se arremolinaron a mi alrededor. Eli apoyó la barbilla en el reposabrazos de mi silla, mientras Héctor y María se asomaban por encima de mis hombros, mirando la calavera brillante en la pantalla del ordenador del hospital.

—¿Qué vas a hacer, prima? —preguntó Héctor en un susurro cargado de asombro y miedo.

Les dediqué a los tres una sonrisa, llena de una confianza que me nacía de las entrañas. Troné los nudillos de mis manos y acerqué la silla al borde del escritorio.

—Voy a salvar el día, chicos —les guiñé un ojo.

Tecleé sobre los botones de mi portátil con la familiaridad de un pianista tocando su obra maestra. Todos los ruidos a mi alrededor se atenuaron hasta que solo escuchaba un zumbido dentro de mi cabeza.

Abrí una terminal de comandos y utilicé un *exploit* de puerta trasera que yo misma lo instalé en la red del hospital hace años, por pura paranoia y diversión.

El hacker había encontrado mi puerta trasera y dejó contramedidas automáticas. Mi pulso se aceleró. Oleadas de adrenalina pura corrieron por mis venas mientras aceptaba el desafío ante mí. Una ventana emergente me alertó que el mismo malware intentó infectar mi portátil y encriptar mis datos.

Sonreí. Si mi sistema lo detectó, podía analizarlo. Corrí un script y aprendí cómo el malware se adueñó del servidor del hospital y, lo más importante, la clave de encriptación.

—Grábense esas palabras, primos —les dije a los niños mientras tecleaba un comando en la terminal de mi portátil—. Nadie jode con los Spencer.

Presioné Enter. La encriptación del *ransomware* colapsó al instante. La calavera pixelada parpadeó de forma errática durante tres segundos antes de desvanecerse. Las pantallas de televisión recobraron la imagen del noticiero con un chasquido, y las luces se encendieron.

El monitor frente a mí volvió a mostrar la interfaz normal y prístina del sistema de gestión médica.

El silencio en la sala de espera fue repentino y absoluto. Los gritos de mis tíos cesaron de golpe ante el cambio de luces en el entorno.

Giré la silla sobre su eje para quedar frente a ellos. Crucé las piernas y apoyé los codos sobre los reposabrazos.

Mi papá y los tíos Michael y Max se quedaron mirando las pantallas restauradas con la boca abierta, en un estupor total. Luego bajaron la mirada hacia mí.

Me encogí de hombros, manteniendo una expresión de absoluta indiferencia mientras una sonrisa de suficiencia se asomaba por la comisura de mis labios.

—¡Nadie jode con los Spencer! —gritaron Eli, María y Héctor, lanzándose hacia mí para abrazarme.

Solté una carcajada genuina, alborotando el cabello de los niños mientras mis tíos seguían congelados en su asombro.

—Creo que pueden cancelar esa llamada al departamento de policía, tío Max —dije con calma, levantando una ceja hacia él.

Mi padre dejó escapar un suspiro tembloroso y se dejó caer en uno de los sillones, enterrando la cara entre las manos, abrumado por el alivio. Michael se acercó a mí, negando con la cabeza con una mezcla de orgullo e incredulidad.

—Brujita —murmuró el tío Michael, utilizando el apodo cariñoso que mi padre me había puesto de niña—. Nos acabas de salvar el culo a todos.

—¿Qué es un culo, papá? —preguntó Eli.

Estaba a punto de lanzar una réplica mordaz sobre la ineficiencia de su seguridad informática, pero un pitido de mi portátil llamó mi atención.

Una pequeña ventana negra apareció en la esquina inferior derecha de la pantalla. El cursor parpadeó y una línea de texto apareció letra por letra frente a mis ojos.

—Bien jugado, señorita Spencer —decía el mensaje—. Nos veremos luego.

Una punzada de sorpresa me golpeó el pecho al leer el nombre al final del mensaje. Le siguió un cosquilleo de pura y absoluta intriga.

Acababa de enfrentar al infame hacker J4v3rT, y le había ganado.

—Igual llamaré a la división de delitos informáticos —dijo el tío Max con el móvil en el oído—. Vendrán a investigar qué fue lo que pasó —me miró—. Quizá quieran hablar contigo.

Me encogí de hombros, y la ventana negra se cerró. Ni me molesté en revisar mi sistema. Sabía que no encontraría nada. Y estaba segura de que la división de informática de la policía tampoco

encontraría nada en los servidores del hospital. El tipo, o tipa, era un fantasma cibernético que ni el FBI había podido encontrar.

“Y le acabo de ganar.”

Un doctor entró a la sala de espera con una sonrisa en el rostro. —¿Familiares de Jessica Soler? —toda la familia se puse de pie, incluyéndome a mí—. Ya salió de cirugía. Fue una cesárea sin complicaciones —se giró hacia mi papá—. Felicidades, señor Spencer. Tiene un hijo saludable, y la mamá ya está en recuperación.

Mi abuelo se acercó y me dio un cálido abrazo. —Ahora tendrás un hermanito, brujita.

—Solo espero que no le vayan a poner un nombre que empiece con “M”.

Mi papá ya se había acercado con María en los brazos y rio. Parecía que por fin podía respirar bien. —Se llamará Marco.

—Joder, papá.

—Joder, papá —repitió María, y tanto el abuelo como mi padre soltaron una carcajada.

Miré alrededor de la sala de espera. El tío Michael abrazó a Luisa con Eli entre sus piernas, igual el tío Max al abrazar a Hannah con Héctor en sus brazos. No había nada más que amor ahí.

Me alejé para guardar mi portátil, y quedé mirando el espacio donde el mensaje apareció en la pantalla. El peso de la situación me aplastó los hombros. *“Me llamó señorita Spencer,”* una sonrisa lenta, afilada y peligrosa se dibujó en mis labios. *“Sabe quién soy. ¡Qué injusticia! Debería igualar el marcador.”*

El aburrimiento de mi vida universitaria acababa de desaparecer.

“Que empiece el juego, J4v3rT.”

FJA



Huyó de su boda directo a una tormenta...

Se supone que jamás volverían a encontrarse...

¿Una noche de locura apasionada agrietará los muros con los que se protege el corazón?

La realidad de Hannah es un caos. Dejó a su prometido en el altar y se prometió a sí misma enfocarse en su nuevo trabajo. Pero el abogado con quien comparte el caso más importante de su carrera es imponente, posee la mente más afilada que ha conocido, y parece desnudarle el alma con una sola mirada. Rendirse ante su dominio es tentador, pero no arriesgará el trabajo de sus sueños, y mucho menos su corazón.

La excelencia en el trabajo es el refugio de Maximillian Spencer tras jurar jamás volver a rendirse a los pies de una mujer. Sin embargo, su nueva socia posee un genio financiero acompañado de un carácter inquebrantable y la pasión más explosiva que él haya probado jamás. Una sola noche bastó para grabarla en sus fantasías más profundas y nublar su frío raciocinio. Las amargas cicatrices del pasado le exigen mantener la distancia, pero sus instintos protectores y posesivos le dictan otra cosa.

El trabajo y el deseo colisionarán sin frenos en la sala de juntas y las horas extra en la oficina. Los traidores del pasado exigirán segundas oportunidades y la presión de un caso multimillonario amenazará con destruirlos. Ambos deberán dictar un veredicto absoluto y final: Mantener intactas sus armaduras y respetar las reglas de la oficina, o dejarse consumir por una obsesión mutua que no aceptará términos medios.

Este ardiente romance de oficina entre iguales devorará tus sentidos y experimentarás una historia llena de tensión psicológica, competencia feroz y entrega profundamente íntima y exquisitamente explícita, porque, después de todo, ansiamos ver al amor aparecer cuando menos se le espera y para transformarlo todo.

Cómprala ya, o léela gratis si tienes suscripción Kindle.

NOTA: Esta obra solía titularse "Una Socia Sublime". Lo único distinto es el título. El contenido es el mismo.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Necesita este trabajo...

Pero los celos son algo demasiado destructivos...

¿Puede existir un equilibrio entre los negocios y el placer?

Todos los hombres quieren lo mismo. ¿Será que él es igual? Emilia no lo piensa averiguar. Ella vino a trabajar y nada más. ¿Cómo hará para hacerle entender a todos que no vino a ligarse al dueño de la compañía? Además, ¿por qué se fijaría Gerald en ella teniendo una amante tan hermosa? ¿Alguien podría hacerla entender eso?

Secretarias hay muchas, pero Gerald ve algo en ella que no puede definir y lo está volviendo loco. ¿Será que contratarla sea la mejor decisión que Gerald ha tomado? Más vale que lo sea, ¿Por qué su pasado ha vuelto a atormentarlo ahora que necesita cerrar ese trato tan importante?

Cada día sus sentimientos se vuelven más difíciles de resistir, y una noche peligrosa cambiará la manera en que se miran uno al otro. ¿Podrán superar un terrible malentendido y encontrar la felicidad que ambos desean con todo el corazón?

No podrás dejar de leer esta novela de romance contemporáneo de oficina llena de intriga irresistible y pasión descontrolada porque, tarde o temprano, el amor llega a todos aunque no lo esperemos.

Cómprala ya, o léela gratis con tu suscripción Kindle.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



La guerra cambia a los hombres...

Su primer amor rompió su corazón...

Ahora, años después, ¿podrá salvar lo que más ama?

Por fin libre de un horrible matrimonio Camila está decidida a reconstruir su vida por su hija y por sí misma. El amor ya no estaba en las cartas. ¿Su regreso pondrá en duda eso? El muchacho que conoció hace años regresó vuelto un hombre confiado, fuerte, casi irresistible. ¿Podría ella negarse a soñar?

Tras años en el infierno de la guerra Thomas regresa a heredar la fortuna y el negocio del que se alejó hace tantos años, pero ella le recuerda que no fue lo único que dejó atrás. ¿Admitirá su culpa por lo que hizo? Ahora es un guerrero que carga sus propios demonios. ¿Los enfrentará o arriesgará a quienes más ama?

Aunque su amor sea renovado por creciente pasión y deseo innegable, un hombre lleno de celos y envidia tratará de arrebatarles lo que su vida ha necesitado desde siempre. Solo aceptando el pasado y el presente podrán encontrar la forma de mantener vivo un amor que jamás debió terminar.

Adorarás esta novela de romance contemporáneo fácil de leer, lleno de nuevas oportunidades, dolorosas confrontaciones y momentos de pasión candente porque todos disfrutamos ver el amor triunfar sobre todas las cosas.

Cómprala ya, o léela gratis con tu suscripción Kindle.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Ya era hora de poner su vida en orden...

Despertar en la cama de un extraño no es un buen comienzo...

¿Puede el amor sobrevivir a una traición?

Se supone que Dolly se portaría bien de ahora en adelante. Tras su último encuentro con la policía y un encuentro con un viejo amigo juró que iniciaría una vida responsable. ¿O es que este extraño con el que amaneció la hace reconsiderar?

Su trabajo lo es todo para Logan. Él quiere cambiar el mundo y tiene los medios para hacerlo. Se prometió a sí mismo que jamás se detendría. Por nada, ni por nadie. ¿Quizá contratar a esa chica fue un error?

Su atracción desenfrenada tentará los límites de lo permitido entre dueño y empleada. ¿Podrán darse cuenta que juntos pueden superar cualquier obstáculo antes de perderlo todo?

No podrás dejar de leer esta historia llena de romance, diversión, y una pizca de picante, porque todos disfrutamos una historia emocionante de principio a fin.

Cómprala ya, o descárgala gratis si tienes suscripción Kindle.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Los errores que comete el corazón siempre regresan...

Existen barreras profesionales que anhelan ser derribadas...

¿La ética profesional es motivo para ignorar al destino?

La rutina estricta de Jessica incluye tener cuentas claras y una dedicación absoluta como maestra. Jamás esperó que aceptar un puesto en el instituto donde estudió pondría enfrente al hombre que le destrozó las ilusiones dieciocho años atrás, ahora convertido en un imponente multimillonario y padre de su alumna más prometedora. El deseo reprimido provocado por su presencia amenaza con doblegar sus defensas, pero ella se juró que jamás volvería a ser daño colateral de nadie.

Matthew Spencer eligió el deber por encima de su corazón en el pasado, levantando una fortaleza intocable de poder absoluto tanto en los negocios como en su corazón. Su única prioridad es el bienestar de su hija. Volver a ver a la única mujer que logró quebrar su control en el pasado, ahora convertida en una maestra brillante y magnética, desata peligrosas tentaciones, pensamientos latentes y deseos irrefrenables, pero él conoce el daño que causó, y no cruzará esa línea.

La tensión de su convivencia será más complicada de lo que debería ser, y una crisis repentina romperá por fin los muros que ambos tienen protegiendo sus corazones. Pero alguien cercano a ellos no renunciará a sus caprichos y hará lo inimaginable para conseguir lo que quiere, incluso destruirlos a ambos. Deberán mostrar que tienen la fortaleza para construir un futuro juntos, o verlo desmoronarse de nuevo ante sus propios ojos.

Te permitirás el lujo de obsesionarte con este romance ardiente de segundas oportunidades donde el deber de un padre soltero y la entrega de una maestra colisionan en una tentación prohibida, explícita y abrumadora, porque todos queremos que el amor sea la solución cuando la vida parece un problema sin respuesta.

Cómprala ya, o léela gratis si tienes suscripción Kindle.

NOTA: Esta obra solía titularse "Educando a la Hija del CEO". Lo único distinto es el título. El contenido es el mismo.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)

¡Muchísimas gracias por leer hasta el final!

Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Aprovecho para darle un agradecimiento muy grande a mis lectores cero cuyos ojos y críticas ayudaron a darle forma final a mi obra.

A ti, no imaginas cuánto me ayuda leer tus comentarios en reseñas de Amazon. Cuando me dejas más que solo una valoración y expresas lo que quieres de futuras novelas o lo que te hubiera gustado de esta me permite darte mejores experiencias en un futuro.

Tú me haces escribir mejor.

No pierdas tu oportunidad de seguirlo haciendo. Deja tu reseña.

¿No puedes dejar reseñas en Amazon? ¡Búscame en Facebook! Siempre aprovecharé la oportunidad de conocerte y escuchar lo que me tienes que decir. ¿Quieres estar en contacto conmigo? Puedes encontrarme en [Facebook](#).

Si deseas conocer todas mis obras puedes verlas en mi Página de Autor en [Amazon USA](#), o en [Amazon España](#).

Nos vemos cuando nos veamos.

Emma K. Johnson